



13

CONTRAESPIONAJE

LUIS A. BETANCOURT
AQUI LAS ARENAS
SON MAS LIMPIAS

180
27

**AQUI LAS ARENAS
SON MAS LIMPIAS**



COLECCION RADAR 13



EDITORIAL
LETRAS CUBANAS
Ciudad de La
Habana, 1980

LUIS A. BETANCOURT
AQUI LAS ARENAS
SON MAS LIMPIAS

Premio Novela del Concurso "Aniversario del triunfo de la Revolución", del MININT, 1979. Jurado: Raúl Rivero, Noel Navarro y Teniente Coronel Ramón Sanyí.

Tercera Edición

Edición: José Tajés
Cubierta: Luis Vega

© Luis A. Betancourt, 1979.
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 1980

Impreso en la Empresa Gráfica "Alfredo López", del Ministerio de Cultura, en el mes de mayo de 1980. "Año del II Congreso."

EDITORIAL LETRAS CUBANAS
Calle G No. 505, e/ 21 y 23, El Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba.

*A Maylai,
cuyas primeras palabras
acompañaron todo
el proceso sonoro
de este libro y salpicaron
de inocente ternura
la crónica de las entrañas
del odio.*

1. a. b.

1907

Los obreros de la
Cuba, 1907

I. Ensayo de gloria

Silvio Mora¹ se sentía cómodo y seguro metido allí dentro de su nuevo uniforme de campaña. Más bien parecía hecho a la medida por las manos de un escrupuloso sastre y no comprado en un comercio, sacado de entre los desechos que el ejército oferta en el Army Navy que está ubicado frente a la radioemisora La Fabulosa en Flager Street. Estaba seguro de que aquel corte casi perfecto mejoraba su estampa de hombre menudo y delgado. Lo mismo pensaba del cambio dado a su rostro. Dotándolo de un copioso bigote, creía haberle restado una buena dosis de vulgaridad. Todo eso aliviaba sus complejos. Se sentía satisfecho, y no sólo por el nuevo parecido de su cara o por las ropas venturosamente ajustadas, o por las relucientes botas de paracaidista, sino también por el moderno y legítimo equipo bélico que llevaba encima. El AR-15 nuevecito, cubierto de grasa, que había adquirido en un guns shop de la calle 8 del South West, pero que tenía la misma estampa que los acabados de salir de los almacenes de la Colt. Un impresionante AR-15 como aquellos que entonces debían de estar abrién-

¹ Uno de los principales dirigentes de la organización terrorista Alpha 66, en la cual atiende últimamente las Relaciones Públicas. (N. del A.)

doles el paso a las fuerzas expedicionarias de los Estados Unidos de Norteamérica allá lejos, en Asia, en las intrincadas selvas vietnamitas. Tres kilogramos de precisión, veinte cápsulas mortales: el arma ideal. Tirado sobre la arena sucia, con el cuerpo apenas disimulado detrás de unos pequeños arbustos resecos, se entretuvo en seguir el curso de unas gaviotas que después de sobrevolar en círculos fueron a posarse sobre una palizada que había recalado en la playa. Los prismáticos tenían un agradable olor a nuevo, a acabado, a estreno. Y también era penetrante el olor a cuero del estuche. Era grato andar de esa manera, equipado con suntuosidad, lejos de cualquier signo de miseria. Y todo en la vida debía ser así: nuevo, bueno, con olor a estreno. Absolutamente todo: desde los primeros pañales hasta el peluche de los fétetros. Los lentes ofrecían una nítida visión azul. A través de ellos, los colores de la naturaleza adquirirían una brillantez especial. Buscó despacio el lugar donde debía de encontrarse el enemigo. Allí estaba. Enfocó mejor el objetivo. La diana teórica en el centro de una boina verde olivo. Estaban bien cubiertos, apenas visibles, disimulados. ¡Conque el enemigo! Los milicianos de Castro. Los comunistas. La cuenta pendiente de Girón. Los rojos. Las siluetas confusas de cuatro o cinco guardianes apretujados, metidos dentro de una trinchera recién y mal abierta, pero cuidadosamente encubierta y protegida por sacos de arena. Silvio veía tan sólo las siluetas, pero se imaginaba lo demás: las desteñidas boinas verdes, los rostros ceñudos y tostados, los collares de semillas, las hirsutas barbas salpicadas de salitre y los descoloridos uniformes castigados por el sol. También imaginó hambre en sus estómagos, llagas en sus pies, maldiciones en sus pensamientos, por la obligada y solitaria vigilia entre los mosquitos, bajo el sol y la lluvia.

lejos de la casa, de la familia. Árida vida la del soldado. Pensó en su propio pellejo. Había cosas que no se ofertaban en la tienda de sobrantes bélicos. Era el sacrificio necesario, el precio de la gloria. Cerró los ojos. Entonces, durante unos segundos, pensó en su mujer, en el vestido que le acentuaba los contornos; pensó en algún rincón de la casa, en algún momento feliz, en los hijos que no vendrían y que habían sido suplidos por un caprichoso pastor alemán de dudosa estirpe. Pensó en todas esas pequeñeces que yacen aparentemente olvidadas, carentes de significación, hasta que repentinamente, en situaciones como ésta, crecen en la evocación y en la añoranza. La casa, la cama blanda, el sillón del portal, la tibia piel de la mujer.

Era ya entrado el otoño. Pero todavía el sol imponía su presencia y recordaba el reciente verano. Corrió hacia delante su sombrero. Suspiró. Cuando volvió a abrir los ojos y la claridad del día despejó sus íntimas nostalgias. Así estaba mejor, con la cabeza libre de ataduras y recuerdos. Levantó la vista y la paseó sobre un círculo hipotético. Los demás estaban en sus posiciones, listos a entrar en combate. Eran algo perezosos, pero obedientes, confiables. Según las órdenes recibidas, habían formado un cerco, aproximadamente circular, sobre el objetivo, que se mantenía atrincherado a lo largo de un declive arenoso. Tendrían que tomarlos por asalto, a cualquier precio.

Silvio Mora se palpó los costados sin dejar de mirarlos. Acarició sus granadas fragmentarias, su cuchillo de supervivencia, su pistola Colt 45, la exagerada carga del portadepósitos. Después volvió a poner su mano sobre el lomo del fusil y se sintió más grande, más fuerte, como un superhombre, como un Gmen. Le llenaba un coraje salido quién sabe de dónde, una satisfacción tremenda.

Silvio Mora, al frente de sus hombres, a punto de escenificar una hazaña bélica. Sonrió, para dar salida a la euforia interna. Ya estaría próxima la hora cero. Bajó la mirada hasta la esfera de su Rolex. Claro, faltaban precisamente unos segundos para las diez. Cuando la fina aguja llegara al doce, tendría que desatar el estallido de la acción. Apoyándose en los codos, levantó de manera lenta el fusil, centró con cuidado el objetivo y comenzó mentalmente la cuenta al revés: nueve, ocho, siete... el nido de los enemigos se mantenía en la quietud absoluta, sólo alguna rama se movía por el viento... seis, cinco, cuatro... de nuevo las gaviotas volaron tranquilas, sin sospecharse la tormenta de fuego que sobrevendría... tres, dos, uno... ¡cero! Silvio Mora fue el primero en disparar mientras voceaba:

—¡Comunistas de mierdaaaa! ¡Ahoraaa! ¡Fuegoooo!

Las gaviotas huyeron espantadas. El eco retumbó en los pantanos. Silvio gritó otras palabras, pero su voz se apagó entre el ruido ensordecedor de seis fusiles automáticos. Al principio fueron disparos aislados, tiro a tiro, a veces silbando de manera impresionante después de dar contra alguna piedra, a veces levantando columnas de arena frente a las narices de los propios tiradores. Y enseguida, ráfagas rapidísimas, apretando el gatillo a fondo, soltando hasta la última cápsula, haciendo saltar la arena, pedazos de arrecife, ramas vegetales, chorros de agua.

El arma de Silvio se encasquilló. No esperaba una conducta tan vulgar de su reluciente fusil. Gastó un par de minutos resolviendo esta dificultad hasta que logró cambiar el peine y salió disparando contra las siluetas que danzaban grotescamente y se despedazaban bajo la lluvia de plomo. Era el enemigo. El odiado enemigo castigado duramente por el fuego. Los milicianos de Castro,

pasto del plomo de seis fusiles. El enemigo bajo el asalto final. La pelea cuerpo a cuerpo. El ataque a las trincheras, donde todavía la muerte podía esperar con una de sus celadas, en el filo de la bayoneta calada de un Aká, o en la mirilla de algún milagroso superviviente o de un fanático moribundo. El victorioso asalto a las madrigueras comunistas.

Cuando Silvio Mora levantó el fusil y lo agitó sobre su cabeza, sus comandos entendieron que ya había llegado ese momento culminante de la Operación Limpieza, y al grito de «¡Viva la democracia! ¡Abajo el comunismo!», se lanzaron a todo correr a la vez que disparaban contra las siluetas que saltaban y se tambaleaban como muñecos azotados por la balacera. Y eso mismo eran. Muñecos. Soldados de utilería, enemigos imaginarios, trapos curiosamente personificados, blancos inocentes. Y el escenario del combate era un retazo apacible de los Everglades, a unas seis millas al sur de Alligator, bajo la mirada condescendiente de los policías floridanos, y no la temida orilla cubana al otro lado del canal. Después del último disparo, los aguerridos soldados se inclinaron sobre los despojos abatidos y se disputaron los impactos marcados sobre los cuerpos del inofensivo enemigo. Por cada acierto había no menos de dos reclamaciones. Discutían sin ponerse de acuerdo. Porque eran menos los aciertos que las reclamaciones. Era ridículo, entre tan poca gente, el regateo frente a los muñecos liquidados, pero nadie quería cargar con el patrimonio de las balas perdidas. Silvio fue el primero en querer reivindicar el mejor disparo. Estaba seguro, había visto la boina volar lejos. Pero los otros también la habían visto, estaban seguros. La discusión llegó a cobrar un tono marcadamente hostil, hasta que alguno apeló al sentido común y se calmaron los ánimos y, a pesar de todo, Silvio Mora

regresó a su casa del South West y la avenida 97, lleno de satisfacción, exhibiendo su uniforme adornado de polvo y pólvora, justamente como debía llevarlo un tipo «duro» del exilio, no un simple emigrado. Un bravo de la Compañía, émulo del marine o, por lo menos —algo es algo, ¿no?—, un miembro activo y combativo de ese grupúsculo adversario del comunismo cubano que se autotitula Alpha 66. Regresaba soñando despierto entre espejismos de grandeza, y allí en la casa lo recibía Esperanza, entusiasmada también con esa heroicidad dominical, porque ella también vivía de añoranzas y utilizaba las ropas de la Army Navy para recordar los días en que fuera «capitana del Escambray».

Al anoecer, después de una ducha reconfortante y de una comida frugal a base de hamburguesas y refrescos, Silvio Mora fue de nuevo al encuentro de sus comandos suicidas, y sentados todos bajo las sombras de una terraza monolítica no lejos del Down Town, volvieron a discutir sobre las imaginarias operaciones ensayadas entre los arenales de la Florida, a costa del dinero de la despreciada emigración.

Ya había pasado la peregrina euforia suscitada por los entrenamientos y volvían a sentir el peso de las reales circunstancias cuando el Gallego se quejó amargamente:

—Yo me pregunto cuánto tiempo vamos a estar amagando y pellizcando a esa gente... Si todavía los americanos se lanzaran de verdad, pero yo no veo el final de todo este trajín, dale pa'llá, tira pa'quí, y nada, todo sigue igual.

Así, de repente, Silvio no parecía tener una buena respuesta preparada. Por eso vaciló antes de decirle:

—Yo creo que... sencillamente, está bien lo que hacemos.

—¿Lo que hacemos? Vaya, hasta ahora lo único que hemos hecho es mucha bulla, mucha propaganda... vaya, y cuando nos hemos lanzado en una, seguros de que ahora sí, todo se ha jodido. Si no es un infiltrado como el difunto Bayamés, son los guardafronteras de Castro, o las torpederas, o los del G2, o los chivas del Comité, o la mala suerte, o qué sé yo; pero siempre es algo, viejo... Aquí falta algo, yo no sé qué cosa es, pero falta...

—Pues yo estoy conforme con la situación.

—¡Pues yo no!

Silvio alzó la mirada, hizo un gesto de disgusto, de impaciencia, al parecer recordando cuántas veces había tenido que explicar la misma cosa:

—Ya sé que no estás de acuerdo. Tú quieres que nos montemos tres sobre una lanchita y que salgamos encabezando a la flota norteamericana para liberar a Cuba, y que esta tarde, o mañana por la mañana, seamos reconocidos por todo el mundo como los nuevos salvadores del continente...

—No sé qué esperan los americanos.

—Ellos sabrán.

José Amparo Ortéga¹ soltó la revista que ojeaba. Estaban mencionando un punto de su especial interés y ahora le tocaba opinar:

—¿Los americanos qué?

El Gallego abrió los brazos en cruz para apoyar sus palabras:

—Los americanos, chico... vaya, que es verdad que cuatro tristes pelagatos no podemos hacer mucho. Pero

¹ En 1960 se alzó contra el Gobierno Revolucionario en la región oriental y con posterioridad se asiló en la base naval de Guantánamo. Allí fue reclutado por la CIA. Perteneció al Grupo de Misiones Especiales de ese organismo. (N. del A.)

la cosa sería diferente si van ellos delante, la «neivi» arrasando con todo, metiendo candela contra los comunistas, la aviación, los paracaidistas, todas esas cosas, y si quieren, nosotros atrás para decirles quién es quién, porque allí nosotros sabremos qué hacer...

—Los americanos también saben lo que hacen —Ortega pretendió dar a sus palabras cierto matiz oficioso—; tienen que saberlo. Pero Cuba no es su único ni su principal problema. Tampoco somos su único compromiso. Y si queremos que lleguen a considerarnos por encima del conflicto de Viet Nam, por encima de Rusia, de todo, eso tenemos que ganárnoslos nosotros, eso no nos va a caer del cielo; y si nos sentamos a esperar la incursión de la «neivi», o nos morimos de viejo, o somos los últimos en enterarnos cuando suceda. ¿O qué tú crees? ¿Qué el señor Nixon va a poner en sus planes una nota para mandarte a avisar? Tenemos que ganarnos su confianza con hechos y actitudes.

—O se la ganan otros —afirmó Silvio—, porque si no seguimos haciendo lo que estamos haciendo y un poco más, si no nos destacamos en nuestra beligerancia, van a venir otros más decididos y se van a ganara los favores de la CIA. Recuerda que no somos los únicos, que todos los días surge un grupo nuevo con la pretensión de alcanzar el liderazgo y acaparar la atención de los americanos. No podemos dejarnos caer. Nos hemos mantenido a lo largo de los años, sobreviviendo después de cada crisis, y debemos mantener esta postura, para que cuando pase lo que pase, sea como sea y quiénes sean, tengan que venir a contar con nosotros. Ahora, el que padezca de miedo y necesite la «neivi» para todo, que se amarre los pantalones.

El Gallego soltó el vaso sobre una mesita y se puso de pie indignado:

—¿Estás diciéndome cobarde? ¡Te equivocaste conmigo, Silvio! ¡Te equivocaste! Nos montamos tú y yo encima de una lancha artillada a ver quién se afloja primero.

Silvio sonrió complacido. La alusión al miedo había sido un buen recurso de riposta. Ya podía establecer un combate verbal disparejo contra aquel semianalfabeto engreído que había perdido así su equilibrio emocional. Pero la alusión a la cobardía o al valor no dejaba de ser peligrosa. Podía parecerse a un cuchillo de doble filo. Era un argumento de valor universal entre ellos, aplicable fácilmente a cualquiera, y no quiso seguir usándolo. Algo en su interior le prevenía, una fuerza interna y paralizante, y un doblez de su persona que le decía: «Cuidado, hermano, que tú también tienes historia.» Por eso prefirió suavizar la expresión, seguro de que de cualquier manera ya había logrado descompensarlo:

—¿Ustedes no comprenden que esta guerra entre el comunismo cubano y nosotros es bastante dispareja? ¿Qué podemos hacer solos sino lo que estamos haciendo? Nuestro objetivo principal es ganarnos un prestigio sólido para mañana. Para ese momento esperado de la decisión americana. Que se vean necesitados de llamarnos.

—Yo lo que quiero es saber cuándo van a decidirse —dijo el Gallego mucho más calmado—; pero quién sabe lo que piensen los americanos, si es que piensan algo de nosotros.

—Eso nadie te lo va a decir —alardeó Ortega—; ni yo que los conozco más que tú. Pero ellos no son tontos y manejan muy bien la discreción, porque no se sabe cuántos como el Bayamés haya colado el G2 entre nosotros. Ellos tienen su día, su hora, y sólo ellos lo saben.

El Gallego, que siempre rechazó los alardes de José Amparo Ortega, recalcó, gesticulando, sin soltar el vaso de whisky escocés:

—Ni tú ni yo, ni nadie más que ellos mismos saben lo que piensan; pero mi preocupación no es ésa, sino otra: que no piensen lo mismo que nosotros.

Era verdad. El Gallego, pese a todas sus limitaciones, a su ceguera política, a la incertidumbre general que prevalecía en su medio, no se equivocaba al separar su pensamiento del de los americanos. Era verdad que una cosa está pensando el mercenario y otra el amo que lo manda a la muerte. Los americanos. ¿Qué piensan los americanos? ¿Cuál es su día D, su hora Cero para Cuba? ¿Serán por fin capaces de quemar sus naves por la palabra empeñada al éxodo que provocaron? ¿O se olvidarán de ella y los dejarán convertidos en una generación desarraigada? Eternos anhelantes como los del barrio Chino, o los dispersos rusos blancos. ¿Qué piensan de todos ellos los americanos? ¿Qué se les ocurre para remediarlo? Muy cierto que tan sólo ellos lo saben. Pero no hace falta molestar a ninguno para preguntarle, porque existen seres tan asimilados a sus hábitos, tan metidos en sus entrañas, tan penetrados por sus criterios, que pueden tomar su lugar y respondernos. Basta con que nos remontemos algunas cuadras río arriba y lleguemos hasta un edificio de sucias paredes y lujosos interiores, y escuchemos allí a un ciudadano híbrido, que en trance de dejar de ser cubano apenas alcanza a imitar a los americanos. Convertido en su eco, por él sabremos eso que busca con vehemencia el Gallego, eso que nadie supo explicarle entre sus colegas de Alpha 66. Ahora le escucharemos durante una de sus íntimas conversaciones con otro miembro de Alpha que, a la vez, obedece a los encargos de la CIA:

—El mundo gira y gira. Las cosas no pueden ser eternamente iguales, José Amparo Ortega. ¿Quién te iba a decir a ti que se pasearían por las calles de Miami, cogidos del brazo, torturadores y torturados, amos y criados, nobles y plebeyos? Pero la vida sufre mutaciones constantes...

—¿Mutaciones?

—Sí, hombre, cambios. Las situaciones cambian. Nuestros planes, por ejemplo, también sufren... ¿Crees que podemos perseguir los mismos objetivos que en 1959, o 1961, o 1964? De ninguna manera. Las circunstancias son diferentes y hace falta hacer adecuaciones. Constantemente la CIA se ve obligada a hacer esos cambios en sus planes y, por consiguiente, también ustedes... ¿eh?, quiero decir, nosotros, los hombres del exilio.

¿Quién es este individuo tan apartado de sus raíces, capaz de equivocarse al invocar su propia identidad? Tiene cuarenta y cuatro años, es alto, de casi seis pies, pesa unas ciento noventa libras; viste de manera sobria, elegante y moderna, con un traje gris claro y una corbata ancha moderadamente estampada. Su nombre es Ángel Moisés Hernández Rojo. Su fachada legal, su rostro de hombre público, es el de un alto funcionario de la YMCA, supuesta organización social y deportiva manipulada entre telones por el Gobierno de Estados Unidos, a través de su agencia más conocida de espionaje: CIA. LA YMCA radica en el número 40 N. E., de la Tercera Avenida, y aparece consignada en las ediciones de la Guía Cubana de Miami con el número telefónico 374-8487. Detrás del inocente propósito público de ciudadano pacífico, este funcionario de la YMCA no es otro que el Rojo, un siniestro personaje de la Agencia Central de Inteligencia; pero no un elemento cualquiera, un policía secreto más, sino un agente principal, un eslabón de ca-

tegoría. El Rojo es un importante coordinador para la CIA en la península de la Florida y se mueve dentro de un complejo andamiaje subversivo que suple la suprimida existencia del desactivado centro de La Habana y la obsoleta estructura de Miami. Es el encargado de recoger y someter a consideración los proyectos agresivos del exilio y es quien supervisa la entrega, explotación y mantenimiento de los medios de agresión y subversión contra Cuba, una vez que esos proyectos han sido examinados por el mando supremo de la Agencia y han recibido su consentimiento y la asignación de apoyo logístico. También es el puente para las acciones propias de la CIA que se revisten con una fachada del exilio. Es, en resumen, el hombre que otorga la «luz verde» para estas operaciones encubiertas. El que dice si la CIA permite o no permite, si ayuda o no ayuda, si la operación debe ser comandada por fulano o por mengano, si debe verificarse en la fecha señalada, o antes, o después, o en otro sitio, o con otros equipos o por otros propósitos. Es el hombre que en el último instante puede «frenar la cosa», o enfriarla, o el que puede llegar un día con las gratas nuevas de una mejora en la consideración de la CIA o el aviso fatal de que ha cesado esa consideración. Es el que discute de tú a tú con los cabecillas contrarrevolucionarios acerca de las finanzas y el avituallamiento de las incursiones piratas al otro lado del canal. Cada grupo está consciente de que en gran medida deberá al arbitrio de este individuo, su propia subsistencia. El Rojo es quien irá a entregar a los cabecillas del Plan Torriente, sueño efímero y esperanzador de la unidad contrarrevolucionaria, el apoyo técnico más completo para hacer posible la incursión y el ataque a Boca de Samá, el 12 de octubre de 1971, con el trágico saldo de dos muertos y cuatro heridos. Esos medios serán equipos militares, parque y

armamento procedente del Ejército norteamericano. En este caso no se trata de sobrantes de guerra baratos comprados en el Army Navy de Flager, sino modernos equipos sofisticados tales como dos lanchas rápidas con estructuras de aluminio y potentes motores marinos, radar y piezas de artillería. Este gesto demostrará la ascendencia que tiene el Rojo dentro de los manejos de la Agencia, su carácter de hombre de confianza en todo el sentido de la palabra. Está sólida posición de Angel Moisés Hernández Rojo no es un producto de la improvisación o un toque de su buena fortuna, ni tampoco de una debilidad en el recurso selectivo de las autoridades norteamericanas. Por el contrario, puede decirse, por una parte, que ha hecho carrera desde muy temprano, que no es un improvisado en estos lances, y que, por otra parte, consecuentemente, los americanos siempre estuvieron al tanto de esa venturosa carrera. Lleno atrás en el pasado, las anotaciones significativas en su hoja de servicios se remontan a la época en que Cuba permanecía sujeta al régimen dictatorial de Fulgencio Batista, y cuando los analistas más acuciosos o de peores intenciones no habían mencionado siquiera la hipotética posibilidad de un brote comunista en Cuba. El Rojo servía entonces en la Jefatura de la Marina de Guerra de la Isla caribeña; era ya un furibundo anticomunista y un enamorado de su «deber democrático». Quería progresar, pero a su modo. Mientras otros, de la manera más pedestre, se abrían paso y elevaban su jerarquía al precio de destacarse como vulgares matones, él pretendía llegar de un modo más elegante, calculando cada paso, aprovechando las relaciones convenientes, imponiendo sus recursos intelectuales. Muy pronto pudo darse cuenta de que dentro de la Armada cubana de entonces prevalecía el reconocimiento a lo más grosero y práctico. La sub-

estimación de su propia inteligencia y de su gestión intelectual, le hacían poner sus ojos en Norteamérica. Y Norteamérica, a través de sus alertas pupilas de la CIA, le devolvió la mirada con aprobación. Sus primeros contactos los obtuvo mediante la rama naval del Plan de Ayuda Mutua, que era el instrumento por medio del cual Cuba se convertía en una base domesticada de la defensa continental norteamericana. En 1958, un año particularmente difícil para Batista y su camarilla, Ángel Moisés logró conseguir una plaza de estudiante en una academia de los Estados Unidos. El contralmirante Rodríguez estampó el visto bueno sin reservas. A pesar de la gravedad del momento, no estaban necesitados de eruditos, sino de torturadores y asesinos, por lo tanto, lo dejaron ir y se olvidaron de él. La situación siguió deteriorándose en Cuba, y en diciembre, no muy sorprendido, recibió la noticia del triunfo rebelde. Se sintió privilegiado por haberse evitado el desagradable tranque del desmoronamiento batistiano; pero, al mismo tiempo, inquieto, porque Miami estaba lleno de enemigos y porque de repente, ya no tenía ningún respaldo oficial. Cuando supo que la Marina cubana no había sido desactivada por Castro, coqueteó con los superiores de uno y otro lado tratando de medir las conveniencias de regresar o de convertirse en un exiliado político. Ya para entonces su ficha había sido pasada de mano en mano y se interesaban en él los encargados de emprender las hostilidades clandestinas contra los rebeldes que habían asumido el poder, noventa millas al sur. El rojo dice sí. Presente que ha llegado su momento. Que el viento está más que nunca a su favor. La derrota de Batista no le ha afectado directamente. No se ha visto en la amarga disyuntiva de apoyar al régimen hasta el último supremo esfuerzo de sobrevivir. No ha tenido que escapar a todo riesgo, su-

mado al apresurado primer éxodo. Desde esta orilla ha sido un afortunado observador y seguirá siendo un privilegiado, pero ahora como antes el Rojo no será otra cosa más que un peón incondicional de los americanos. Sólo ha cambiado la fachada externa. Su trato con el resto del exilio, sus aparentes gestiones solidarias, toda su actuación está profundamente marcada con el sello de los intereses americanos. Fuera de éstos, el Rojo resulta inconvencible. Y, sin embargo, paradójicamente, es a este cubano, por simple casualidad genética, a quien la gente de Alpha debe llevar el ánimo de sus puntos de vista respecto a la Patria perdida. En fin de cuentas, él sigue al margen de la suerte común de sus compatriotas. Mientras ellos abogan por la solución de un regreso redentor, él tiene que velar por que tales pretensiones no lesionen los intereses de sus amos, y, para garantizarlo, ha llegado a instrumentar su propia red de espías, que insertados dentro de cada banda y cada agrupación contrarrevolucionaria por pequeña que sea, facilitan las relaciones CIA-contrarrevolución dentro del nuevo estilo de trabajo de la Agencia. Esto es, en los términos más simples, conseguir una fachada del exilio para las actividades encubiertas que suplen el trabajo de la desmantelada unidad operativa principal de la Florida, lo cual permite simultáneamente, que todos los proyectos anárquicos surgidos al calor de los diferentes grupúsculos agresivos, queden controlados, sujetos al «interés supremo de la nación» y preservados contra una espontaneidad peligrosa. En su oficina de la YMCA, en su casa, o en lugares aprovechados por la CIA, el Rojo despacha estos asuntos a su gusto. Ahora tiene delante a uno de sus incondicionales dentro de Alpha 66: José Amparo Ortega. Ha venido a exponer las preocupaciones del grupo, y el Rojo lo aturde con sus conjeturas, le hace creer que le confía importantes secretos:

—Está bien eso de las mutaciones, Rojo, pero en Alpha nos preguntamos qué va a pasar; qué piensan los americanos. Si van a cruzarse de brazos hasta el final o si por fin van a comprometerse en una acción decisiva. Si van a apoyarnos de manera efectiva. La gente duda, y la duda es mala consejera.

—No sé qué decirte. Yo tengo varias respuestas. Si Andrés Nazario estuviera ante mí le diría: ¿Qué tú quieras, viejito? Voy a costearte una campaña de publicidad por todo lo alto, coast to coast, y te tendré en cuenta para cuando establezcamos un Gobierno cubano en el exilio... o en una Cuba democrática. Y Nazario se iría muy contento. Si tuviera a Silvio Mora frente a mí le diría: Te vamos a poner al frente de algún asunto importante para que puedas figurar, con un buen carro del año, suficientes billetes y, de vez en cuando, alguna incursión poco riesgosa que te preserve la imagen que quieres crearte de hombre de pelo en pecho. Y él estaría muy satisfecho. Y si tuviera a una gente como el Gallego, pues... ¿qué decirle a un tipo así? ¿Qué ofrecerle? Pues que al regreso victorioso le encargáramos el monopolio de la prostitución habanera, y que mientras tanto fuera viviendo de los alardes y sin preocuparse mucho por la falta de acción. Le recordaría lo que tiene que sudar para ganarse el pan si deja de ser lo que es ahora... En fin, para cada uno tengo diferente respuesta, porque los intereses están atomizados. A ti no te puedo engañar; contigo tengo que ser más crudo y sincero. Los de Alpha se preguntan qué quieren los americanos, y los americanos dirán quiénes son los de Alpha. No hemos podido encontrar la unidad...

—Alpha se ha mantenido... nos creemos con derecho a saber qué va a ser de nosotros, qué se piensa...

—¿De veras la situación aún no está clara para ti?

—Sinceramente, no.

El Rojo suspiró impaciente. Se necesitaba la vocación de un maestro de primaria para entenderse con estos obtusos subordinados:

—Vamos por partes. Para ti no es noticia que hemos desactivado ya nuestro centro vital en la Florida, nuestra unidad operativa, la J. M. Wave.

—¡Quién puede olvidarla!

—No hace falta hablar ahora de aquellos tiempos. Ni decir que de otra forma pudo haber sido mejor o peor. Una cosa es segura: fracasamos. Como las malas inversiones. El asunto es que íbamos mal y cerramos. Pero esto no quiso decir que desistiéramos de nuestros propósitos básicos. No fue nada más que un cambio estructural. Por favor, si te digo algo que no comprendas me lo avisas. ¿Entiendes hasta aquí?

—Pues, claro que entiendo... que se acabó el centro de Miami, ¿no? Pero que la cosa sigue de otro modo.

—¡Okey, okey! Entonces nos reunimos con ustedes, con cada uno por separado, con cada uno. Les decíamos: vayan a sumarse a las agrupaciones cubanas del exilio, ábranse paso hasta escalar posiciones y desde ellas sirvan a la CIA. Es una nueva fase, distinta por completo, pero en el fondo... ustedes actúan, pero detrás nosotros movemos los hilos reales. Para ti todo esto debía de estar mucho más claro. ¿Qué les has dicho?

—Que los americanos tienen muchos problemas encima... que tienen que ganarse su atención, porque si no otros lo harán...

—Verdad.

—Y que todo tiene su precio.

—Hasta la salvación de Dios exige su precio. ¡Qué decir de los mortales!

—Los de Alpha piensan que ya han pagado ese precio, y que es increíble que los americanos permitan...

—¿La prolongación de ese status en Cuba? Y tú, ¿qué piensas de eso?

—Yo no encuentro argumentos, yo mismo no sé...

—Sí; comprendo... haces causa común con ellos... Tienes que endurecerte, ¿comprendes? No dejar que te penetren sus ideas egoístas. Eso es lo que hay en esto, egoísmo. Pensar que nuestro problema es el único. Creen que es muy fácil encarar la misión de centinela universal. Creen que la CIA está o debe estar plenamente al servicio de la lucha contra Castro. ¿Y el Medio Oriente? ¿Y el Asia? ¿Y el resto de América? La CIA es un baluarte, una fortaleza de este país, y trabaja día y noche para que esta nación pueda vivir orgullosa, enarbolando la bandera suprema de la democracia. La CIA también tiene sus planes respecto a otros países, y entre ellos está el objetivo generoso de ayudar a los exiliados cubanos a recuperar la Patria perdida, los bienes incautados, las propiedades nacionalizadas, los capitales que habían llegado a costa de muchos sacrificios...

—La mayoría de nosotros no dejó nada allí.

—¿Eh? Ustedes también perdieron... les hipotecaron el futuro... la posibilidad de tener. Les quitaron la oportunidad de llegar... y también separaron las familias, los hermanos, los padres y los hijos y los empujaron hacia acá como parias.

—Y sabiendo todo eso será fácil comprenderlos... las preocupaciones de Alpha...

—Todo eso lo sabemos, y cosas peores en Indochina y en otras partes. Además de que éste es un país grande, con sus propios conflictos y que está en guerra... los americanos sólo piden confianza en sus actos, y las promesas serán cumplidas...

El Rojo acercó la silla a la de Ortega y le habló en tono confidencial, al oído:

—Déjame decirte algo en voz baja. No lo comentes con nadie. Voy a confiar en tu discreción. ¿Puedo?

—¡Hombre, por supuesto!

—Cuando termine el asunto de Viet Nam voy a poder hacerte un cuento muy bonito. Ahora puedo adelantarte lo fundamental. Es probable que divisiones enteras retornen directamente a Cuba. Irán allí antes de ser recibidos en casa, ¿comprendes? Divisiones enteras con sus armas y sus equipos y la experiencia de una guerra en el trópico. En cuestión de días, de horas, cambiarán el panorama... ese será nuestro día D, nuestra hora 0... vamos a ver si para entonces los de Alpha son merecedores de nuestra consideración. ¡Vamos a ver!

II. Proa al norte

Noventa millas al sur existen otros puntos de vista sobre el asunto. Asomémonos, por ejemplo, a una pequeña oficina de la Quinta Avenida de Miramar. Un edificio peculiar que antes fue residencia. El hall está convertido en un pequeño recibidor, atendido por una muchacha con estampa de estudiante. La sala es un salón de espera. Hay un sofá rojo, dos butacones, una mesita de centro con flores artificiales. En un rincón, otra mesita con dos ceniceros. En las paredes, Lenin, Martí, Maceo y un paisaje criollo. De allí se sale a un pasillo. La segunda puerta da acceso a la pequeña oficina del jefe. Hay pocos muebles y ventilación artificial. Las paredes están recién pintadas y de ellas cuelga un solo cuadro, con el marco plateado, en el que se ve un retrato nada común del Comandante Ernesto Guevara. Es una foto poco conocida, de cuando la guerra en la Sierra Maestra apenas había comenzado. Sobre un buró hay algunos papeles, y encima de ellos, a modo de pisapapeles, una granada desactivada. Un pequeño mapa de Miami aparece extendido en el centro del mueble. Es una edición comercial reciente, propaganda de una compañía petrolera. El hombre que se halla inclinado sobre el mapa, mostrando especial interés, ha marcado algunos puntos y los ha en-

cerrado en círculos rojos o azules. Los rojos llevan el nombre supuesto de alguna persona, los azules corresponden a locales públicos o a sedes de organizaciones. El hombre que traza los círculos es delgado, algo pálido, más bien bajo de estatura, un tanto encorvado y usa un negro bigote espeso. Se mueve con lentitud, denotando serenidad profesional. Su nombre es Marcelo. Tantos años de servicios como años tiene el organismo al que sirve. A él ofrendó su juventud en los primeros difíciles tiempos. Medita después de redondear cada círculo. Tal parece que discute una partida de ajedrez frente a un invisible y taimado contrario. En realidad lo que hace es algo bastante parecido. Ese otro hábil jugador no es imaginario. Existe. Astuto y traicionero, siempre al acecho, espejando el primer descuido, la primera equivocación, para anunciar el jaque. Marcelo piensa que no sólo basta con preparar celadas, armar defensas, desatar contraataques; sino que también hace falta penetrar en la mente del otro, saber qué está pensando ahora, qué va a hacer mañana y entonces adelantarnos con una respuesta adecuada a la nueva situación. Sí; realmente es como un juego, pero esos círculos dibujados sobre las calles de Miami representan mucho más que simples piezas plásticas. Unos son las agresivas posiciones contrarrevolucionarias, y otros:

«Así que ésas tenemos... a ver a ver... la cosa no anda tan mal. Johnny está con la gente de Bosch, en una etapa difícil, pero seguramente llegará a donde quiere... Sin embargo... tenemos que reforzarlo, no ha podido alcanzar una posición conveniente... Raúl continúa en la brigada, sin problemas... Manuel, con Torriente, se mueve hacia sus objetivos... Terry no se ha podido colocar entre ellos. Es cuestión de paciencia... Aquí ya tenemos a Edith, y con ella a una buena parte

del archivo secreto de Alpha 66... la otra parte debe completarla Tony... Vamos a ver cómo estamos con Tony.»

Separó la mirada del mapa. Oprimió con el índice la primera tecla roja del intercomunicador. La respuesta fue inmediata:

—Ordene.

—Ven con lo que tengas de Tony.

—Enseguida.

Unos segundos después se produce el contacto personal entre los dos oficiales de la Seguridad.

—Es para lanzarlo... ¿Está listo?

—Listo; completamente listo, jefe.

—¿Cómo pasó el entrenamiento?

—Hizo un excelente entrenamiento. Se mantuvo la variante de utilizar una fachada real que resistiera cualquier comprobación. Claro está, haciéndole los ajustes requeridos para los objetivos que se le encargarían... por ejemplo, respecto a quiénes tiene que buscar para relacionarse...

—Sí, ya de eso hablamos...

—Aquí están sus planes.

—¿Los conoce él de memoria?

—A la perfección. Lo domina todo en detalle. Recientemente hemos hecho una comprobación para representar situaciones muy parecidas con las que habrá que enfrentarse allá. El resultado fue bueno. Discutimos sobre algunos errores insignificantes.

—En resumen, ¿cuál es su opinión como especialista?

—Que se ha trabajado para el éxito; que todo se ha ido desarrollando en forma correcta, así que...

—¿Podemos lanzarlo?

—Podemos.

—¿Cuánto tiempo usted necesita para ejecutar la salida?

—Depende de la variante.

—Yo me refiero a la segunda.

—Entonces, veinticuatro horas, jefe.

—Está bien, proceda.

—Saldrá la tarde del 6.

—Okey, la tarde del 6.

El oficial saludó cortésmente y se encaminó a la salida.

—Un momento...

—¿Sí?

—Qué alguien se encargue de organizar una despedida... digamos íntima.

—Así será.

El 6 de octubre de 1969, en un punto solitario de la costa del oeste habanero, tres hombres aparentan prepararse para una jornada de pesca submarina. Manipulan avíos, arbaletes, carnadas, pero la conversación que mantienen dista mucho de parecerse a cualquier punto de vista deportivo:

—Lo que yo busco es muy sencillo: hacerme rico y nada más. Y hacerme rico lo más rápido posible.

—¿Qué tú dices? ¿Hacerte rico y nada más? ¿Te parece poco? —el Chino, ladeando la cabeza, lo observó entre compasivo y burlón y después sonrió como acentuando un íntimo convencimiento. Debía perdonarle a Tony su inmadurez, porque todavía era demasiado joven y había hecho una quimera del bienestar que debía reinar en USA, una tierra de libertad y abundancia, lo más parecido al paraíso. Pero el cómo era que también Ca-

yetano, con sus años y sus canas, pensara aún con más ardor, idealizando sus aspiraciones de emigrado:

—¿Y por qué no? Lo mismo pienso yo.

—Así que tú también. Vaya, quién me lo iba a decir que iba a estar en una aventura así entre dos millonarios.

—Millonario no, rico —aclaró Tony.

—Sí, mi socio, rico —añadió Cayetano chasqueando los dedos—, manejar plata sin trabajar.

—No; yo no estoy en contra, pero... ¿de qué manera piensas hacerte rico? La verdad es que lo que soy yo, no había pensado en eso, y mucho menos enseñada...

—Pues... pues... ¿de qué manera va a ser, Chino? Facilito, facilito. Oye, parece mentira que tú me preguntes eso... na, es lo más sencillo de la vida. El problema es que... bueno, mira, eso está en uno mismo. Tienes que salir a buscarlo... Sí, chico, porque no te va a caer del cielo. Del cielo nada más cae agua y trueno.
a sacar?

—Y si no me va a caer del cielo, ¿de dónde lo voy a sacar?

—Oye a éste, Tony. Se cayó de la mata. ¡Ahora sí! O es que se está haciendo el muerto a ver qué entierro le hacemos... Cuéntale de tu tío, dile cómo vive allá, las fotos en colores que me enseñaste, y lo que te dice... ¡Oiga, compadre!

Tony levantó la mirada. Midiendo las reacciones del Chino, trataba de mantenerse al margen. Se decía por dentro: «¡Qué imbécil, para qué diablos se me ocurrió hablar!»

—No, mi tío hace tiempo que está allá...

—¿Pero cómo vive? ¡Dile, dile!

—Ya lo dijo, Cayetano, ya lo dijo... rico, sin trabajar —exclamó burlón el Chino.

—Bueno, mi tío... vaya, al principio hay que trabajar...

Cayetano abrió los brazos y levantó las cejas para apoyar con gestos enérgicos su afirmación:

—¡Claro que primero hay que trabajar, compadre! Pero un poco, al principio, vaya, para ir ambientando, levantando cabeza. Pero eso no me asusta. Si tengo que trabajar, trabajo. Y si tengo que meterme mañana, tarde y noche, me meto, con tal de ahorrar todo lo que pueda y meter la plata en un banco. Y con eso que tengo ganado y ahorrado, y con los intereses que me paga el banco, tú sabes como es eso, que dinero llama dinero. No te pienses que yo no sé cómo es la cosa... no te creas que voy ciego; yo sé lo que me espera...

—Igual que al tío de Tony —ironizó el Chino.

—Bueno, ojalá...

—Mira, Cayetano —dijo Tony ahora un poco molesto—, baja la voz, que no estamos en Miami, y ya esta discusión no me está gustando nada. Si queremos hablar de este tema, mejor lo dejamos para un lugar más apropiado.

—Ah, chico, lo que pasa es que te estás contagiando con el narra. Mira, si crees que aquello va a ser tan difícil, ¿por qué no te quedas?

—Yo no digo que sea difícil, digo que no es tan fácil.

—Claro que no es jamón, pero la «yunai» tiene su cosa, lo que hay es que saberle la vuelta y pulirla, viejo... para eso, nosotros los cubanos... No tienes que volverte un mulo trabajando... vas craneando la cosa hasta que... eso es por pasos. Lo primero es una pincha que sirva para levantar presión. Después el ahorro en un banco, que ahí ganas interés. Con eso tú pones un negocito cualquiera, vaya, pa empezar y sigues ahorrando... Sí, porque dinero llama dinero... y metes pa'l

banco todo lo que puedas, y si además de todo esto, la suerte, que es loca y a cualquiera le toca, se acuerda de ti, pues ya tú sabes. Yo pienso así. Que a lo mejor me pongo dichoso y me empato con uno de esos buenos negocios de la mafia, con el contrabando, o las drogas o algo que deje bastante, una cosa loca de ésas... se le da su parte a la poli, vaya, como aquí antes, y cada cual a lo suyo. Pregúntale a tu tío para que veas que es así.

—Cuántos tíos se han ido. ¿Ustedes creen que todos estén viviendo igual?

—No digo eso, Chino, pero es lo que pasa, mira... en primer lugar, te digo que la mayoría de los que se han ido están bien. En segundo lugar, eso es como las apariciones: hay quien tiene ojos para verlas y hay quien no los tiene. Todo el mundo no puede tener allá el mismo destino. Porque váyase a saber si tú no tienes suerte, o le caes mal a la gente, o te pones a sonsear, vaya... pero yo sí sé que lo mío es al seguro. Llego a la «yunai», me afinco, legislo mucho, y en par de meses ya tengo todo mi problema resuelto. ¡Te lo juro por ésta!

Da un ruidoso beso sobre una cruz conformada con los dedos de la mano siniestra. Después observó atento, midiendo la impresión que había causado. Tony se quedó como si nada, pero el Chino le salió con algo inesperado:

—¿Y tú no vas a combatir el comunismo?

«¿Combatir el comunismo? ¡Coño, pa su madre! ¿Qué anda buscando éste? No me le puedo quedar callado... después se dice que yo... Tengo que meterle una muela bonita, que se la sienta de verdá, que no digan que me caí de la mata... allá va...»

—¿Combatir? ¿Para que esto se caiga? ¡Claro que también voy a combatir! Si tengo que fajarme, me fajo. Pero eso no quiere decir que no piense en lo otro y haga mis planes, ¿no? Porque si no voy a aspirar a estar cada

ña mejor, entonces para eso me quedo con los comunistas.

Sin haber terminado de decir la última palabra ya Cayetano presentía que había hablado de más. Sus frágiles argumentos sólo sirvieron para que el Chino volviera a castigarlo:

—¡Ah, no, Cayetano; yo con los comunistas ni la salvación eterna, fíjate!

«El narra ya me tiene muy jodío, ahorita le vendo y lo dejo en tierra... Si no fuera porque es el que conoce la vuelta del barco... Deja ver cómo arreglo esto.»

—¡Ah! Eso es un decir, Chino... vaya, que si nos vamos de aquí no es por gusto, sino porque buscamos la manera de vivir mejor. A ver, tú mismo, ¿por qué te vas? No me vayas a decir que estás bien aquí, pero que te vas porque te cae mal Patilla. ¡Mentira! No me vayas a decir que te vas aunque allá sigas viviendo igual. ¡Mentira! Te vas por lo mismo que se va Tony, por lo mismo que me voy yo, porque esto aquí se está poniendo muy malo, y cada día se puede inventar menos... ahora, lo otro aparte. ¡Fíjate bien, Chino! Si tengo que fajarme, me fajo, no lo pienso dos veces, pero viviendo mejor, no peor o igual; y si tengo que venir con los americanos o con una invasión, o como sea, yo vengo; pero para volver a vivir como antes, para vivir mejor. ¿Tú me entiendes? Otra cosa no me interesa. La política nunca me ha interesado y si me fijé en la palabra comunismo es porque dije: Coño, ¿qué cosa es esta con la que me va tan mal? Me fue mal, y me le fui. Eso es todo... lo de fajarse es otra cosa.

Pateó fuerte contra los arrecifes, como maldiciendo que todavía no estuviera entre los cayos de la Florida, o entrando de manera triunfal por la boca del río Miami, o remolcado en «Mi Sueño» por un Coast Guard, sino

allí en aquel abrupto lugar del nordeste habanero, arriesgándose a caer en las manos del G2, jugándose a una sola carta el futuro. Por eso pateó los arrecifes, porque ya no resistía estar pisando aquella tierra firme.

El Chino metió las patas de rana dentro del agua y chapoteó en ella meciendo los pies. No habló más. Pensó que había cometido el error de caer en una discusión tonta, y decidió abandonarla enseguida aunque de cierta manera, sólo había defendido objetividades. Se mantuvo en silencio hasta que Tony se dirigió a él, movido por el empeño de aliviar la tensión. Temía que el viento se llevara las palabras demasiado lejos.

—Esta vez sí va de seguro, ¿eh, Chino?

—Había un germen de inseguridad en la manera de hacer aquella pregunta. Los fracasos anteriores habían minado la confianza. Sin embargo, Tony reconocía una indiscutible pericia en el amigo y le hablaba como escondiendo un ruego, en un cálculo íntimo, desesperado, obligadamente optimista, como el enfermo de muerte que se resiste a admitir su única opción y hace preguntas buscando el aliento compasivo de su médico, algún «es posible» injustificado, alguna esperanza.

—Yo no te lo puedo asegurar.

—¿Por qué?

—Porque no soy un adivino. Hay que pensar en los imponderables...

—Pero, ¿qué tú esperas, que sí?

—La costa está limpia, no hemos tenido dificultades. Puedo pensar que esta vez lograremos... pronto saldré a buscar a «Mi Sueño» y lo traeré aquí. Ustedes estarán esperándome. Sólo tienen que nadar hasta él, subir a bordo, y el resto es fácil... Tomar rumbo norte y esperar. Digo, si todo sale bien, si no se nos aparece

una torpedera, o un Mig, o una patrulla de guardafronteras o qué sé yo...

—Bueno, parece que esta vez hemos hilado fino, ¿eh?

Otra vez Cayetano soltaba un juicio desafortunado. Aquello chocaba contra la seriedad puesta en los intentos anteriores. Como si no reconociera que los fracasos se debieron a causas ajenas. El Chino tuvo que hacer un esfuerzo especial para encontrar una respuesta que no volviera a llevarlos al margen de la discusión:

—Las otras veces también hilamos fino, Cayetano.

—Pero no fuimos a ningún lado.

—Siempre se interpuso algo...

—¿Por qué? Otra gente dice, me voy y se van... porque hilan fino, legislan... Las otras veces no tomamos tantas precauciones... parece que aprendimos con los golpes, no tienes por qué ponerte bravo con esa verdad.

—No voy a discutir eso. No gano nada.

—Dejen eso, caballeros —volvió a insistir Tony—, o es que quieren echar a perder la cosa. La otra vez fue la otra vez... Ahora vamos a ponernos para ésta, ¿no?

Siguieron unos minutos en silencio, de consultas al reloj y miradas desconfiadas a los alrededores. Cayetano paseó la mirada sobre los arrecifes. Un nervio le daba latigazos en el rostro y, muy a menudo, se mordía los labios. Era el más inquieto. Se estremecía al imaginarse dentro de un calabozo, o agobiado por el interrogatorio de algún fiscal.

—Yo no estaré tranquilo hasta que no vea otra tierra.

—Yo no pido tanto, Cayetano —le respondió el Chino—. Yo daré esto por hecho cuando arranque los motores de «Mi Sueño».

Tony sentía bastante admiración por el Chino, escuchaba con atención sus palabras, y la alusión a «Mi Sueño»

ño» alimentó ese sentimiento que estaba ligado a una dosis de apego a la aventura:

—¿Es buen barco «Mi Sueño»?

—Sí; buen barco sin duda, muy marinero.

—Lo conoces bien, ¿eh?

—Claro, de memoria. Puedo trastearlo de proa a popa con los ojos vendados... y echarlo a andar así... Lo conozco bien, sí.

—¿Por qué le pusieron ese nombre, eh? Seguramente por algún sueño que tuvo tu padre... vaya, de tener un barco así... digo yo.

—Ya tenía nombre cuando mi padre lo compró, pero es probable que el dueño anterior haya hecho lo que te imaginas... tal vez lo inspiró un sueño que se hizo realidad.

—Quería hacerte otra pregunta, pero...

—Sí, hazla...

—No sé... ¿no te duele un poquito robarle el barco a tu propio padre?

—Eso no importa ahora.

—Ven acá, y si aquí se creen que él estaba metido en el lío... vaya, que él se puso de acuerdo contigo para que se lo llevaras. ¿No tienes miedo de que no le crean cuando haga la denuncia y lo cojan preso?

—No te preocupas, que él cogerá una indignación convincente. Ya me lo imagino. Nadie dudará de su inocencia en este caso. Claro, que le harán preguntas, lo llamarán, lo molestarán, pero nada más. Para él lo peor será que yo me haya ido. No me imagino cómo reaccionará. Pero te repito que nada de eso importa ahora.

—¿Y el carro? Seguro que lo pierdes. ¿Qué lástima dejarlo botado ahí!... Seguro que se lo cogen los del G2, y la casa, y todo lo que dejes...

Cayetano escuchaba impaciente. Le molestaba la ingenuidad del muchacho, su tonta alusión a las cosas perdidas. A las cosas que nunca más iban a necesitar.

—Ah, pero ¿qué le pasa a este idiota? ¿Tú no sabes que aquí el que se va pierde lo poco que le dejaron tener? ¿Por qué se va a preocupar uno? Si le cogen el carro que se lo cojan. Allá compra uno mucho mejor, del año, y después se retrata en colores con él y manda la foto para que aquí se revienten de envidia. Con el dinero que vamos a ganar no tenemos que preocuparnos por las cosas que hemos dejado aquí.

El Chino lo miró sonriente. Movi6 la cabeza pensando que era un caso sin remedio el de este millonario silvestre.

Lleg6 el oscurecer del 6 de octubre de 1969. Entonces, cumpliendo un programa estructurado con meticulosidad, el Chino se acomod6 frente al volante de su viejo auto Studebaker, modelo 52, pintado de verde, y puso el motor en marcha. Durante media hora estuvo recorriendo el casi solitario camino que regresa a La Habana. En ese tiempo revis6 mentalmente las cosas que le quedaban por hacer. No quería desatender ningún detalle. Casi llegando a Cubanacán torci6 el rumbo por un camino hacia la costa y detuvo el auto a la vista del muelle donde permanecía «Mi Sueño», prisionero de dos bitas. Lo observ6 un rato desde allí, a través del parabrisas. Así, a simple vista, le pareci6 que daría la talla en la empresa a la que estaba destinado. Se lo imagin6 desafiando las fuertes corrientes del canal. «Verdad que parece un buen barco», murmur6.

Elev6 los cristales de las ventanillas, cerr6 las puertas con llave; y camin6 hacia el sendero pedregoso que

conducía a la línea de la costa. La guardia fronteriza no estaba como era su costumbre por los alrededores del solitario muelle. En vano los buscó con la vista. Dio voces por si los centinelas se encontraban ocultos; pero nadie le respondió. «Bueno, mejor todavía.» Ahora estaba mucho más cerca de «Mi Sueño». El barco esperaba casi inmóvil, silencioso, como dibujado en el paisaje marino. «Vamos a ver cómo te portas, no me vayas a hacer quedar mal.» El Chino lo miró un rato como si le pidiera excusas por tener que sacarlo de aquella paz. Por fin saltó a bordo y soltó las amarras. Dejó que poco a poco, por inercia, la nave cayera hacia el este, y con la ayuda de un bichero la apartó lo que pudo de la orilla. Cuando estuvo bien separado, puso en marcha el motor, giró el timón y enfiló rumbo al oeste, para regresar por mar al punto de partida. Ya estaba liquidado lo del desatracque. La próxima etapa no era menos difícil: pasar inadvertido en su travesía paralela a la costa, y recoger a Tony y a Cayetano. Uno de los intentos anteriores había fracasado precisamente en ese punto crucial, cuando perdieron todo el tiempo buscándose unos a otros en medio de la oscuridad. Pero esta vez el encuentro se logró sin complicaciones serias. Tony y Cayetano, que ya estaban metidos en el agua, nadaron aproximándose hacia el barco. Sólo hubo un contratiempo risible: Cayetano era un buen nadador. Un pescador submarino experimentado. Todo eso, según las fábulas que contaba para no quedarse atrás respecto a Tony, que era un legítimo buzo, y al Chino, que le había demostrado ya sus cualidades. Pero a la hora de la verdad, cuando se dirigían hacia «Mi Sueño», no pudo más y trató de asirse a su amigo para no sumergirse definitivamente. Entonces ninguno de los dos lograba avanzar. El Chino se percató de lo que pasaba y decidió acercarse más a la costa, con

lo cual violaba las normas de seguridad acordadas de antemano. Ayudó a subir a Cayetano, el gran nadador, quien después de asirse fuertemente a su salvador, cayó extenuado sobre la cubierta. Allí permaneció casi toda la travesía, porque el vaivén del mar le producía náuseas. Por el contrario, Tony permaneció muy activo y se convirtió en el auxiliar incansable del Chino, que era el navegante. Mientras achicaba la sentina, alejaba alguna herramienta o vigilaba el horizonte, sometía a su capitán a una lluvia de preguntas:

—¿Y esas luces?

—Santa Fe.

—¿Y allá? Aquéllas...

—Baracoa.

—¿Y eso?

—Un barquito.

—¿No será una torpedera o un guarda costas?

—No.

—¿Vienen hacia nosotros?

—No; no vienen.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Lo sé por las luces de situación. Para venir hacia acá tendríamos que ver una luz verde a la izquierda y una roja a la derecha.

—¿Hacia dónde va entonces?

—Hacia el norte, y bastante rápido.

—Entonces, ¿por qué no puede ser una torpedera?

—La torpedera es más rápida aún. Además, iría en **black out**.

—¿Black out?

—Con las luces apagadas, viejo.

—¿Cómo sabes tanto de mar?

—No sé nada, solamente navegar un poco cerca de la costa, pero se va cogiendo experiencia.

—¿Cuánto tiempo llevamos? A mí me parece casi una hora.

—No. Es la impaciencia que te alarga el tiempo. Tan sólo llevamos unos veinte minutos.

—¡Veinte minutos nada más! ¡Eh! ¿Y aquello?

—¿Dónde?

—Ahí, a la derecha, esa luz.

—Ah, ése es el Morro.

—¿Qué? ¿El Morro? ¿Y cómo el Morro? No puede ser. ¿No vamos pa'llá pa'l norte?

—Es que lo vamos dejando atrás.

—¡Como confunde el mar!

—Si te dejas confundir...

A las tres horas y media de navegación ya no se veían los destellos del Morro. Su látigo de luz ya se había sumergido por completo en la oscura noche del mar. Ahora, detrás de «Mi Sueño», sólo quedaba el tenue resplandor de la ciudad. ¡La Habana! ¿Volverían a verla otra vez? ¿Volverían a pasearse por sus calles, a tostarse bajo su sol? ¡Quién sabe! ¡Cuánta gente dijo en vano voiveré! El timonel miró aquel lejano reflejo donde se iba quedando toda su existencia anterior. La niñez, la adolescencia, los juegos infantiles, el primer amigo, el primer trabajo, tantas cosas pasadas. Los recuerdos se le iban representando como imágenes del cine, hasta que un alboroto de Cayetano, que se revoicaba doblado por las náuseas, lo sacó de aquel camino que le conducía a la nostalgia. Después de todo se alegró de la interrupción. Era mejor así. Olvidar. Mirar hacia adelante y no hacia atrás. El futuro estaba allí donde la afilada proa cortaba las aguas y no en el halo blanquecino que iba desapareciendo poco a poco detrás de la popa. ¿Cómo sería ese futuro? En general, los tres pensaban más en el mañana que en el pasado, en los signos de interroga-

ción que se abrían a cada momento y no en los peligros dejados a la espalda. Lo primero era vencer la impaciencia. Los minutos no parecían de sesenta simples segundos. Los minutos en el mar se estiran sin fin. Aquella tranquilidad, aquella monotonía, y el predio limitadísimo de «Mi Sueño» con el perezoso sonido de su motor, requerían de una verdadera paciencia marinera. Y esa paciencia tan necesaria sólo la tenía uno de los tres.

—Cualquiera dice: es muy fácil. Nada más saltar el charco y ya —el más joven de la tripulación razonaba, buscando algún apoyo para su impaciencia—; pero aquí arriba es distinto. ¡De verdad que hay que echar!

—¡Que si hay que echar!

—Ya no se ve la tierra... nada más ese reflejo que va desapareciendo. Pronto ya no se verá. Eso quiere decir que ya hemos avanzado bastante, ¿eh?

—Hemos avanzado un poco, un poco. Todavía tenemos mucho mar por delante. «Mi Sueño» no es una lancha rápida; no se le puede pedir más. Se hizo para pescar apaciblemente, no para huir. ¿A quién se le ocurre huir a unas seis millas por hora? Si nos llegan a ver...

—Pero, ¿cuánto hemos andado?

—Hasta ahorita mismo estuvimos viendo ese destello del Morro que tiene un alcance de dieciocho millas; así que tú mismo lo puedes calcular. Puedes asegurar que por lo menos hemos avanzado eso: dieciocho millas...

—Si a noventa le quito dieciocho...

—No saques esa cuenta... noventa si vamos hacia allá directamente, pero aquí no llevamos ni un sextante.

—Entonces, ¿cuántas horas crees que faltan?

—¿Cuántas tú te imaginas?

El muchacho pensó un poco antes de responder, y ese era lo que en realidad buscaba el navegante, cualquier conversación que le espantara el sueño.

—Bueno, yo me imagino que lleguemos a medianoche.

—¿A medianoche con esta tortuga?

—¿No?

—¿Qué va! ¡Te quedaste demasiado corto!

—¿Entonces?

—Yo creo que llegaremos al amanecer.

—¿Al amanecer? ¿Y no puede ser antes?

—Después sí, antes no. Así que por lo menos al amanecer, con buen tiempo y sin complicaciones. ¿Cuál es tu apuro? ¿Mandaste algún aviso para que fuerán a recibirte?

—No, chico, es que me impaciento.

—¿Por qué?

—Es que miro y miro y nada más que veo mar. Y ahora te pregunto, y me dices que es al amanecer.

—¿Y qué tienes en contra? ¿No te gusta el amanecer en el mar? No es cosa que puedas ver todos los días...

—Per mí, como si no lo veo nunca. Yo lo que quiero es llegar.

—Hubieras separado pasaje por avión. Debiste suponer que «Mi Sueño» era más lento.

—La cosa no es pa jugar, Chino.

—Aquí no se puede tener prisa. Trata de pensar en otra cosa, o que estás de pesquería, o mira las estrellas, o habla de cualquier cosa y tú verás que es mejor.

La medianoche en el mar es noche por completo. Las estrellas son más estrellas y la oscuridad es más oscuridad. Después de las doce, ya no hubo más preguntas. El silencio también fue más silencio. Cayetano estaba liquidado. Se sentía demasiado enfermo, haciendo por vomitar más de lo que podía, casi desmayado, sin poder decir nada. Tony no sufría las travesuras del mar, pero se le veía derrumbado por dentro, con la mirada clavada al otro lado de la proa, ansioso, tratando de calcular

cuánto mar le quedaba por delante. El Chino lo miró de reojo. Parecía una estatua.

—¡Oye!

El muchacho ladeó la cabeza y miró al Chino, que seguía de pie frente al timón.

—¿Qué?

—¡Ah! Creí que te habías dormido.

—Lo mío no es sueño.

—Sí; ya sé que no es sueño.

—Ojalá pudiera dormirme, que me despertaras al llegar, pero qué va. Lo que quiero es ver ya un pedazo de tierra, aunque sea un cayito, una lucecita, algo, cualquier cosa que no sea mar y mar y mar.

—Haz lo que te digo: entretente, háblame de cualquier cosa, y así también me ayudas a espantar el sueño.

—Tch. ¿De qué te voy a hablar?

—De cualquier cosa, viejo. ¿Quién ha visto a un cubano preguntar eso? ¿Nunca has estado en un velorio, o en una guardia, o esperando algo? Te pones a hacer cuentos, a meter mentiras, a contarme una película o cualquier cosa con tal de mantenerme despierto.

El muchacho buscó algo de qué conversar. Habló un poco de sus planes para el futuro desconocido. Habló de los familiares que dejaba y de los que lo esperaban allá, de su importante tío, que también era un hombre de mar, gente vieja en la CIA, con historia. Especuló acerca de lo que sería de él cuando pudiera asentarse, trabajar, como otros que se habían ido antes y le escribían contándole sólo de bienestar y progreso. Habló y habló hasta que el Chino tuvo dudas acerca de cómo lograr un mejor desvelo, si escuchando aquellas fábulas increíbles o, por el contrario, mandándolo callar.

Poco después de la una de la madrugada rellenaron el tanque de petróleo. Era una necesidad y, al mismo

tiempo, sirvió para estirar los músculos y desperezarse. Después se produjo un nuevo silencio. Tony volvió a hundirse en sus preocupaciones y el Chino se concentró en la travesía, sin necesidad de que nadie lo entretuviera. Podía conversar consigo mismo. También tenía muchas dudas para mañana. Y no deseaba tratarlas con los demás. Poco después del amanecer, como si hubiera estado esperando el arribo previsto por el Chino, Cayetano dio señales de vida. Se levantó poco a poco, se frotó los ojos y miró al horizonte. No había tierra. Sintió un sobresalto, pero trató de no exteriorizarlo. No quería aparecer como el más preocupado por el asunto. Se podía aprovechar de las preguntas que hiciera Tony y aparentar ecuanimidad. Pero su estampa no era la más apropiada. Tan pronto se pudo mantener en pie, trató de justificar su precaria situación anímica:

—¡Que me pase esto a mí, caballeros! ¡A mí! Primera vez, se lo juro. Con lo que yo he navegado en mi vida, con los sofocones que he pasado en el mar, y que venga a caerme ahora en esta simpleza, cruzando el charco.

Exageraba a sabiendas. No era tan fácil como él decía, sencillamente «cruzar el charco». Muchos ilusos habían creído eso para su desgracia y encontraron allí la muerte. No era tan sólo cruzar. No se trataba de la lanchita de Regla.

Hasta el amanecer eran sólo dos los preocupados, y el Chino se mantenía como al principio. Pero un poco después, cuando el sol comenzó a elevarse, se sumó para completar el trío. No lo dijo a fin de evitar el caos, pero ahora sí le extrañaba la demora. Algo dentro de los cálculos había salido torcido. Por lo menos debían de tener un indicio de cercanía a la costa, pero nada. Para dondequiera que miraba, sólo veía mar. ¿Hasta cuándo podría engañar a los otros, aparentando que todo mar-

chaba bien? ¿Estaban realmente atravesando el canal rumbo a Miami? ¿No les habría jugado una mala pasada el mar?

—Tú dijiste que al amanecer, ¿eh?

Tony valoró un reproche en estas palabras, y esperó el resultado. Pero el Chino ya estaba preparado para algo así.

—Tienes mala memoria. Dije que llegaríamos al amanecer «cuando menos».

—¿Ajá? Y entonces, ¿cuándo más? ¿Pasado mañana?

—¿Quién sabe! Así son las cosas en el mar.

—Sí; pero noventa millas siempre son noventa millas, ¿no?

«Mi Sueño» seguía avanzando solitario en medio del desierto azul, cortando las olas de manera uniforme, sacándoles un suave susurro incansablemente con su proa despintada y firme.

«Es un barco muy marinero —pensaba el timonel—, pero demasiado lento.»

Al final recelaba. Aun contra su voluntad se veía asaltado por las dudas, porque le venían al recuerdo episodios navales capaces de sobresaltar al más sereno navegante.

A las nueve de la mañana desayunaron limonada y galletas. Después volvieron a rellenar el recipiente del barco con petróleo. Pero esta vez utilizaron todas sus reservas. O mejor dicho, casi todas, porque el Chino separó un galón, lo acomodó cerca de él, debajo del timón y advirtió:

—Este lo administro yo.

Esperó un rato para ver si saltaba un disidente, y poner entonces las cosas en claro. Cayetano estaba de nuevo en malas condiciones. No lograba sobreponerse a

los mareos. Trataba de llenar de aire sus pulmones como buscando fuerzas para resistir. No tenía los ánimos listos para una discusión y mucho menos si se trataba de asuntos que no podían estar en mejores manos que las del Chino. Reconocía que sin él no habrían podido dar el salto, y lo dejaba todo a su cargo. Pero Tony sí estaba alerta. Le chocó la advertencia. Se creyó merecedor de una explicación, que se le aclarara la causa de aquella medida. No porque quisiera contradecir, ni porque tuviera una mejor idea de cómo utilizar el combustible, sino porque detrás de todo aquello barruntaba complicaciones.

—¿Dices que lo administras?

—Aja. ¿Estás en contra?

—No puedo estar ni en contra ni a favor, porque no sé lo que te traes entre manos.

—Sólo he guardado un poco de petróleo.

—Y yo no comprendo para qué vamos a guardar ese poco. Suponte que se acaba todo el que echamos. ¿Para qué te sirve este galón? ¿Y qué vas a hacer con él fuera del tanque?

—Yo te lo puedo explicar enseguida, es muy sencillo. Ya no nos quedan reservas. Estaremos navegando hasta que se termine lo que tenemos dentro del tanque. Yo, por lo menos, no estoy seguro de que nos alcance para llegar a Key West...

—¿Y el cálculo que hiciste en Cuba?

—Fue eso, un cálculo. Después «Mi Sueño» bebí más de lo que habíamos pensado.

—Y si no estás seguro de que alcance, ¿no es peor que quites además otro galón?

—No.

—Bueno, tú entenderás; yo no.

—Mira, cuando se nos acabe el combustible del tanque, nos quedaremos al paio, es decir, dando vueltas

sin gobierno, a donde nos lleven las olas. Este galón de reservas nos servirá para llegar a alguna parte cuando tengamos a dónde dirigirnos. Si gastamos todo el combustible y nos quedamos al garete, puede suceder que veamos algún barco pasar a lo lejos y que no tengamos con qué alcanzarlo, ¿entiendes? O vamos a parar a algún lugar y vemos un cayito a lo lejos, pero no tenemos con qué llegar...

—Ahora sí entiendo.

Tony volvió a admirar a su amigo navegante. No hubo más comentarios. El Chino volvió a concentrarse en la navegación, sin perder de vista el galón de reserva. Los otros quedaron satisfechos, pero lo peor del asunto había quedado en secreto. No era aquella una tripulación percatada de sus riesgos ni preparada para las adversidades. Dárselas a conocer podría conducirlos al caos, al pánico. Mejor se reservaba los temores. Lo peor era el tiempo transcurrido llevando supuestamente el rumbo norte sin encontrar nada en su camino. Ni siquiera un vestigio de humanidad. Al Chino le parecía demasiado sospechoso el hecho de que todavía no se hubieran internado en la cayería de la Florida. Él había calculado con demasiado optimismo la capacidad de avance de «Mi Sueño». Navegando toda la noche debía dar algún resultado. Pero llegó el amanecer, y pasó el tiempo, y las primeras luces del día no trajeron la confirmación alentadora.

«Al amanecer, el sol me dio por el costado derecho, así que íbamos bien. ¿Qué puede haber ocurrido entonces? Ojalá que no me coja el mediodía, porque entonces el sol estará sobre nosotros y de nada nos servirá para orientarnos. ¿Qué habrá pasado! ¿Y si me metí hacia el Golfo y estoy dando vueltas por él? ¿Y si me desvié demasiado hacia el este? A lo mejor ya me pasé y estoy

navegando paralelo a la costa norteamericana. A lo mejor ahorita vemos a Nueva York, o peor aún: quizás me tumbé demasiado hacia el este y me estoy adentrando en el Atlántico. Entonces sí que me arrastran las corrientes y no voy a ninguna parte. Nos quedaremos sin comida y sin agua hasta que alguien nos encuentre, o quizás nos encuentren demasiado tarde. Entonces sí va a ser dura la cosa, pero qué remedio. Yo creo que lo mejor será esperar un poquito más para ver qué pasa, y nada de comentar estas dudas. Empeoraría las cosas a cambio de nada. Así lo mejor es fingir, comportarme como si todo anduviera viento en popa y reírme de sus temores, aunque yo también los lleve por dentro.»

—Tengo hambre.

Tony tenía por qué quejarse. El desayuno de limonada y galletas no compensaba las fatigas del viaje. Pero ya el Chino, contando con una posible emergencia, tomaba sus medidas de racionamiento. Tony se quejó para ver si provocaba alguna concesión; pero carecía de la agudeza suficiente como para deducir, por lo reducido del menú, la gravedad del momento. Después de todo no estaban en un picnic. Cayetano estiró los brazos y se movió un poco, recuperado del susto y de las náuseas. Se ató un pañuelo sobre la cabeza y aspiró el aire marino del mediodía. Junto con sus energías afloró también su personalidad:

—¿Cuándo es que se almuerza?

—Es muy temprano, hay que esperar.

—Esto no es jamón, caballeros. ¡Que se sepa! Esto no lo resiste todo el mundo... tú verás cuando lleguemos. La gente se va a asombrar, y vamos a salir hasta por la televisión; acuérdense de lo que les digo.

—Eso a mí me importa poco —opinó Tony con desdenguado—. Lo que yo quiero es llegar a alguna parte, a

cualquier parte, aunque sea a un lugar solitario donde no encontremos a nadie que nos dé la bienvenida; pero el caso es sentir que tengo los pies sobre algo firme y no sobre este constante bamboleo.

—Oye, Tony, ¿no será que tienes miedo?

—No es miedo viejo... es lo que molesta. Mira cómo te puso a ti, así que no alardees mucho, porque no has hecho muy buen papel. ¿Miedo? ¿A esta hora qué peligro puede haber? ¿No es cierto, Chino?

«Qué peligro puede haber. Además de que no sabemos dónde estamos, además de que no quedan más que unos litros de agua y unas galletas zocatas, que no hay dónde verificar el rumbo y que ahora es la temporada de nortes y turbonadas. Además de que ya se acaba el combustible, ¿qué peligro puede haber! Y yo debo responder que ninguno, para bien mío y de todos.»

El Chino detuvo el motor. Porque ahora el sol no le orientaba y porque además debían almorzar. «Mi Sueño» quedó otra vez al paio. Cayetano se quejó de que así empeoraba su estabilidad y regresaban sus malestares.

—Ahora el sol está sobre nuestras cabezas y no puede orientarnos —explicó el Chino—. Vamos a almorzar y descansar un poco hasta que se incline algo y nos vuelva a servir de ayuda.

El menú del almuerzo estuvo a la altura del desayuno. Sólo que las galletas estaban un poco más zocatas. El Chino buscó la manera de desviar la atención respecto a las pobres provisiones colectadas para un viaje sin complicaciones.

—Es lo que se llama un mediodía bonito —dijo— con un tiempo ideal.

Cayetano interpretó estas palabras como una burla.

—¡Bonito! ¿Bonito para qué?

—¿No te das cuenta? Mira qué día más claro, qué sol, qué visibilidad, y bate una brisa fresca.

—A mí qué... yo no he venido a pasear.

—Pero, bueno, de otra manera sería peor, ¿no?

—¿Peor que esto? Dale y dale y no vemos tierra por ninguna parte, y esta mierda se mueve cada vez más. ¿Hay algo peor que esto?

—¿Ya se te olvidó lo que dijiste ahorita? Es verdad, esto no es jamón, Cayetano, pero si te arrepentiste puedes bajarte cuando quieras.

Al tomar partido Tony se sintió obligado a apoyar al Chino. Durante la noche se había creado cierta dependencia mientras le ayudaba en la navegación y conversaba con él para que pudiera mantenerse despierto, y presentía que ahora era su deber mantener esa postura.

—Mira, Cayetano, tú te pasaste toda la noche ahí tirado y ahora quieres tener voz y voto y que todo se resuelva como mejor te convenga.

—¡Eh! Tú parece que no quieres llegar con los huesos sanos. ¿Qué te pasa conmigo?

El Chino rompió la disputa con otra mala noticia:

—Dejen eso ya... mejor ahorren las energías, pues las van a necesitar. A partir de ahora el agua queda racionada también. La tengo yo.

Cayetano dio un salto, olvidando de repente su padecimiento. En su cara se reflejó un sentimiento de desprecio y rechazo. Se vio necesariamente opuesto a aquella advertencia que no estaba respaldada por más jerarquía que la impuesta por la práctica. Con las pocas energías que le quedaban se dispuso a disentir. En el empeño trató de utilizar a Tony:

—¡Eh! ¡Ahora sí! ¿Pero este hombre se ha vuelto loco? ¿Qué es lo que se piensa de nosotros? ¿Quién le ha dicho que es el jefe? No lo podemos permitir, Tony...

Primero quedarnos al paio teniendo petróleo para seguir; después, que hay que pedirle permiso para tomar agua... ¿Qué es eso? Se cree que es el dueño del negocio. No puede ser, Tony, no se lo vamos a permitir... Mira lo que parece con el timón en las manos, el petróleo a un lado, el agua al otro, ¿y tú y yo no pintamos nada? Éste no es el oeste, mi socio, ni nadie te ha hecho sheriff.

Tony aclaró su posición:

—Él sabe lo que hace; nos ha traído hasta aquí.

—¿Quién trajo a quién?

La actitud de Cayetano era evidente. Su agresividad no dejaba dudas. El Chino dejó que el barco fuese a cualquier parte y dio la espalda al timón.

—El único que no trajo a nadie fuiste tú, Cayetano, que apenas te has podido levantar de la cubierta.

—Aquí nadie trajo a nadie, que se sepa. Y vamos a ver a cómo tocamos con el agua y el petróleo... No voy a permitir que tú lo manichees todo como te dé la gana.

Hizo un gesto tentativo. El Chino puso una mano sobre el depósito de agua.

—Si te acercas nada más, tiro todo al mar y entonces sí vamos a ver a cómo tocamos. Así que decide... mejor te conviene estarte tranquilo.

Bastó con esa advertencia para aplacar los alardes de Cayetano. En esos instantes el mar comenzó a encreparse. Parecía ponerse de acuerdo con el Chino. Cayetano comenzó de nuevo a sufrir las terribles náuseas que lo habían afectado durante todo el viaje.

Cuando Tony lo creyó prudente, «Mi Sueño» volvió a avanzar entre las aguas del canal. Viendo las piruetas convulsivas de Cayetano, Tony comprendió que había hecho muy bien en ponerse del lado del navegante, del

tipo «bárbaro» que continuaba allí de pie, prendido al timón, confiado, tranquilo, como aquel navegante genovés que se vio obligado a enfrentarse a la rebelión de sus incrédulos marinos, que no le perdonaban la demora del arribo a la tierra prometida. Pero Tony exageraba en su criterio sobre la ecuanimidad, demostrada por su amigo. Llegaba a confundirla con una certeza, cuando sólo era una osadía. Estaba ajeno a las preocupaciones no exteriorizadas y crecientes del capitán del «Mi Sueño», quien pasada la hora del mediodía comenzó a darle crédito a sus temores sobre una posible equivocación en el rumbo seguido. A cada rato miraba hacia el cielo, sobre su cabeza, donde el sol, muy despacio, cayendo hacia el oeste, le regateaba sus cualidades orientadoras. A él le bastaba poca cosa, un ligero ángulo abierto sobre el mar. Pero el sol demoraba su curso. La idea de haber rebasado la línea de la tierra firme, le hizo volver a los cálculos sombríos.

«Creo que me pasé de listo. ¿A dónde habré ido a parar? ¿Bastará con que racione las provisiones? ¿Hasta cuándo podré mantenerlos en orden? ¿Qué harán cuando ellos también comprendan la gravedad de la situación? ¿Quién sabe qué pasará! Es casi como quedarse solo sujeto a la providencia. ¿Qué otra cosa puedo hacer que esperar? Quizás se me ocurra algo mientras se consume el último petróleo.»

A la una y treinta ya el sol era otra cosa. El Chino tomó en cuenta este detalle y enderezó ligeramente, rumbo hacia estribor. «Ahora sí, ahora no me caben dudas.» Los temores comenzaron a diluirse, pero él prefirió mantener la discreción que tanto le había servido durante la incertidumbre. De ahora en adelante todo sería más fácil, y alguna tierra debía aparecerse de repente, casi mágicamente, ante sus ojos. A la una y cin-

cuenta el mar volvió a estar sereno. A esa hora, Cayetano, de nuevo revivido, había iniciado una larga y pesimista conversación con Tony, que lo escuchaba conmovido. El Chino también se puso a escuchar, como si se encontrase en un velorio entre desconocidos. Cayetano hablaba con afectación y su tema daba vueltas a la tragedia del éxodo marítimo.

Habló del barco repleto de emigrantes que hacia algunos años se tragara el canal; del niño que arribó deshidratado, muerto, sin llegar a saber a dónde iba, que agonizante, no entendía el porqué de aquel molesto paseo de los padres; del hombre que reclamaba desesperado auxilio del Coast Guard, cierto día en que las naves no podían salir a buscarlo a causa del mal tiempo; de la balsa que recaló una mañana, trayendo a un solitario navegante atado fuertemente a ella, pero ya muerto a causa de la sed; de la mujer que se volvió loca y se lanzó a los tiburones cuando ya estaba al recalar en las playas de un islote en las Bahamas. Hizo cuentos fantásticos acerca del temido Triángulo de las Bermudas, con sus buques fantasmas y errantes; relató cruentas luchas en alta mar, entre bandidos, piratas modernos sobre lanchas artilladas, no menos sanguinarios que el Olonés, piratas que primero disparaban y después preguntaban, y que nunca se sabía lo que podría salir de un encuentro con ellos. Y contó también acerca de las torpederas de Castro, veloces y ligeras; y de sus marinos, capaces de perseguirlos hasta las mismas costas de Miami y raptarlos aun en las propias narices de la «neivi» americana. Cayetano hablaba soltando de vez en cuando alguna brabuconería, algún alarde, quizás tratando de espantar su propio miedo:

—¡Pa qué fue aquello, compadre! Lo que salió de esa lancha torpedera fue una lluvia de plomo de todos los

colores. Barrió con balsa y todo sin dar tiempo a lanzarse al agua. ¡Candela fue lo que metió! ¡Esto no es jamón, caballeros!

El Chino se mantenía callado. Ya no temía la reacción que pudiera causar la charlatanería de Cayetano. Dejó de atenderle y se puso alerta, vigilante, esperando que en algún punto del horizonte apareciera la evidencia de la costa. Hasta que por fin pareció encontrar precisamente lo que buscaba:

—¡Eh, miren al agua!

—¿Qué pasa?

—El mar, ¿no se dan cuenta? ¿No ven cómo el agua ya está cambiando de color? Miren allá, ¿no la ven más clara?

Tony se asomó a la borda por la amura de babor. Desde allí comprobó la observación del navegante. En efecto, el agua comenzaba a tornarse más clara.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Tiene que ver, en primer lugar, que es una buena noticia. Ese cambio del color significa que la plataforma continental está más próxima. La tierra firme, ¿comprendes? Los Estados Unidos. Y quiere decir que si seguimos este rumbo, muy pronto estaremos acercándonos a esa tierra firme.

Tony estalló en gritos de alegría, dio saltos sobre cubierta y gesticuló alborotado; pero Cayetano conservó su pesimismo, porque para él la única buena noticia aceptable debía ser la aparición palpable de una playa. No le dio ninguna importancia al descubrimiento. Sin embargo, otro hallazgo se unió enseguida a la mutación de los tintes marinos. Tony descubrió una boya que se mecía a babor. De inmediato aproaron hacia ella. Al llegar comprobaron que se trataba de señalizaciones utilizadas por algún pescador.

Cayetano soltó otra de sus incongruentes ideas:

—¡Ya está! Nos quedamos aquí mismo. El dueño de estas boyas tendrá que venir a recoger sus nasas, y él nos guiará a Miami.

Había pasado del pesimismo al optimismo. Pero el Chino le corrigió el exceso:

—¿Y si el pescador olvidó sus nasas? ¿Y si no piensa venir por ahora? Nos quedamos aquí cuidándole la pesca hasta que venga... ¡genial!

—¿Por qué no vemos qué hay en las nasas? —propuso Tony—. Quizás encontremos un verdadero almuerzo.

—¡Ah! Esa idea ya es mejor.

Izaron la trampa. Tenía langostas.

—Ahora sí haremos un buen almuerzo.

Allí estuvieron un buen rato. Se las arreglaron para preparar un raro plato de langosta que llamaron «a la boya»; almorzaron de verdad y hasta tuvieron una animada sobremesa con muchas especulaciones sobre el futuro inmediato, aunque Cayetano, pese a todo, seguía preocupado porque sólo veía el mar.

—Bueno, de nuevo adelante.

Reiniciaron la travesía. Al poco rato el Chino volvió a apagar el motor.

—¿Qué pasa ahora?

—Shhh, déjame oír...

Era el ruido apagado de un motor. Enseguida supieron de dónde salía. De un yate blanquísimo, elegante, con drizas brillantes y muy marinero. Llegó hasta un lugar cercano y se quedó meciéndose sobre las olas. El viento traía hasta «Mi Sueño» retazos de conversaciones en inglés y alguna música estridente. Un grupo de hombres y mujeres debía de estar festejando algo a bordo. El Chino inició un acercamiento, mientras Tony les hacía señales enarbolando una camisa. Pero ellos reían y gri-

taban, desentendidos de todo. Alguno se lanzó sobre la borda hacia el mar. Después el grupo lanzó a alguien más. Era una mujer. Estaba desnuda. Gritó mientras caía al agua. Ya estaban próximos al yate cuando vieron la confusión que creaba el descubrimiento de «Mi Sueño». La pareja de nudistas trepó rápidamente al barco mientras otra mujer se escondía dentro de la cabina. El yate se estremeció antes de emprender una fuga a toda máquina. Vieron que llevaba al revés la bandera de las franjas y las estrellas, y dejaron a flote varias botellas de Johnnie Walker y otros objetos flotantes de menor importancia.

—¿Ustedes vieron lo mismo que yo?

Tony asintió con asombro. Cayetano soltó carcajada tras carcajada. Le hacía mucha gracia aquella primera estampa de la tierra añorada.

Dejaron que el yate de recreo siguiera su rumbo. Era demasiado veloz y sus tripulantes no estaban en disposición de colaborar. El Chino volvió a tomar el rumbo norte. Casi por la proa apareció otra embarcación. No hizo falta hacer ningún esfuerzo especial para provocar su encuentro. Pararon máquinas en su espera. Los otros hicieron un ligero corte para pasar de largo por una banda. Era un barquito deportivo, de unos veintiséis pies, pintado de rojo y blanco. Cayetano les gritó, y esperó una respuesta emocionada; pero ellos se mostraron fríos y parcos. Eran tres hombres, indudablemente cubanos del exilio. Vestían ropas deportivas y usaban gafas contra el sol. Al parecer bebían y pescaban.

—¡Heeeey! ¡Somos cubanos!

—¡Ah, sí! Creíamos que eran mexicanos. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? ¡Que venimos huyendo! ¡De Cuba!

—¡Ah, qué bueno!

—¡De Cuba, del comunismo!

—Sí, ya sabemos...

—¡Estamos perdidos!

—¿Perdidos?

—Sí, el rumbo. No sabemos hacia dónde dirigirnos... para llegar a Miami, ¿sabe?

—¡Ah, es fácil! Atiendan bien la indicación. Sigán rectos por ahí hasta que se encuentren un asta con una bandera americana. Ésa es ya la entrada a una base naval... lléguense allí.

—¿Eso es ya Miami?

—No, Cayo Hueso.

—Está bien, gracias.

—Bueno, felicidades.

¡Cayo Hueso! Un asta, una banderita americana, y después Cayo Hueso.

Todas las contradicciones de la travesía, todos los rencores desaparecieron bajo un abrazo común. La alegría era inmensa, incontenible. La hazaña estaba lograda. «Mi Sueño» había dejado de ser una esperanza. Cayetano había olvidado los malos ratos, estaba eufórico, ya daba por hecho que sería un millonario. Tony miraba hacia atrás como si le pareciera mentira la distancia navegada. Como si todavía temiera que algo poderoso lo halara de nuevo hacia atrás. También sufrió cierta nostalgia. Como si no estuviera bien seguro de que era Miami el puerto que buscaba. También con miedo al futuro. El Chino se mantuvo imperturbable, como si lo más natural del mundo hubiera sido llegar hasta allí.

Pronto apareció el asta anunciada, y la banderita americana, y segundos después las siluetas oscuras de diferentes barcos de guerra, cada vez más grandes, imponentes. Desde botes y embarcaciones pequeñas, hasta guardacostas, fragatas, submarinos, acorazados y enormes portaaviones. Sus moles grises se confundían unas

con otras. Los grandes números en pintura blanca con bordes negros. Desde una de esas naves alguien comenzó a accionar un **blinker** y a lanzar señales hacia tierra.

A continuación se produjo la alarma general. Hubo un zafarrancho a bordo de cada barco. Se veía el corre corre de marines que se posesionaban de sus piezas de artillería. Como si estuviera a punto de estallar un gran combate. Enseguida una lancha rápida, con varios centinelas a bordo, vino al encuentro de los recién llegados.

—Hey, you... what's the matter!

—¡Somos cubanos! ¡Cubanos!

—Oh, yeah, cubans...!

III. Welcome

En la pantalla pequeña y azulosa se escenifica un partido de pelota de las Grandes Ligas. Las jugadas «espectaculares» se repiten de manera aparatosa durante el reñido encuentro. Son parte de la mercancía televisada. Lo mismo que cuando la cámara realiza un paneo sobre las vallas cubiertas de letreros. El locutor, exaltado, narra los lances con voz atropellada, aprovechando cualquier tregua para desatar una cascada de pequeñas menciones comerciales que llevan el sugestivo fondo sonoro de las multitudes. En el club de oficiales varios televidentes presencian atentos el desenlace del evento. Uno de ellos lleva un distintivo especial que lo identifica como el «oficial de guardia». Masca chicle y mueve nerviosamente la pierna que mantiene cruzada. Cuando escucha la alarma, se levanta de su asiento y sale aprisa susurrando maldiciones. En la puerta principal ya hay un grupo de colegas que comentan el acontecimiento. Uno de ellos informa al oficial de guardia:

—Unos cubanos que llegaron... eso fue hace sólo unos minutos.

La alusión a los cubanos bastaba para justificar la alarma y sin otros detalles el oficial de guardia comenzó a creer que se trataba de alguna complicación grave.

—¿Cubanos? ¿Qué dices! ¿A dónde llegaron, cómo?

—A nuestra base, señor... no se sabe cómo se metieron hace un rato entre nuestros barcos.

—Pero, ¿cómo es posible? Si ni siquiera he escuchado un disparo de fusil.

—Vinieron en forma pacífica. Son emigrados, nadie los vio entrar, y, como no conocen la zona, parece que nos confundieron con un puerto civil.

—¿Y qué hacían los centinelas?

—Dieron la alarma, señor.

—¿Cuándo? ¿Cuando ya ellos estaban aquí?

—Fue algo sorpresivo.

—Sí, sorpresivo... éscos hicieron bien: en confundirnos... Es precisamente lo que parecemos aquí, un puerto civil, no una base naval de los Estados Unidos. Indaga sobre la responsabilidad de los vigías.

—Cumpliré su orden, señor, pero admito que nuestros centinelas debieron de estar confiados. No esperarían ningún peligro de ese vetusto barco. No se trata de un acorazado o un submarino. Ante eso saben cómo responder, pero no están preparados para estas insospechables rarezas del servicio... Mi opinión es que estaban alerta, pero que no desconfiaron de los cubanos...

—Eso puede ser. Y también puede ser que ellos se entretenían mirando el juego de las Grandes Ligas, o tal vez dormían la siesta... ¡Quién sabe! Investigue usted y verá... Si hay responsabilidad, infórmeme, y si es como usted dice, páseles la cuenta por la negligencia. Déjelos por lo menos sin el próximo franco, para que les sirva de escarmiento.

—Entendido, señor.

—¿Qué tipo de embarcación dice usted que trajeron?

—¡Paf paf paf paf! —trató de imitar el sonido peculiar de un lento motor de petróleo—. Es una verdadera

pieza de museo. No me explico cómo pudieron cruzar el canal.

—¿Tienen todo en orden?

—Aparentemente.

—¿Corresponde el folio?

—La pintura es vieja, al parecer no hay trucos, pero los del Control Marítimo no han dado una respuesta concierne al folio. Dijeron que tienen que buscar...

—Eso es increíble. ¡Increíble! Sólo tienen que buscar en un tarjetero, por un orden consecutivo. Eso pueden hacerlo sin colgar el teléfono, diciéndonos sencillamente: «Espere un segundo. Ah, sí; el folio es correcto, se trata de tal barco...» ¿Qué justificación puede tener una demora?

—Quizás ellos también estaban al tanto del béisbol.

—No lo dudo. Llame de nuevo e infórmeme enseguida sobre el resultado. Sea enérgico con ellos, recuérdelas su deber... Estaré aquí esperando la respuesta. Una última pregunta: ¿avisaron a los de Inmigración?

—Sí, señor.

—Despáchenlos cuanto antes, pero de prisa, ¿eh? Que estén el menor tiempo posible dentro del área de la base. Vamos a tratar de evitarnos problemas... y mande registrar el barco, pero a fondo...

—Así será, señor.

—¿Ah! Me olvidaba de otra cosa... ¿Qué han dicho? ¿Alguno habla inglés?

—Ninguno. No parece gente importante, sino unos pobres diablos. Todo el tiempo han estado tratando de hacerse entender repitiendo algunas palabritas mal pronunciadas como «míster», «okey», «yunai», «giv mi guan cigaret»; pero nada más, así es que...

—Entonces tendrá que llevarles un traductor para que intervenga en los trámites. Yo personalmente le re-

comiendo que utilice a George. ¿Sabe a quién me refero? El muchacho que ayuda en la cocina. ¿Lo conoce?

—Sí, señor. Ya sé de quién me habla.

—Ya lo hemos utilizado en estos trajines. Lléveselo.

—Se alegrará de librarse por algún tiempo de pelar papas.

—No deje que se aproveche. Tan pronto termine, controle su reintegro. Ahora dese prisa, hombre, que salgan pronto de aquí...

El oficial de guardia volvió a su asiento frente al televisor. De nuevo su rostro reflejaba tranquilidad. Concentró su atención y trató de retomar el hilo de los acontecimientos deportivos. En la pantalla, un impresionante y bien logrado **big close up** resumió la iracunda protesta de un **coach** ante el desatinado veredicto del **umpire de home**.

Minutos después, un jeep Willys frenó de un modo aparatoso sobre la grava, frente al muelle donde «Mi Sueño», atado a grandes y pulidas bitas, parecía, en realidad, una pieza histórica, un raro eslabón perdido naval, que contrastaba con las gigantes fortalezas grises de la Armada. Un joven sargento, con inconfundible aspecto latino y un acento de portorriqueño, hizo las presentaciones de los otros dos oficiales de la base y de un agente de Inmigración:

—De la Armada... de Inmigración....

—¡Ah, mucho gusto, mister!

—Y yo, que haré lo posible por servirles de intérprete; aunque ésa no es mi profesión. El asunto que nos trae hasta ustedes es que estos señores oficiales desean informarles sobre la situación en que ustedes se encuentran ahora. Estamos en una zona militar, específicamente, en una base naval de los Estados Unidos de América. Por supuesto que la estancia de ustedes aquí deberá ser

efímera. No hace falta explicar las razones... hay otros aspectos que ellos quieren conocer. En principio, los motivos que provocaron este arribo a la base. Si se trata de un hecho accidental, o si ustedes, de un modo premeditado, buscaron llegar hasta este punto de la costa. En el caso de haber actuado de manera intencional, ellos necesitan saber quién los guió hasta aquí.

El Chino, que, insospechadamente para los demás, sabía inglés, tuvo que soportar la primera agresión a su dignidad humana dentro de los Estados Unidos, escuchando a aquellos funcionarios que utilizaron unos términos tan groseros y chocantes, que obligaban al improvisado intérprete a conformar a prisa su propia versión, completamente libre. Tony y Cayetano escuchaban encantados, sin imaginarse el real contenido de la conversación, que estuvo enmarcada dentro de este matiz:

—¿Qué les pasa? —preguntó el oficial.

—Los señores oficiales se preocupan por la actual situación de ustedes. Ellos desean conocer en qué forma podemos ayudarlos u orientarlos en lo que esté a nuestro alcance.

Cayetano, que al sentir sus pies sobre tierra firme y su cabeza libre de mareos se había vuelto muy activo, quiso aprovecharse desde el principio de la situación. No podía dejar pasar esta primera oportunidad para iniciar su añorado escalamiento hacia la cúspide. Frente a las autoridades yanquis asumió una postura arrogante. Autotitulándose portavoz del pequeño grupo de fugitivos, explicó:

—Mira, chico, yo te puedo aclarar cualquier cosa... Diles que somos cubanos, que venimos huyendo de Cuba, que nos fuimos porque allá la cosa no estaba muy buena para nosotros. ¿Me entiendes?

—Ellos son exiliados cubanos, señor. Dicen que han venido huyendo, pues la situación no era favorable para ellos con Castro, que eran perseguidos y escaparon.

—Ajá. Venir huyendo no es ningún mérito especial. ¿A qué diablos se dedicaban en Cuba? Ese que te habló tiene facha de maleante. Pregúntales por las profesiones.

—El señor oficial de Inmigración quiere saber ahora cuáles eran sus profesiones u ocupaciones habituales en Cuba.

—¡Ah, sí; cómo no!... éste, yo... yo y éste trabajábamos en una piquera como choferes de alquiler... taxis. ¿Entiende? No de los del Gobierno, sino con carros particulares... y Tony, que viene de pasar el SMO.

—¿Qué es eso de SMO?

—Servicio Militar Obligatorio... vaya, recluta obligado...

—Se trata de dos taxistas y un recluta.

—¿Dos taxistas y un recluta? ¡Qué buen chiste! Así es que yo abandono un partido de Grandes Ligas para venir aquí a recibir a estos tres muertos de hambre. ¡Qué bonito! Tan extenso que es el almanaque. Doce meses, cuatro semanas cada uno y que vengan precisamente hoy. Tenía que ser este día y este lugar. ¡Eso se llama fatalidad! Pues aquí tenemos bastantes taxistas y también bastantes reclutas, y quizás más idiotas que ellos, como los que los dejaron entrar. Lo mejor sería que se largaran de nuevo. Propónselo. Diles que les damos algunas latas de comida para que se maten el hambre y petróleo suficiente como para que puedan llegar a la Patagonia, con tal de que se larguen otra vez a casa.

El portorriqueño tomó aire antes de conformar su versión libre. Cada vez se le hacía más difícil cambiar a su modo los términos para suavizar el mensaje de sus

superiores. Parecía mentira que estos oficiales no consideraran la importancia que tenía la salvaguarda de la fachada exterior del país, el encanto de sus bases democráticas, la rectitud de sus preceptos teóricos, el engañoso espejismo de su ideología. Así, llanos y toscos, debían ser los rojos y no ellos.

—Háblales, ¿qué pasa?

—Dice que si han llegado aquí a causa de algún contratiempo, de dificultades en la navegación o accidentalmente, o por cualquier otra causa involuntaria, pues nosotros nos sentimos encantados de ofrecerles ayuda para que regresen a casa. Podemos entregarles alguna comida enlatada y el combustible suficiente para cubrir la travesía, para que así puedan volver sin más molestias ni necesidad de hacer algún trámite. ¿Qué dicen?

Cayetano sintió como si todo el cielo se derrumbara sobre su cabeza. A él no le podía ocurrir una cosa semejante. ¿Cómo iban a dudar así de sus intenciones? Miró al intérprete como suplicándole que entendiera de una vez aquellos propósitos que él estaba evidenciando claramente. Le parecía increíble que se creara aquella confusión. Tony, también inquieto, dijo algo entre dientes, como renegando de algo; y el Chino se mantuvo al margen, esperando, como si cualquier decisión le viniera bien de todos modos. Pero Cayetano estaba decidido a todo con tal de hacerse entender. Sujetó por un brazo al portorriqueño, lo sacudió y le repitió, lastimoso:

—No, chico, ¿qué va! Tú tienes que explicarnos bien cómo es la vuelta, que salimos huyendo de Cuba. ¿Oíste? ¡Huyendo! Y que no podemos virar...

Y volviéndose hacia los oficiales:

—Huyendo de Cuba, mister, del comunismo... huyendo de Castro, ¿comprenden? ¡Castro! ¡Comunismo!

¡Aquí, nada de regreso. Si regresamos nos espera el G2. ¿Oyeron lo que dije? ¡El G2!

Y pasó su índice bajo el cuello, simbolizando la afilada hoja de una guillotina, mientras repetía:

—Si regreso, chíguiri.

—Está bien, está bien... vamos a ver cómo enfatizo, cómo puedo ayudarlos, pero recuerden que yo no decido nada, yo solamente estoy sirviendo de intérprete...

—Y se dirigió a los norteamericanos—: Ellos huyeron de Castro.

Los oficiales asintieron al escuchar el apellido, que no necesitaba traducción.

—No desean regresar, pues tendrían que enfrentarse con las autoridades cubanas. Desean quedarse aquí de todas maneras, como fugitivos del comunismo. Ellos están seguros de que si se les hace retornar, correrían el riesgo de caer en manos de la policía política de Castro... del G2... Están aterrados ante la insinuación del regreso y me suplican que los ayude a explicarse, que desean quedarse en los Estados Unidos...

—Okey, okey... basta... díles que ésta es una base militar, que no somos diplomáticos, pero que los encaminaremos hacia los trámites de exilio. Vamos a andar rápido... tenemos que sacarlos cuanto antes de aquí. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Ya está todo resuelto, señores. Al fin pude convencer a los oficiales. Además de las razones expuestas por ustedes, agregué todo lo que pude de mi parte y ya ven el resultado: al fin ha dicho okey...

La euforia inundó el rostro de Cayetano. Habían vencido otro paso difícil. Ya estaban a las puertas del paraíso. Se volvió y le dijo al Chino:

—¿Te la llevaste? Okey, okay, y ya tú sabes... ya somos gente de la «yunai». Llegamos, mi hermano, y nos quedamos. Gracias a este buen socio que nos comprendió. Esto no se puede quedar así. ¡Qué va! Ahora vas a ver lo que hago...

El Chino sonrió indiferente. Estaba como pensando en otros problemas. En realidad estaba haciendo un esfuerzo por no exteriorizar la indignación que le había causado aquel encuentro, porque todavía le chocaban por alguna parte del pensamiento aquellas atropelladas palabras en inglés. Casi no se dio cuenta de lo que hacía su amigo cuando se sacó el Rolex de la muñeca y se lo entregó al fértil intérprete portorriqueño:

—Toma, mi socio, es tuyo... te lo regalo... para que lo guardes como recuerdo.

El hombre miró incrédulo. No concebía tal desprendimiento. Cayetano repitió su oferta. Entonces el intérprete soltó un rotundo «senkiu» y se apresuró a colocar el Rolex en su muñeca. Volvió a mirar al cubano con agradecimiento y curiosidad, como si no acabara de creerlo. Le dio varios apretones de mano al espléndido exiliado y se alejó de allí, quizás temiendo un inoportuno arrepentimiento.

El Chino también se resistía a creer aquello. De los alardes vocales de Cayetano a aquella acción de sorprendente filantropía, mediaba un abismo incomprensible.

—Pero, ¿tú estás loco?

Se encogió de hombros. Pero si era lo más natural del mundo. ¿Qué tenía de extraño?

—¿Loco por qué? ¡La verdad que se lo ganó! Ya viste todo lo que hizo a nuestro favor. Además, muy pronto voy a tener el dinero que quiera y entonces podré comprar una docena de Rolex si me da la gana.

A eso de las cuatro de la tarde, descalzos, vistiendo todavía los shorts con que habían hecho toda la travesía marítima desde el noroeste cubano, erizados bajo los rigores del gélido clima y con los estómagos airados y rugientes, recibieron la primera ración alimenticia, frugal y desacostumbrada: carne fría y café claro.

—Oye, Chino. ¡Mira esto, chico! —Cayetano levantó su plato y mostró con asco su contenido—. Yo creo que estos americanos nos están corriendo tremenda máquina. ¿En la tierra del jamón? Esto no puede ser...

—Pues parece que así es...

—¿Y tú te piensas comer esa piltrafa congelada?

—Yo no... pensaba tomarme solamente el café, pero deja que lo pruebes... es borra pura. ¡Qué distinto al de Cuba!

Escupió. Estaban bajo la observación de unos funcionarios que se miraron ofendidos. Otra vez el Chino tuvo que hacerse el desentendido con el idioma y sopor-tar las alusiones insultantes.

—¿Qué les pasa a éstos?

—Que són unos muertos de hambre y no conocen la buena comida. Seguramente en Cuba jamás probaron carne cocida y ahora no la asimilan. Aquí aprenderán a civilizarse.

—¿Por qué tendremos que cargar con ellos? Por eso el país no avanza.

—No te ocupes, ya los utilizaremos.

En eso vinieron a avisarles de que ya debían tomar el bus.

—Arriba...

—Pero, ¿de esta manera?

—¿De cuál, señor?

—Así, descalzos, sin camisas... ¿no nos van a dar al menos una muda de ropa y unos zapatos?

—Eso será después, ahora deben salir...

—Pero, ¿qué dirá la gente?

—¿Qué van a decir? Pueden viajar a Miami así como están. Esto es usual, ya verán a otros viajar en la misma forma.

—Pero hace frío.

—Es la falta de costumbre.

Casi tullidos tomaron el ómnibus para Miami. Antes recibieron instrucciones de que debían permanecer a bordo del vehículo cuando éste llegara a su terminal, hasta que un funcionario subiera y preguntara por ellos. Ese hombre los guiaría a un lugar adecuado. Iniciaron el viaje. Miami dista ciento cincuenta y ocho millas al norte; sin embargo, a ellos les pareció que recorrían medio mundo. Se acurrucaron en los asientos, pero el frío se colaba por los lugares más insospechados y los castigaba. Trataron inútilmente de dormir y terminaron conversando de los acontecimientos pasados y futuros. Tony, ansioso por el reencuentro con su tío; el Chino, mortificado por las incomodidades sufridas y por las que debían esperarles; y Cayetano, flotando entre quimeras como un alucinado. El freno de aire que marcó la última parada los sacó de un semiletargo. Los pasajeros bajaron en forma desordenada. Cayetano le dio un codazo a Tony para que se fijara en algunos hombres y mujeres. En efecto, un short era suficiente ropa para viajar de un lugar a otro de la Florida como si se tratara de un paseo por la Riviera. Todavía esperaron unos veinte minutos más antes de que un hombre delgado, alto y canoso se asomara al interior del autobús de la Greyhound y preguntara, haciendo alardes de un refinado español:

—Buenas noches, señores... ¿Son ustedes los recién llegados de Cuba?

—Sí, señor, nosotros mismos —respondió Cayetano saltando del asiento.

—Entonces debo darles la bienvenida a Miami... les deseo ventura...

—Muchas gracias, «senkiu»...

—Tengan la bondad de seguirme.

Bajaron del autobús y caminaron unos pasos hasta el Ford color blanco, modelo del año, que esperaba con las puertas abiertas. Su chofer manipuló el encendido.

—Ya sé que están fatigados, pero es necesario que sigamos viajando —dijo el guía alto y flaco, tratando de poner cara de peletero risueño, y le indicó al chofer—: Vamos.

—¿A dónde vamos?

Nadie respondió. Cayetano supo después, que se dirigían hacia el aeropuerto internacional de Miami. Estaban llegando ya cuando uno de los anfitriones, desde el asiento delantero, creyó oportuno revelarlo:

—Ahora estamos bajando al Express Way 195... ahora tomamos por el 112... aquí ya vamos hacia el aeropuerto de Miami... como si fuéramos por el Puente de la Libertad.

El Chino dedujo que los estaban manipulando de manera sospechosa y pidió una aclaración:

—¿Qué tenemos que hacer nosotros en el aeropuerto?

El viejo alto y canoso buscó su rostro en el retrovisor. Lo observó un rato antes de responderle.

—No se preocupe, amigo, no lo vamos a mandar de viaje hacia La Habana.

—Sería el colmo, pero me gustaría saber a qué vamos allá.

—Hacemos algo por ustedes, para que puedan quedarse. ¿No es lo que desean?

—Bueno, si es así...

—En el aeropuerto llenaremos los trámites legales de la entrada al país. Más claro: ustedes aparecerán como asimilados a través del Puente de la Libertad. Allí cada cual recibirá su *paroleo* y las demás atenciones previas a la ubicación definitiva. El resto depende enteramente de ustedes. Por mi parte, les deseo suerte y que la pasen bien.

—Y mientras no se produzca esa ubicación definitiva que usted ha mencionado —preguntó el Chino—, ¿de qué vamos a vivir?

—Su preocupación es extemporánea, señor. Está supuesto que usted vivirá de algo. Este país lo garantiza. Está dentro de sus leyes. No olvide algo: aquí las cosas son diferentes a las que ha estado viendo hasta ahora. No se preocupe, que no quedará desamparado. ¿Qué religión profesa?

—No sigo ninguna religión.

—¡Ah, qué lástima!

—¿Es un requisito?

—No, de ningún modo... claro, tiene que ver algo para la relocalización; pero si no es religioso, entonces lo que a usted le conviene es el Rescate Internacional. Ésa es la opción de los incrédulos. Si usted no es protestante ni católico, ellos le ayudarán.

—¿Qué es eso de relocalización?

—La Florida está saturada, no podemos dejarlos a todos aquí. Si ustedes no tienen ningún familiar que se encargue de respaldarlos en la Florida, entonces deben esperar la relocalización en otra parte. Los Estados Unidos son muy grandes; esto es sólo el sur.

Tony había decidido salir de Cuba alucinado por la imagen de una «tierra de libertad» donde reinaría una democracia absoluta, y saltaba ante cualquier alusión contraria a esta idealización. Por eso se atrevió a preguntar:

—Después de salir de Cuba huyendo porque no me gustaba aquella forma de vida, ¿no tengo la libertad de vivir donde más me guste aquí?

—No es problema de libertades, jovencito —le aclaró el flaco canoso—; lo que ocurre es que los cubanos han agotado la capacidad receptiva de nuestro Estado. Aquí seguimos admitiéndolos, pero ¿por qué no ir un poquito más al norte? Ah, no... es mejor no perderse el clima floridano. Allá arriba está el frío, el hielo. No les interesa si les decimos que allá tendrán mejores condiciones de trabajo y mayores oportunidades en general. Quieren quedarse aquí.

—Oiga —aseveró Cayetano—, nosotros no estamos acostumbrados a tanto frío.

—Mire de lo que se trata. Yo le voy a contar una historia real: era una pequeña familia. Pequeñísima. Un par de muchachos fugados de sus hogares, encantados de haberse independizado. No querían saber de tutela alguna. Él estrenando su mayoría de edad, aunque tenía una estampa infantil y ella... bueno, una chiquilla. Y llegaron a esta tierra porque querían libertad. Como ustedes, más o menos. Con una sola muda de ropa y un solo par de zapatos. Bueno, tenían algo, tenían la incomparable riqueza de la juventud y con ella estaban seguros de que se abrirían paso...

—E... eso pensamos nosotros —interrumpió Cayetano.

—Este muchacho no era ni católico ni protestante. En materia religiosa era un perfecto ateo. Sólo se acor-

daba de Dios, como solía decirle su mujer, cuando tro-
naba, y como los jóvenes casi nunca escuchan los truc-
nos, pues no necesitaba de Dios. Ella era distinta. Había
sido educada dentro de un hogar cristiano. Allá en Cuba,
su iglesia era visitada por algunos americanos y ella vino
hacia acá con la dirección domiciliaria de muchos ami-
gos de sus padres. Apelaron a ellos, y de esta manera
lograron quedarse. Sin embargo, el muchacho, que era
muy despierto y emprendedor, vio por sus propios ojos
cuán saturado estaba el sur. Él no tenía oficio ni profe-
sión, ni estaba dispuesto a vivir eternamente de la cari-
dad. Un pastor que lo orientaba le dijo un día: «Tengo
algo interesante para ti. ¿Has ido alguna vez a Rich-
mond, Virginia? ¿Te gustaría irte allá con tu compa-
ñera? Oye lo que les propongo: que pasen en esa ciudad
algunos días, alojados en un templo nuestro, en un lugar
muy céntrico, muy agradable. Es un sitio ideal para dar
comienzo a algo nuevo. Allí muchos amigos estarían dis-
puestos a ayudarlos. Esos amigos te buscarían un buen
empleo y se encargarían de alquilarte una casa amue-
blada. No tendrá lujos, ni habrá el cálido clima del sur,
y al principio nadie te entenderá porque todos a tu alre-
dedor hablarán solamente en inglés; pero tendrás lo im-
prescindible para vivir, para comenzar, para independi-
zarte, y me parece que eso vale la pena.» No hace falta
decir cuál fue la respuesta del chico. ¿Cómo le ha ido
más al norte? Está batallando para traer a sus parientes
y los de su mujer. Está, ciertamente, capacitado para
ello. Se ha convertido en un ciudadano solvente y hono-
rable. Ésa es la verdadera libertad, la que él buscó y
encontró, no la que le daban de limosna...

—Nosotros no hemos venido a pedir limosnas —aclaró
el Chino.

—Claro, ya lo sé... por eso les cuento este caso. Pero no todos piensan eso. Hay quien prefiere pedir limosnas y roer sobras a la orilla del río Miami.

El Chino pensó que ya había leído una historia parecida en alguna revista *Selecciones del Reader's Digest*... «Él pudo. ¿Por qué usted no?» Hubo un rato de silencio. El canoso volvió el rostro y preguntó de golpe:

—¿Hay parientes en la Florida?

—¡Los tres! ¡Los tres tenemos! —se apresuró a asegurar Cayetano.

—Así que los tres...

—Sí, señor, como dije... todos tenemos parientes... ¿Podremos quedarnos en sus casas?

—¡Vaya, hombre! Esa pregunta no me la hagas a mí, sino a tus parientes. Si están de acuerdo en responder por ustedes, entonces pueden...

Cayetano se tranquilizó. El canoso dejó de propagandizar sobre la relocalización en el norte. No se habló más del asunto. Llegaron a la zona del aeropuerto. Entraron. Se dirigieron al área de arribos. El Ford blanco los dejó a la entrada y siguió rumbo al parqueo. A todo el cansancio de la navegación, de los trámites legales, a la fatiga del viaje en ómnibus hasta Miami, se sumaron las molestias de nuevas escalas burocráticas hasta que, por fin, tullidos por el frío, irritados por la espera, fueron conducidos a la Casa de la Libertad. Después de todas las molestias de las fotos, los paroleros, las fachadas de «recién llegados por el Puente de la Libertad», al fin les entregaban las primeras maravillas de ese gran país: un pantalón, una camisa, un par de medias, un par de zapatos, una cajita con una maquinita de afeitar, dos cuchillas —Gillete, naturalmente—, tres curitas, algunas otras pequeñeces de consumo y ¡cinco dólares! ¿Podría llegar por fin el descanso? No. Todavía quedaba

algo más: una entrevista amistosa, precedida de la espera, dentro de una habitación preparada con técnica electrónica de escucha, para registrar las conversaciones de los fatigados visitantes. Ninguna circunstancia más apropiada para conocer el verdadero estado de ánimo de los recién llegados. Aquella antesala era una pequeña oficina pintada de blanco, muy iluminada, con dos bancos largos y una mesita de madera sobre la que había un florero con rosas artificiales. Uno de los supuestos filamentos vegetales hacía de micrófono. Esto fue lo que recogieron los agentes del FBI encargados del tránsito cubano en la Florida:

«—¿Tienes frío?

»—Claro... estoy igual que tú, ¿no?

»—¿Mira que olvidárseles el abrigo!

»—¿Y esta gente qué piensa?

»—No sé, ni me interesa.

»—Ellos sabrán lo que hacen.

»—Caballeros, ¿saben qué pasa?, que estos americanos todavía no saben que Cayetano va a ser millonario muy pronto. Si lo supieran, nos tratarían de otra manera.

»—Ah, deja eso, chico.

»—Te la comiste con el reloj.

»—Shhh, ahí vienen.

»—No, todavía.

»—¿Qué estarán esperando?

»—Estarán picando el jamón.

»—Mierda.

»—Yo les voy a pedir que me dejen llamar a mi tío. En cuanto él sepa que estoy aquí, todo se resuelve y le vendemos el cajetín a esto, ya ustedes verán.

»—Coño, y no vienen.

»—Pero, caballeros, si no hay ningún problema... ya la parte mala pasó. Ahora nada más que se trata de esperar un poquito, pasar un poquito de hambre, un poquito de frío y nada más... Yo estoy contentísimo, ¡me le fui a Patilla!

»—¿Habrán chinches?

»—No lo dudo.

»—¿Qué tú vas a hacer, Chino?

»—¿Con qué, con el frío?

»—No, qué carajo, cuando salgamos.

»—Voy a casa de unos familiares. Voy a pedirles que me orienten un poco, que me ayuden a buscar trabajo, y después trataré de independizarme cuanto antes... yo no quiero vivir de ningún Rescate ni metido en una iglesia, ¿y tú?

»—Claro que no... yo voy a hacer lo mismo... pedirle ayuda a mi tío para después seguir solo. Mi tío me ayudará; ya verás cuando sepa que vine.

»—¿Y tú qué dices?

»—Pues, yo voy a coger suave la cosa. Trataré de vacilar un poco primero... pasear, mucha curda, buscarme una buena hembra, ver cómo está el ambiente...

»—¿Con qué dinero vas a vacilar? Digo, a no ser que pienses hacerte millonario en veinticuatro horas.

»—A mí no me importa lo que ustedes digan, ni que se burlen de mí. Pueden pasarse toda la noche con el bonchecito ese. Está bien, gocen. Después me va a tocar a mí, y el que ríe último...

»—¿Qué miedo!

»—No, si no voy a mover un dedo contra ustedes para vengarme de esas burlas. Ahora, oigan bien esto... un día no muy lejano les pasaré con mi carro último modelo por el lado y les diré: ¿Quieren dar un paseo? Cuidado, no me enfanguen las alfembras.

»—Ahora sí se quemó.

»—Si viniera mi tío.

»—Si viniera mi tío, si viniera mi tío... está bueno ya, compadre, que parece usted un muchacho chiquito.

»—Déjalo, Cayetano... lo que pasa es que tú no tienes un tío en la CIA.

»—Qué barbaridad, caballeros, como se demora esta gente.

»—Usted no tiene por qué quejarse, mi amigo. Peor estaba cuando tenía que vestirse de habichuela, jalar tremenda pincha, tremendas caminatas y todo eso por siete pesos.

»—Y por lo que me enseñaron, que ahora me va a servir.

»—Oye a éste defendiendo al SMO.

»—Yo no sé cómo te va a servir.

»—De mil maneras.

»—Allá todo era ruso. Aquí no hay esas armas, ni esos barcos, así es que cómo va a servirte aquello.

»—Me servirá, no te preocupes.

»—Se irá con su tío para la CIA.

»—No, qué va... digo que me va a servir, pero no por las armas. Mira, en una lancha hay motores marinos, hay telegrafía, y trabajos de mar... yo puedo trabajar en los muelles, o en un barco, o pescando. Esta es la manera en que pienso que me va a servir.

»—Ojalá.

»—¿Hace tiempo que no ves a tu tío?

»—Sí.

»—¿Se acordará de ti?

»—Hace mucho tiempo que no lo veo, pero estoy seguro de que me recibirá con alegría y me ayudará.

»—¡Qué frío! Está apretando.

»—Ideas que te haces.

»—Por la calefacción.

»—¿Dónde está?

»—Por alguna parte, búscala.

»—Iba a dormir, pero el frío no me deja.

»—Me voy a recostar.

»—Quita el florero que lo vas a tum...»

Cesó el monitoreo del FBI. Los agentes abrieron la puerta de la oficina. Todavía no terminaba la odisea.

—Vengan, por favor, señores.

Caminaron a lo largo de un pasillo. Tony, Cayetano y el Chino pasaron a diferentes locales alineados a la izquierda, detrás de puertas idénticas. Esas puertas daban a idénticas oficinas amuebladas en forma sobria, con paredes acústicas y luz indirecta. Simultáneamente los tres fueron sometidos a un «último contacto amistoso». Así fue como calificaron a estos interrogatorios de claro corte policial:

—Nombre.

—Francisco... Francisco Guzmán Cayetano.

—Oficio.

—Chofer de alquiler.

—Usted vino al frente del grupo.

Las preguntas, sin énfasis interrogativos, parecían más bien invitaciones a respuestas afirmativas, en una forma muy sutil de coacción.

—Sí, yo los traje.

—Usted navegó hasta aquí y los trajo.

—Los traje.

—¿Dónde aprendió navegación? No es muy fácil llegar hasta aquí, ¿verdad?

—No, pe... pero mire... yo los traje a ellos, no al barco... el Chino fue quien trajo el barco.

—Usted tiene parientes aquí, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Padres, hermanos?

—Un tío... una persona mayor, vaya...

—Este carné es suyo.

—Es la cartera dactilar.

—¿En qué lugar de La Habana la tramitó?

—En Cuba y Chacón.

—¿Cuántas fotos le pidieron?

—¿A mí? Seis fotos... sí, seis.

—¿Y qué otros documentos le pidieron?

—Bueno, un recibo del banco...

—¿Qué es esto?

—¡Ah! Esa es la libreta, la famosa libreta de abastecimientos. Es del año pasado. Yo lo... los engañé, ¿sabe? Sí, dije que la había perdido y me dieron otra...

—¿Para qué hizo eso?

—Po... porque siempre estuve pensando en eso, este viaje y pa... para traerla... para que aquí sepan... para que vean el hambre que pasamos en Cuba...

El interrogador tomó la libreta en sus manos. Pasó las hojas mientras murmuraba:

—Suministro de leche... compota... arroz... granos... manteca... aceite... jabón... detergente... café... pescado... carne... aves... huevos... malanga... ¡Vaya, vaya!, y hasta artículos de Navidad... ¿Dice usted que esto es lo que comen los cubanos?

—Ésa es la prueba.

—No, amigo... esto no le va a servir para demostrar nada. Mejor rómpala y exprese sus criterios de otra manera.

Cerró la libreta y se la extendió mientras afirmaba:

—Si Castro garantiza todo lo que aquí aparece, y si aquí se da a conocer de esta manera probatoria, la idea de una Cuba hambrienta, tal como se sostiene ahora, sufriría a todo golpe... Guárdese eso, no le va a servir.

Cayetano se quedó boquiabierto. Poco le faltó para sospechar que estaba ante un revolucionario y no ante una autoridad floridana. Que había caído en una trampa del G2 cubano. Cuántas cosas no había hecho ya. Por un instante su pensamiento recibió el reflejo de un desagradable recuerdo. Algo que le contó un amigo. Fue cuando las bandas del Escambray. Su primo era uno de los alzados. La cosa se puso insoportable por allá arriba. Se acabó la comida y el parque, y las comunicaciones quedaron interrumpidas. Se comentó que un osado agente de la CIA estaba en camino. Que se lanzaría en paracaídas sobre la montaña y desafiaría todos los peligros para establecer el canal con la Agencia. Pero el hombre no acababa de tirarse y la cosa seguía poniéndose muy fea. El primo bajó de las montañas disfrazado de campesino. En la ciudad se unió a otros que también habían roto el cerco de las milicias y a algunos abastecedores o enlaces «quemados». Entre los perseguidos estaba un tal «Mike». Era reconocido como el salvador. Tenía fuertes vínculos con los americanos y estaba ofreciendo al grupo un viaje hacia los Estados Unidos, a través de una infalible vía clandestina. Irse allá lejos del acoso comunista. No para claudicar, sino para renovar las fuerzas, para recibir entrenamientos más adecuados, para contactar y luego venir de nuevo con mejores condiciones. Se pensó que la CIA no abandonaba a sus hombres, que por eso había puesto en trance de rescatador a este Mike. No hubo descuido ni superficialidad por parte de los perseguidos. Lo que pasó fue que presentaron una buena coartada. Les quedó muy bien hecho ese Mike, tan parecido a un legítimo superespía, y cayeron en la trampa. Después de un exagerado repliegue de supuestas medidas conspirativas, el grupo —nueve ex alzados y tres colaboradores— se congregó en un punto escondido.

dido en la costa norte y allí lo recogió una lancha rápida americana que lo llevó a un barco mayor, también americano. Todos pensaron que se trataba del buque madre. Es lo que ocurre en esos casos. A bordo había supuestos marinos americanos y la bandera y las revistas, y los cigarrillos que fumaban, y los chicles, todo, hasta el más mínimo detalle. Estuvieron navegando toda la noche. Al principio apagados, para burlar la vigilancia de Castro; después libremente, en aguas internacionales. La alegría de los evadidos era infinita. Por fin llegaron a tierra, dijeron que a un cayo de la Florida, y allí vieron carteles en inglés, anuncios, los carros, la gente, no había por qué desconfiar, lo que se llama un engaño perfecto. Mansamente cayeron en la trampa. Ellos, y después otros y quién sabe cuántos. Después que se habían pasado toda la noche dando fe de sus méritos ante funcionarios de la CIA, despertaron a la mañana siguiente rodeados de agentes del G2, que les aclaraban su verdadera situación. Ya era muy tarde cuando comprendían que eran huéspedes de un cayo cubano. Demasiado tarde. Todo eso lo pensó Cayetano frente a este funcionario escéptico que le devolvía la libreta de abastecimientos. Por unos instantes le pareció salido de una de esas leyendas del G2. Se sintió hundido. Pero después recapacitó. No podían ser tan eficaces, preparar tantos efectos, estarlos esperando después de realizar aquella travesía. Imposible. En todas partes existe toda clase de gente, y aquel hombre era un equivocado, un negligente.

—¿Está usted nervioso? ¿Se siente mal?

—No... no... n... no es nada... o sí, es el frío... el frío... pero no importa.

—Hemos visto en su ficha que usted tiene antecedentes penales en Cuba... delitos de índole común. Nos interesa su opinión al respecto.

—¿Antecedentes?

Cayetano trató de medir el alcance de aquel señalamiento. No llegaba a creer que estuvieran tan bien informados acerca de su persona, y le extrañaba que tales antecedentes pudieran preocuparles. Pensó que tal vez habían lanzado un globo exploratorio, y él lo iba a pinchar para sacarle provecho. Ellos no eran adivinos y solamente trataban de impresionarlo, utilizando alguna información fortuita.

—Usted sa... sabe... la cosa está muy mala en Cuba con el comunismo. Y la gente que se le enfrenta, pues ellos...

—No se trata de eso. Me refiero al gobierno de Batista, y sin que tenga que ver con política. ¿Recuerda o no?

—Ahora sí... co... cómo no... pero fijese... también era una situación difícil. No ha... había trabajo y figúrese, había que hacer algo.

—Y usted prefirió robar.

Cayetano sintió como si dispararan un resorte debajo de su asiento. Abrió los brazos, arqueó las cejas, intentó sonreír, pero algo se contraía en sus adentros y no lo dejaba, y le estiraba el rostro, se lo alargaba como una mueca.

—¿Para qué me preguntan? ¿Si ustedes lo saben todo!

—Para ver cómo anda usted de la memoria.

—El tiempo ha pasado... y lo malo se olvida pronto... aquella época fue mala. Una situación muy difícil, y había que vivir de algo...

—¿De qué piensa vivir aquí?

—Bueno, qui... quiero trabajar en algo que dé, y re... reunir bastante dinero. Digo yo, ¿no?, y... y

mentar algún negocito... ir progresando ha... hasta que, bueno, hasta que pueda traer a mi familia y...

La mirada fija, el rostro pétreo del interrogador le cortaron la inspiración.

—¿Y qué más?

—Vaya, tratar de vi... vivir bien, hacerme de dinero... yo ya e... estoy cansado de sufrir la po... pobreza y no resistía más... por eso me fui, ¿comprende? ¡Por eso!

—¿Por eso?

—Sí, se... señor, por eso... Yo... yo no soy hombre de andar con los zapatos ro... rotos y do... dos pesetas en los bolsillos, y por eso me fu... fui.

—Nada más que por eso.

—Ah, bueno... y porque aquello era co... comunismo.

—Pensé que se había olvidado de eso. Okey, okey... Usted tiene esos planes para salir de la pobreza. Pero digamos que caben muchas posibilidades. Por ejemplo: usted sufre una interminable mala racha, nada le sale bien, ni el trabajo, ni el negocito, ni lo de traer a su familia. Se mete en deudas, en fin, digamos que no logra alcanzar ese ideal que usted esperaba en los Estados Unidos. En un caso así, ¿qué haría?

—Na... Eso no puede suceder. Yo... yo sé que aquí la cosa es distinta, que si yo quiero me... me abro paso.

—Pero... ¿y si no es así?

—Si de algo estoy seguro es de eso, de que a... aquí voy a saber vivir. Despreocúpese de... de eso... usted me va a ver un día pasar por su lado y yo voy a tocar el claxon y... y decirle: ¿Se... se acuerda de mí, de lo que me preguntó?

El funcionario desistió de esa pregunta y le interrumpió para cambiar el tema:

—¡Okey, okey! Ahora vamos a otro asunto, ¿eh? Si usted trajo a los otros será porque son sus amigos y debe de conocerlos bien, quiero que me hable un poco de ellos, qué clase de personas son, qué hacían allá en Cuba, desde cuándo los conoce; vaya, todo lo que sepa sobre ellos...

—Lo... lo primero es que son gente buena... va... vaya, del barrio, bien conocidos... ¡coño, desde que éramos así! Gente que estaba me... metida hasta el pescuezo en la contra... ¡huesos!... Vaya, como yo, que estuve en el MRR y pu... puse mi granito de arena en esto... No será gran cosa, pero estuve en el MRR y eso... el Chino, Tony... no, no, vaya, gente buena, gente de la causa, de mi causa, vaya.

—¿Cuál es su causa?

—Bu... bueno, chico, ¿cuál va a ser? La misma tuya, ¿no?

—Yo nunca he pertenecido al MRR.

—Chico, la de los americanos. Ésa es la mía, ésa es la del MRR y la de toda la «contra», la del Chino, la de Tony. ¿Qué pasa?

—Así que usted organizó la salida de Cuba. La suya, la del Chino, la de Tony. ¿Cierto?

—¿Eh?

De nuevo Cayetano se aprestó para marcar puntos ascendentes en su recién comenzada carrera. Ya había señalado lo del MRR. ¿Cómo caería? Seguramente que ellos no tendrían a la mano los controles absolutos de la membresía, así que podría aparentar bastante con eso... y ahora le preguntan sobre el autor de la idea. ¿Quién pudo haber sido sino él?

—Sobre la salida, ¿quién la organizó?

—Ah, sí, señor; yo la organicé. Mí... mire, a la verdad es que hace mucho, muchísimo tiempo que yo estaba con el barrenillo de... de irme. Pro... probé por aquí, probé por allá, pero no era fácil. En toda la costa existe gran vigilancia. Entonces yo quería... este... vaya, hacía falta un barco, y u... una gente, vaya que no tuviera problemas, que nos abriera paso por acá, para cuando llegáramos. No es lo mismo llegar recomendado que si uno se aparece solo... Y conocí a Tony, que me dijo lo de su tío, que estaba aquí desde hace años, que le iba de lo mejor, trabajando con la CIA... Va... vaya, porque había confianza, ¿usted me entiende? Porque esas cosas no se están diciendo por ahí por donde quiera sin saber a quién... Cuando vienes a ver... pero bueno, a lo que iba... que también faltaba u... un barco... y... entonces, como supe que el Chino se quería ir y tenía expe... periencia de pesca, que el padre tenía ese barquito y él se brindó, y bu... bueno, ya ustedes vieron, engañamos a todo el mundo y aquí estamos.

—¿De quién era el barco?

—El barco es robado... El Chino se lo robó a su padre.

—¿El padre es pescador?

—No... o vaya, sí. Es de esa gente que sale una vez de pesquería y coge algo, y aprovechan para beber y descansar.

—¿Y compró ese barco para esas ocasiones? ¿Es un hombre rico?

—No vive mal, pero no, no es un hombre rico. A lo mejor alguien le trabaja el barco para las pesquerías... te... tendrá algún negocio... Bueno, eso se lo puedes preguntar a él, ¿no?

—¿El Chino aceptó de inmediato la idea de robarle el barco a su padre?

—No. ¡Qué va! Pero lo convencimos... aprovechamos que... que él también quería irse, pero no se atrevía a salir solo, y entonces al fin se unió a nosotros.

—Y usted hizo el plan.

—Bue... bueno, la verdá es que nunca se habló así de vamos a hacer este plan. Había que buscar el barco, la gasolina, el lugar... y después vigilar allí, ver cómo estaba el cuadro... porque un escache cuesta caro, ¿sabe?

—¿Quién escogió el lugar?

—¡Yo!

—Y el padre del Chino llevó su barco hasta allí para que ustedes se lo robaran.

—No... no. Mire cómo fue... porque el barco estaba allí...

—¿Dónde?

—Donde lo dejaba el dueño... el pa... padre del Chino... donde siempre lo guardaba. Y entonces el Chi... este, yo le digo al Chino, mira, como el barco está ahí, tú coges y lo traes un poquito más pa'cá, y desde ahí nos vamos. ¿Comprende? Y así mismito fue.

—Nadie vigilaba el barco.

—Sí... a... a veces había, a veces no... Eso es lo que vigilábamos. Yo creo que había, sí, pero... bueno, para no fallar nosotros estudiamos mucho eso. Fuimos por allí a mirar, como el que no está en na... Mire hasta dónde llegó la cosa, que incluso un día le dimos una botella a uno de los gu... guardias y le sacamos a qué hora entraban.

—¿Una botella dijo? ¿Una botella de qué y para qué?

—Así que tú no sabes lo que es una botella... ¡Y yo que creí que eras cubano, viejo!

Ya Cayetano estaba agotando el tope de la ecuanimidad del interrogador. El circunspecto funcionario no se acostumbraba a lidiar con casos como éste. La continua alusión a supuestos méritos, el irrespetuoso tuteo, la exagerada gesticulación casi lo habían parcializado negativamente. Ahora esa pregunta sobre su nacionalidad era el colmo. Debía decirle algo para que no siguiera adelante con su grosero proceder:

—Escúcheme, señor Cayetano, aquí yo hago las preguntas y usted hace lo posible por responderlas. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo!

—Entonces evite alusiones sobre mi persona y otros detalles que se aparten del tema. ¿De acuerdo?

—¡Eh! protestó Cayetano—. Esto se está pareciendo mucho a un interrogatorio de la policía.

—Es una entrevista amistosa y voluntaria... para ayudarlo a conseguir la admisión en este país. Todavía está usted en tránsito, y nosotros no hemos dicho la última palabra.

La amenaza fue un golpe bien lanzado. Le llegó a lo profundo. Le hizo recapacitar. Era cierto. Aún no estaba dentro de los Estados Unidos. Todavía le podían decir «no procede». Si los trámites de Inmigración se enredaban, ¿qué sería de ellos?

—Está bien, está bien. Es que yo, para explicarle... bu... bueno, si no es cu... cubano, pues claro que no puede saber... yo... yo le decía que le dimos una botella, que es cuando vamos a pie y paramos un carro para que nos lleve. Le decimos: «¿Me da una botella?», y nosotros recogíamos al guardia cuando él iba a hacer su posta fija muy cerca del barco... le preguntábamos que si era uno, que si eran dos, que si el relevo era cada cuatro horas, que si ve... venía de lejos... y así sabía.

mos... y algunas veces no venían... Yo... yo no sé, me parece que sí estaban ese día, pe... pero vigilamos y nos fuimos

—¿Se siente mal?

—Te... tengo frío, sueño, cansancio.

—Voy a dejarlo descansar. Creo que está bien por el momento. Por favor, salga y espere afuera. Le avisaremos lo que deberá hacer...

Cayetano se levantó con torpeza. Se le había dormido una pierna y no quiso explicarlo. Entonces, haciendo un ridículo esfuerzo, caminó torpemente hasta el pasillo y se echó sobre un banco. Las otras puertas permanecían cerradas. Pensó que él había sido el primero en terminar la entrevista, y comenzó a calcular si ello había sucedido para bien o para mal.

—¿Nombre?

Tony bostezó antes de hablar. Recordó que en Cuba sus amigos le hubieran preguntado: «¿Hambre, sueño o debilidad?» Y le hizo gracia, porque él sentía precisamente esas tres cosas ahora como nunca antes. Respondió con desgano:

—José Antonio Ravelo Márquez... pero me dicen **Tony**, que es más corto y familiar.

—¿Oficio?

—Mecánico.

—¿Dónde trabajaba antes de venir?

—Yo... era... recluta.

—¿Voluntario?

—No, del Servicio.

—¿De qué Servicio?

—Del Servicio Militar Obligatorio.

—Ah, obligatorio... así está mejor, ¿no?

—Sí, que si le llaman tiene que ir de todas formas...

—Comprendo. Aquí nos consta que su padre está recluso en un sanatorio.

—Sí, en Mazorra. Es un hospital para locos.

—¿Qué le pasó?

—Estaba mal. Sería por la situación. Digo yo.

—¿No tenía trabajo?

—Sí, era plomero.

La mención del padre entristeció a Tony. Sintió que un estremecimiento le recorría el cuerpo como un germen de culpabilidad.

—¿Qué edad tiene?

—Dieciocho.

—Preste atención ahora a lo que voy a preguntarle. A dos puertas de su casa, según la dirección que nos ha declarado, vive Lucas. ¿Sabe quién es?

La pregunta lo sorprendió. Era lo que menos esperaba. No pensó que tan lejos del barrio alguien le fuera a hacer esa pregunta. Recordó a Lucas sonriente, un domingo, en que lo invitara a irse de pesquería, y él con deseos de acompañarlo, pero diciendo por dentro: «¿Qué va! ¿Contigo? No me conviene.» Recordó a Lucas con su pequeño hijo Ernestico de la mano, saliendo de paseo, al Zoológico... y el 26 de Julio, con su uniforme nuevo de miliciano y su boina verde olivo. Fue cuando recibió la primera señal, cuando le dijeron que los milicianos ya no tenían trajes nuevos, y los que vestían así eran soldados del G2 que utilizaban la fachada de milicianos.

—Es comunista... dicen que del G2.

—Tenía amistad con él.

—No... pero bueno... él me trataba, me saludaba y eso es inevitable.

—¿Qué más?

—No; nada más.

—Allí en su cuadra vive otro miembro del G2 además de Lucas. ¿Quién es?

—¿Otro? ¡Ah, primera noticia!

—¿Seguro?

—¡Seguro!

—¿Y quién delató a Remberto?

De nuevo la mención de cosas íntimas del barrio, de gente, de vecinos denotaron el largo alcance de las indagaciones de la CIA. Tony trató de no caer en contradicciones al responder:

—Allí dijeron que fue el vecino, pero yo no lo creo.

—¿Qué vecino? ¿Carlos?

—Ajá...

—¿Por qué no cree que fue él?

—Siempre estaban en pique, porque Remberto molestaba, metía sus escándalos, y él lo amenazaba: «Oye, te voy a traer a un pafrullero», pero nunca lo trajo... y parece que por esas amenazas... porque un día lo cercaron allí y lo cogieron y entonces la gente dijo eso.

—Entonces, ¿fue la casualidad?

—¿Qué cosa?

—Huyó por el patio de Carlos y allí estaban esperándolo los del G2.

—Usted sabe cómo actúan los policías, se cuelan por cualquier parte. ¿Y quién se va a negar?

El funcionario se acomodó en su silla. Miró a Tony de una manera detenida, desentrañable. Suavizando el tono, le dijo:

—¿Qué curioso, caramba! ¡Qué curioso! Mantiene los mismos criterios que los comunistas sobre este hecho. Aquí tenemos testimonio de lo que opinó la gente en-

tonces... y usted coincide con ellos, no con nosotros.
¿Qué será? Vamos a pensar que falta de madurez, ¿no?
Que no va a defraudarnos.

—Yo sólo quiero decirles la verdad, no engañarlos,
ni quiero hacerles ver que soy algo diferente a lo que
de verdad soy... Si pienso eso, ¿por qué decirles otra
cosa para congraciarme?

—Quizás usted tenga la razón... sigamos... ahora
con Cayetano. ¿De dónde lo conoce?

—Desde hace tiempo, pero no teníamos esas relacio-
nes... ahora se me pegó, porque quería que yo me lo
llevara del país... igual que el Chino, que sabían que
yo quería irme del país y se me pegaron.

—¿Era suyo el barco?

—No, del Chino.

—Entonces no me explico qué ganaban pegándose a
usted.

—Eso fue así

—¿Quién se llevó a quién?

—Nos pusimos de acuerdo.

—De acuerdo.

El oficial se inclinó como para darle un peso especial
a la siguiente pregunta:

—¿Se pusieron de acuerdo para venir con usted?

—Más o menos.

—¿Y los trajo desinteresadamente? ¿Por qué lo hizo?

—No soy una persona interesada. Yo no les cobré
ni les pedí nada a cambio.

—El barco era del Chino... eso me dijo. ¿Qué
aportó Cayetano?

—La brújula... había fallado lo de conseguirla en
mi trabajo, y entonces...

—¿Ve cómo nos mueven intereses? El barco lo pone
el Chino, la brújula Cayetano, y ellos aportaban estas

cosas, pero además tenían un interés que los obligaba a unirse a usted para el viaje. ¿Cuál considera que era ese interés?

—Yo no puedo decir.

—Piense un poco. Póngase en el lugar de ellos. ¿Qué lo puede mover a unirse a alguien para irse?

—Quizás porque pensemos iguales...

—Piense en intereses materiales, no en ideas.

—Pudiera ser... como ellos conocían que mi tío era un hombre de la CIA...

—¿Quién se lo dijo?

—Se habla entre la contra... y bueno, yo decía, me voy... allá tengo un tío.

—¿De qué manera asocia a su tío con el viaje?

—Quizás ellos pensaban que viajando conmigo podían conectarse mejor con la CIA por mediación de mi tío. Eso puede ser.

—¿A qué llama usted conectarse con la CIA? ¿Ese era el objetivo del viaje?

—Se supone que quien está en la CIA tiene influencias... que mediante él se puede conseguir un buen empleo.

—¿Viene a unirse con su tío?

—¿A mi tío? ¡Claro!

—¿Y a los asuntos de su tío?

—No, eso no.

—¿Por qué?

—Porque quiero vivir en paz, tranquilo, vivir de mi trabajo y no meterme en nada.

El interrogador lo miró de reojo mientras buscaba algo debajo de la mesita. De allí sacó un rollo de cartulina, que extendió ante la mirada curiosa de Tony.

—Mire bien este mapa. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Desde este lugar salieron ustedes, ¿correcto? —señaló un punto en la costa noroccidental de Cuba.

—No, no... estábamos un poco más para acá.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿Un lugar desierto?

—Bastante, sí.

—Pero no lejos de allí hay una unidad militar.

—A unos dos o tres kilómetros hacia La Habana... más o menos aquí...

—Alrededor está cercada con mampostería.

—No... son postes y alambradas, y entonces cada cierta distancia hay unos focos, esos *spot lights* que se encienden o apagan desde la posta, con un interruptor, un catao... y dentro hay una torre que también tiene luces.

—¿Dónde está el comedor de esa unidad?

—Al final, pegado al mar. Está en una barraca nueva construida con piezas de prefabricado.

—¿Allí comen los jefes?

—Los jefes comen en las primeras mesas.

—¿Cómo son esas mesas?

—De mármol, y las patas de hierro, fijas en el piso.

—¿Sirven la misma comida?

—La misma.

—¿Qué fusiles usan en esa unidad?

—Aká.

—¿Puede dibujarme uno?

—Puedo.

El funcionario le alcanzó un block de hojas amarillas y un lapicero de creyón muy oscuro. El muchacho dibujó el fusil y logró rasgos muy precisos, a fin de complacer la solicitud lo mejor posible.

—Usted dibuja muy bien... y se nota que conoce el arma. Seguramente la habrá usado, ¿verdad? ¿Qué tal dispara?

—Es buen fusil.

—¿Se lo dan a los reclutas?

—¡Claro!

—¿Y también los dejan comer junto a los oficiales?

—Cerca de ellos... eso depende... según las condiciones de la unidad.

El hombre volvió a enrollar el mapa y lo guardó. Después buscó otro paquete. Era un sobre con fotografías. Estaban impresas nítidamente en papel de brillo. Sacó una de ellas y se la mostró:

—¿Qué es esto?

—Una torpedera.

—¿Y esto?

—Otra torpedera, pero más chica, de las que le dicen «Konsomol». Lleva menos gente y creo que es más rápida.

—A ver, ¿qué lleva aquí?

—El radar.

—Y aquí, ¿qué es esto?

—Ésos son los tubos lanzatorpedos. Aquí se ve uno solo, porque está de lado, pero son dos, uno a cada lado.

El interrogador se inclinó sobre la foto, fingiendo ignorancia:

—Ellos pintan algo sobre la prea... Aquí yo noto un dibujo, ¿usted no? Me parece que quizás con una lupa lograríamos ver qué es... pero no tenemos ninguna a mano. ¿Qué será?

—No hace falta la lupa, yo le puedo decir lo que pintan ahí. Es una estrella. También la dibujan en las tapas de los torpedos, aquí en los tubos.

—¿Qué simboliza, a los rusos?

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Hace tiempo que la estrella está en nuestra bandera.

Frente a Tony, otra fotografía. De nuevo el ámbito marino hace de fondo. Otra nave de guerra.

—Y esto, ¿qué diablos es?

—Una cohetera. Son las más efectivas. Ahí llevan los cohetes. Dicen que los rusos la llaman «raqueta».

—¿Qué llevan aquí?

—El radar.

Recogió las fotos y las guardó.

—Okay, ya basta. Para haber sido tan sólo un recluta tiene usted demasiada instrucción militar, ¿no le parece?

—No era de los más destacados, no fui ni siquiera un especialista.

—Aquí se comenta que estas armas sofisticadas solamente las ponen en manos de viejos castristas, de comunistas reconocidos, de gente en las que se puede confiar sin reservas, para evitar que un día nos traigan para acá una de esas lanchas.

—Pues yo conozco un muchachito que no ha sido nada, y está comandando una de estas lanchas... y a nosotros mismos, nos enseñaban sin preguntarnos de dónde habíamos salido o quiénes eran nuestros padres o qué pensábamos de política... todo eso nos enseñaban y, además, uno ve allí los barcos, no están escondidos... a veces llevan a los pioneros para que los vean. Ellos no los encierran bajo naves secretas... se pasean frente al Malecón y hacen prácticas, y el público las ve...

—Está bien, no se preocupe. Salga y espéreme allá afuera. Si lo vuelvo a necesitar lo llamo.

Tony salió bastante preocupado. Allí se encontró con Cayetano, quien parecía que hacía conjeturas en silencio. Este no lo notó al principio, pero después, al sentir que su amigo se desplomaba sobre el banco, se le acercó y le preguntó:

—Eh, ¿qué te pasa, cómo te fue allá adentro?

—Nada, chico, me parece que metí la pata.

—¿Por qué?

—Por contestarle a todo lo que me preguntó sobre armas y eso... Me parece que se ha equivocado conmigo... pero ya es tarde... ¿Qué crees que pase?

—Pero, ¿te amenazó, te dijo algo?

—Yo creo que le pareció que sabía demasiado.

—Mis abuelos decían que el saber no ocupa lugar.

—Pero ellos no son tus abuelos.

—¿Sabes lo que te aconsejo? Que les metas miedo con tu tío. Diles que quieres hablar con él, que te lo llamen allá al cuartel de la CIA.

Tras la puerta número tres también se estaba desarrollando una «entrevista amistosa».

—¿Nombre?

—José Santos Hernández.

—Y le dicen el **Chino**.

—Exacto.

—¿Oficio?

—Chofer de alquiler.

El funcionario extendió un mapa sobre la mesa. No se trataba de una edición comercial, sino la obra de un buen dibujante que utilizó tinta china de varios colores, para señalar calles, casas y lugares que identificaban un lugar en el Cerro.

—Sabe, por supuesto, de qué se trata...

—Claro, ése es mi barrio.

—Señáleme la calle donde usted residía en el momento en que salió de Cuba.

—Ésta.

—Ahora la casa.

—Aquí.

Durante veinte agotadores minutos estuvo haciéndole preguntas relacionadas con su barrio. Le pidió datos sobre cada casa y vecino. Al parecer trataba de enriquecer o verificar un exagerado control con respecto al ámbito de los exiliados.

—¿Le es familiar este nombre?

—Sí. Esa señora vive en el apartamento dos, que tiene un balcón a la calle.

—¿Quién más vive con ella?

—Su esposo, que trabaja en la Terminal Pesquera. Y tienen un hijo estudiando en un preuniversitario.

—¿Y al lado?

—Un matrimonio solo, unos viejitos. Los dos son jubilados. Tienen hijos, pero no están con ellos. El mayor vino para acá, pero antes de 1959.

—¿Quién vive acá?

—Un militar.

—¿Dónde presta sus servicios?

—Bueno, a mí no me consta... alguna gente dice que es del G2... pero no sé por qué lo dicen...

—¿Tuvo trato con él?

—Nunca.

—¿Por qué?

—Porque él no lo tuvo conmigo.

—¿Y si lo hubiera tenido?

—Soy una persona educada, le hubiera correspondido, ¿no?

—¿Algún vecino suyo estaba preso?

—Sí; Miguel. Vive aquí. Pero que yo sepa no fue por asuntos de la política, sino por robo. Se llevó algo del almacén donde trabajaba. Eso lo supo todo el mundo en el barrio, porque vino la policía, le hicieron un registro.

El interrogador sacó algunas fotos de un sobre amarillo. Eran armas de todo tipo. Se las fue mostrando, pero el Chino solamente conocía las americanas.

—¿Ésta?

—Un M3.

—¿Y ésta?

—Ah, ésa no sé.

—¿Y esta otra?

—Tampoco.

—¿Y esto?

—Una Colt 45.

Guardó las fotos.

—¿A quién piensa escribirle para contarle de su arribo a los Estados Unidos?

—Todavía no he pensado en eso.

—¿Y a su padre? ¿No le va a hacer una carta para decirle que llegó bien?

—A mi padre mucho menos. ¿No sabe que le acabo de robar su barco? Fue el que utilizamos para el viaje. Yo creo que si le escribo ahora no le va a servir para nada, ni a mí tampoco. ¿No lo cree usted?

—Excúseme, pero el asunto no me concierne.

—Pero preguntó.

—Volvamos al tema del barco... ¿Usted los trajo?

—¿Al barco o a la gente?

—No veo diferencia.

—Por supuesto que sí la hay. Yo estuve todo el tiempo navegando, pegado al timón, lidiando con la desorien-

tación, con la falta de instrumentos... de otra manera no habiéramos llegado, porque los demás no tenían la menor experiencia de mar. Yo no tenía mucha, pero ya ve los resultados. Entonces puedo decir que traje al barco. No fue fácil. En un momento llegué a pensar que había fracasado, que habíamos pasado de largo sin acercarnos a la Florida. Pero en fin, logré traerlo.

—Pero encima de ese barco había gente, usted la trajo. ¿Por qué razón declina esa responsabilidad?

—No le huyo a ninguna responsabilidad, pero en relación con la gente, por lo menos yo creo que no traje a nadie. Yo no sé si alguno de ellos pensará que traje a los demás.

—Nadie trajo a nadie.

—Me pareció que nos pusimos de común acuerdo. Quizás alguien embulló a los otros. A mí, por ejemplo, me embulló mucho Tony, porque él sabía que yo quería irme, y sabía lo del barco de mi padre, y que yo conocía algo de navegación costera, y entonces él me embullaba. Además, me contaba de su tío, que era de la CIA, lo bien que le iba del otro lado, que seguramente nos ayudaría, que no íbamos a tener problemas aquí. Pero yo creo que era un propósito de cada uno, que por separado ya estábamos decididos y que sólo nos unimos para lograrlo. Por eso yo no puedo decir que traje a la gente, ¿me entiende?

—Comprendido. Ahora hablemos de nuevo acerca de su padre y su barco. Quisiera saber si usted piensa iniciar alguna acción para gestionar la devolución de «Mi Sueño».

—¿Hay posibilidades de devolución?

—Bueno, lógicamente, el barco es una propiedad privada. Nosotros somos muy respetuosos de la propiedad privada. No sé qué pasaría si lo reclaman de Cuba, no

hay vínculos apropiados para ejercer la ley en ese sentido, pero en cambio usted está aquí, usted trajo la nave y quizás...

—Ah, pues me acaba de dar una magnífica idea. Pienso recurrir a esa posibilidad de reclamación. Pediré que me devuelvan el barco, pero no para devolvérselo a mi padre, sino para explotarlo. Aquí tengo que ganarme la vida. Puedo decidirme por la pesca y usar a «Mi Sueño» en la empresa.

—¿No le interesa que su padre necesite igualmente de ese barco?

—No.

—Se ve que se halla muy disgustado con él.

—¿Con mi padre? Yo creo, en primer lugar, que él fue quien quedó muy disgustado conmigo. Él fue el agraviado y no yo. Lo de quedarme con el barco sería una necesidad de subsistencia, no una medida gratuita contra mi padre. Ojalá un día le pudiera devolver uno mejor.

—Y mientras, ¿de qué va a vivir su padre?

—Trabaja.

—¿Dónde?

—Se encarga del CVP en su empresa.

—¿CVP? ¿Qué es eso? ¡Siglas y más siglas! No sé cómo no se vuelven locos con tantas. Las tienen por todas partes... SMO, FMC, CDR, CTC, INRA, ICP, G2, y ahora también CVP. ¿De qué se trata?

—Es una cosa nueva, un cuerpo de vigilancia. Por lo que mi padre me habló no pude sacar mucho en claro; pero creo que con esto suplirán a las milicias en lo que se refiere a los centros de trabajo.

El funcionario se interesó vivamente por ese detalle. Era algo verdaderamente novedoso. Barruntó que había dado con algo importante. Un descubrimiento de cate-

goria. Lo que en su carrera suele ser sinónimo de dividendos especiales.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué interesante! Debe de ser algo más o menos secreto, ¿no?

—Que yo sepa no ha salido publicado en los periódicos... aunque tampoco he oído decir que sea un secreto. Yo no sé cómo se manipulan esos asuntos. Yo solamente vi a mi padre guardar un brazalete nuevo, con unas siglas desconocidas y le pregunté, pero cuando quise entrar en detalles entonces él fue discreto.

—Espéreme un segundo, enseguida vuelvo.

Mientras esperaba, el Chino estuvo haciendo cálculos mentales tratando de prever la reacción del yanqui. «Parece que eso del CVP le interesó de verdad.» Volvieron dos. El otro atesó el rostro y lo miró como si se tratara de un raro espécimen. Hablaron en inglés, en la creencia de que el cubano no los entendería. El Chino tuvo que resistir de nuevo los insultos y balandronadas.

—Es éste.

—Vamos a tener trabajo con él.

—Sí, por supuesto, tiene una información de primera mano, que va a interesar mucho allá arriba, a ver si justifica el dinero que nos gastemos en ellos... y no olvides que fui el descubridor de ese dichoso CVP.

—¿Terminaste con él?

—Espera un poco, me quedan algunos detallitos. Interrumpí el interrogatorio cuando me mencionó el CVP. Quiero pincharlo un poco para ver si revienta por alguna parte... aunque no me parece...

—Okey, te espero, no te demores... ¡Lindo fin de semana nos espera con éstos!

—No demoro.

—¿Y el otro?

—También van a trabajar con él. Hay recelos. Contestó con demasiada exactitud algunos asuntos poco públicos. Y debemos hacer comprobaciones adicionales.

—Lógico.

—Y en el aspecto militar, prácticamente lo sabe todo. Cuanto armamento le muestres, por moderno que sea. Sin embargo, insiste en asegurar que solamente fue un recluta.

—En Oppa-Locka sabrán soltarle la lengua.

—Eso es cosa de ellos, así que deberán sacarle provecho... Espera, que termino enseguida con éste.

—Okey, pronto.

Otra vez quedaron solos el funcionario y el exiliado.

—Okey, Santos. Creo que vamos a terminar ya. Ahora le voy a hacer una pregunta muy áspera, pero también muy necesaria: ¿Cuánto tiempo estuvo sirviendo en el G2?

—Ésa es una pregunta que no merece respuesta.

—Yo considero que sí.

—Entonces le diré que el mismo tiempo que usted.

—Contra mí no existe ninguna evidencia, pero contra usted hay una foto que podemos enseñarle. La hemos sometido a una minuciosa revisión y no dudamos de su legitimidad. Aparece usted con uniforme verde olivo, manejando un auto que usa microonda. ¿Qué dice a eso? ¿De verdad es necesario que le enseñemos la foto?

—No, no es necesario. Puede ser. Como soldado le manejé a muchos jefes, y los autos casi siempre tenían microonda; pero eso fue en los primeros meses. Después solicité mi licenciamiento y empecé a manejar para mí. Ya estaba cansado de hacerlo para otros y de soportar la disciplina militar.

—¿Era disciplinado el Ejército de Castro al que usted sirvió durante los primeros meses?

—Por todas partes se hablaba de disciplinarse. Había instructores que sobrevivieron a la depuración del Ejército constitucional y exigían, y también veteranos de la Sierra, que ya eran disciplinados. Ésa era la situación.

—Y a usted no le agrada la disciplina.

—No, cuando no la necesito para nada.

—¿...Luchó contra Batista?

Santos no responde a la pregunta.

—¿No quiere responder? ¿Por qué?

—No... estaba pensando... ésa es la misma pregunta que hacen allá... eso también se lo preguntan a los futuros comunistas... sí, luché.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque no me gusta ninguna dictadura.

—Entonces, ¿qué le gusta?

—La democracia, pero... ya ve cómo salieron las cosas... y combatimos en vano.

—¿Y no luchó contra Castro?

—Hice lo que pude.

—¿Concretamente?

—Lo cotidiano en la vida de un conspirador. A veces no se hace nada en absoluto. Ustedes conocen bien lo que digo, ustedes patrocinaron todo aquello. Quizás encuentren mi nombre en sus archivos... alguna petaca incendiaria, alguna bomba... o esperar sencillamente a que ustedes dijeran qué había que hacer... pero estoy ya muy cansado y tengo demasiado sueño... Deseo saber si esta entrevista se prolongará mucho más.

—No... ya está bien... vamos.

Afuera esperaban los otros.

—Ya está bien con éste, creo que te lo puedes llevar a Oppa-Locka a ver qué le sacan.

—¿Así, sin comer ni dormir?

—Eso es asunto tuyo. Por mí, voy a dormir porque también tengo bastante sueño.

MSJE NOVENTA Y DOS PUNTO COMIENZO FELIZ
ARRIBO DE «MI SUEÑO» PUNTO SIGUE LA ETAPA
DE ASENTAMIENTO SIN NOVEDAD PUNTO SIGO
PRIMEROS PASOS DE TONY PUNTO ALEGRÍA POR
EL RELEVO Y ESPERO PRONTO ORDEN REGRE-
SO PUNTO FIN PUNTO

EDITH

MIAMI-0986

OJO: PARA CLIENTES DE HABLA HISPANA
CUBANOS QUIENES HUYERON DE CUBA ROJA
EN UNA DÉBIL EMBARCACIÓN Y PASARON VA-
RIOS DÍAS EN ALTA MAR FUERON RECOGIDOS
POR UNA UNIDAD DEL SERVICIO DE GUARDA-
COSTAS QUE LOS TRAJÓ SANOS Y SALVOS A
MIAMI. SEGÚN NUESTROS REPORTEROS PERSO-
NICADOS EN EL COAST GUARD, LOS CUBANOS
SON:

JOSÉ ANTONIO RAVELO MÁRQUEZ, JOSÉ SAN-
TOS HERNÁNDEZ Y FRANCISCO GUZMÁN CAYE-
TANO.

EL PRIMERO DE ELLOS TIENE UN TÍO EN MIAMI.
OJO: ELIMINAR LÍNEA ANTERIOR... ERROR.

LOS CUBANOS RECOGIDOS HABÍAN COMIDO
POCO, ESTABAN DESCALZOS Y CON ESCASAS
ROPAS, PERO MUY CONTENTOS DE HABER LLE-
GADO A LA FLORIDA, DONDE PIENSAN REHA-
CER SUS VIDAS.

Nota a lápiz:

Mención radial cada dos horas.

Añadir efectos dramáticos al rescate: riesgos de la travesía, etcétera y alusiones al régimen de Castro, motivos de la huida, temor a represalias con los parientes que dejan, etcétera.

J'Redacción

IV. Expediente "Tony"

Arsenio y Pablo son dos extremos biológicos. El primero es de piel muy oscura, que contrasta con erizadas canas, habla despacio, y arrastra la erre al hablar, es extremadamente analítico y dueño de una absoluta serenidad. El segundo es pálido, pero con unos cabellos endrinos donde no se ha asomado aún la primera cana, posee una hábil y clara dicción, es también analítico, pero a la vez irapulsivo y nervioso. Sin embargo, en muchísimas pequeñas cotidianas ellos actúan de manera muy parecida. Ahora mismo han coincidido, sin un acuerdo previo, frente al salón que hace de biblioteca. Es domingo por la mañana y saben que encontrarán allí a su jefe Marcelo, revisando los últimos materiales técnicos recibidos, o estudiando la documentación de algún caso, o simplemente leyendo algún buen libro. El pequeño VW azul que observaron en el parqueo, les había servido de referencia para comprender que, como siempre, lo encontrarían allí. Disciplinadamente, como si estuvieran dentro del ámbito del servicio militar, saludaron y esperaron a que Marcelo los invitara a sentarse.

—¿Qué hay?

—Tenemos buenas noticias.

—¡Qué bien! ¿De qué se trata?

—Después de un largo silencio, nuestro amigo de Miami ha resucitado.

—¿Tony?

—Ajá.

—¡Al fin! ¿Qué dice?

—Que ya considera vencida su etapa de asentamiento básico, que ahora comienza a enfrentarse a una tarea mucho más compleja. La de acercarse a los objetivos que le señalamos. Dice que tiene un cúmulo de informaciones. Tantas, que no hay sistema de comunicación capaz de asimilarlas.

—Necesita un contacto.

—No lo pide, pero se sobreentiende que lo necesita. Aclara que todas estas informaciones son tomadas de «segunda mano», puesto que no ha hecho intentos de acercarse a las fuentes originales. Pero da algunos pronósticos acertados sobre el grado de veracidad de lo que pudo enviarnos.

—¿Coincide con nosotros en la temática?

—Casi por completo. El nuevo rumbo de la CIA, el destino de los integrantes de la J. M. Wave, la «internacional reaccionaria» que tratan de montar con el apoyo de algunas dictaduras de América, los ataques a barcos pesqueros, la conspiración internacional contra Cuba y en general... ¿Sabe que Nazario sigue sacándole partido a la infiltración de Vicente Méndez? Dice que aún está vivo, combatiendo, y pide dinero para aprovisionarlo...

—Era de esperarse. Trabajó mucho para crear este incentivo con el fin de sustentar sus picadas y sus campañas económicas, y ahora no iba a dejar que se secara el manantial... Lo que yo no entiendo es cómo hay quién lo cree...

—Dice que hubo muchas divergencias.

—Y claro, seguramente se impusieron los intereses, seguir comerciando con la mercancía terrorista, mantener a toda costa el privilegio de vivir sin trabajar.

—¡No digo yo si reviven a cualquiera!

—Bueno... vamos a ver cómo sale lo de Tony...

Un año enterero y tan sólo para ganarse el derecho de comenzar. ¡Qué trabajito!

—Pero marcha bien.

—Lento, pero bien.

—Exacto. Dice que manda algo por vía epistolar, abiertamente, y que no quiere abusar de los cifrados.

—Hace bien. ¿Qué ubicación tiene para el contacto?

—Tiene varias. Da una dirección en Miami, un teléfono, otra dirección de un amigo, de la época en que trabajó en la cafetería de Marriot, en el aeropuerto.

—¿Dónde trabaja ahora?

—Trabaja de camionero en Richard's, muy ligado a Paquito.

—Ya sé... ese que se entrenó con Yarey en Nicaragua, ¿correcto?

—El mismo. Tenemos fotos.

—Prepárenle un guión para los próximos pasos: acercamiento al capitán del buque madre, que se sirva de él para sus objetivos navales, que haga un esfuerzo encaminado a la posesión de su propio barco, para que se relacione mejor con la gente del río, con los lancheros. Entre ellos, simulando una vida inocente, pululan los piratas. Y, finalmente, que enfile su proa a Alpha. Después del show de Vicente Méndez, logró los favores de la CIA.

—¿Y sobre Torriente?

—Que no desprecie lo que le caiga en las manos; pero que se concentre en Alpha. Preparen a Pablo para el contacto, háganle una agenda y envíenle a Tony las

Instrucciones necesarias para que lo recepcione. Trabajen sobre esto enseguida. ¿Están atendiendo a sus familiares? ¿Cómo salió el asunto del padre?

—Ya pasó. No era fácil su posición... recuerdo aquel extremista que por poco le hace perder la paciencia. Le pedía cuentas por la fuga del hijo...

—¿Y el auto? ¿Quién lo tiene? ¿Está al cuidado de alguien?

Arsenio buscó en vano una respuesta. Miró a Pablo tratando de apoyarse en algo, pero el otro rehuyó la mirada. El auto estaba justamente allí donde se había verificado la salida ilegal. Por fin, no tuvo más remedio que admitirlo.

—El auto está allí mismo... como en realidad no era de un traidor o de un apátrida, pues no se tomaron medidas, no se incautó y está allí... la verdad es que nos olvidamos de ese detalle.

—¿Y ustedes creen que los americanos son tan ingenuos como para no sospechar? Recójalo enseguida y preparen una buena justificación.

—¿Entendido?

—Entendido.

—Entonces procedan como acordamos y manténganme informado.

ALPHA/EXPEDIENTE «TONY»

07866/27 oct. 70

At: Alberto Cañas

Instrucciones para contacto

Contacta: Pablo

1. Arribo a Miami vía aérea procedente de País Verde.

2. Mantener durante tres días consecutivos un chequeo a fondo para cerciorarnos de que el enemigo no ejerce control sobre el receptor.
3. Si con el chequeo se comprueba que todo está en orden, en el curso de la cuarta mañana, llama al teléfono C-H-D H-I-K-L.

Pregunta por el empleado de Richard's.

Si sale Tony, le dices: «Soy Freddy, ¿recuerdas que nos conocimos hace algún tiempo en Marriot? Ahora necesito ayuda para encontrar un nuevo empleo. ¿Hay algún hueco para mí ahí en Richard's?»

4. Si Tony responde: «¡Qué pena! Pero no hay sitio para ti en Richard's», eso significa que no es un día conveniente para verificar el contacto y que deberás repetir la llamada dos días después, pero con esta variante: «Hola, Santos, ¿ya no te acuerdas de que me prometiste salir una tarde de pesquería? Ahora mismo estoy listo, ¿y tú?» Y si responde: «Yo pesco por la mañana», será que acudirá al encuentro.
5. Si responde: «Claro, ven por casa, tengo un sitio para ti en Richard's», es que no se debe producir el contacto bajo ningún pretexto.
6. Si responde: «Yo no conozco a ningún Freddy, debe de haber una equivocación», eso quiere decir que hay luz verde, y que él acudirá al contacto el próximo día por.
7. El día indicado, Tony manejará un picorrey Plymouth blanco, por la siguiente ruta: desde 21 hasta la 17, y allí a la derecha, hacia el norte hasta la 29. Entrará a la cafetería de la esquina, tomará un refresco y después irá hasta la parada de ómnibus que se halla frente al parquecito. Allí quedarán citados para verse en otro lugar dos horas después.

8. Ese lugar deberá acordarse cuando se produzca el primer encuentro y tendrá que ser un sitio donde pueda estar plenamente justificada la presencia fortuita de ambos.
9. Dos días después Tony visitará esa conocida tienda en la calle 8. Para ir allí usará el reversible con el color azul, si entendió; y con el blanco, si necesita alguna aclaración adicional.
10. El regreso será utilizando la misma vía, una semana después, pero con escala en País Blanco.

«¿Qué priorizar?»

Tony bebió despacio su cerveza. Estaba muy fría. Se recostó al respaldar de madera. La mirada puesta en el horizonte, no era más que el recurso de embragar «un punto muerto» para que su pensamiento viajara libremente por los vericuetos de la situación. Una ruidosa **piranha** lo sacó de sus meditaciones, o más bien le sirvió de apoyo para tomar una decisión interna.

«Claro, primero es el barco, el río, Márquez, y por último Alpha.» La **piranha** se perdió río abajo y dejó un vaivén sobre el agua. Le vino a la mente la imagen del funcionario de Inmigración —o del agente del FBI con esa fachada— cuando le sugería que reclamara «Mi Sueño», pero sospechaba que no podía salirle tan fácil la solución de conseguir un barco. ¿Y hasta qué punto le serviría «Mi Sueño», crujiente, lento, achacoso, metido entre pequeñas y rápidas embarcaciones modernas? Pero, ¿qué otra salida tenía ahora disponible sino aquella de regresar al comienzo, de volver a su viejo barco? Trató de hacerse una idea positiva respecto a las cualidades de «Mi Sueño». No era precisamente lo que necesitaba. Pero, ¿qué le iba a hacer? Era tan sólo el comienzo, o peor aún, volver al comienzo. Por lo menos contaba con una quilla, una proa y un timón, algo que

le abriría el rumbo hacia las aguas del río, hacia las zonas de pesca, hacia el ambiente de los lancheros, hacia el laberinto de los Everglades y, quizás, ¿por qué no?, hacia las prometedoras Bahamas, en cuyas aguas muchos se habían enriquecido.

«Mi Sueño» estaba llenándose de escaramujos, tirado en un rincón de una base naval de la Florida, sujeto a una incautación judicial dictada por las autoridades de Inmigración. Por tanto, lo primero que hizo Tony fue salir en busca de un asesoramiento adecuado, y lo halló pronto con el pago de algunos dólares a un hábil jurista acostumbrado a esos litigios. El segundo paso fue dirigirse él mismo al edificio Federal, uno de los más altos del Down Town, donde tienen su sede las oficinas de La Voz de las Américas, el Centro de Comunicaciones del Coast Guard y las oficinas de senadores, políticos y funcionarios como el Coordinador del Departamento de Estado para los Asuntos Cubanos en Miami. Éste era el tipo de personaje nada fácil de localizar en el primer intento, que se movía de un lado a otro atendiendo los intereses gubernamentales afectados por la presencia de la populosa emigración cubana. Pero Tony lo buscó con paciencia, una y otra vez, hasta que pudo abordarlo al cruzarse con él a lo largo de un pasillo de la planta baja. Le cerró el paso de manera disimulada y le dijo:

—¡Qué suerte encontrarlo! Tengo necesidad de hablar con usted, y lo he buscado por todas partes.

Esperó que el Coordinador le respondiera con alguna evasiva, o con la orientación formal de que volviera en otra oportunidad dentro del horario oficial en que se atiende al público. Pero por el contrario, el hombre se detuvo frente a él, aparentemente dispuesto a escucharlo.

—¡Sí?

—Mire, yo llegué a esta ciudad hace algún tiempo, no mucho. Vine en un barco que ahora está bajo la custodia del Gobierno. Yo necesito ese barco y quiero que usted me indique lo que debo hacer para reclamar que me lo devuelvan, si es que existe alguna posibilidad de que yo lo recupere, pues no conozco las leyes y no sé si me favorecen o no, ¿comprende?

—Así que viniste en un barco, clandestino, por supuesto, huyendo...

—Entramos en una base de Cayo Hueso y después nos ubicaron aquí.

—¡Ah, sí! Ya recuerdo... tú eres de los tres que vinieron... Sí, cómo no.

—Sí, en un barco llamado «Mi Sueño».

—Ya sé, ya sé. Me parece que ustedes se hicieron bastante conocidos aquí, se puede decir que casi famosos... La prensa se ocupó mucho, la radio, la televisión, todos... manejaron bien los elementos dramáticos... «los tres de "Mi Sueño"». ¿Verdad que sería un buen título para una película sobre aventuras marinas? Sí, cómo no, ya recuerdo... Venga conmigo... éstos asuntos delicados no deben tratarse en los pasillos.

El funcionario se volvió y comenzó a guiar a Tony a lo largo del pasillo. Se detuvieron frente a la última puerta, donde radicaba la Oficina de Asuntos Cubanos.

—Siéntese...

Mientras invitaba, se acomodó en su silla giratoria, detrás del buró cargado de expedientes, documentos, periódicos, libros sobre temas jurídicos y revistas.

—La gente como usted me simpatiza. La osadía, la decisión. ¿Para qué vivir con los brazos cruzados? Yo estoy seguro de que usted va a triunfar en este país.

—Eso espero.

—Y entre sus proyectos vuelve a estar el mar, ¿eh?
Para eso quiere su barco?

—Sí, señor.

—¿Qué va a hacer con él?

—Quiero vivir de la pesca. Tengo varios officios, y entre ellos soy pescador profesional. Si consigo la embarcación, pues...

—¿Y en Cuba vivía de la pesca?

—En Cuba, no, pero aquí debe de ser distinto, ¿no?

—Bien, señor... ¿señor qué?

—Santos.

—Sí, señor Santos, es buena idea, pero...

—¿Alguna dificultad sería?

—Yo no tengo nada en contra de la devolución de su barco. Esto es en lo que concierne a mi cargo... pero hay un aspecto del asunto que no depende enteramente de mí. Cada vez que se produce un secuestro en nuestro territorio y los autores huyen hacia Cuba, sea en barco o avión, Castro nos lo devuelve. Se llevan aviones modernos y él los devuelve. Y esos aviones valen caros, valen millones de dólares. No se trata de un velero, o de un pequeño yatecito de recreo, o de un barquito de pesca como el suyo. Se trata de verdaderos palacios volantes. Pero Castro no se aprovecha de los aeropiratas y siempre devuelve las naves robadas. Entonces, ¿qué hacemos nosotros con los barquitos que traen para acá, como el caso de ustedes? Lo menos que podemos hacer es guardarlos. Yo no me explico por qué Castro devuelve los aviones, pero los devuelve. Yo no sé lo que vamos a hacer con esos barcos, pero los guardamos. Es algo más que una cuestión de justicia o de ética profesional. Es, además, un negocio redondo. Porque si un día a Castro se le ocurre pedir esos barquitos, deben estar aquí disponibles para que nosotros podamos responder con un

gesto recíproco que, de no ser factible, pondría en peligro la posibilidad de seguir recuperando nuestros aviones desviados hacia Cuba. Entonces, en tales circunstancias usted me hace la solicitud, y yo le respondo. Después de haberle informado sobre el particular, le ruego que comprenda mi situación...

Pero Tony venía preparado para esto. El leguleyo lo había aleccionado. Sacó un sobre blanco y se lo extendió al coordinador de los Asuntos Cubanos:

—También le he traído esto...

El americano le echó un vistazo malicioso y tomó el sobre. Extrajo de él un documento y lo leyó muy despacio, asintiendo con un gesto leve de vez en cuando. Después levantó la cabeza y mostró una sonrisa discreta.

—Es una proposición inteligente, casi indeclinable. Veo que pretende desarmarme. Comprendo que si usted hace uso del barco de manera condicional y se responsabiliza en mantenerlo en buen estado de conservación, resulta mejor que como está ahora... Usted estaría en disposición de devolverlo tan pronto como surgiera cualquier reclamación... ¿Fue idea suya?

—Escribí este documento por si no prosperaba una solicitud incondicional. Como veo que hay dificultades, pues hago la proposición. Me comprometo a conservarlo en buen estado. Usted sabe muy bien que metido en un hangar, sin que nadie le ponga una mano encima, el barco terminará por arruinarse en unos pocos meses, y entonces de nada serviría... En caso de un litigio con Castro, ¿qué iba a devolverle? ¿Un casco lleno de escaramujos? Lo que yo propongo es conveniente para ambos, y no lo comprometo en nada. Tan solo yo me comprometo.

El funcionario movió la cabeza como siempre hacia frente a un «caso incorregible». Tony le había planteado la solicitud de una manera que resultaba más difícil decir «no», sobre todo, si antes había mediado un reconocimiento de simpatía hacia él.

—Me sigue gustando su forma de ser. Con esta misma acometida suya, necesitamos a unos cuantos empleados aquí. Es una lástima que usted no sea americano. Le repito: estoy seguro de que va a triunfar en este país.

—Entonces, ¿accede?

—Sí. Voy a acceder en su caso. ¡Sólo en su caso!

Un apretón de manos, una despedida. Tony salió de allí con viento en popa.

«Mi Sueño» volvió a navegar frente a las costas floridanas. Su capitán iba al timón y rememoraba las viejas andanzas. El primer paso: estar a flote. Buscando la desembocadura de Miami, se dijo: «Ya está. Ahora el río, los lancheros.»

Pero estaba cayendo en un exceso de optimismo al no tener en cuenta que «Mi Sueño» era viejo, lento, crujiente, incapaz de hacer mucho por acercarlo al intrincado mundo de los lancheros. Un mundo aprisa. Un remolino de lanchas rápidas, modernas. Pronto comprobó sus limitaciones. Podía, si acaso, remontarse río arriba hasta la calle 36, o navegar con lentitud quince millas afuera para alejarse de la fangosa plataforma peninsular, en busca de una zona apropiada para la pesca. Invertía demasiado tiempo, marchando siempre a la zaga, en su vano intento por establecer relaciones duraderas con aquella gente de mar que pasaba velozmente a su

lado y lo mecían con la estrepada. Un día decidió decirle adiós al viejo barco. Convencido de que nunca se libraría una reclamación desde Cuba, rompió la promesa hecha y lo vendió a un pescador que buscaba ampliar su negocio. Uniendo ese dinero al de algunos ahorros, adquirió una lancha de diecisiete pies, de fiber glass, movida por un viejo motor Johnson de gasolina, del «año uno», que tronaba y estallaba en forma aparatosa, pero que hacía parecer una tortuga a «Mi Sueño».

VI. Nostalgia

En la avenida 22 del North West, casi esquina a Flager, se encuentra Rancho Luna. El nombre es una fuente de nostalgia. Tres cubanos almuerzan mariscos y cerveza. Invita Marvin. Todo va bien hasta la sobremesa:

—No puedo evitar una gran emoción siempre que escucho a alguien que viene de Cuba.

José Antonio Ravelo miró al muchacho con cierto recelo. Creyó oportuno alertar al Chino para que no lo cogiera desprevenido esta clase de planteamientos:

—Éste vino equivocado —dijo burlón.

—Yo no vine, me trajeron —aclaró Marvin—. Ahora no encuentro fácil reconocer un status perdurable.

El chino levantó las cejas como si no comprendiera bien. Él tampoco hallaba fácil la adaptación, pero tenía sus razones.

—¿A qué edad te trajeron?

—Yo tenía nueve años. Creí que sería una cosa pasajera. Mis padres lo prepararon todo en silencio. Fue después de la intervención de la finca. Tengo recuerdos de allá. De un paisaje muy bonito, de un río y palmas. Un señor que me enseñaba a montar a caballo... y recuerdo bien el día en que de repente me vi con ellos en el aeropuerto. Al principio fue emocionante eso de en-

fréntarse a lo desconocido, a lo poco corriente, salir de lo cotidiano. Pero después, no creas, fue difícil.

—Tú eras muy pequeño, quizás sólo recuerdas el lado bueno —sugirió Tony—, y por eso te da nostalgia.

—No. Recordemos lo malo o lo bueno, muchos queremos regresar.

—¿Tus padres también?

—Ellos también. A su manera, pero quisieron regresar.

—¿A su manera?

—Ellos siempre hablaban de regreso. De un pronto regreso. A veces pienso que era para engañarme, a veces llego a creer que lo decían con sinceridad. Confiaron en lo de la brigada, pero resultó un chasco. ¿Qué días aquellos! Tuvimos las maletas preparadas como si todo estuviera muy seguro. Mi padre desempolvó sus propiedades, esos papeles que casi fueron su único equipaje y que guardó con tanta fe. Entonces la brigada resultó un fracaso... tuvieron más muertos aquí que allá, y no nos llevaron a ninguna parte.

—¿Cómo más muertos aquí? —preguntó el Chino.

—Pues, muy sencillo. Resulta que los flamantes soldados de la libertad no tomaron La Habana en pocas horas como habían prometido. Los americanos no mandaron su apoyo decidido como habían prometido. La gente de la brigada recibió duros golpes en lugar de los vivos que aquí les habían augurado... se perdieron entre los pantanos o cayeron prisioneros de Fidel. Y, ¿quién iba a imaginárselos cambiados por curitas y computas? ¡Después de tanta solemnidad! Entonces, sus mujeres aquí, esperando, sin saber a qué atenerse... sin saber si eran viudas, o si sus maridos iban a ser fusilados, o se iban a pasar toda la vida en una cárcel cubana. Y muchas de ellas, huyéndoles a la soledad, suplieron el vacío. Parece que por contagio, porque en este país todo

tiene piezas de repuesto y no previeron lo del canje... pero se produjo el insólito trato y ellos regresaron. ¡Ya se pueden imaginar! Por esos días la «sauesera»¹ parecía un verdadero oeste. Todos los días aparecían dos o tres muertos. Uno de la brigada, o su mujer o su repuesto, ¡o los tres! Se acabó la brigada y no había otro lugar donde depositar las esperanzas.

—¿Y Alpha 66?

—¡Ah! ¡Muy bien, muy bien!... Mira... ¿quieres llenar este modelo y adjuntarle un dólar? Sacó un bono del bolsillo. Era de impresión lujosa, en papel de alta calidad. Un diseño muy sugestivo, y un texto sobrio:

Liberación de Cuba.
Contribución voluntaria.
Planes militares de Alpha 66.
\$1.00 dólar

Si no lo va a mandar, haga el favor de devolvernos el bono para que pueda ser llenado por otro compatriota.

—¿Te quedas con él? Me lo mandaron por correo, pero sin el franqueo para la respuesta, así que... —lo puso sobre la mesa calzado con un salero— se lo dejo de propina. ¿No vale un dólar?

—Ellos necesitan dinero para mantener la organización —aclaró José Antonio—; es como las logias, las sociedades, tienen que cubrir gastos.

—Piden para la guerra. ¿No lo leíste?

—También han combatido el comunismo. Lo sé por mi tío. Nada de trucos. Él mismo ha ido hasta las costas de Cuba a llevar combatientes... y hay películas de eso.

¹ Cubanización de southwest o suroeste. (N. del A.)

—Es la filosofía de la limosna —afirmó Marvin—, piden para vivir sin trabajar y, de vez en cuando, mandan a alguien hacia la muerte para poder seguir pidiendo. No me mires de ese modo. Si quieres creer que soy comunista allá tú. Digo lo que pienso. Aquí hay que trabajar muy duro, y el negocio de la guerra, si uno es vivo y sabe sacarle el cuerpo al peligro, es el mejor.

El Chino tomó el bono en sus manos. Lo levantó a la altura de sus ojos. Después lo puso otra vez sobre la mesa. Volviéndose hacia el otro de «Mi Sueño» le preguntó:

—¿Cuándo me llevas a conocer a tu tío?

—¡Coño, Chino! ¿Para qué? En parte, lo que dice Marvin es verdad. Lo mejor es buscarte la vida en el mar o en cualquier otra parte y no meterse en estas cosas...

—¡Eh, aguanta, aguanta! ¿Quién te dijo que yo quiero enrolarme con tu tío en la CIA? Yo no he hablado tanto. Yo lo que quiero es que me conecte con los pescadores, con los lancheros, nada más...

—¡Hace bien —dijo Marvin—, esto no es lo que uno se piensa!

—Tampoco he dicho eso, jovencito.

—Entonces usted está peor que yo, porque yo por lo menos ya sé a dónde ir...

El Chino se puso de pie, evidentemente disgustado:

—Me voy... ya terminamos, ya pagamos, y ya hemos hablado bastante.

Salieron. Ya en la calle, Marvin se adelantó y se dirigió al parqueo. Enseguida vieron salir su Ford plateado desde el que enseñó un gesto de moderada despedida.

—Es buena gente, Chino, lo que pasa es que tiene sus boberías de niño bitongo, pero es noble. Fíjate cómo

se pone a decir todas esas sandeces sin saber quién tú eres.

—¿De qué lo defiendes? Nadie le ha tocado un pelo.

—Me parece que lo trataste bastante mal.

—Es que estoy harto de escuchar todas esas idioteces. Todo el mundo critica, pero nadie mete de verdad las manos. Si no quieres no las metas, pero respeta a los que se deciden... vinimos aquí a comer y a añorar, y todavía criticamos a los otros que lo hacen mal o bien, pero lo hacen.

—No se le puede pedir mucho. Ya te lo dijo. Lo trajeron cuando chiquito.

—Pero nosotros estamos bastante grandecitos y nos viene mejor andar con gente responsable y no con bitongos arrepentidos, y a propósito porque tú no estás muy bien que digamos: o me llevas pronto a casa de tu tío, o te doy el mismo tratamiento que a Marvin, porque yo no pierdo el tiempo. Así que tú dirás.

Al otro día, el Chino conoció a Juan Bautista Márquez, agente de la CIA, capitán de buque madre y tío de José Antonio Ravelo Márquez.

VII. Un tío en la CIA

—¿Qué te pareció mi tío?

Dejó los prismáticos sobre el ancho brazo del sillón y esperó a que el Chino le respondiera. Hacía un día claro, limpio de nubes y con una brisa muy fresca, ni de invierno ni verano. José Antonio estaba contento.

—¿Tu tío? ¡Un gran tipo!

El Chino estaba sentado sobre la arena. Muy cerca de él, semienterradas, había varias botellas de cerveza Llave y algunos sobres con «mariquitas».

—Y eso que no pudo atendernos bien.

—Es una gente muy importante. Lo vienen a ver más que al encargado de los Asuntos Cubanos.

—Sí; en realidad vienen a eso, a verlo para asuntos cubanos... pero no de los que pueden ventilarse públicamente.

El muchacho tomó los prismáticos y los enfocó sobre un torso dorado. Los fue paseando boquiabierto, sin poder continuar la conversación. Exploró el punto central de un vientre donde hace unos cuantos años el desprendimiento de un cordón umbilical ha dejado una cicatriz perfectamente redonda.

—Y tú muy orgulloso de tu tío.

—¿Eh?

—Que estarás orgulloso de tu tío.!

—¿Qué va! Ya te he dicho que no entro en eso. No me interesan esos asuntos. No me gusta buscarme líos. Yo vine a este país a vivir tranquilo.

—Los que van a verlo a su oficina se ven tranquilos. Todos muy bien alimentados, muy bien vestidos, con carros nuevos y mucha plata. ¿De qué pueden quejarse?

—Sí, sí. Todo lo que tú quieras. Tendrán carros del año, mucha plata, buena ropa, sortijones, pero también sus buenos líos, y a veces, incluso, entre ellos mismos, y de vez en cuando también hay su muertecito.

—¿Muertecito?

Ahora en el enfoque de José Antonio hay una medallita de supuesto oro, que salta entre los abultados pechos de una muchacha que corre tras una enorme pelota roja y blanca.

—Muertecitos, mejor dicho. Y no como esos que nos contaron de la brigada por pegadera de tarros, no; sino por asuntos más serios... Bueno, y también por bobearías... ¿Tú viste aquel hombre bajito, trabajo, casi calvo, que discutía mucho y se separó del grupo?

—¿Con una camisa muy chillona?

—Ese mismo.

—Sí, recuerdo.

—Se llama Orozco. Un día estaba dándose unos tragos en el bar de la 8 Avenida entre la 5 y la 6 calle. —Al mencionar las calles y avenidas, lo hacía a la inversa, como la mayoría de los latinos que residen en Miami—. Entonces, no recuerdo por qué motivo, sacó discusión con un tipo. Haló por el revólver y lo mató a boca de jarro. Vino aquí a casa de tío, para ver a un contacto de la CIA, y le dijeron: «Piérdete por lo menos tres días, que es lo que demora en desaparecer los efectos de la pólvora, y ya será difícil que te prueben...», pero él explicó que era inútil, que todo el mundo lo había visto,

y entonces arreglaron la cosa de otra manera, y el tipo está en la calle.

—¿Para la CIA no hay ley?

—Sí: la ley de la CIA.

—Ya veo.

—Yo sí estoy viendo un fenómeno por aquí.

—Te vas a quedar ciego.

—Y otro día... porque te dije muertecitos... vinieron todos muy serios, y hablando muy bajito, vaya, con mucho misterio. Yo enseguida me di cuenta de que era algo duro de verdad. Y no digo yo si lo era. Habían tirado a un cubano para los pantanos.

—¿Para los pantanos? ¿Tú estás seguro?

—Sí; seguro. Hablaban de que por sí o por no ya estaba bien muerto, que si más nunca lo encontraban en esos pantanos, que si era o no era agente del G2, y había quien dudaba y decía: «Caballeros, yo creo que hemos matado a un inocente...» Y luego fue lo del Bayamés.

—¿Qué Bayamés?

—Mira. La gente de la CIA habló con mi tío y le dijo que le iban a retirar la confianza y, por supuesto, la ayuda a los cubanos de Alpha 66, porque existían demasiadas evidencias de que el G2 los había penetrado. Nazario, defendiendo su parte, decía que no, que allí no podía haber ningún infiltrado, pero la CIA insistió. Entonces se creó una confusión tremenda. Una desconfianza entre todos por un lado, un estira y encoge, y por otro, algo así como una necesidad de encontrar de veras a un traidor.

—Necesitaban a un traidor para recobrar la confianza de la CIA.

—Eso mismo, ¡coño!

—¿Y se encarnaron en el tal Bayamés? .

—No precisamente. Es que todos cazaban la oportunidad de hallar a alguien que hiciera ese papel que necesitaban, y entonces, en el primer intento que hizo mi tío por llevar a Vicente Méndez a Cuba, iba ese Bayamés. Creo que se llamaba Julio César. La cosa es que se produce una discusión porque el Bayamés quería desembarcar por un lugar específico y ellos, al parecer, caen en la cuenta de que el Bayamés los quiere llevar a una encerrona, y lo cogen, lo amarran, lo torturan para que diga que es del G2, y en fin, lo tiran al agua y vuelven sin hacer nada en Cuba.

—Pero, ¿en qué cabeza cabe que los vaya a llevar a una encerrona si él mismo iba con ellos?

—No sé. Se hicieron esa idea. ¿Quién sabe? Porque la gente habla mucho. Han dicho que fue un accidente y que ellos han querido sacarle provecho, que no existió el tal Bayamés, y bueno, mil historias. Pero no todas esas historias son enteramente falsas.

—¿Cómo justificaron ante la ley esa otra muerte?

—Al regreso, dijeron que el mar estaba muy revuelto frente a Cuba, que el Bayamés se había caído al agua, y que pese a todos los esfuerzos por rescatarlo y que... que...

Ahora los prismáticos se concentran sobre la piel de una naturaleza viva minivestida, que se inclina sensualmente para probar la temperatura del agua en la playa.

—¿Y qué?

—Nada, que dijeron que se ahogó y todo se quedó así. A ellos qué les importa.

—No se quedó así, he oído decir que lo dan por un mártir.

—Se estarán aprovechando de eso.

—De todos modos, fue eso: un mártir.

—Y mi tío volvió a llevar a Vicente Méndez a Cuba.

—A la muerte.

—Mi tío dice que está vivo.

—¿Y tú qué crees?

—A mí no me interesa. Ni vivo ni muerto. Allá ellos. Lo que yo no comprendo es cómo con estos truenos insistes en hacer migas con mi tío.

—Voy a creer que todo esto lo has dicho para asustarme.

—No; pero soy tu amigo. Creo que puedo preguntarte si tú prefieres enrolarte en la CIA, antes de abrirte paso y vivir bien y tranquilo aquí en la «yunai».

—¿Qué tienes tú para proponerme?

José Antonio bajó los prismáticos.

—Que nos metamos en cualquier negocio decente. En la pesca, en cualquier cosa. Aquí hay muchos caminos y si no es aquí, como dijo el tipo del aeropuerto, en el norte.

—Voy a pensarlo, te lo prometo.

—Es lo mejor, Chino. Yo no envidio a ninguno de los amigos de mi tío.

—Está bien, pero ahora vamos a disfrutar de Crandon Park, así es que olvídate de tu tío y de todo lo demás.

—Ya estamos de acuerdo —volvió a levantar los prismáticos—. Oye, ¿tú sabes cómo le dicen a esta playa?

—Yo la conozco por Crandon Park.

—Y yo por la playa del «tuvo».

—¿Tubo de tubería?

—No, chico, tuvo con uve, tuvo de tener, o mejor dicho, de que ya no tienen.

—¿Por qué?

—Porque a esta playa vienen los cubanos, y en cuanto se toman dos cervecitas se ponen a alardear y a decirse unos a otros: no, yo en Cuba «tuve» una tienda

de ropas, y el otro: yo «tuve» un servicentro, o yo «tuve» una fábrica, una casa de apartamentos, un cine, un hotel, y bueno, a esa hora todo el mundo «tuvo». Los americanos dicen que al parecer en Cuba todo el mundo «tuvo» algo, que era un país más rico que los propios Estados Unidos, un país de propietarios.

—Está bueno eso.

—Bueno es lo que yo estoy mirando ahora.

—¿Rubia o trigueña?

—No le estoy mirando a la cabeza.

—Voy a buscarle fiesta.

—Trae más cerveza.

José Antonio salió en busca de la muchacha y de las cervezas, mientras el Chino recorría con los prismáticos la franja arenosa que se perdía junto a la vía Rickenbaker, en uno de los más concurridos rincones de Key Biscayne.

Cuando regresó el sobrino de Márquez, el Chino dejó que éste rompiera su promesa de no hablar del tema bélico:

—Toma, aquí están las cervezas. ¡Qué embarque!

—¿Por qué?

—Con la muchacha.

—¿Porque te dijo que no?

—Al contrario, porque me dijo que sí.

—No te entiendo, viejo.

—Después que le dije qué ojos más lindos, qué pelo más lindo, que piel... ¿sabes lo que hizo? Sonrió y me dijo: «¿Du yu nid cónpany? Only twenty dólares.»

Rieron.

—Mi tío en Cuba era una fiera con las mujeres... pero aquí nada más que piensa en sus negocios con la CIA. Ahora están preparando algo gordo.

—¿Cómo lo sabes?

—Llamaron a Guayo, un buitres que aparece detrás de cada desgracia para sacar dinero. Es como la rapia, que vive de la tragedia ajena.

—¿No sabes de qué se trata?

—Sólo eso, que Guayo estará allí, y él no va a cualquier parte, sino sólo a donde ocurre algo sensacional.

—Sí; comprendo.

Tony Raveio Márquez le pidió los prismáticos y buseó un punto rojo sobre la arena, debajo de unas palmeras. Ese punto rojo era un bikini.

—Aquella es cubana.

—¿La conoces?

—No como quisiera. Fue mi vecina.

—¿Aquí o allá?

—Aquí. Se fue de Cuba porque quería estudiar una buena carrera en la Universidad y lo que le ofrecían allá no le convenía. Convenció a los padres y vinieron.

—¿Y aquí estudió lo que quería?

—La engañaron. Se tropezó con un tipo de esos que descubrió una mina en su cuerpo. La fue comprometiendo. Le dijo que con lo que ganaría podría estudiar lo que le diera la gana. Primero fue modelo vestida, después hizo desnudos para un fotógrafo, y ahora...

—¿Ahora que?

—Tiene una clientela selecta, pero nada de estudios. Parece conforme, de verdad que gana más que cualquier profesional. Pero me han contado que padece crisis nerviosas y que una vez, después de atender a un tipo repelente, trató de suicidarse.

—¡Mala suerte!

—Yo no sé si es mala suerte o qué, Chino. Pero uno se hace una idea y luego aquí es otra. Después pasan cosas como esa del cubano que lo llevaron en una gira

por América Central para que propagara contra Cuba. Lo llevaron a hablar a una plantación de bananas, y se le ocurrió decir que los cubanos bajo Castro comían carne solamente cada nueve días, y que durante el resto del tiempo no tenían más que pescado, huevos, chicharos y pollo; y antes de que siguiera su relato, le salió un trabajador de las bananas y le gritó: «Oiga, qué bien si nosotros tuviéramos algo igual, pues yo tengo cuarenta años y durante toda mi vida lo único que he comido ha sido bananas, y aquí en estas plantaciones la gente nunca ve carne, ni pescado, ni otra cosa que no sea bananas...», y aquello fue un bochorno. Cuando volvió a Miami, dijo que lo excluyeran de esas giras... Yo mismo he sido un comemienda y ahora me arrepiento.

—Yo créo que es cuestión de suerte, ¿a otros no les va bien?

—Sí; tú mismo te sales con la tuya, recuperaste el barco, ya conociste a mi tío y sé bien que lo que persigues es meterte a agente de la CIA; pero allá tú, a mí no me vas a arrastrar.

VIII. La CIA escucha

Las leyes norteamericanas vigentes prohíben la escucha subrepticia de conversaciones privadas; pero al mismo tiempo, diversos funcionarios de agencias estatales como el Buró Federal de Investigaciones, la Agencia Central de Inteligencia, la Agencia de Seguridad Nacional y otras, se dedican por entero a esa labor, en la cual utilizan los más complejos y sofisticados equipos; algunos, dignos de ser considerados como un fantástico aporte para las tramas de novelas de ciencia-ficción. Paralelamente, la industria electrónica dedicada a esta línea del espionaje ha alcanzado una saturación productiva que excede las posibilidades de la demanda oficial y, por consiguiente, las ofertas han rebasado el marco **top secret** de los clientes de la comunidad de Inteligencia y desbordan el mercado público con diversos y complejos «juguetes» atentatorios contra cualquier privacidad hasta el punto de que ningún ciudadano americano puede asegurar que su intimidad no se esté grabando o filmando.

«Y si es necesario, porque la superproducción así lo impone —explicó hace poco un gerente de ventas especiales— nosotros estaremos en condiciones de poner en

circulación masivamente juguetes para grandes y chicos, diabólicas invenciones que pondrán al alcance de todos, los medios de trabajo de cualquier superespía.»

En tales circunstancias nadie sabe a qué atenerse respecto a lo que habla o hace, por ejemplo en la intimidad del hogar, encerrado en un baño intercalado o, incluso debajo de la colcha en su lecho.

—¿No cree usted que esto puede desatar una ola de chantajes?— preguntaron a un jefe de Policía en New Jersey.

—¿De qué manera? Si alguien viene a decirme que tiene fotos telescópicas de mi mujer, en las que aparece haciendo el amor con un amante, y grabaciones de sus suspiros captadas por un micrófono dirigible, y que me las entrega a cierto costo, yo ni me enfado. Le respondo que puedo venderle mucho más barato poses idénticas, pero en color o tridimensionales y grabaciones en estéreo... Ya pasó esa época pasional. No, definitivamente, no prosperarían los chantajes.

—De todos modos algo se dañará con esta popularización de nuestros medios —dijo un detective que todavía trabaja en Flager—. A mí por lo menos, de vez en cuando, todavía viene a verme alguien que necesita probar alguna cosa. El mes pasado uno pagaba lo que le pidieran si lo ayudaban a demostrar la traición de su mujer. Creí que sería un trabajo fácil, pero ella era una santa. Tuve que usar todo tipo de trucajes. Si estos medios hubieran estado a la venta en cualquier tienda, él no me hubiera pagado tanto por el servicio. Sí, definitivamente, es nocivo.

Pero por el momento, la comunidad de Inteligencia gasta bastante de su presupuesto en toda clase de artefactos electrónicos, y se puede considerar todavía el primer cliente para la industria electrónica.

En la segunda semana de agosto de 1970, un pequeño microemisor de frecuencia modulada estuvo transmitiendo para un centro móvil de recepción de la CIA, un Ford Torino verde claro, aparcado a unos mil metros del local de Alpha 66. Un fragmento de esta conversación fue interceptado y registrado en un microcassette por un insospechado intruso quien, utilizando un increíble método improvisado, logró establecer un ángulo de escucha parásito. Esta anomalía no se detectó por la parte afectada. De esta manera, durante dos minutos y cincuenta segundos, una micrograbadora procedente de la CIA, pero no a su servicio, recogió lo siguiente:

«...que tendrías que decir.

»—¿Y cómo hablar de él sin delatarlo?

»—Ya pensé en eso. Nuestro hombre en la capital cubana se llama Lázaro Escambra Alfaro. ¿Qué te parece? ¿Que los del G2 salgan a buscarlo, a ver si lo encuentran... jamás se imaginarían!

»—¿De dónde sacaste este nombrecito? Escambra está claro, me suena a Escambray... Alfaro a Alpha, también está claro, pero con ese Lázaro no caigo.

»—Para evocar a un santo, muy propio de la devoción cubana, que nos proteja.

»—Para que proteja el pellejo de él sobre todo, ¿no? Es quien lo va a necesitar.

»—Y los enlaces.

»—Claro, y los enlaces. Yo no sé. Yo veo todo esto demasiado ingenuo; ellos no son tontos.

»—En la Inteligencia lo ingenuo también es inteligencia.

»—No me gusta mucho.

»—Bueno... lo tuyo no es eso. Ve haciendo estimados. Las recaudaciones van a sobrepasar a las de la época brillante del desembarco del Guajiro. ¡Ya verás!

»—¿Y cómo piensas sostener el asunto de las células? ¿Que se mantenga vigente esa idea en Cuba?

»—Menoyo y sus compañeros, desde el Príncipe, serán la voz orientadora que llevarán los enlaces al exilio... y a las supuestas células. De todos modos, supongo que alguna habrá, no te preocupes. Los números los redondeamos aquí. Emelina tiene ya todas las instrucciones. Ahora vamos a trabajar sobre una gran campaña de prensa.

»—¿No es demasiado riesgo? ¿Y si la gente de Castro da con el asunto?

»—Riesgos siempre habrá.

»—Sí, pero nosotros estamos detrás de la barrera. ¿No piensas en Menoyo, en los demás que están en Cuba?

»—Pienso en ellos. No vamos a esperar que pase lo peor; pero cualquier desenlace tendrá un eco favorable para nosotros. No lo dudes, Hugo Gascón.»

IX. Los tres «Mi Sueño»

José Antonio Ravelo Márquez hundió sus manos en los bolsillos, y dijo satisfecho:

—Me alegro, Chino... de verdad que me alegro.

Aunque no hizo alardes, ni cantó victorias, mostraba un mejor semblante. Pero aún le quedaban dudas. ¿Lo haría de corazón? ¿Sería un engaño para preservar su amistad? El Chino, sonriente, se comportaba como si adivinara su pensamiento.

—No te estoy mintiendo. Ya dejo a un lado mis aspiraciones aventureras con tu tío, no me interesan. Ahora, si lo de la pesca sale mal, alguien lo va a pagar con la condenación eterna, y ese alguien ya sabes quién es.

—No va a salir mal.

—Mejor así.

Algo les llamó la atención allá abajo en el río. Miraron. Era el puente de la calle 17, que se abría para dar paso a un velero deportivo. José Antonio sentía que la admiración por el Chino le crecía dentro. Ahora más que nunca deseó que él comprendiera el rechazo que sentía hacia los «asuntos cubanos» de su tío, y empezó a contarle, como siempre había deseado, sin temor a un exabrupto, como si hablara con su hermano mayor.

—Mira, Chino, yo me fui de allá por embullo, nada más que por embullo. Mi familia insistiéndome, poniéndome siempre el ejemplo del tío... casi un héroe, y yo no había tenido casi experiencia de la vida. ¿Te acuerdas cuando nos poníamos a discutir?, ¿cuando tocábamos el tema de los motivos de nuestra salida? ¿Te acuerdas qué decía yo? A ver, dime...

—Estabas obsesionado con tu tío. Una idea fija. Hablaste tanto de él, que también a mí me afectaste con esa idea. Yo también, ¿te figuras?, dije, me voy con éste y allá nos arreglamos con el tío. Y ahora cambias y te empeñas en hacernos cambiar de parecer. Ahora debemos admitir que el tío es malo.

—Por lo menos en mi caso... Yo me hacía otra idea de la realidad. Y me equivoqué con todo: con lo que dejé allá, con lo que encontré aquí, y con lo que dijeron mis parientes.

—Fue un cambio muy violento. Recuerdo bien cuando llegamos, tu tío te recibió como habías esperado. Yo lo vi muy preocupado. Vino con Nazario. Se interesaron por todo, movieron los resortes influyentes para que saliéramos pronto de allí... tu tío te abrazó muchas veces y se veía contento, satisfecho... te decía: «¡Caray, mi sobrino, qué alegría me das!» Y después, un día allá en tu casa, no estabas y se habló de ti. Él dijo que eras un buen muchacho, que pensaba convencerte para que fueras con él a las Bahamas, no a las correrías clandestinas de la CIA, sino a pescar langostas. Entonces yo recibí esa buena impresión de él hacia ti, y ahora tú lo niegas...

—Lo que yo quería y esperaba de mi tío, y también de los Estados Unidos era algo más que una bienvenida de palabra, un abrazo y un «¡qué bueno que viniste!» Y a muchos que ahora quieren regresar porque están

hartos, los pasó lo mismo. No es sólo Marvin... pero bueno, quizás a ti te dé lo mismo. Cada persona es un mundo.

—Yo lo que no comprendo es qué esperabas de tu tío y de los Estados Unidos, qué te defraudó... si creíste que te iban a recibir con fuegos artificiales y serpentinas de colores... Si hubieras sido el primero tal vez, pero ahora son muchos los competidores. No sé cómo hemos cabido en Miami.

—Mira, Chino, hay cosas muy bonitas en la vida. Y una de las más bonitas es la confianza en la gente. Eso también forma parte de la libertad. Que uno pueda vivir libre de sospechas, que se nos crea lo que decimos y que no tengamos que estar pensando siempre si a alguien se le habrá ocurrido ponernos cerca un micrófono escondido para saber lo que estamos opinando.

—Los micrófonos escondidos ya los usa todo el mundo, hasta los niños.

—No resisto la desconfianza, porque si lo dejé todo para venir a empezar una nueva vida, tienen que creerme. Si no me creen es que he venido equivocado.

—Los que manda el G2 también lo dejan todo. Casa, familia, ¿y hay que creerlos por eso?

—Es cuestión de eficiencia, que sean lo suficientemente hábiles como para saber quién es del G2 y quién no.

—Eso hacen ellos, y se apoyan en la técnica. Pero tú tienes la libertad de proponerle al Jefe de la CIA que proceda de una forma más limpia.

—Alguien debía hacerlo.

—¿Por qué te quejas de los micrófonos? ¿Te han puesto alguno?

—¿A quién no?

—Yo no sospecho que me lo hayan puesto. ¿Para qué?

—Se los ponen a todo el mundo. ¿A todo el mundo! Los americanos son amigos de tener récords y en esto también son campeones...

—¿Cuándo fuiste víctima?

—Fuimos.

—¿Fuimos?

—Cuando llegamos. Yo traía mis ilusiones respecto a los Estados Unidos. Me lo había creído todo. Sus revistas en colores, sus cassettes, sus películas. ¡Ah, compadre! Pero aquí era otra cosa. ¿Se te ha olvidado el recibimiento? Un trato de perros, una comida de perros, un maltrato... hasta en la manera de mirarnos, como si fuéramos unos animales raros. Yo no sé inglés, pero lo que decían me sonaba a ofensas. Y después, cuando los interrogatorios. A mí me acusaron prácticamente. Sólo porque les contesté lo que me preguntaron de las armas... y fui a parar a Opa-Locka...

—Yo también fui allá.

—¿Te gustó?

—Siempre pensé que no era fácil entrar en los Estados Unidos de la forma en que nosotros lo hicimos. Ellos necesitan garantías. Pero lo que yo recuerdo es que nos interrogaron, y no vi necesidad de que usaran micrófonos ocultos.

—En Opa Locka me trataron como a un agente de Castro, y usaron micrófonos ocultos. Yo tengo la prueba. En una ocasión me dejaron esperando en un saloncito, y allí trajeron también a un mexicano que lo habían encontrado sin papeles. Nosotros hablamos allí. Estábamos bastante molestos con todo lo que nos habían hecho pasar, y entonces, entre otras cosas, yo le dije a aquel hombre que aquello no era tan bueno como se decía

afuera, que si me imagino la realidad no me decido a dar el salto. Y eso mismo, palabra por palabra, me lo sacó después mi tío en una discusión. ¿Te das cuenta? ¿Qué sangre hay que tener para admitir eso con calma?

—Pero todo eso pasó, y al fin pudiste entrar. ¿Era eso o no lo que querías?

—Dice mi tío que tuvo que intervenir, que se responsabilizó conmigo. Pero no de la forma que imaginas, sino por aquello del obligado instinto familiar. Él también desconfió de mí. Por aquello de que cuando el río suena, y que nadie va por gusto a Opa-Loeka.

—Eso sí que no lo sabía.

—Pues entérate ahora. Y que cuando llegué a su casa encontré a mi tía con tremendo aprieto, porque iba a parir, pero tenía problemas. Yo no sé de eso, el caso es que no iba a ser un parto normal, sino que requería cuidados especiales, y entonces ellos estaban buscando dinero a la carrera. Mi tío se había gastado ya todos sus ahorros en eso y estaban en un momento crítico y ellos, en lugar de salir hacia un médico, no hacían más que discutir por el dinero y eso yo no lo entendía, no podía entenderlo y tuve que explotarme, chico, decirles lo que pensaba. Quizás sea un defecto mío, pero ¿qué le voy a hacer? En ese momento no se miden las consecuencias y les dije: «¡Ah, pero aquí ustedes están muy atrasados! En Cuba nadie se muere por falta de dinero y mucho menos por falta de médico o de medicinas, y si tienes una gravedad lo único que tienes que hacer es salir disparado para el hospital, seas comunista o seas anticomunista. ¡No te preguntan si tienes dinero o si piensas en el socialismo, coño!» ¡Y para qué fue aquello!

—Ya me imagino.

—¡Qué va! ¡No hay quién se lo imagine! Mi tío montó tremendo berrinche. Se le olvidó lo del parto. Se puso

histórico. Ahí fue donde me sacó lo de Opa-Loeka, porque me lo tenía guardado, y que ahora sí iba a creer que yo era un comunista, que por algo se habían preocupado tanto conmigo, que era una buena coartada venir a vivir en la casa de un hombre de la CIA; pero que el parentesco le importaba un pito, que a él nadie lo ensuciaba de gratis con lo que le había costado escalar aquella posición y librarse de estar esclavizado en una factoría, o fregando platos, y a todas estas mi tía muriéndose... después sufrí otras decepciones... mejor ni te las cuento.

—Tal vez con el tiempo tu tío también sufra decepciones con la CIA. ¿Por qué no hablamos con él sobre lo de la pesca? Quizás dentro de relaciones puramente de trabajo logremos apartarlo...

—Si quieres probar, allá tú. Yo no tengo la menor gana. No dudo que intente explotarme a costa del parentesco, y porque me tiene en su casa. Pienso que todos sus negocios son sucios.

—Tal vez estás ofuscado.

—Es probable.

Una especie de sombra de fatiga cayó sobre el rostro del muchacho. Como si no hubiera logrado desahogarse con sus confesiones al amigo. Como si aunque la compartiera, la carga fuera demasiado para él.

—Ya no hay remedio. —Se le aguaron los ojos.

—¿Qué?

—Que ya no hay remedio, que ahora sólo queda enfrentarse a lo que venga, trabajar mucho, tratar de independizarme, de huir de esa casa que me parece un local de la CIA, esperar mejores tiempos... y, sobre todo, no meter las narices en la política ni en la violencia.

—La vida es compleja.

—Ya lo sé. Fíjate si es compleja que por decir lo

que pienso me acusan de comunista en un país donde me refugié del comunismo. Es para no entenderlo. Pero no me puedo callar ante la verdad innegable. Mira qué historia más contradictoria. Un amigo de mi tío que huyó de Cuba cuando dijeron «¡aquí el que no trabaja no come!», se asustó porque jamás había trabajado. Vino para acá y se quedó sorprendido, porque en otras palabras le dijeron lo mismo, que si no trabajaba y duro, no comía, y se volvió a asustar. Entonces mi tío lo reclutó. Y ése y no otro es el anticomunismo de muchos, te lo aseguro, empezando por mi tío. Una noche lo oí discutir con mi tía. Ella lo criticaba de una manera dura porque la hacía llevar una vida tremendamente inestable. Él no se defendió con argumentos políticos ni patrióticos. Sólo lo oí repetir: «Lo pagan bien y es poco el esfuerzo.» Yo te digo que allá en Cuba los políticos nos decían que no había una tercera posición y que aquí yo la he descubierto. Ni socialismo ni capitalismo: vivir sin trabajar.

—¡Ah, no! Yo ahí pienso distinto que tú. Mi anticomunismo no es para comer sin trabajar, aunque no tengo nada en contra... Ojalá todo nos cayera del cielo, pero noto que estás ofuscado... Si quieres dejas esto de la pesca y mañana mismo te alzas en los Apalaches con tu tercera posición; pero después no vayas a decir que tienes mala suerte, o que desconfían de ti... Piensa, a ver si tú mismo eres el que te buscas las complicaciones.

—No; si la culpa es mía, no lo niego. Y maldigo el día en que se me ocurrió... ahora todo lo veo muy claro, pero allá nada más que veía las revistas y leía las cartas de amigos y parientes que no querían rebajarse y contar verdades... Después de todo, si existe Dios está justificado que me haya castigado con la desconfianza de éstos... Te voy a contar algo que llevo aquí

dentro y que no puedo olvidar, sobre todo cada vez que me pasa una cosa de éstas... ¿Te acuerdas cuando nos estábamos preparando para el viaje? Faltaba una brújula. La creíamos indispensable.

—Sí; recuerdo que al fin la trajo Cayetano y que después de tantos alardes se apareció con una de juguete, que no nos sirvió para nada.

—¿Y no te acuerdas por qué la trajo Cayetano?

—Te la habíamos encargado a ti, ¿no? Pero después no sé qué pasó y Cayetano brindó la suya.

—Yo había prometido... estuve a punto de conseguirla. Pero no pude. Tuve un grave tropiezo y no se lo dije a ustedes.

—Algo así quería oír. Te quejas de que no tienen confianza en ti y no te miras en un espejo... Tú mismo nos escondiste tus cartas, y les niegas ese derecho a los demás. ¿Ves cómo es el juego? ¿Por qué desconfiaste de nosotros?

—No era desconfianza. Si se lo contaba a ustedes seguro que me iban a espantar de su lado. Tú el primero... y yo necesitaba que todo siguiera su camino para poderme ir.

—¿Por qué estás seguro de que te hubiéramos apartado?

—Porque me hubieran considerado un peligro para el éxito del plan.

—Bueno, pues acábalo de contar, aunque sea para saber en el peligro que nos tuviste.

—Vamos caminando... te cuento...

Echaron a andar. El Chino esperó con paciencia a que su amigo, el conflictivo y rebelde sobrino de Juan Bautista «Cuco» Márquez, quisiera revelar su historia. Temió que el muchacho sacara a relucir el germen de

alguna futura complicación. Por fin su ayudante de «Mi Sueño» se decidió a hablar.

—Bueno, el asunto era que se necesitaba la brújula para nuestro viaje. Yo creí que podría. Hice un plan para conseguirla. Estaba convencido de que era un objeto imprescindible. Bueno, lo habíamos hablado... y que había que conseguirla de cualquier forma.

—Ya recuerdo. Y tú dijiste: «Yo sé dónde puedo encontrar todas las brújulas que quiera.» Pero no dijiste dónde. ¿O sí lo dijiste? No estoy seguro.

—Inventé algún amigo, alguna empresa relacionada con la pesca, pero yo pensaba en mi antigua unidad militar.

—¿No era demasiado riesgoso? ¿Cómo ibas a entrar?

—Entrar era lo más fácil. Todos me conocían y yo traía un buen pretexto. Había criado a un pastor alemán y pedí permiso para entrar a verlo. El centinela me creyó. Pensó que yo iba a ir sólo allí, a donde estaba el perro, bien alejado del resto de la unidad, además a la vista suya. Pero se descuidó y entonces pude moverme libremente.

—¿Y los demás que te vieran allí dentro?

—Eso ya era más fácil. Al que me preguntara, yo podía decirle que había venido a arreglar algunos papeles pendientes, o a pedir una carta para alguna cosa... Se suponía que un superior había autorizado mi entrada en la posta. Pero no necesité de excusas. En ese aspecto me movía sin dificultades. Hasta que llegué a un pequeño almacén que yo conocía, que está justamente detrás del local del oficial de guardia, pero que no tiene comunicación con éste. El local siempre había estado repleto de mapas, brújulas, blancos de artillería y mil cachibaches más. Una vez se perdió la llave del candado, lo forzaron, y después de mudar los objetos más importantes

optaron por amarrar la puerta con alambre. Pero allí quedaban las brújulas, yo lo sabía. Claro que ¡quién iba a pensar! Las tenían allí sencillamente. Vigilé que no hubiera nadie y me metí. Busqué el saco de lona. Cuando encontré la primera brújula sentí tremenda emoción. Sólo faltaba huir. Pero dicen que la avaricia rompe el saco. Aunque en realidad no fue la avaricia, puedo asegurártelo. Fue por pensar en los demás, que hubiera discusión por una sola brújula. ¿Y para qué carecer habiendo tantas allí? Agarré otra... y otra. Ya eran tres. Una para cada uno de nosotros. Ya nadie tendría privilegios. Entonces sentí un par de manos que me sacudían los hombros. Era un sargento que yo conocía, y con el que había tenido ya varias dificultades. Yo sé que se alegró de verme allí bajo sus manos, pero bueno, eso no importa ahora. Me dijo mil cosas mientras me conducía al oficial de guardia. Eso era un asunto para calucidar en los tribunales, yo lo sabía. El escribiente metió papeles en la máquina de escribir y se puso a esperar a que el oficial de guardia encontrara las palabras adecuadas para dictárselas. Le pidió una explicación al sargento, y éste, con palabras menos duras que las que había estado bombardeando sobre mí, se remitió a los hechos. La verdad es que ni aspaventó ni exageró, pero se notaba muy indignado. Como si hubiera sorprendido a un ladrón en su propia casa. Entonces el oficial ya supo cómo empezar el acta: Dijo: «Está bien», y se dispuso a dictarle al escribiente. «Pon la fecha», le ardenó. Pero él ya la había puesto, así como todo lo demás que acostumbra a anteceder al cuerpo del informe. «Bueno... siendo las...», y entonces llegó el capitán. Todos se pusieron de pie. Él miró denotando algún conocimiento previo de la situación. Con él no sentí miedo, sino algo mucho

peor, una vergüenza, un asco de mí mismo y no sé cuántas cosas más. Por poco se lo digo todo.

—¡Y nosotros confiados! —dijo el Chino.

—Pero resistí aquel castigo moral. Preguntó qué pasaba conmigo. Le explicaron lo que había sucedido. «Yo me lo llevo», dijo. Fuimos hasta su oficina. Meneaba la cabeza como diciéndome con el gesto: «¿Cómo es posible que me hayas hecho esto?» Siempre le había dicho a él la verdad. En todos mis pequeños conflictos. Le tenía respeto y consideración. Me dolía tener que mentirle. De verdad que me dolía. En esos momentos recordé cuántas veces lo había visto actuar con justeza y desprendimiento y de verdad que era difícil mentirle en la cara. Yo hubiera preferido enfrentarme a un desconocido, pero fue él. Me dijo: «Cuéntame», y le conté.

—¿Qué le inventaste?

—Lo primero que se me ocurrió. Recordé que le había hablado de una muchacha y que incluso él me había dado consejos... «Tengo una situación muy penosa y necesito dinero. No le hice caso aquella vez a sus consejos, y ahora tengo que darle la cara a la muchacha. Por eso pensé en las brújulas... son bonitas, llaman la atención y pensé que no le iban a hacer daño a nadie. Esa mujer me ha trastornado.» Eso fue lo que se me ocurrió decirle. Me miraba mucho, como queriendo adivinar lo que tenía aquí dentro de mi cabeza. Me habló de la honestidad, de lo que podía costarme aquello, no sólo por las sanciones jurídicas sino dentro de mi conciencia, como ser humano; de lo bueno que era ir a dormir cada día con esa conciencia en paz. Y me habló de la confianza en la gente. Que era una obligación de la condición humana. Me recriminó que no hubiera contado con un buen amigo o con una persona que me apreciara antes de dar ese paso drástico y erróneo por

completo. A él mismo. «¿Por qué no viniste a contármelo?» Otras veces lo había hecho, pero ahora no podía. Al final, después de dos o tres consejos, me dijo que no me preocupara por las consecuencias, que me fuera para mi casa a meditar, y que respecto a mi problema... metió su mano en el bolsillo y sacó cincuenta pesos. «No sé si iban a darte esto por las brújulas, es lo que puedo prestarte. Ahora no te apures en devolvérmelos y, sobre todo, trata de quedar bien con esa muchacha, no le hagas una basura.» No recordó de qué otra cosa habláramos. Me acompañó hasta la posta y me despidió como si se hubiera tratado de una simple visita amistosa. Yo salí de allí sintiéndome la persona más baja y ruin de la tierra. Nadie me siguió, nadie me investigó, nadie fue a ver si era verdad el cuento de la muchacha. Nadie actuó contra mis mentiras, sencillamente confiaron en mí y yo estaba traicionando esa confianza. ¿Y para qué te cuento esto? Para comparar. ¿Qué nos pasó aquí? Que diciendo la verdad, que tratando de no engañar a nadie, desconfiaron, me quisieron coger de atrás pa'lante, me quisieron enredar en sus asuntos porque me había limitado a decir lo que sabía y lo que pensaba. Yo había confiado en ellos, y eran ellos los que ahora estaban traicionando esa confianza. Es lo que te quiero decir, que no se puede ser ciego ante las cosas que están frente a nuestros ojos. Esta gente, que no habla como uno, que no piensa como uno, para colmo, no confía en uno...

—Yo lo que creo es que tú estás dejándote llevar por el sentimentalismo, como si te tuvieras lástima, y eso es malo...

Un frenazo brusco lo sacó de la conversación. Y un claxon ruidoso siguió al chirrido de las gomas. Cuando se volvieron estaban ante un verdadero milagro. Desde

la cabina del camión una sonrisa ancha exagerada les estaba anunciando que de nuevo se encontraban juntos los tres de «Mi Sueño».

—¡Oye, desgraciado! —gritó Cayetano al tirarse de la cabina—. ¡Te dije que un día iba a pasarles por el lado y les iba a gritar!

—Pero dijiste que con un carro —protestó el Chino—, y has venido con un camión.

—¡Y premiado!

Cayetano los llevó hasta la parte posterior, abrió la puerta y enseñó orgulloso su carga:

—Televisores, tocadiscos, grabadoras, refrigeradores, muebles... y todo libre de polvo y paja... ¿Qué quieren? Se los dejó en sus casas...

El Chino quedó sorprendido.

—¡Qué va! Deja eso en otra parte. ¡Solavaya!

—¿Y tú?

José Antonio negó con la cabeza y reafirmó después:

—No, viejo, no...

—Ta bien... ustedes se lo pierden... luego no me vayan a decir que Cayetano les falló...

Hubo un momento de embarazoso silencio. Entonces Cayetano comenzó a despedirse. Cuando estrechó la mano del Chino, éste le miró la muñeca vacía.

—Ya sé qué estás pensando... que regalé mi Rolex y todavía no tengo otro... ¿No ves que empiezo ahora? Probé en el trabajo, pero apenas me alcanzaba para comer... cada semana pagaba las deudas y compraba un embutido y un pan de molde. Cogía el cuchillo y empezaba a picar lascas... y decía: «Pa'l lunes, pa'l martes, pal' miércoles», pero al fin me cansé. Ahora estoy en algo gordo... Vas a oír hablar de mí; no lo olvides. Y

vas a ver en esta muñeca un Rolex del modelo más vistoso... tampoco lo olvides... ni que Cayetano les volvió la espalda tan pronto entró en el disfrute, ¡qué conste!
—Y volvió a su camión. Se perdió rumbo a Coconut Grove.

X. Odisea por un barco

José Antonio y el Chino, como en los tiempos de «Mi Sueño» fugitivo, levaron anclas nuevamente para zarpar hacia un objetivo ambicioso. Esta vez se trataba de una meta en pos del mar y no de tierra. Querían convertirse en pescadores de langosta. La fiebre del oro de las Bahamas había despertado la codicia y arrastraba a muchos en un torbellino incontenible, y ellos caerían también dentro de esa órbita prometedora. Lo primero era conseguir un nuevo barco, apropiado para una empresa de envergadura. El sustituto de «Mi Sueño» fue vendido para una nueva inversión: un casco de madera que medía veintiocho pies de eslora y que conservaba cierto aire de lo que fuera alguna vez un barco a flote. Con optimismo y entusiasmo cargaron el trasto marino y lo llevaron hasta un alejado paraje en Homestead donde un matrimonio mexicano les alquiló un rincón de su rancho para que lo tuvieran allí mientras lo reparaban. No sabían por dónde empezar. El mexicano pasó un día por donde ellos trabajaban y los miró con mucho interés, sin comprender el porqué de aquella terca empresa. La batalla por revivir las viejas maderas reseca fue tenaz y finalmente infructuosa, y dejó en el rostro del Chino

una cicatriz, que la cirugía no logró borrar por completo. Eso fue un domingo. Habían llegado desde muy temprano con el ánimo de adelantar los trabajos. La temperatura era buena en Homestead y decidieron esforzarse. Trabajaban sobre el casco, cuando la lijadora de esmeril se partió y saltó a la cara del Chino, lo que le produjo una delicada herida sobre la mejilla derecha. Todavía no sospechaba la gravedad del accidente, cuando le preguntó a su ayudante:

—Dime qué tengo.

La respuesta vino acompañada de un gesto de susto:

—¡Vámonos pronto de aquí!

Suponiendo que no era cosa de juego, el herido caminó hasta el pisicorre y se inclinó frente al espejo retrovisor. Allí se miró la impresionante herida, que le dejaba colgando la mejilla. Montó en el vehículo y se acomodó frente al volante. Salió de allí a toda velocidad. Durante sesenta millas, aferrado al timón, trató de llegar cuanto antes. A su lado, José Antonio le secaba la sangre de vez en cuando y le preguntaba que cómo se sentía. En un pequeño poblado intermedio hicieron una parada para comprar vendas en la farmacia. La mujer que atendía el comercio se quedó perpleja ante la desagradable estampa del cliente herido y se desmayó. Por fin llegaron a Miami. Algunos curiosos miraban asombrados al extraño chofer. El médico no quiso creer que había llegado manejando hasta allí. Catorce puntos sobre la herida sellaron aquel proyecto naval de Homestead. Pero no dieron por liquidadas sus ambiciones, por el contrario, volvieron a reunir dinero, buscaron nuevos préstamos y comenzaron a recorrer los muelles de manera exploratoria, pensando que quizás una ganga viniera a resolverles el problema. Una mañana se cruzaron en el camino con un norteamericano que venía acompañado

de un niño, aparentemente su hijo. Se veía a las claras que aquel hombre estaba pasando un aprieto. Al parecer, también él pudo leer en la cara de ellos algo de su propia tragedia:

—¿Buscan barco, verdad?

—¿Y usted? ¿Está vendiendo el suyo, verdad? —preguntó el Chino, interesado en la compra.

Dichoso encuentro.

—Yo tengo algo que seguro le va a convenir. Venga conmigo a verlo.

—¿Está lejos?

—No, aquí cerca, en un varadero alquilado.

De verdad que tenía buena stampa. Treinta y seis pies de eslora, dos motores de gasolina y eso que la gente entendida en estas cuestiones llama «aires marineros».

—Lo doy en tres mil quinientos... barato. Casi lo regalo. En realidad podría pedir mucho más, pero no estoy en condiciones ventajosas para regatear. Mi esposa me ha llamado, necesita una intervención quirúrgica de urgencia. Apenas tengo el tiempo suficiente para vender lo único que tengo a mano, mi barco, y salir enseguida para llevarle el dinero... No quiero que este pobre niño quede huérfano.

El chiquillo levantó su mirada, en la que había más susto que tristeza. El Chino recordó la anécdota de la tía de su amigo. La historia del vendedor era convincente. El barco estaba varado sobre el muelle del lado sur del río Miami. A simple vista, se trataba de un negocio redondo. Un poco inhumano porque estaba de por medio una tragedia. Los negocios, sin embargo, son los negocios. Pero había dos detalles que no convencían a los compradores: tener que aprovecharse de esas circunstancias, y la imposibilidad de probar el barco, sin que mediara el pago de cien dólares. Respecto a lo primero,

el Chino consideró que en definitiva el vendedor iba a quedar satisfecho, que él no tenía más dinero que ofrecerle, y que seguramente otro habría aprovechado la prisa y la necesidad para pagar menos. Respecto a lo segundo, el yanqui ofreció una solución aceptable.

—Vamos juntos a hacer el traspaso de venta. Paga sus impuestos y venimos juntos a probar el barco. Si no le gusta, pues no va el trato y le devuelvo el dinero... pero casi seguro que usted quedará conforme.

—Okey, vamos.

—No, yo tengo aquí mi carro. Los sigo.

Fueron a hacer el traspaso de propiedad. Los vendedores, en una furgoneta llena de abolladuras, con matrícula de California; y los compradores, en el pisicorre del Chino. Se produjo la venta, y regresaron del mismo modo hasta un paso superior en que el yanqui giró sorpresivamente, tomó el rumbo contrario y huyó antes de que los cubanos pudieran hacer algo en contra. No era difícil adivinar que habían sido engañados. Pero no podían marchar atrás. Eran dueños de aquel barco incógnito. El Chino lo miró mientras se acariciaba el rostro. *Aún estaba fresca la herida en la mejilla, y ya preveían otro fracaso. ¿Hasta qué punto debían insistir? Algo por dentro le dijo al Chino: «Hasta que cumplas tu deber.»*

El barco era una ruina flotante. A duras penas el Chino pudo sacarlo río abajo mientras se hundía sin remedio. En esas condiciones, logró dejarlo en una ensenada donde no tendría que pagar alquiler por el estacionamiento. Allí comenzó una sostenida lucha para demorar el naufragio total. Fue una lucha larga y difícil. Montó un chapín sobre el techo de su pisicorre y se la pasaba dando viajes a la ensenada. Iba hasta la costa, zafaba el chapín, lo echaba al agua y abordaba las ruinas flotantes compradas al estafador yanqui. Se sumergía

en su interior y allí estaba hasta que lograba achicarlo la sentina. Era como una transfusión a un moribundo. El mar, como la muerte, le disputaba a cada momento esos despojos y le ocupaba todo el tiempo, de manera que no podía ni siquiera pensar en dedicarse a una reparación a fondo. Consiguió que unos vecinos que residían cerca del lugar, lo llamaran a su teléfono cada vez que vieran distorsionado el equilibrio del estropeado huésped de la ensenada. Detrás de cada aviso se repetía el viaje con el chapín. El Chino comprendió que aquel esfuerzo era inútil. Fue por eso que un día, cuando le avisaron que su barco se estaba yendo a pique, salió con toda calma, cargó con un hacha, compró algunas cervezas y un paquete de chicharrones y se sentó a contemplar el ocaso de su nave. Si se demoraba, allí estaban el hacha y el chapín para ayudar al destino. El naufragio fue rápido, pero no había fondo suficiente en la ensenada y el mar que tanto había insistido en tragárselo, ahora no podía con todo el barco y dejaba afuera su proa y su folio, empinados como un monumento de derrota. Eso le sirvió al Coast Guard para que localizara al dueño de aquel traste y le enviara una notificación por tirar basuras en un lugar donde no era permitido. Si él mismo no las recogía en determinado plazo de tiempo, una grúa haría el trabajo, pero le pasarían la cuenta por el servicio. Fue entonces cuando el Chino hizo su último viaje y se llevó el folio de recuerdo. El Coast Guard dio por liquidado el asunto y no lo molestó más.

Después de este descalabro, José Antonio Ravelo se rindió. Ya no le habló más al amigo de futuras empresas

pesqueras. Al contrario, trató de evadir un poco las relaciones con él para no comprometerse, pues sospechaba que el Chino insistiría. Así mismo sucedió. Pero el nuevo intento tenía a su favor una experiencia aleccionadora. Sus deudas aumentaron de manera alarmante y sus sacrificios económicos llegaron al tope, vendió todo cuanto pudo y apeló a todos sus recursos, pero ahora no buscó una ganga ni se convirtió de nuevo en armador improvisado, sino que hizo un encargo serio a una agencia, mediante un crédito garantizado. Esta vez el resultado fue palpable: una Sea Sport azul cielo, con motor de petróleo, de ciento diez caballos y una reserva de cien galones bajo cubierta, que garantizaban un amplísimo radio de acción. Mandó además suprimir todos los objetos brillantes a bordo, y pidió que instalaran dos compases. Revisó satisfecho la obra. Ya era pescador. Ya podía desafiar el reto de las Bahamas. Un pescador raro, según las sospechas de los constructores:

—No veo claro que usted prefiera el petróleo a la gasolina, sobre todo tratándose de una lancha rápida... Además, ¿para qué quitarle las cosas con brillo? Los adornos, las cornamusas de lujo. Todo el mundo pide exactamente lo contrario. Claro, que el cliente manda, pero yo, por simple curiosidad, le preguntaría: ¿Para qué le sirven esas excentricidades a bordo? ¿Para qué nos ha hecho trabajar en contra de nuestro estilo moderno?

—Y yo le respondería con otra pregunta: ¿No ha oído hablar de la fiebre del oro en Bahamas?

—¡Oh, sí, por supuesto!

—Allá voy.

—Ah... comprendo... ¿Qué nombre le va a pener?

—«Mi Sueño».

—Si, pega... pues bien, amigo, yo le deseo buena suerte.

«¿Con quién suplir la ausencia de José Antonio? Pues ¿con quién mejor que con su tío?», pensó el Chino.

MSJE VEINTIDÓS PUNTO COMIENZO PUNTO YA
FLOTO DE NUEVO EN «MI SUEÑO» PUNTO TAM-
BIÉN ME HA DADO LA FIEBRE DEL ORO DE BA-
HAMAS Y HE CONTAGIADO A JUAN BAUTISTA
MARQUEZ CMA QUE ME ENSEÑA NAVEGACIÓN
PUNTO AHORA CONOZCO A MUCHOS LANCHE-
ROS CMA Y SUPUESTOS LANCHEROS COMO MAR-
CIAL CMA LANCHA DE VEINTICUATRO PIES Y
TRESCIENTOS GALONES CMA AGENTE CIA PUNTO
ROBERTO TUR CMA Y UN TAL CANDELARIO CMA
TRABAJAN PARA CIA CON FACHADA DE PESCA-
DORES INOCENTES PUNTO GUERRA TOTAL DE
TORRIENTE FRACASADA CMA GRAN FARSA PUN-
TO DIJO QUE CIA LE OFRECIÓ COHETES CMA Y
GUILLERMO MARTÍNEZ MARQUEZ CMA EN SU
CASA DE CUARENTA Y CINCO WEST NÚMERO
TRES CERO CINCO APARTAMENTO NÚMERO UNO
OCHO CINCO CMA NUEVA YORK CMA DIJO A
FUENTE CINCUENTA Y SIETE QUE BOCA SAMÁ
FUE PARA MEJORAR RECUPERACIÓN ANTE CIA
CMA PUESTO QUE AMERICANOS PRESIONAN PARA
QUE SE JUSTIFIQUE EL APOYO CIA CON ACCIO-
NES PUNTO CIA ASESORÓ GOLPE DE SAMÁ Y DIO
APOYO FUERTE PUNTO PARTICIPARON DOS PUN-
TOS TONY IGLESIAS PONS Y JUAN JOSÉ PERUYE-
RO CMA QUE DICEN FUE POLICÍA EN LA HABANA
PUNTO USARON LANCHAS ESPECIALES CIA CMA

MATERIAL ALUMINIO CMA REMOLCADAS POR
UN BARCO DE BABUM FACHADA INOCENTE
MERCANTE CAPITANEADO POR JOSÉ VILLA PUN-
TO FIN PUNTO

TONY

Mi estimada Laudelina:

¿No te dije yo que un día iba a sorprenderte con un cálido saludo enviado desde acá? ¡Ya lo ves! Cumplo mi palabra empeñada. Ya estoy como quería. Trabajo en una tienda Richard's, manejando un camión que reparte a domicilio. A mí me corresponde la zona de Hihaleha. Tengo un teléfono a donde me pueden llamar: 354-2319 y la dirección que aparece en el sobre. No me puedo quejar, aquí donde vivo, en avenida 22 Court y la 20 del N.W. hay mucha tranquilidad. Ahora tengo un pisorre Plymouth pintado de blanco, y también un auto Opel de carreras color rojo, muy bonito. Te mando una foto del carro y lo que ves detrás se trata de mi nueva lancha «Mi Sueño». Además, me dedico a la pesca. En parte es como deporte, pero también porque me ofrece unas perspectivas económicas formidables. ¿No has oído hablar por allá de la fiebre del oro en las Bahamas? No sé si incurra en alguna indiscreción, aunque esto aquí ya es como un secreto a voces. ¿Tampoco has oído hablar del Triángulo de las Bermudas? Lo que te voy a contar ocurre precisamente allí o muy cerca de allí. Todo eso es una enorme cayería. Imagínate setecientas islas regadas en ciento ochenta mil kilómetros del Atlántico. Se extiende por el banco de cayo Sal, el banco de Cochinos, el frente de Santo Domingo y el sur de Andros. Es una gran extensión marítima que nunca antes había

sido explotada con propósitos de pesca. Antes era una zona inhóspita del mar. Allí la civilización es escasa. Se concentra en unas islas muy al norte, casi pegadas a Miami, Andros y Freeport. Al sur están las Inaguas, las Caicos. Todas estas islas y caycs pertenecieron al Gobierno inglés; pero parece que era demasiado pobre el control que podían ejercer, y muchos los problemas que se buscaban en el área; creo que por eso desistieron: Nassau es la capital. No te puedo mandar una postal porque allí no piso tierra, pero sé mucho de sus costumbres, de su gente, me los encuentro a cada rato. Ellos siguen las costumbres inglesas, pero cada vez están más penetrados por los norteamericanos. Las Bahamas pueden dividirse claramente en dos. Hacia el norte está la parte civilizada. Frente a Miami están South y North Bimini. Allá van por montones los turistas miamenses. Y en Nassau se han construido muchos hoteles. Dicen que pertenecen a los dueños desplazados de Cuba en 1959, y gente de la mafia. Todo eso es como te dije, al norte, y al sur está lo solitario, lo inesperado. Es el escenario de lo que quería contarte. Lo que ocurrió fue que muchos cubanos, incursionando desde Miami por encargo de CIA o de alguna organización del exilio, empezaron a conocer esos parajes, a dominar sus vericuetos y a descubrir que allí en Bahamas existía un enorme banco de langostas. Y ellos conocían bien esos cayos, allí estuvieron, incluso, entrenándose. Todavía se pueden encontrar avionetas abandonadas, pertrechos de guerra enterrados bajo la arena y muchas huellas que dejaron en todo aquello. Cuando cesó la gran actividad marítima hacia Cuba, los lancharos ya se habían dado cuenta de algo verdaderamente asombroso: conocían palmo a palmo un enorme y riquísimo, un ignorado y fantástico

criadero de langostas, quizás el más grande y el más explotado del mundo.

Eso pasó justamente cuando ellos empezaban a temer que la CIA les dejara sin empleo, y cuando ya muchas lanchas habían quedado desactivadas y nadie sabía qué iban a hacer con ellas. Se les habían desmontado los cañones, las ametralladoras y volvían a ser llanamente lanchas. ¿Y qué hacer con ellas? Vinieron a buscar langostas. Conozco casos en los que la propia CIA cedió las lanchas a los improvisados pescadores y les dijo: «Aquí tienen una buena embarcación para ganarse bien la vida. Ustedes saben bien dónde: en los bancos de Bahamas. Es una piratería menos riesgosa. Si los sorprenden ahí tienen con qué huir fácilmente. Y si en sus travesías de pesca ven algo que nos interese, no olviden avisarnos.»

Desde entonces ahí están. Unos pescan con nasas, un barco que acarrea seiscientas o setecientas nasas. Otros, como hombres ranas, pero en lugar de acualong utilizan una válvula y una manguera de aproximadamente ciento cincuenta pies. No hay zona que tenga más de seis o siete brazas de profundidad. El fondo es blanco, calizo, arenoso y lleno de promontorios donde se crían las langostas de tal manera, que pueden cogerse como si fueran tomates maduros. Los negocios han ido floreciendo para los más atrevidos, y hay quien utiliza hidroaviones para el rápido traslado del producto, o cadenas de modernos barcos frigoríficos. Algunos magnates de la langosta ya han fabricado casas, y hasta hoteles, con lo que sacan de allí. Todo no ha sido fácil para ellos, te aclaro, porque también ha habido guerra entre los pescadores para disputarse las zonas más ricas. Y esa guerra, como todas, ha tenido sus muertos. Parece que algunas ametralladoras no fueron desmontadas. Esto no

sólo ha sido cosa de cubanos, por el contrario, los americanos se han metido mucho más. Sobre todo, después, que vieron los resultados. A veces las autoridades de Bahamas sorprenden a un incauto, y en esos casos le pegan una fuerte multa. A mí me ha ido bien. Comparto el trabajo entre la tierra y el mar, pero me molesta una cosa: estar tantos días alejado de la península, y ser otra vez como recién llegado cuando vuelvo al río.

Bueno, Laudelina, creo que te he cansado un poco narrándote cosas que tal vez no te interesen. Mi principal objetivo en esta carta es que sepas a dónde he ido a parar, y que no he olvidado nuestra amistad. Te volveré a escribir cuando tenga otras cosas nuevas que contar. Contéstame para saber algo de ustedes. Un abrazo para los tuyos.

José Santos II.

DE CARIBE PARA TONY

DEJA YA EL MAR PUNTO TE DESCONECTAS DEMASIADO PUNTO REFUERZA BIEN TUS CANALES COMUNICATIVOS PUNTO PONLE PROA A ALPHA PUNTO PARA ESTE ACERCAMIENTO UTILIZA A NEGRIN PUNTO FINAL

CARIBE

XI. Proa a Alpha

Un Opel deportivo rojo se detuvo frente al local de Alpha 66 en la 36 North West y la avenida 27. Nada en la sencilla fachada del edificio indica que se trata de la sede principal de una organización contrarrevolucionaria. La bandera rojiverde se parece más a un anuncio para promover la venta de una pasta dentífrica, que un estandarte beligerante. Las paredes están sucias, como si no tuvieran a nadie encargado de limpiarlas. Los cristales están empañados y la basura del tambuche se desborda sobre la acera. Los dos ocupantes del Opel se dirigieron hacia la puerta, y uno de ellos llamó, dando unos toques peculiares. De esta manera adentro saben que es alguien de casa quien llama. Es Guzmán. Algunos le dicen Negrín por la mancha que lleva en el rostro. Trabaja como chofer de la Richard's y lo acompaña José Santos, su ayudante.

—¿Nazario está?

Como respuesta, el hombrecillo que atiende al llamado, le cede el paso y sonríe amablemente. Exhibe cierto aire amanerado, y se nota que a Guzmán no le agrada su trato.

Ambos se dirigen hacia el fondo del local. Sentado frente a una vieja Underwood, aparece Andrés Nazario

Sargón,¹ el jefarca de Alpha 66. Viste camisa con el cuello sucio y pantalón pasado de moda. Viste así, quizás por descuido o, probablemente, para aparentar peca solvencia. Dejó las manos quietas sobre el teclado. Los miró por encima de los espejuelos. Después, sonriente, alargó la diestra.

—¡Ah, vaya!

—¿Qué tal, Nazario?

—¡Hola, viejo!

—¿Trabajando mucho?

—Ya me ves, preparando algunas carticas... tratando de penetrar en los duros corazones democráticos. Ahora mismo estaba buscando palabras capaces de tocarle la sensibilidad a ese tacaño de Prío... Le pido poco, y mucho menos me dará. ¡Ay, gente del exilio! Han venido más de doscientos mil, nunca se había visto cosa igual en materia migratoria... con un dólar mensual per cápita. ¡Tan sólo un dólar! Seríamos una potencia económica y no nos haría falta la ayuda de nadie para hacernos sentir en Cuba. Sin embargo, tenemos que vivir de las limosnas, y principalmente de la conmiseración de los americanos...

—Es que ellos piensan como emigrados, no como exiliados.

—Sí, eso es verdad, Guzmán, pero así y todo... ¿qué significa un dólar para el más apático?

El Chino aprovechó la ocasión y sacó un bono de Alpha 66. Tenía un dólar adherido con una presilla.

—Aprovecho para darle el mío... Usted no me lo pidió, pero alguien dejó tirado su bono...

Otro apretón de manos.

¹ Máximo dirigente de la organización Alpha 66. (N. del A.)

—¿Usted me comprende, verdad? Pero hay cada uno. Gente como Prio, que a menudo tenemos que recordarle lo que dejó atrás en Cuba por su culpa... pero yo no descansaré en mi misión de tocar en sus ccrazones. Asumió una pose beatífica. Como una caricatura de santo, y miró al cielo raso donde una mancha amarilla le recordó la vieja gotera.

—Y usted con la paciencia de siempre —habló Negrín glorificando a su jefe— cada día tocando a las puertas de estos olvidadizos para obligarlos a recordar su deber.

—Alguien tiene que hacerlo. Una misión bastante desagradable, ingrata...

—Pero ya usted lo dijo —recordó el Chino—, necesaria...

—Aunque no falta quien nos tilde de estafadores con el fin de justificar su tacañería. Pero así es la vida. A Jesús lo flagelaron y lo coronaron de espinas...

Tras los espejuelos, unos ojos cansados y ladinos que van de uno a otro recién llegado tratando de sacar conclusiones sobre el efecto que causan sus palabras. Guzmán asiente con la cabeza. El Chino le dedica una mirada *llena de comprensión*. Guzmán hace la presentación:

—Nazario, un amigo... el Chino.

—Tanto gusto, a usted no hay que presentarlo. ¿Quién no lo conoce? Mi morabre es José Santos, para servirle.

—El gusto es mío, hombre, y es verdad que casi sobran las presentaciones, porque estoy seguro de que ya Guzmán te habrá dicho lo suficiente acerca de mí y de los asuntos que me ocupan y ya de ti hemos hablado también lo suficiente, ¿verdad, Negrín? Así que, en una situación como ésta, no tengo mucho que decir... sólo que aquí tiene a un amigo a un cubano que quiere regresar a una Cuba nueva, en fin... y respecto a usted,

o mejor dicho, respecto a ti, sé que Guzmán sabe seleccionar a sus amigos, que suelen ser nuestros amigos, hablando ya en un plano más amplio, esto es incluyendo a Alpha.

—Naturalmente, así pienso yo.

El hombrecillo que observaba detrás, se apresuró a buscar sillas antes de que Nazario invitara a que se sentaran. La de Guzmán tenía floja una pata. ¿Descuido? ¿Otro alarde de insolencia? El hombrecillo la cambió por otra.

—Pues sí, señor Santos, aquí hemos hablado mucho de ti. Me gusta la gente como tú. Que le da el pecho a cualquier situación. Para ti no se hizo el ~~waliawe~~, ¿verdad? Pescas, eres fotógrafo, manejas...

—Me gusta estar aprendiendo siempre algo nuevo...

—¿En Cuba eras pescador?

—No, sólo un aficionado. No vivía de eso, pero cuando me decidía a salir no volvía con las manos vacías.

—¿No pones demasiada modestia en esas palabras? A mí me han dicho que eres un magnífico navegante.

—Ésa es una exageración. En Cuba practiqué mucho la navegación costera. Después, cada día se dificultaba más... usted comprende...

—Aprendiste lo suficiente como para traer un barco para acá.

—Eso fue un albur... de la manera que lo traje yo, cualquiera lo hubiera traído... muchas cosas las aprendí por el camino... y ya en los Estados Unidos tuve la suerte de que un marino de verdad me enseñara a navegar... Márquez ¿no lo conoce?

—¿Juan Bautista Márquez?

—Sí, señor, el mismo. Vine de Cuba con su sobrino. Bueno, figúrese que el tanque que utilizamos para el agua potable lo sacamos de la casa de Márquez, en

Cuba... y aquí, luego... ¿no recuerda? Usted estuvo en Inmigración interesándose por nosotros, ayudándonos a salir...

—Sí, cómo no... ya voy recordando... acompañé allí a Márquez, que fue a reclamar a su sobrino.

—Y allí nos presentaron.

—Claro, conozco a mucha gente... a veces me saludan por la calle y no sé qué decir.

—Entiendo. Si todo el mundo lo conoce a usted, no puede ser que usted conozca a todo el mundo.

—¡Así que también eres amigo de Márquez!

—Cómo no. Y le agradezco mucho todo lo que me ha enseñado en el mar.

—Si lo tuviste de maestro a él ya no tengo duda de que eres buen marino. ¿Y qué piensas? ¿Seguirás en el mar?

—A medias. Para mí el mar tiene una cualidad extraña, algo así como un poder de atracción, que después que se conoce ya uno no puede desligarse de él.

—¿Y por qué quieres desligarte del mar?

—Tengo mis razones.

—Aquí no entendíamos algo respecto a tu conducta. Era quizás por lo poco que te conocíamos. Guzmán, por ejemplo, te entendía. Pero otros no. Otros pensaban lo siguiente: si tú has hecho sacrificios por hacerte de una embarcación y por lanzarte a ese río dorado de las Bahamas, aspiración más que razonable, ¿por que apenas logrado tu objetivo regresaste a tierra?

—Mire, Nazario hace un momento usted dividía a los cubanos de este lado en dos categorías: exiliados y emigrados. Yo no vine aquí a engordar la panza ni a meter cabeza en pos de un negocio próspero. Yo no soy un emigrado económico, yo soy un exiliado cubano. Debo vivir de algo, pero las Bahamas me resultaron demasia-

do alejadas de mi deber. Sé que eso no es muy fácil de explicar, que puede parecer ilógico. Yo he visto a un grupo de hombres en lucha, matándose a tiros por un banco de langostas, pero no he visto aún a nadie disputarse un lugar en las expediciones militares contra el comunismo en Cuba. Llegué a pensar que si seguía metido en las Bahamas iba a estar todavía más lejos de mi Patria. ¡Y que conste!, no lo hice pensando si me iban a entender o no. Me basta con entenderme yo mismo.

Por tercera vez la diestra de Nazario corta el aire. Pero el Chino, visiblemente indignado, no lo espera con la suya lista. Entonces, el jefe anticomunista va hacia él y lo abraza en forma aparatosa, como en los mejores tiempos de sus pasadas campañas políticas. Guzmán contempla la escena regocijado, y el hombrecillo se retuerce las manos emocionado.

—¡Yo también te entiendo, muchacho! ¿Cómo no iba a entenderte? Se lo decía a los otros. ¿Verdad, Guzmán? Mientras otros tan sólo se preocupan por arrimar la brasa a su sartén, ¿van a cuestionarse porque él rehúye su bienestar? Por lógica me decían, había que cuestionártelo, pero ¿qué lógica? ¿La de criar barrigas doradas a la sombra de cualquier negocio sin mirar lo que sufre Cuba? ¡Yo se lo decía a la gente! ¿Verdad, Guzmán?

Negrín asintió con un gesto de la cabeza. Andrés Nazario volvió a poner sus manos sobre el viejo teclado de la Underwood, tomó aire y se dispuso a escribir.

—Me has proporcionado la suficiente inspiración para terminar esta carta... —Movi6 con agilidad las manos, con el estilo de un pianista consagrado, y descargó adjetivos sobre el rodillo de goma:

«...que tu dinero sirva para alentar a los patriotas de esta nueva redentora cruzada, a los hombres que no han venido aquí pensando solamente en los beneficios

personales, en el dinero, sino preocupados por devolver a su nación...»

De nuevo dejó de escribir.

—Es verdad que Guzmán sabe escoger a sus amigos.

—Yo tenía interés en conocerlo —dijo el Chino, al fin calmado—. Ya tuve ese gusto. La oportunidad de brindarle mis humildes servicios de la manera más desinteresada.

—¿Desde qué posición tú me haces ese ofrecimiento? ¿Como fotógrafo comercial, como chofer de la Richard's, o como hombre de mar?

—Como cubano, simplemente.

—Esto debía quedar sellado con un brindis, pero no tengo nada aquí, no acostumbro beber... de todos modos...

—Lo importante es que ya nos conocemos.

—Sí. Pero de todos modos debemos celebrarlo.

Almorzaron juntos, frugalmente, en una cafetería cercana al local de Alpha, y Andrés Nazario invitó al Chino para que asistiera a un acto próximo en el que «no vendrían mal algunas fotografías para la posteridad».

Al parecer, Nazario abría las puertas al «fotógrafo comercial», prefería la parte del ofrecimiento que le permitiera desarrollar su exhibicionismo, o pensaba probar todas las posibilidades del que ofertaba para saber cómo lo aprovecharía mejor.

MSJE TREINTA PUNTO COMIENZO PUNTO GUZ-
MÁN ME LLEVÓ A ANDRÉS NAZARIO PUNTO ME
DEFIENDO BIEN RESPECTO A JUSTIFICAR ABAN-
DONO DEL MAR CUANDO APOGEO DE LA FIEBRE
DEL ORO DE BAHAMAS PUNTO CUESTIÓN DE PA-

TRICTISMO PUNTO HUBO ACTO EN ALPHA CMA
TIRÉ ALGUNAS BUENAS FOTOS CMA Y UNA ESPE-
CIAL A TODO COLOR Y MUY BIEN RETOCADA
PARA HALAGAR EL GUSTO POR SÍ MISMO DE NA-
ZARIO PUNTO QUEDÓ ENCANTADÍSIMO CMA Y
COMO ME CONSIDERA BUEN FOTÓGRAFO QUIERE
QUE HAGA TOMAS DE LOS ENTRENAMIENTOS
PUNTO ACEPTÉ PUNTO ME PROPONE QUE ME
CONVIERTA EN FOTÓGRAFO OFICIAL DE ALPHA
CMA PERO LE EXPLIQUÉ QUE NECESITABA AL-
GÚN LUGAR DONDE TRABAJAR CON UN LABORA-
TORIO Y REVELAR DISCRETAMENTE PUNTO ME
BIRNDÓ UN SERVICIO SANITARIO QUE NO SE
USA EN EL LOCAL DE ALPHA CMA PORQUE TIE-
NE AGUA CORRIENTE Y DONDE COLOCAR LOS
EQUIPOS CMA Y COMO LE DIJE QUE ACOSTUM-
BRABA TRABAJAR EL LABORATORIO DE NOCHE
TAMBIÉN ME DIO LAS LLAVES PARA CUANDO
QUIERA ENTRAR PUNTO SIN COMENTARIOS PUN-
TO BELLO ME LLEVÓ A CONOCER A JUAN GON-
ZÁLEZ CMA RESIDENTE EN CINCO NUEVE NUE-
VE SW SIETE CALLE APARTAMENTO TRES CMA
CABECILLA FRENTE LIBERACIÓN NACIONAL, DE
CUBA Y ENLACE CIA PUNTO CONTACTÉ CON EL
HIJO DEL PRESIDENTE CMA ME PARECE SINCE-
RO SU ARREPENTIMIENTO PUNTO PERO QUIERE
PAGAR EL PRECIO DE LA CONFIANZA PUNTO
POR VÍA DEMORADA PERO SEGURA VAN FOTOS
DE TODA LA DIRECTIVA DE ALPHA Y ALGUNOS
MIEMBROS DEL FLNC PUNTO FINAL

TONY

—Dicen que hay serpientes.

La advertencia de Silvio Mora se quedó sin comentarios.

—Y pumas dicen que hay... los han visto los cazadores.

—¡Dale, coño! ¿Estás apendejao? —le gritaron de atrás y ya no habló más en todo el camino hasta el campamento.

Había dos cabañitas rústicas, dos mesas al sol y algunos renegridos tocones dispuestos como asientos fijos, cedidos por la naturaleza. No era obra de Alpha, sino de algunos cazadores que dejaron de ir después de que tantos gritos y disparos espantaron la caza de aquel rincón de los Everglades. No obstante, Silvio temía que alguna fiera se hubiera quedado rondando por sus viejos predios. El fusil moderno que llevaba en su manos no le bastaba para azorar al miedo.

Durante tres horas, con una espectacularidad cinematográfica, los solitarios soldados del exilio corrieron, se lanzaron de barriga al piso, saltaron obstáculos, treparon por sogas, lanzaron granadas desactivadas, avanzaron en zigzag disparando a diestra y siniestra, chapotearon como cerditos juguetones sobre los pantanos y, sobre todo, repitieron hasta el cansancio su número predilecto del show: se agazapaban tras cualquier cerca, en acecho, hacían varios disparos para despejar sorpresivamente el camino, saltaban de cabeza al otro lado mientras que en medio de la pirueta seguían disparando, y así una y otra vez. No estaban demasiado lejos de la postura cinematográfica, pues a mitad de los ejercicios un helicóptero de la policía estuvo tomándoles películas. Ellos no sintieron ningún temor ante esta evidencia y continuaron saltando y disparando hasta la última bala.

Después, jadeantes, sudorosos, mientras guardaban en los estuches protectores las armas recién usadas, comenzaron a intercambiarse elogios por la hazaña. Sobre todo se autoelogiaban.

—¿Quién me lo iba a decir a mí, caballeros? —se preguntaba Guzmán—. De bodeguero en la calle Zequeira, a guerrillero anticomunista en la Florida.

El Gallego Cala soltó una risotada. Para él aquello no tenía tanto mérito.

—Mi salto sí fue grande, compadre... ¿Sabe qué fue lo último que hice en Cuba? Manichear a una mulata jacarandosa, que acaparaba la mejor clientela de Pajarito.

Nuevas risas, chistes y comparaciones con lo que habían sido en Cuba. Por el camino, de regreso a casa, de uno en fondo, mantuvieron el mismo espíritu de picnic. El Chino le quitó el sombrero a Silvio Mora, lo lanzó al viento y lo acribilló a balazos, mientras que algunos se lanzaban al suelo asustados.

La víctima fue al desquite. No logró quitarle el sombrero al victimario hasta que no tuvo la ayuda de otros. Por fin cogió el sombrero del Chino y lo lanzó para hacer lo mismo, pero fallaron los disparos. Probó varias veces. Optaron por ponerlo sobre el suelo y fusilarlo. El sombrero saltó de un lugar a otro, perseguido por los disparos.

—Estos sombreros agujereados —dijo después Silvio— nos van a servir para meter cuentos de guerra.

El Chino pensó que era algo más que una broma.

Cuando llegaron al terraplén, allí los esperaba con las puertas abiertas un patrullero de la policía. Nada menos que el propio sheriff se encontraba recostado al capó, esperando por ellos pacientemente y con cara de regañón.

—¿Quién es el jefe?

Hubo una espera inexplicable hasta que, movido por todas las miradas, Silvio dio unos pasos hacia adelante sin decir palabra, tragando en seco, pensando en qué evasiva tomar si lo requería la gravedad del asunto. El sheriff lo señaló con el índice y, torciéndole una mirada de reprobación, le advirtió:

—Tenga un poco más de cuidado y vaya más adentro con sus prácticas. Recuerde que aquí hay caminos, y a veces también pasa gente. —Saludó y volvió a su patrullaje.

Rumbo a casa, Silvio lanzó un «globo explorador» dirigido especialmente para Ortega. Silvio no había pasado por alto que después de la caída de Juan Bautista Márquez, esta nueva adquisición de Alpha, quien a veces se pregonaba autor de numerosas infiltraciones en Cuba y vivía muy por encima de sus posibilidades económicas lógicas, olía demasiado a «relevo de la CIA» para Alpha 66.

—Todo esto es mierda si los americanos no nos apoyan.

José Amparo Ortega debía mantenerse al margen de provocaciones como ésta, pero una íntima satisfacción lo empujaba a reconocer disimuladamente que era él quien debía dar respuesta a tales preguntas, teniendo en cuenta su especial situación dentro del grupo. Por eso cayó en la tentación y dijo precisamente lo que Silvio Mora quería que dijera.

—Está claro que usted... este... que nosotros solos no podemos tumbar a Castro. La verdad es que la solución no está en nuestras manos. Y de las posibilidades que están a nuestro alcance la más fácil es mantenerse a ver qué pasa... Los americanos tienen muchos pro-

blemas encima. Son, en primer lugar, un país en guerra. Sin embargo, si Alpha se mantiene, si de vez en cuando golpea, se hace sentir, entonces, cuando llegue la hora, podremos participar en el reparto. Y si no llega la hora, nada se pierde, porque con cualquier tipo de solución tendrán que incluirnos, pues hemos estado presentes en todo momento.

—Yo oí decir que estaban gestionándose en secreto arreglos con Castro, sin comprometer en nada a la Administración americana. ¿Tú crees eso de Nixon?

—Nixon es Presidente porque ganó las elecciones mediante una gran campaña basada, fundamentalmente, en el odio al comunismo, en la liquidación de Castro y de su régimen, así es que no puedo creer eso de él.

—Pero, sin embargo, últimamente ha decaído en sus propósitos. ¿Qué creer entonces? ¿Los viejos discursos del sesenta, o lo que ahora empieza a comentarse?

—¿Qué tú opinas, Chino? —sorprendió Silvio.

—Yo creo en el Presidente —respondió rápido el aludido—, en lo que dice, y, por supuesto, en lo que hace.

—Nixon es decidido —aseguró Ortega—, de eso no tengo duda. Pero tengo que volver a recordarles la guerra. Quisiera poder decirles todo lo que pienso, pero... por lo menos puedo preguntarles. ¿No han pensado en que la guerra terminará algún día? ¿No se imaginan la fuerza que quedará libre para seguir asesinando golpes, todavía con más ánimo, contra los comunistas?

El Chino sabía que detrás de aquella sonrisita socarrona había algo mal escondido. Buscó:

—Cuando terminan las guerras lo nico que pasa es que los soldados regresan cansados, no quieren saber más nada de muerte y fuego y sólo piensan en volver a casa.

—No. Si hay alguien que les indique el camino... sería como ocurre con los jugadores, que siempre quieren seguir ganando, ¿entiendes?

—Pero es que en la guerra no ganan los soldados.

—¿Que no ganan? ¿Y quién gana entonces?

—El país.

—Por eso; el país querrá seguir ganando. Y Cuba es una pieza tentadora.

—¿Crees que irán allá?

—¿Quién sabe?

Ese domingo Silvio Mora compró varias cervezas, preparó algunos saladitos y brindó por el venidero triunfo en Indochina. José Amparo Ortega visitó de nuevo al Rojo con el ánimo de fortalecer sus precarias convicciones. El Gallego Cala sacó a pasear a una portorriqueña de la calle 12. Negrín se quedó en su casa, viendo la televisión, mientras la vida seguía su curso acelerado. ¡Ah! ¿Y el Chino? Fue de visita a la casa de su amigo Negrín. Juntos vieron algunos programas, charlaron, bebieron algunos tragos y revolviéron la pequeña biblioteca y los cajones en busca de viejos recuerdos, fotos de momentos gloriosos, documentos enaltecedores. Guzmán, orgulloso de mostrárselos al Chino, para que viera que estaba ante un veterano de cien batallas. Cartas, esquemas con instrucciones, manuales de la CIA, «pero, coño, no vayas a decir que te los enseñé», y mapas, con piráticas rutas trazadas sobre el Caribe.

MSJE TREINTA Y UNO PUNTO URGENTE PUNTO
COMIENZO PUNTO ENTRENAMIENTOS SE REALI-
ZAN A UNAS SIETE MILLAS SUR CMA EN LUGAR
MARCADO ALLIGATOR MAPA DOS CMA Y VEIN-

TE MILLAS AL ESTE DE LAKEPORT CMA MISMO
MAPA PUNTO RELACIONES CON ALPHA CONTI-
NÚAN NORMALMENTE PUNTO VERIFICADO QUE
JOSÉ AMPARO ORTEGA SUSTITUYE A JUAN MAR-
QUEZ EN ASUNTOS CIA CMA LO QUE ME HACE
VOLVER ATRÁS Y RECOMENZAR EN ALGUNOS
ASPECTOS PUNTO POR VÍA CONOCIDA VAN FO-
TOCOPIAS DE MANUALES DE CIA CMA DOCUMEN-
TOS CMA LISTADOS DE ARMAMENTOS ENTREGA-
DOS CIA A ALPHA Y CARTAS COMPROMETEDO-
RAS PARA USA PUNTO FINAL

TONY

Alrededor de una pequeña mesa, tres hombres hablan
de un modo pausado. No parece que se discute sobre
algo importante. Sin embargo, hay cierta seriedad en los
rostros, sobriedad en las afirmaciones y alguna solem-
nidad en general. Entre otras cosas, está en juego la
vida de un compañero. Sobre la mesa, casi ordenada-
mente, hay mapas, cartas náuticas, informes, fotografías
y cintas grabadas. Un fail de muchas páginas tiene en la
portada, escrita con un plumón azul en letra cursiva,
la siguiente leyenda: «Expediente Tony».

—Se plantea por los estrategas, pero yo quisiera saber
cómo se comporta en la práctica eso de usar nuestro
cerebro, pensando y descifrando lo que hay en otro, sobre
todo si ese otro corresponde a un loco, a un enfermo
mental, a un fanático o a un fascista, que casi todo es la
misma cosa —dijo Arsenio moviendo la cabeza en una
vigorosa sacudida.

—Los soviéticos lo hicieron, y más de una vez —le
recordó Alberto Cañas.

—Es otro desarrollo.

—Bien, bien —intervino Marcelo con ánimo de concretar—: Ahora nos enfrentamos a una tarea más fácil, dejen ya de arreglar el mundo. Tenemos que determinar primero si existe un peligro considerable para la permanencia de Tony en Alpha; segundo, si en caso negativo es éste el momento para un nuevo contacto con él y tres: practicar ahora un análisis operativo somero. En principio voy a leerles un informe llegado casi ahorita. Lo voy a leer despacio. Si quieren pueden hacer anotaciones, pero recuerden los tres objetivos que buscamos...

Los otros lo escuchaban atentos.

—«PÁGINA UNO

»... parece que Nazario tiene la intención de probarme también como marino. Ya lo he servido en condición de fotógrafo y de chofer. El último día cuando lo llevé a su casa, busqué un pretexto para pasar por lá mía. Mi objetivo era enseñarle mi nueva embarcación. Se volvió loco al ver la lanchita. Dijo que era exactamente lo que él necesitaba. Me la pidió prestada para hacer una operación. Le respondí que ponía una sola condición: que yo fuera el timonel. Me dijo: "Si no bromeas, ahora mismo te estoy tomando la palabra y así, además de la lancha gano un capitán para ella." Allí mismo me llenó un carné de Alpha. Ya lo tengo en mi poder. Ahí va fotocopiado (1). Ya soy capitán de Alpha 66. Ahora tengo la palabra empeñada por él para viajar a Cuba. Voy a contarles algo que me pasó hace muy poco. Me enteré tarde de una operación muy importante de la CIA. Esta agencia le entregó credenciales a Jesús Domínguez Benítez, del canal 4 de la TV para que, supuestamente, le hiciera una entrevista a Fidel en Chile. También le entregó una pistola con silenciador, embutida en una cámara de televisión (foto 12), y algunas balas de cia-

nuro para que disparara contra Fidel mientras él, en apariencia filmaba la entrevista. Pero la cosa no se llevó a cabo por falta de c... coraje. En la foto (4) está Domínguez el Isleño. Documento donde la CIA entregó armas a Alpha (2) y en la foto familiar: Nazario (3), Silvio Mora (4) y Hugo Cascón (11).¹ Una foto interesante de Pello² y Diego Medina (10).³ De la foto 6 a la 9, entrenamientos. Al dorso están los nombres. El jefe de los entrenamientos al parecer es Silvio Mora, quien vive en 270 South West y avenida 97. La esposa, Esperanza (17) es muy activa en las reuniones (fotos 19 a 22) y conoce bastantes asuntos que se manejan en la organización. A veces, incluso, llega a hacer críticas. Mora hace alardes de que estuvo preso en Cuba. Su nombre se maneja como posible jefe de una próxima aventura naval. Algo inesperado: el FLNC me propone ingreso. Antonio Calatayud (29),⁴ Pedro Roig (30)⁵ y José Colmenares (32)⁶ están vinculados a Acción Cubana de Bosch. Se reúnen en el local de la brigada en Flager, entre Séptima y Octava Avenidas, en los altos de un cine. Allí van Ramón Orozco; Juan Fidel Torres Mena; Juan José Peruyero —ex policía de la dictadura—; Rafael

1 Secretario de Finanzas de Alpha 66. (N. del A.)

2 Fue miembro de Alpha 66. Posteriormente pasó al CORU. (N. del A.)

3 Fundador y uno de los principales cabecillas de Alpha 66 y del II Frente del Escambray. (N. del A.)

4 Agente de la CIA. Es miembro de la Coordinación de Organizaciones Revolucionarias Unidas (CORU). (N. del A.)

5 Agente de la CIA. Participó en un plan de atentado contra el Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. (N. del A.)

6 Agente de la CIA. En 1972 integró la organización terrorista Acción Cubana, formada y dirigida por Orlando Bosch Ávila. (N. del A.)

Pérez (Torpedo); y Enrique Hernández. Los responsables utilizan el local de 1968 N.W., 7 Street, en los altos de una tintorería. Envío resumen facilitado por «el hijo del Presi». Una nueva victoria: mañana Guzmán me llevará a conocer al Rojo y a otros compinches que están en la cosa que nos interesa.

»Chao, Tony.»

Marcelo hizo un descanso en la lectura de los documentos. Después anunció:

—También creo necesario leerles un mensaje de Gustavo. Dice así: «Mensaje Doce... —llegó hace solamente ocho horas—... de paso por la "sausera" vi a los míos y a... —bueno, todo esto que viene ahora no nos importa. Lo empatamos aquí—: ...pero mucha gente está extrañada con eso. Lo mismo pasa con Tony. Oí decir a uno de Merrill Stevens Yacht: "ese amigo de Negrín, el de 'Mi sueño', tiene que estar loco para abandonar las Bahamas después que hizo tantos sacrificios para conseguir un barco. Mi maestro de espionaje dijo en una de sus clases que todo acto ilógico debe ser convertido de inmediato en una lógica señal de alarma".» Y para completar vamos a ver qué les parece esto: el cambio de Juan Bautista Márquez por José Amparo Ortega se debió, según obra en documento oficial de la Agencia Central de Inteligencia a: 1) que Juan B. Márquez utilizó medios de la CIA para beneficio comercial privado, sin contar con la aprobación de los jefes, 2) la reiterada ineficacia de J. B. Márquez, sobre todo las incursiones malogradas, sólo pueden obedecer a actos de impericia o 3) a la supuesta penetración por parte del G2 cubano. A esto agregó que no podemos olvidar que Tony utilizó con reiterada frecuencia a Márquez para los fines de

fortalecer su acercamiento a Alpha. Las restantes consideraciones las dejó al juicio de todos ustedes, que seguro podrá apoyarse en una información más general; pero sí creo que debemos tener en cuenta que a ellos les basta una sola sospecha para proceder, movidos por el pánico. Que hable por mí el crimen del Bayamés.

El jefe puso los papeles sobre la mesa.

—¿Qué dicen ustedes?

El primero en opinar quiso ser Pablo. Se creía con más derecho. Conocía bien a Tony. Había seguido de cerca su preparación y fue también su primer contacto en la misión. Creía tener suficientes elementos informativos como para suponer que:

—Tony se mueve en medio de diversas desconfianzas. Es el ambiente de trabajo, por decir algo. Y Tony sabe a qué atenerse. Ha sido preparado para enfrentarse a este ambiente y su preparación incluye recursos de emergencia.

—Sí; pero nosotros tenemos el deber de mirar por encima de todo, con todos nuestros ojos y avisarle si vemos alguna amenaza —aseveró el jefe.

—Yo tengo algunas cosas que decir —intervino Arsenio—. Considero que Tony ha justificado perfectamente su regreso a tierra, en eso no veo problema. Sin embargo, no considero oportuno que esté ocupándose de tantos asuntos a la vez. ¿Por qué no deja a un lado el Frente y se concentra en Alpha?

Marcelo cruzó los brazos. Escuchó.

—¿Y lo del barco? Se señaló el esfuerzo que hizo por obtenerlo. La gente se dio cuenta de ese esfuerzo. ¿Por qué se remitió a sus posibilidades sin pedirnos ayuda?

—No, lo del barco está bien —aclaró Marcelo—. Lo más natural del mundo. Una cosa justificada plenamente.

Pero sí es verdad que debe concentrarse en Alpha... Además, hay que señalarle algunos detalles. Por ejemplo: que no debe seguir señalando al «hijo del Presidente». Para nosotros ese hombre es la «fuente 77».

—¿Y sobre el nuevo contacto?

—¿Qué tú dices, Pablo?

—Que por ahora no hace falta.

—Pues que así sea, pero manténlo preparado. Infórmenme sobre el más mínimo detalle que se presente, sobre todo lo concerniente a la seguridad de Tony... ¿Han visto al padre últimamente?

—Sí. Le pedimos una carta para él. Irá en el próximo envío.

—Bien. Entonces quedamos en que por ahora no habrá nuevo contacto con Tony; concentrará su atención en Alpha y se establecerá una vigilancia especial sobre su seguridad. ¿De acuerdo?

Un «de acuerdo» unánime dio fin a la reunión.

XII. La primera sospecha

El camión de Richard's se detuvo frente a los hangares de la calle 34 y la Séptima Avenida del North West. Sobre los techos metálicos podía leerse el enorme letrero de la «Merrill Stevens Yacht», y a un costado de las naves, montada sobre burros, descansaba impresionante la estructura de una extraña lancha de aluminio. Guzmán, orgulloso, la señaló con la barbilla:

—Ahí la tienes... mira qué fenómeno.

El Chino bajó del camión sin quitarle la vista de encima a la extraña nave.

—Todavía tiene el radar, ¿ves? Pero le desactivaron las ametralladoras. Fíjate en las bases, allí estaban. ¡Fíjate qué lancha!

—Por la cabina se parece a un rémoicador.

—Verdad que es algo raro. No hay dos iguales... digo, sí... hay otra. No está muy lejos de aquí, pero no te llevo a verla porque son jimaguas... ¿qué te parece?

—¡Bárbara!

—Pues éstas son las famosas lanchas de Samá. Ahora vas a oír al mecánico. —Y llamó—: ¡Papo!

Apareció un hombre en overol, secándose las manos con un puñado de estopa. Extendió la muñeca para no saludar con la mano grasienta.

Guzmán buscó un muro donde recostarse y le dijo al mecánico:

—Es nuestro, no hay problemas. Vino a ver las lanchas. Yo le dije que tú las conocías mejor que nadie... cuéntale...

El hombre pareció entusiasmado por la oportunidad que le brindaba Negrín de contar una vez más aquella historia tan repetida. Cada vez que lo hacía trataba de aparecer como un héroe aventurero. Primero disimuló y se refirió a algunos datos técnicos de la embarcación:

—Está hecha de aluminio, naturalmente por encargo especial de la Compañía. Toda sellada. Se puede pasar un huracán en su interior, das mil volteretas, quizás te rompes la cabeza en una de ellas, pero no te hundes.

—¿Y después de tanto trabajo la están desmantelando? —preguntó el visitante.

—No la están desmantelando, sino remodelando, es más exacto. A ésta, y a la otra, que es idéntica, les están adaptando dos motores de petróleo de doce cilindros cada uno...

—Así que vuelven a activarlas.

—Porque el Gobierno las vendió a las Bahamas. Quizás ellos las necesiten para dedicarias a la persecución de langosteros piratas. Es una lástima. Esta lancha se hizo para aventuras de verdad. Yo era mecánico de ellas cuando lo de Boca de Samá. Estuve allí. Estas lanchas se hicieron para cosas como ésa.

—¿Las lanchas se construyeron para ser utilizadas precisamente allí?

El mecánico miró a Guzmán como queriéndolo interrogar con la mirada. De todos modos iba a decirlo todo, ya no había freno para su inmodestia, pero la vacilación era parte del teatro

—Considéralo como si se tratara de mí —aseguró Guzmán, que también se regocijaba con patrocinar aquellas revelaciones sensacionales—. Acaba de contarle tu odisea.

—Hace rato que trabajo para la CIA. Tanto, que a veces me pregunto: Papo, ¿desde cuándo? Y por supuesto, ellos necesitaron a un mecánico de confianza. Y aquí estaba yo. —Se sacó el casco y se rascó la cabeza—. Yo le hablo de cuando la Agencia tenía grandes planes con Torriente. Se mandaron hacer las lanchas. Fue un proceso complejo, porque no había un patrón por el cual guiarnos, ni planos industriales. Sólo el encargo de la CIA y dinero suficiente para que se hicieran como ellos querían. Que reuniera condiciones excepcionales para cumplir ciertas misiones en Cuba. El radar, las piezas de artillería... nuestro **forman** decía que además debía ser completamente inhundible.

—¿Por miedo al contraataque?

—No precisamente, aunque también tenía que ver. Pero se hablaba de aprovechar rachas de mal tiempo que obligaran a limitar el patrullaje cubano en las áreas de operaciones. Y entonces comenzamos a trabajar en ésta, que es capaz de navegar en cualquier tiempo. Le voy a contar una anécdota: cuando las lanchas estaban listas, el funcionario de la CIA encargado de inspeccionarlas dijo que era necesario probarlas. No sólo las máquinas, sino también la artillería, todo. Y bien, acordaron probarlas. Creí que prepararían alguna travesía por las Bahamas. Ni siquiera pensé en Cuba. Pero era un proyecto serio, muy serio. Nos montaron en grandes aviones Hércules y fuimos a parar al África, al lago Tan-

gañika. No sé qué jelengue había allá cuando aquello, y lo aprovecharon. Jamás se me olvidará lo sucedido en África con estas endiabladas lanchas. Por mi trabajo, yo conocía que la intención de la Agencia era llevarlas a esa prueba, que supuse sería dentro de los Estados Unidos o, cuando más lejos, a algún puerto de baja categoría en algún país incondicional como Nicaragua. Pero este viaje tan lejos no podía esperármelo. Nada más me dijeron: «Vamos a ver si las lanchas sirven o no sirven.» No nos hablaron de una operación de envergadura. Y entonces nos vimos allá en medio del lago Tangañika. Otro que trabajó conmigo decía: «Seguro que eligieron este lugar por su parecido con el trópico.» Pero eso no tenía sentido. El trópico estaba acá abajo al alcance de nuestras manos. Ahora pienso que no probábamos las lanchas, que estábamos allí cumpliendo una operación encubierta de la CIA. Entonces estuvimos allí como esperando órdenes hasta que una noche estoy durmiendo dentro del cuarto de máquinas y alguien me despierta y me dice: «¡Dale pronto, arranca y a toda máquina!» Y cuando estoy ya cumpliendo la orden, al poquito rato comienza el tiroteo, las sacudidas, los cañonazos y los giros violentos de la nave. Nunca había estado en una situación parecida. No podía creer que aquella fuera la prueba que querían hacer. Al fin me mandaron parar, pero seguían los disparos. De verdad que yo no entendía nada. No sabía qué pasaba en cubierta. Creí que nos estaban atacando desde otra embarcación. Me santigué y me dije: «Ahora sí que adiós Papo.» Después me fui serenando y con mucho cuidado subí a cubierta. Allá arriba comprobé que éramos nosotros los que atacábamos. Habíamos tirado con todo.

—¿Contra otro barco?

—No. Estábamos al pairo, frente a una aldea. La habíamos arrasado. Seguramente nadie quedó vivo allí. A mí en ese momento se me ocurrió pensar: «Así son las escenas de la guerra en Viet Nam.» Las casas en la aldea eran chozas primitivas, con techos de guano, y saltaban en pedazos o se prendían con las balas incendiarias, y todo aquello ardía bajo las balas como un infierno.

—¿De tierra respondían al fuego?

A Guzmán le pareció una pregunta tonta.

—¿Quién iba a responderles, Chino?

—No. Nadie respondía. Eso fue como en un tiro al blanco. Yo me paré allí a mirar tranquilamente, sin ningún peligro.

—¿Qué hicieron después con las lanchas?

—Un asesor de «Covert Operations» vino a preguntarnos por los resultados. Ese hombre se interesó por los detalles más insignificantes. De qué forma se habían comportado los motores, las piezas de artillería, los radares. Quedó muy satisfecho con los resultados y nos mandó de nuevo a casa, por la misma vía de los Hércules. Durante el vuelo nos dijo: «De esto, ni una palabra a nadie en casa.»

—Ahora viene lo más triste —anunció Guzmán, demostrando que conocía de memoria la anécdota de su amigo Papo, quien tantas veces y a tantas personas la había contado.

—Sí, lo peor. Después de tantos desvelos, de tanto trabajo, de tanta preparación, cuando volvimos a la Florida fuimos testigos de un proceso indignante: la política hacia Cuba estaba cambiando en forma acelerada, nuestra querida Wave sufría un repentino proceso de desintegración. A los mejores, a los duros, los colocaban en otras latitudes, y a los demás los despedían con un

simple «vete a casa hasta que volvamos a necesitarte para algo». La Agencia Central de Inteligencia comenzaba a vivir sus días más negros.

—Yo tengo entendido que la CIA nunca ha abandonado sus planes respecto a Cuba.

—Pero los redujo. Y en muchas cosas dio marcha atrás. En esto mismo. Las lanchas habían sido diseñadas para una operación importante. Oí decir que ya tenían una lista de objetivos. Puestos navales, faros, puertos costeros como Santa Cruz del Norte, playas... Entonces un día dicen: «Prepárenlas, que se las vamos a entregar a Torriente.»

—En definitiva fueron utilizadas, ¿no?

—¿En Samá? Sólo a medias. Lo sé porque me lo contaron, que las perspectivas eran mayores.

—¿Y qué pasó entonces?

—Que hubo limitaciones por el miedo. En Samá tuvimos la oportunidad de hacer un daño mucho mayor... vaya, de barrer todo el caserío como hicimos en Tangañika. Pero estaban obsesionados con la idea de que se aparecieran de repente las torpederas de Castro.

—¿Qué hubiera pasado en tal caso?

—Los del proyecto aseguraban que estas lanchas estaban preparadas para un choque con ellos. Pero esa prueba sí que nadie la ha querido hacer.

—¿Usted lo hubiera hecho, o también estaba bajo los efectos del miedo?

—Yo era maquinista. Cumplí todo lo que me ordenaron sin flaquear. Pero yo pienso que se pudo haber logrado algo más significativo, ya que estábamos allá con miedo o sin miedo, ¿comprende?

El Chino tuvo que contener una mueca de repulsión. El repudio le minaba la paciencia. Tomó aire como si

hubiera terminado de recorrer la pista de un estadio y cambió el giro de la conversación:

—Y ahora las lanchas volvieron a usted. Eso quiere decir que Papo sigue siendo un hombre de la CIA.

—Bueno... claro. Mejor dicho, un mecánico naval de la CIA. El regreso de las lanchas fue para mí una verdadera sorpresa. Volver a tocarlas, a sentir el ronquido de sus máquinas, porque uno llega a cogerles cariño. Volverán a usarlas en alguna parte. Lástima que no sea de nuevo contra Castro, ¿verdad?

Guzmán saltó al ver la hora que marcaba su reloj y se despidió aprisa. Los de Richard's no le pagaban por mantener al día sus viejas relaciones amistosas. Ya a bordo del camión, indignado todavía, pero con la cobertura del disimulo reforzada, el Chino recalcó:

—¡Qué raro hombre ese Papo! Habla de su lancha como si se tratara de su madre... y eso que no es más que una mole de aluminio.

—La vida nos enseña a querer más a las cosas y a los animales que a los semejantes. Ésa es una realidad. ¿Por qué tú crees que prosperan aquí los Pet Shops? No se concibe a un americano sin perro. Cuando los veas de pascó, lo llevarán a rastras con su cadenita y su collar, y si viajan en carro, al lado suyo, asomado como un gran señor, va el perro. Son verdaderamente importantes.

—Eso que tú dices es verdad.

¡Que si era verdad! El Chino recordó una de sus primeras experiencias en Miami. Recién llegado alquiló una habitación amueblada en una casa no muy lejos del Down Town. Tan pronto estuvo un rato descansando, sentado en una butaca, comenzó a padecer una molesta picazón. Con sorpresa descubrió que se trataba de pulgas y chinches. Fue a protestar ante la propietaria

americana y ella respondió extrañada: «¿Pero por qué se alarma usted? Mi perrito tiene de todo eso y no se muere.» Su perrito había hecho imposible la existencia dentro de una habitación alfombrada, hermética y con ventilación artificial.

—¡No! Y no arrolles a un perro... ¡Qué clase de lfo te buscas! Mira, mejor arrollas a un negro.

—Tienen suerte los perros aquí.

—¿Sabes qué me dijo un tipo? Un americano. Que hoy un perro es superior a un hijo. Porque un perro siempre te seguirá a cualquier parte.

—Superior a un hijo...

—Vaya, preferible...

El Chino se quedó pensativo. Había bastante verdad en aquellas palabras de Guzmán. Recordó algunos anuncios que le habían hecho gracia... «One of the family», sí, era verdad. Uno de la familia, preferible a un hijo... «donde su perro es un v.i.p.» (*very important person*): «Los mejores *puppies*, criados con temperamento, belleza y salud, arreglados y personalizados con todas sus vacunas, papeles, documentos... con ellos nunca usamos tranquilizantes, tan sólo paciencia y amor. Protéjalo, sé lo cuidamos si va de viaje. Nuestra peluquería tiñe a cualquier raza.» «*Boutique* para perros, nosotros le tendremos el mismo amor que usted... lo que su perro necesita, nosotros lo tenemos y de la mejor calidad»... y el colmo: «El Pet Heaven Memorial Park le ofrece a usted un funeral de distinción»... verdaderamente una «persona» muy importante.» De repente había descubierto el abismo que se abría en el corazón de sus vecinos y comprendía la gran tragedia del hombre americano, que se simbolizaba en la inocente estampa de un hombre y su perro, como aquel que ahora le señalaba

su amigo. Lo cargaba para cruzar la calle. Lo llevaba abrigado con una chaquetica anaranjada.

—¿Qué? ¿Te has quedado pensando en los pets?

—No... ¡Huele fuerte hoy el río!

—Bastante poco para la basura que le echan.

Torcieron el rumbo hacia la avenida Sur para llevar un encargo de muebles.

—¿En qué te has quedado pensando?

—En los negocios.

—¿Qué negocios?

—Los que pienso hacer para salir de esta monotonía.

¿Conoces a alguien en el YMCA?

—¡Coño, al Rojo! Ya te hablé una vez de él.

—Tengo una proposición que va a gustarle.

—Lo dudo. No es un hombre muy accesible.

—Quizás se interese por mi idea. Es un negocio redondo. Con la fotografía. Me doy una vuelta, tiró fotos a todos los niños que van allí, ¿comprendes?, y después se las oferto a sus padres. Resulta difícil decir no a la foto de un chiquitín... eso siempre se vende... y el Rojo, por supuesto, cobraría su comisión.

—No está mal. Yo creo que sí le va a interesar. ¿Por qué no vamos a verlo?

—Eso mismo digo yo.

—Y también le podemos tirar fotos a nuestros amigos, vaya, de compromiso. ¿Por qué no probamos mañana?

—Está bien, chico, quedamos en que mañana.

Al otro día ocurrió un incidente desafortunado para el Chino. Esas cosas que son imprevisibles. Salieron en el Plymouth blanco a recorrer algunos lugares en busca de

gente conocida. El Chino llevaba cargada su Pentax con un Kodak Color. Guzmán había consultado al Rojo por la vía telefónica, y éste se había interesado por el negocio de las fotos en YMCA. Ahora le llevaban algunas fotos de tamaño 8 x 10 para propagandizar. Eran caras infantiles. «Si falla lo de los niños —había ironizado el Chino—, probaremos retratando perros.» Disparó dos veces el obturador para hacer correr la parte del rollo que se había velado en el momento de cargar la cámara y comenzaron el itinerario comercial. El primer disparo útil de la Pentax recogió la faz risueña de Mario, el cubano dueño de la Record Auto Part, un rastro para piezas de repuestos automovilísticos que le había servido de fachada cuando la CIA lo liberó de sus deberes con el Plan Torriente. La segunda foto enmarcó al Flaco Perdomo, otro notorio «hombre de la Compañía», quien posó artísticamente en el portal de su casa. Allí mismo se turnaron los tres para aparecer en diversas fotos. El Chino y el Flaco, Guzmán y el Chino, Guzmán y el Flaco, y de allí se dirigieron al YMCA. Guzmán descubrió que el Rojo estaba aparcando su auto, y le dio con el codo al Chino para sugerirle que lo alcanzara, pero el otro llevaba demasiada ventaja y tuvieron que conformarse con seguirlo y buscar un espacio lo más cercano posible para aparcar el auto.

—Tírale ahora.

Guzmán le quitó la cámara del cuello al Chino y él mismo apretó el obturador, mientras que el Rojo y otro individuo descendían del auto. El Rojo se detuvo, turbado. El que lo acompañaba era un americano que usaba traje azul y gafas exageradas. Le dijo algo al Rojo y éste se lo comunicó a Guzmán:

—Oye, esa foto no puede salir.

—Está bien, velamos el rollo —propuso el Chino.

—No... el americano quiere el rollo para revelarlo.

—¿A santo de qué? La cámara es de mi propiedad, y el rollo lo compré yo...

Pero ya la Pentax está en manos del acompañante del Rojo. En un aparte él le explica la situación:

—Son amigos... quieren hacer negocios con la fotografía.

Pero el americano sacó el rollo de la cámara y lo guardó en un bolsillo del saco, a pesar de las protestas del fotógrafo.

Guzmán, tratando de arreglar el problema, lo llamó aparte y le dijo a manera de excusa:

—Dice el Rojo que no hay problemas con nosotros, pero que este tipo es un alto funcionario de la CIA y se ve obligado a tomar estas precauciones. Dice que precisamente en el viaje hasta acá le venía hablando de las sospechas que existen acerca de una considerable infiltración de Castro en Miami.

El Chino aceptó la excusa, pero añadió a sus cálculos la posibilidad de haber entrado en una zona peligrosa, en un «período de rigurosa comprobación». Esto resultó casi una profecía. Guzmán y él fueron sometidos a varios chequeos y registros. El Chino, que se mantenía muy alerta, comprobó que lo habían seguido tres veces y que le habían hecho dos registros en la habitación que ocupaba. Las marcas dejadas de manera preventiva, estaban claramente violadas. Y no bastó con los registros y las persecuciones por toda la ciudad. También le mandaron a su barco a un provocador. Se apareció una mañana frente a los muelles, y como si lo conociera de toda la vida le dijo:

—Me gusta tu barco. ¿Quieres hacer un buen trato? Si me llevas a Cuba nos podremos ganar unos cuantos dólares.

El Chino dejó lo que estaba arreglando en la cabina, se volvió y le respondió con disgusto:

—No se me ha perdido nada por allá. Y respecto a los dólares, aquí los gano con bastante facilidad.

—Allá tú. Yo me refería a una buena cantidad... pero si temes ir a Cuba...

—No hago trato con extraños... y no me importa ganar más de lo que gano... y sobre el viaje a Cuba, cuando te enteres de que van los marines me vienes a avisar.

No le contó nada de esto a Guzmán. Así que cuando su amigo se quejó de que lo seguían, y se mostró preocupado por el incidente con el Rojo, el Chino se hizo el nuevo:

—¡Ah, pues mira a ver cómo arreglas la cosa, que eso es por ti, porque a mí no me han molestado. Fuiste tú quien le tiró la foto a ese tipo y ahora te sacaste la lotería. Mira a ver cómo te los quitas de arriba... ¡Ya sé!, por eso el Flaco Perdomo estuvo aquí haciéndome mil preguntas sobre ti.

—¿El Flaco Perdomo? Si eso que tú dices es verdad, y si está sirviéndole a alguien para una cosa de éstas, te lo juro que me voy a cagar en su madre, deja que lo coja, porque él no tiene el historial que tengo yo... ¡Mira qué maric...!

—¡Cálmate! ¿Tú lo quieres coger? Vas a ver qué facilito. Yo tengo una idea. Él dijo que mañana vendría a verme de nuevo, a eso de las siete o las ocho, así que ya tú sabes... mañana vamos a comprobarlo.

Al otro día, cuando el Flaco Perdomo visitó al Chino como había anunciado, se apareció «casualmente» Guzmán. Se saludaron, porque se conocían desde tiempos atrás, cuando estuvieron juntos en el mismo team del Grupo de Misiones Especiales (GME) en la época

gloriosa de la CIA. Hablaron de manera normal, rememorando los ataques comandos, los hombres ranas, los planes de atentados, la gente de los primeros años, y Guzmán aprovechó un filón para preguntar por el Rojo. «No sé qué se ha hecho, jamás he vuelto a verlo», le aseguró Perdomo. Guzmán dejó que Perdomo saliera primero y después se las arregló para seguirlo. Le costaba trabajo creer que se dirigiera exactamente a la residencia del Rojo. Minutos después se daba el escándalo mayúsculo y costaba trabajo reducir la ira de Negrín. El Rojo estuvo a punto de llamar a la policía. Algunos vecinos abrieron las ventanas y se asomaron cuando Guzmán lanzaba sus peores insultos. Perdomo, muy asustado, trataba de sacudirse todas las culpas sobre su jefe. El ofendido hacía esfuerzos por limitar su represalia, y mientras se desahogaba, su habitación era objeto de un último registro a fondo. Pero esta vez no se trataba de expertos de la CIA, ni de incondicionales del Rojo, sino de su supuesto amigo el Chino. Guzmán tenía un perrito que no cuidó sus intereses, y todos los estragos quedaron apuntados en la cuenta común de la Agencia. ¡Ah! Olvidaba decir que ese mismo día el Flaco Perdomo se llevó de la casa del Chino el involuntario regalo de un potente microemisor.

—Una cosa es ser optimista y la otra, inclinarse al suicidio.

—Disfruta de esto —dijo el regañado como si el sermón no le incumbiera—, conozco de cabo a rabo la historia de este castillo. Es del Renacimiento italiano... típico del siglo XIV al XVIII. Estaban en el 3 251 de la Avenida Sur, a la zaga del grupo de turistas. Alberto

Cañas insistía en llevar al Chino a una rectificación de su conducta:

—¿Cómo se te ocurre? Enseguida se ponen para ti, y de contra sales a darles motivo. ¡No sé cómo te salió bien! ¡Será porque son unos incapaces!

—Deja eso ya... déjame que te explique... este castillo lo construyó un magnate para vivir en él. Se llamaba James Deering y estuvo cinco años... él no, los constructores... entre 1914 y 1919... algo fuera de lo común... ese estilo viejísimo.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—¡Contigo es imposible disfrutar del turismo! Yo por lo menos me quedo, pero tú que te vas, ¿no te interesa?

—Lo que quiero saber es qué piensas hacer ahora. Deja el turismo para después.

—Nazario quiere que lo ayude con la lancha... ¡Qué palacio! ¡Tiene setenta habitaciones! ¡Tendría setenta mujeres?

—¿Necesitas dinero?

—No... las paredes son de coral de la Florida.

—¿Qué necesitas?

—Una carta de mi padre y fotos de mi hijo... Hizo un buen negocio el condado Dade.

—¿Qué negocio?

—Compró este palacio por un millón a los herederos de Jimmy, y después lo abrió al público al precio de ¡dos cincuenta! por adulto.

—¡Ah! Qué rayos me importa eso... dime. ¿Te hace falta algo más?

—Nada más.

Una rubia pasa colgada de alguien que puede ser su abuelo. Se vuelve hacia ellos sonriente, exhibiendo su ceñido pulóver de Dartmount College... Dartmount

sobre la colina derecha, Colleege sobre la izquierda, y en el valle intramontano cuelga una medalla. El pitusa, muy gastado, queda por debajo del ombligo oblongo, aprisionando unas sólidas caderas.

—¿Para quién fue la sonrisa? ¿La conoces?

—No. Parece que se ocupa de los turistas. Esa sonrisa debe ser su comercial. Para eso mismo, para que la vayas conociendo...

—Tengo algo del «77»... me dieron una dirección en la que puedo encontrar a Eduardo Paz.

—¿Microficha?

—Terrorista, fascista, colaborador de Fe y, en resumen, un enemigo muy movido. «77» dice que lo está trabajando, pero con bastante reserva.

—Está bien, veremos qué hay con él.

—Ya aquí no tenemos nada más que ver... si quieres te llevo al Museo de Cera, o al serpentario de la Dixie Sur, o a la selva de las cotorras, o la selva de los monos...

—Quiero dormir tranquilo, sin pesadillas.

—Se te ve que ya tienes deseos de regresar.

—Se extraña mucho.

—Dimelo a mí. Tengo ganas de volver a ser yo mismo, de estar de nuevo en casa y un día poder invitar a mi padre a pescar...

—Sobre eso no puedo decirte nada.

—Ya lo sé, no me hagas caso. Mañana nos veremos a las diez y treinta en la biblioteca. Voy a llevarte una carta para el viejo.

A: Pablo
De: Arsenio
«Tony»

1. Alberto Cañas trajo un embutido.
Contiene:
 - a. Fotos de Papo, talleres de la Merrill Stevens, lancha que usaron en Samá, gente de Torriente reunida, reunión Alpha, fiesta íntima en casa del Rojo.
 - b. Listado informantes FBI para el área Hihaleha.
 - c. Documento que prueba posible contacto de Junta chilena y contrarrevolución. (Alude a reunión con Ernesto de la Fe y compromisos con DINA.)
 - d. Carta de Nazario (es fotocopia) en la que confiesa que la CIA le ofreció los cohetes no llegados a usar Torriente si se justificaba su utilización con algo sonado.
 - e. Documento de Nazario en el que se alegra de la muerte de Torriente y también de manera demagógica critica a los batistianos que se enrolaron con Torriente.
 - f. Notas de Nazario en las que pide algún dinero a «figuras» del exilio y, en una de ellas, por conveniencia, politiquera. Dice que no está con el fascismo, pero sí con Pinochet.
 - g. Moldes del llavero de Alpha 66.
 - h. Carta en la que un informante de la CIA (código 305) acusa a Nazario de haber embarcado a Menoyo y a otros miembros de Alpha para mantener su hegemonía.
 - i. Periódicos y recortes sobre supuestos atentados a Alpha (uno de ellos puede atribuírsele a Perdo-

mo), debidos a las divergencias ideológicas, y las rivalidades personales.

- j. Grabaciones (tres), dos intrascendentales y una con importancia operativa. Se trata de una que colocó Bello para conocer los propósitos inmediatos de Nazario. Transcribimos un minuto que explica todo el sentido de la grabación:

«—¿Es verdad que fueron a Cuba a recoger familiares?

»—Es verdad. Aunque no me consta, pero me había pedido una lancha con ese fin.

»—Y tú se la negaste.

»—¿Sabes por qué? Porque estoy convencido de que es comunista.

»—Y sin embargo anuncias que iban en una misión de Alpha. ¿Qué sentido tiene? Algunos han llamado traición a este anuncio tuyo, cuando ellos están justificándose en manos de Castro con el pretexto de que sacarían a algunos parientes. ¿Por qué lo hiciste?

»—Por eso... porque si son o no son, que se entiendan con Castro. Y a nosotros nos sirve la propaganda. Y además, es un desquite por lo que me hizo con lo de Méndez... en medio de una campaña de aquella envergadura, aparecerse aquí y nada menos que diciéndole al exilio que el primero en caer en Cuba había sido Méndez.

»—¿Y estás seguro de que no fue así?

»—Estoy seguro de la mala intención de Sales.»
Una voz es la de Nazario, la otra no la pudimos identificar.

XIII. Operación cayo Sal-Anguila 74

En septiembre de 1974 la nueva versión de «Mi Sueño» volvió a hacerse a la mar. Roberto Tur, informante de la CIA con fachada de inofensivo pescador, comunicó a sus enlaces en Miami que había avistado algunos barcos cubanos dedicados a labores de pesca en las zonas aledañas a cayo Sal. Casi de inmediato una avioneta sin insignias oficiales sobrevoló la zona indicada por Tur y comprobó su información. Poco después, un oficial de la CIA del área de Miami trasladó al Rojo la orden de operar. Literalmente contenía estos términos: «Actuar contra unos barcos de Castro en las cercanías de cayo Sal; quemarlos o hacerlos estallar, con o sin los tripulantes a bordo y sacar después una declaración de Alpha en los términos que se acordarán con CIA, según los resultados que se alcancen en la operación.»

Moisés Hernández, el Rojo, llamó con urgencia a José Amparo Ortega y lo impuso de la situación. Éste la trasladó a Nazario, quien decidió apelar a Tony:

—Santos, necesitamos tu lancha.

—Está a su disposición... junto conmigo.

—Se trata de ir a liquidar un barco de Castro.

—¿Una patrullera?

—No. Un barco de pesca. Recibimos información sobre algunos barcos cubanos que se encuentran pescando ahora mismo en los alrededores de Cayo Sal, y vamos a ir allí a castigarlos.

—¿Qué clase de castigo piensan darles?

—Quemarlos, hundirlos, destruirlos... ¿Tienes alguna objeción?

—Si me está dando una orden militar, no tengo ninguna, pero si me permite opinar...

—¿Sí?

—Yo creo que la serenidad siempre acompaña al triunfo. No basta con decir: hay unos barcos cubanos, ¡a ellos! Me parece que eso se puede decidir en el terreno... Hay que pensar desde allí... Si quemamos un barco, por ejemplo, el humo nos va a delatar... al menos corremos ese riesgo. Posiblemente la Marina de Castro tenga torpederas listas en ciertas áreas, en espera que cualquiera de esos barcos envíe un SOS para entrar en acción. ¿Y si son barcos de ferrocemento? Podemos hacer algo mejor que destruirlos. Podemos abordarlos, meter a todos los pescadores dentro de un chapín y dejarlos allí en el cayó. Sacamos del barco todo lo que pueda ser de utilidad, como los equipos de comunicación, por ejemplo, y después le abrimos un hueco y dejamos que se hunda. Podemos llevar unas barrenas para el caso de que sea de ferrocemento.

—Está bien... te doy un voto de confianza para que actúes como creas conveniente. ¡Adelante!

Tony había logrado neutralizar la situación. Un barco hundido puede salvarse, uno quemado, no. Los pescadores abandonados en el cayó pueden ser rescatados con facilidad. Convencer a los demás para desarrollar su

plan, sería mucho más sencillo. Todo lo que causara menos riesgo, estaba aceptado de antemano. Lo más importante era que se pudiera decir después que se había destruido un barco, que Castro hablara del asunto y se armara un gran escándalo internacional. Eso era lo que le interesaba a Alpha. Más tarde vendría el acto de recibimiento a los héroes... y la consabida colecta.

—Vamos a cayo Sal. Roberto irá arriba conmigo, para ayudarme con el timón; y los demás, abajo, con sus fusiles, en espera de órdenes.

A los pocos minutos de navegación Roberto del Castillo soltó la pregunta:

—¿Por qué hiciste esa distribución?

—Por la seguridad de todos. Es mejor que estén allá abajo. Con tantos fusiles cualquiera se arratona y meté la pata. ¿No crees que tú y yo nos bastamos para esto?

—Estoy de acuerdo.

—Me alegro de que hayas entendido... temí que, vaya...

—¡Qué va! Yo los conozco muy bien, Chino... creo que mejor que tú. Y voy a confesarte algo: gente como tú y yo, somos dignos de mejor causa. Ni Nazario, ni Silvio Mora ni ninguno de éstos vale un centavo... han hecho de todo esto una manera de vivir sin trabajar. ¡Nada más!

Tony se quedó sin responder. Trataba de valorar con certeza aquellas palabras. ¿Una confesión? ¿Una medida inteligente? Allí en el timón, sin que lo preocupara lo que acababa de decir, estaba Roberto del Castillo. Un bandido contrarrevolucionario. Y decía eso de su grupo. ¿Quién era Roberto del Castillo? En Cuba estudiaba en una academia particular, donde además desarrollaba actividades contrarrevolucionarias. Puso una bomba que

hirió de gravedad a una muchacha de su propia célula. Después huyó hacia Miami y se enroló en Alpha.

—Yo creo que exageras, no se trata de la causa, sino de ellos. Son como son. Tienen sus debilidades, sus defectos como seres humanos, pero están de este lado y no del otro, ¿no?

—¿Y para qué nos sirven? ¿Para llevarlos allá abajo rezando por nosotros?

—Bueno, por lo menos subieron a bordo y saben que no vamos a pescar.

—Sí, algo es algo... hasta Gascón, el hombre de los números, está ahí con su fusil.

—Hugo Gascón me pidió que lo dejara venir. Para que mañana no le vayan a sacar que él no ha estado en la primera línea.

—¿Ves lo que te digo?

Al tercer día aún no había señales de los pesqueros cubanos y los corsarios estaban minados por la impaciencia. La mayoría, internamente, deseaba que nunca aparecieran los pacíficos objetivos y rogaban a Dios que mucho menos tuvieran que vérselas con una flotilla de la Marina cubana.

Al cuarto día...

—¡Oye! Allí hay un barco... ¡vamos allá!

La lancha rugió y dio un brinco sobre el agua. Los gallardos piratas del sollado sintieron la sacudida y comenzaron a rastrillar sus fusiles. Tony corrió a donde se hallaban, se asomó y les gritó que esperaran serenos una orden. Después volvió al lado de Roberto y le dijo:

—Déjame esto a mí... te pones con la lancha en posición de abordaje. Cuando alguien salga a vernos, le

pedimos un poco de agua. Cuando dió la espalda, salto a bordo y los cojo.

—¿Y si alguien tiene arma?

—Yo me ocupo de él.

—Bueno, vamos allá...

Otro salto sobre el agua. Tony se puso la pistola detrás y se colocó sobre la proa de «Mi Sueño». El pesquero se bamboleaba sobre el mar. Su borda quedaba bastante por encima de la lancha. Un pescador flaco, rubio, se asomó a ver qué pasaba.

—¡Oye! Necesitamos un poco de agua...

—What are you kicking about?

El Chino hizo un gesto despectivo y se volvió para su amigo:

—Nos equivocamos...

Dieron marcha atrás mientras el americano decía algo cerrando un puño.

Al cuarto día estalló a bordo lo más parecido a un motín. Para burlar la racionalización del agua y los alimentos, el Gallego Cala había hecho algunas incursiones hasta donde estaban escondidas las provisiones, y en una de ellas fue sorprendido. Se enloqueció de pánico ante la exagerada alusión de Roberto de que esa actitud lo hacía merecedor de ser lanzado al agua. Unas cuantas bofetadas liquidaron su histeria, y después lloró para que lo perdonaran. Pero entonces los demás comenzaron a exigir el fin de las operaciones. Tony los amenazó con volar la lancha si se volvía a mencionar el regreso. Llenos de miedo y resignación volvieron a sus rincones bajo cubierta.

Por la noche, Roberto del Castillo se acercó a Tony y le propuso:

—Yo creo que ya está bien, Chino... no nos queda mucha agua ni comida, y esta gente ya no resiste más...

Si nos encuentra ahora una torpedera de Castro, no sé qué va a pasar...

Así se rendía el último. Pero no le convenía igualarlo a los otros.

El Chino asumió una posición comprensiva.

—Bueno... vamos a esperar hasta el amanecer... si entonces no han aparecido los barcos, nos vamos.

Las primeras luces de la madrugada sorprendieron a «Mi Sueño», que navegaba despacio, a menos de treinta millas de Cuba, entre las provincias de Las Villas y Camagüey. A un costado se divisaba con claridad la oscura sombra de una turbonada. Nítidamente localizada, como nunca podría verse desde tierra.

—¿Nos vamos?

—No, espérate; tumbate para la izquierda...

—¡Eh! ¿Qué pasa?

—¿Ves aquello?

—Sí. ¿Qué es?

El Chino tomó los prismáticos y no supo qué decir cuando los reguló sobre el horizonte. Allí estaba precisamente lo que buscaban: un barco de pesca cubano, un Lambda solitario. Una columna de humo delató que se ponían en marcha, quizás previendo algo anormal. Roberto también vio el humo y preguntó:

—¿Qué pasa, Chino? ¿Préstame los anteojos!

Roberto no podía ver aquello a través de los prismáticos. El Chino los dejó colgando del cuello mientras le gritaba.

—¡Una torpedera, coño! ¡Viene hacia acá! ¡Dale, métete por la turbonada!

«Mi Sueño» rugió y formó un remolino bajo la quilla mientras su proa enfilaba hacia las nubes oscuras que lamían el mar. Roberto apretó el timón y se olvidó de los binoculares.

—¡Ahí vienen! —alertó el Chino—. ¡Dame el timón!
¡Llama a la gente! ¡Atiende el motor!

Roberto no supo qué hacer primero. Se asomó al
sollado y gritó:

—¡Una torpedera!

La advertencia se hundió en el estómago de Cala
como un estilete que lo hizo doblarse. También le heló
las manos y le paralizó los pies: Hugo Gascón sintió que
un latigazo gélido le sacudía el espinazo y lo dejaba cla-
vado sobre el suelo. ¡Una torpedera! ¡Santo Dios! Arriba,
Roberto del Castillo se tiró de barriga sobre cubierta y
apuntó con su AR-18 sobre la popa. Del motor comen-
zaban a salir llamas.

—¡Nos quemamos! —le gritó al Chino.

Roberto corrió en busca del extinguidor.

—¡No vayas a usarlo!

—¿Por qué?

—¡Porque nos quedamos aquí y nos cogen! Búscate
un trapo, moja una camisa y échasela encima, cualquier
cosa. ¡Dale, coño, que estallamos!

Roberto pudo apagar el fuego. Ya estaban dentro de
la turbonada y no se veía detrás el horizonte. La silue-
ta que los piratas creyeron una lancha de la Marina de
Guerra Revolucionaria, había desaparecido. Cala trepó
arrastrándose hasta cubierta, y como vio que el peligro
no era inminente, asumió una ridícula posición de tiro.
Gascón lo siguió. Pararon máquinas para reparar, la
avería.

El Chino soltó el aire que llevaba retenido en los
pulmones y miró al cielo, arqueando las cejas. Roberto
del Castillo sonrió aliviado. Los demás desataron una
alegre algarabía, matizada con extemporáneas bravuco-
nadas. Roberto y el Chino se intercambiaron una seña.
Había que ser comprensivos. Bastaba con saber que ellos
eran los «héroes».

Cuando el motor pudo volver a funcionar. Tony anunció:

—A casa.

¡Por fin a casa! Hugo y Cala se inclinaron sobre cubierta para vomitar.

Estaban sufriendo con retraso los efectos de la turbada. Roberto se hizo cargo del timón, sonriente, dueño de sí. El Chino se tiró a descansar con su AR-18 sobre el pecho. Y Silvio Mora... no, Silvio se quedó en Miami, porque el salvavidas que compró en el Army Navy no era de su talla.

MSJE CUARENTA Y CUATRO PUNTO COMIENZO
PUNTO REGRESO DE OPERACIÓN CAYO SAL PUNTO
PUNTO UTILIZADO POR NAZARIO PARA PROPAGAN-
DA PUNTO DIJO A PERIODISTAS QUE MIENTRAS
ALPHA TENGA A CAPITANES VALIENTES COMO
YO CMA NO SE DOBLEGARÁ ANTE LA LEY DE
NEUTRALIDAD NI ANTE PUNTO DOS TRATADO
CUBA USA PUNTO AHORA VIVO DE LA FAMA DE
VICTORIOSO CAPITÁN DE ALPHA CMA Y ME PRE-
SENTARON EN ACTO PÚBLICO PUNTO NAZARIO
CMA DESDE LUEGO CMA PASÓ EL CEPILLO PUNTO
PUNTO OTRO SERVICIO A ALPHA ESTA SEMANA
CMA FUE RIDÍCULO RESCATE DE SILVIO MORA
PUNTO FUE NAVEGANDO A BIMINI Y NO SUPO
REGRESAR PUNTO ME LLAMÓ PARA QUE LO BUS-
CARA EN «MI SUEÑO» PUNTO CONMOCIÓN POR
RENUNCIA DE NIXON PUNTO FINAL.

TONY

El victorioso regreso de Cayo Sal colocó al Chino en una posición ventajosa dentro de la timorata dotación naval de Alpha 66. El enfrentamiento a las cobardías históricas del Gallego Cala, la decisión de permanecer cinco días en la búsqueda del objetivo, la espectacular huida ante la presencia de una lancha torpedera en zafarrancho de combate, eran el comentario cotidiano entre los lancharos del círculo íntimo de Alpha. Roberto del Castillo ayudó mucho con su apoyo incondicional, a la actitud asumida a bordo por el novato capitán. Otros detalles fueron sumándose a la leyenda y, al final, quedó conformada una historia digna de enarbolarse como ejemplo. Ellos mismos creyeron sus mentiras cuando en un acto en Bayfront Park, cerca de la antorcha que perpetúa el recuerdo de un magnifico, afirmaron: «La guerra a Cuba, no a los arenales de los Everglades. La guerra, combatiendo contra las torpederas comunistas, atacándolos en sus puertos, enfrentándonos con el enemigo cara a cara, no desde las tribunas para alardear o contar combates imaginarios.»

No faltaron las alusiones al Plan Torriente, a la gran estafa, a los farsantes que no podían igualarse en honestidad y decisión a los valientes comandos de Alpha.

Tampoco faltó la colecta, llevada a cabo personalmente por Hugo Gascón y Andrés Nazario.

Nazario tuvo una de sus ideas geniales al calor de la gloria del Chino. Le pidió que lo acompañara al local de Alpha, donde le propondría algo muy importante. También citó a Hugo Gascón, por lo tanto algo financiero andaba también mezclado en el affaire. Ellos tres y nadie más. Tony se había quejado a causa de la pési-

ma actitud de Cala y creyó que ése era el motivo de la reunión. Pero le extrañaba que no hubieran citado a Roberto del Castillo, y al propio criticado.

—¿No te imaginas para qué te hemos citado así de esa manera tan misteriosa?

—Será por lo que dije de Cala...

—No es eso, pero ya que lo mencionas, aprovecho para darte mi propia opinión sobre el asunto. Tienes toda la razón cuando dices que estamos confiando en que tenemos tantos combatientes, sin haberlos pasado antes por una prueba de fuego. Es una realidad y no sabemos a qué atenernos, porque Alpha tiene que sustentarse en sus acciones bélicas, en su capacidad para competir y subsistir como organización del exilio, y también para mantener su solvencia económica. Todo esto garantiza que existamos, que seamos reconocidos en nuestra beligerancia, y que se cuente con nosotros para mañana, cuando se desate cualquier contingencia en Cuba. Pero te llamábamos para comunicarte que de ahora en adelante tú serás uno de los pilares de Alpha. No serás uno más como hasta ahora, porque has demostrado tu estirpe... hay algo que Hugo Gascón y yo hemos estado ideando y sobre lo cual mantendremos estricta reserva. Se trata de una fórmula para activar y revivir nuestro espíritu de lucha... tú podrás ayudarnos en esto.

—Yo siempre estoy en la mejor disposición, Nazario.

—De eso estamos seguros, no estás aquí por gusto. ¿Verdad, Hugo?

Como respuesta, una sonrisa del financiero.

—Todavía no nos hemos puesto de acuerdo en algunos detalles, pero en lo fundamental ya podemos hablar en común. Para que puedas entendernos mejor, es necesario empezar por el final. Por los resultados. Por aquello de que el fin justifica los medios. Y el resultado que

imaginamos es: un centenar de jóvenes sumados a nuestro ejército, ¡un centenar por lo menos! y en el orden económico un aporte de doscientos cincuenta mil a medio millón de dólares. Supongamos que invirtamos esa suma en fusiles modernos, por decir algo. ¿Cuántos fusiles compramos? De dos mil quinientos a cinco mil fusiles, de acuerdo al modelo que se escoja entre los más modernos... los que no tenía el Ejército Rebelde el 31 de diciembre de 1959.

—Y todos esos cálculos son conservadores —aclaró Hugo Gascón—. La realidad puede superarlos fácilmente.

—Es mejor trabajar con pronósticos conservadores, a pesar de que todo lo vamos a hacer en secreto... un secreto entre cuatro.

Tony se puso en guardia mentalmente. Ya sabía que le iban a plantear un asunto relevante, con probabilidad un negocio sucio, o quizás pretendieran hacer de él un nuevo mártir. Porque todo podía esperarse del ambicioso dúo.

—El caso es que tenemos que engañar también a la CIA.

Eso no lo esperaba Tony. Se enderezó, levantó las cejas con un gesto de asombro y terminó sonriendo para afuera. Así que Nazario, paradigma del imperio yanqui, se mostraba aparentemente refractario, ¿Qué pasaba?

—No te asombres. Lo que nos proponemos es hacer creer a la CIA, a los Estados Unidos, al exilio y a todo el mundo, que nuestra llama de guerra no se ha extinguido en Cuba. Para eso iríamos a un lugar del Caribe... —se volvió hacia Gascón—. ¿No vamos a dejar nada oculto, eh?... Iríamos, por ejemplo, a Santo Domingo, a un lugar llamado Punta Presidente. Ya tenemos la

conexión con un oficial de alto rango dentro del Ejército de Santo Domingo. La primera etapa sería convocar a todos los miembros de Alpha sin decirles de qué se trata en el fondo. Esos voluntarios irían creídos de que una vez entrenados, desembarcarían en Cuba. Ya sabríamos a qué atenernos con ese primer grupo... la vanguardia. Los mejores. Gente con la que se pueda contar. Ya por ahí vamos ganando.

—¿Y si la vanguardia son cuatro gatos? —preguntó el Chino.

—Entonces vienen los demás. Se les plantea la verdad bajo juramento de honor. ¿Te imaginas el regreso de las montañas de Oriente? Barbudos, vestidos de verde olivo...

—Resulta infantil pensar que vamos a engañar a la CIA. En esa segunda etapa...

—¡Claro, hombre! Pero la engañamos al principio, y la comprometemos en el asunto, Chino. Es más —siempre contando con un gesto de aprobación de Hugo—, vamos a decírtelo todo: ya los hemos comprometido. ¿Conoces a Luis? ¡Lo conoces! ¡Bien! No le hemos hablado claro, sino con la versión de un ataque a Cuba, y, ya consiguió los fusiles... AR-15, AR-18 y subametralladoras ligeras... Guayo irá con nosotros para filmar escenas *in situ*. Utilizaríamos pelucas y melenas para desinformar respecto al tiempo que llevaríamos allí y para poder sacar provecho de inmediato. Ya tenemos los uniformes verde olivo. Y es posible que le saquemos mucho más a la CIA antes de nuestro esperado día D.

—Usted no calca a Torriente, ¿verdad?

—Me satisface tu sinceridad. No, no lo estoy calcando. Torriente sólo perseguía un fin económico, lo demostró al final. Para nosotros esto será un nuevo sacrificio,

nuevos desvelos y mucho trabajo para ganarnos un espacio vital en la Cuba de mañana.

Hugo Gascón tenía algo en contra. No se lo había dicho antes al jefe, por respeto, pero la pregunta del Chino sobre Torriente lo alentó:

—Yo creo que usted no debe ir con nosotros.

Nazario lo miró sorprendido, boquiabierto.

—¿Por qué?

—A su edad... «Nadie se lo va a creer —pensó— y todo va a descubrirse por su culpa.»

—¿Qué pasa con mi edad?

—Este... no deja de ser una aventura fatigosa... Además, no faltará quien dude...

No fue necesario que Hugo Gascón rebuscara más argumentos ni diera más rodeos. Andrés Nazario no estaba engañado en ese aspecto. Bajó la cabeza. Recordó a Bello, jefe de su pomposa «Inteligencia», quien le había hecho llegar numerosas transcripciones de criterios que la técnica electrónica captara secretamente a sus «fieles» seguidores. Recordó que, sin embargo, ni Hugo ni Santos habían traicionado esa particular fidelidad. Por su mente desfilaron algunos pasajes de esas transcripciones:

«—Es un verdadero trasto, ¿por qué no lo mandamos junto a los Viejos Útiles?

»—O al frente del batallón "Antonio Maceo".

»—Ese viejo camaján lo menos que parece es un hombre de acción.

»—Es una caricatura de manengue.

»—Sirve para cómico de la televisión.

»—¿Te lo imaginas subiendo una loma con mochila y todo?»

Muchas veces había soñado con un regreso, aunque fuera de mentiritas. Se veía vestido de uniforme de campaña, con su barba canosa y su mano levantada en un

saludo hacia las multitudes que enarbolaban retratos suyos y banderas de Alpha. Pero comprendía la gran verdad que Hugo Gascón le señalaba. Accedió a quedarse junto a él para ayudarlo a contar lo recaudado. Eso también había estado en sus sueños, bañarse en dinero como Rico Mc Pato. Y para posar ante los fotográficos de prensa, como había hecho hasta ahora.

—Sí... me quedo.

Durante dos horas no hicieron más que hablar acerca de los proyectos de Santo Domingo. Habían calculado hasta la última cantimplora. Al final, le plantearon su participación al Chino:

—Irás al frente de todos los recursos navales de la empresa. ¿Qué dices a eso?

—Yo soy disciplinado. Haré lo que ustedes convengan. Pero recuerden que prefiero el peligro real. Cuando tengan pensado algo serio, también cuenten conmigo.

—Eso está de más, hombre —un abrazo de Nazario—. Las conversaciones contigo siempre terminan bien.

Esa noche aumentaron los dueños del gran secreto:
MSJE CUARENTA Y NUEVE PUNTO COMIENZO
PUNTO NAZARIO ME PROPONE GUERRA DE MENTIRITAS EN PUNTA PRESIDENTE CMA SANTO DOMINGO PUNTO MILITAR ALTO RANGO EN ESA CMA COMPLICADO PUNTO USARÁN UNIFORMES VERDE OLIVO Y ARMAMENTO MODERNO USA PUNTO PROPONGO CONVENCERLOS ESTADIA PREVIA EN UN LUGAR COMO ISLA ANDROS O ANGUILA CMA Y ALLÍ OPERAR CONTRA TODOS ELLOS CMA INCLUYENDO A ANDRÉS NAZARIO PUNTO FINAL.

TONY

La Operación Anguila 74 tuvo una existencia efímera. El Centro de Cuba autorizó a Tony para que provocara la concentración en esa Isla, del primer grupo que iría convocado a una participación real. Nazario estaría despidiéndolos. En Anguila se concentrarían los elementos más peligrosos de la banda. Una vez logrado esto se decidiría sobre el próximo paso, que incluía la variante de traerlos a Cuba para que testificaran ante el mundo la abierta complicidad del Gobierno de los Estados Unidos con la cruzada bélica contra el primer país socialista de América.

Pero después de que casi todo estaba listo para el salto de Anguila a la Isla y de que Tony se las había arreglado para comprometer en la aventura a los más significativos personajes del terrorismo, incluyendo a algunos elementos que no pertenecían a Alpha, sucedió lo inesperado. Un ejecutivo de segundo orden dentro de la organización descubrió que el encargado de las finanzas, Hugo Gascón, había desviado fondos del operativo para sostener un negocio ilícito de juego, una versión de la famosa «bolita» de la Cuba de otros tiempos. Se desató un gran escándalo, que hizo volver atrás a Nazario, quien temía peores consecuencias. Para mantener su status frente a Tony, lo llamó y le dijo:

—Todo salió mal. Reconozco que estaba equivocado. Que es mejor, como dijiste aquella vez que te llamamos, el peligro real.

—Con la verdad, a veces se llegará tarde, pero se llega siempre.

—De todos modos te agradezco que me hayas seguido aun en contra de tu manera de pensar. Gracias, te repito, por tu disciplina y lealtad.

POSTAL PARA LAUDELINA:

Kodakrome:

Lago Okeechobee. Indios legítimos que capitanean modernos aerobotes y que ofertan comercialmente una visita a sus aldeas.

Texto: «Felicidades. No te mando una vista marina, porque hace tiempo que no las veo y hoy hubo demasiado mal tiempo para salir a comprarlas. Saludos, J. Santos.»

XIV. Los siete de Inagua

La Habana. Vía Monumental. Bajo el aguacero aplomado, avanza un Toyota amarillo con los faroles encendidos. Su chofer hace esfuerzos para mantener la velocidad, pero el limpiaparabrisas, trabajando a medias debido a una rotura, no logra hacer visible por completo el camino y tiene que moderar la marcha. Este pequeño contratiempo podía convertirse en algo más inquietante para quien, como Marcelo, debía aprovechar cada minuto en sus sesenta segundos. Ahora mismo tenía prisa por llegar a su oficina, donde lo esperaba una larga jornada entre papeles, mapas, claves, grabaciones y fotografías. No se resigna a la lentitud, a la baja velocidad y murmura algo que puede ser «¡maldita lluvia!» o «¡tenía que ser!» En el asiento, a su derecha, lleva a un testigo pasivo de su lucha contra el tiempo. Es Pablo, que no tiene ningún interés especial por llegar a una hora determinada, pues su único asunto pendiente es pensar y pensar, y eso se puede hacer lo mismo aquí que allá. Antes de cuatro horas tendrá que tomar una decisión respecto a la forma en que deberán estabilizarse las comunicaciones con un agente recién introducido al campo enemigo. También revisa en la mente cómo anda el «tablero» donde Tony mueve sus fichas contra Alpha.

—¿Cómo anda tu kárate?

—Lento, jefe... muy lento. Interminables y cansanas calistenias preparatorias, observando durante mucho tiempo cómo otros utilizan las «armas principales» que son los pies, las manos... ensayar mil veces las formas de pararse... pero todavía no me he empataado con el primer kumite.

—Eso es así —golpeó con ambas manos el timón—, la vida hay que afrontarla con paciencia.

—Ya veo.

—¿Y qué me dices de Tony?

—¿Ya llegó el informe sobre el «comité de recepción» que le preparamos?

—Sí. Hagan bien las cosas. Vamos a ver cómo sale esto. Ojalá que no nos quedemos con las ganas como pasó con Anguila.

—No. Se han dado pasos concretos.

—¿Traes el último informe?

—Sí.

—Léemelo... sólo la parte de lo que preparan. Los datos que da de la lancha, los objetivos, la gente que viene.

—Sobre la lancha, ya está lista. De veintiocho pies, casco marca Omega, azul por abajo y blanco por arriba. Los cristales oscuros con marcos negros. Por supuesto, el camuflaje. Se llama «Hope». Traducido creo que significa «esperanza».

—Creo que sí... ¿Esperanza no es la mujer de Silvio?

—Sí, pero el barco no es de Silvio. La licencia comercial corresponde a José Amparo Ortega... folio FS/ 9104 SF, motor Perkins de ciento sesenta caballos, con capacidad para doseientos galones.

—No es una lancha cualquiera. Fíjate que la han puesto a nombre del enlace de la CIA... ¿Y qué gente viene?

—Son siete: Hugo Gascón el financiero, Castillo, el Gallego Cala, Bello, Tony y los dos que vienen a «quedarse», que son Luis Lobaina y Aristides Márquez.

—¿Qué misión traen?

—Lobaina y Márquez vienen con uniformes verde olivo, documentación cubana y una muda de ropa campesina con sombrero de guano cada uno... los dejarán sobre una balsa para que recalen en un punto de la costa oriental... aquí están las coordenadas... y el objetivo, lo que se llama «una misión imposible», un atentado contra Fidel.

—Por más que pienso no hego a entender qué hay dentro de la cabeza de Nazario. Tal parece que conscientemente manda a la gente a la muerte. Yo estoy casi convencido de que su principal objetivo es que las operaciones le reporten propaganda y, sobre todo, fondos.

—Esa es la parte de los jefes... ¿Y por qué obedecen y vienen ellos?

—Porque no han aprendido a pensar como tú.

—Vienen sin la menor perspectiva. Se me ocurre preguntarle a Tony que hable con ellos sobre las motivaciones, a ver si algún día comprendo.

—Hazlo. Seguro que el resultado será interesante. Quizás sea el gran engaño... quizás se vean arrastrados en un inadvertido proceso de autodestrucción.

—Bueno, eso es todo lo que tengo... ¡Ah! La lancha lleva el motor silencioso.

—Coloquen a dos hombres nuestros en el faro de Maisí desde ahora. Preparen las cosas para una emergencia. ¿Ya coordinaron con el Ejército y la Marina?

—Todo está coordinado. Faltan detalles de precisión.

—Que para nuestro trabajo son vitales, ¿no?

—No se preocupe, jefe, todo marcha bien.

—Todo marcha bien menos el tiempo... el tiempo que está haciendo y el poco tiempo que tenemos.

—Ellos todavía tienen que esperar que el Rojo les ponga la «luz verde».

—Sí, pero eso no ocupará tiempo. Puede ser de ahora para ahorita. Una llamada y «oye, dale ya», y cuando logremos nuestra confirmación ya Tony estará sobre el mar rumbo a Cuba.

El túnel. Por unos segundos, de manera artificial, cesa la lluvia.

—Me gustaría participar, jefe. ¿Vamos a ir todos?

—Alguien tiene que quedarse... ¿Qué manera de Hoyer! ¡Ah! Me olvidaba... tírale rápido a Tony y dile que haga todo lo posible porque su papel en la operación se limite a soltarlos en la balsa. Que argumente sobre la efectividad de los radares y eso, que les meta miedo como la otra vez. Y que si hay un cambio de fecha o de hora que nos informe tan pronto pueda, y que guarde las normas mínimas de seguridad...

Quinta Avenida. La lluvia comienza a disminuir.

—Escampa.

—Es porque llegamos a casa.

—Oye, mañana no hay kárate. Ven a verme bien temprano. A las seis tenemos que estar en camino.

La «luz verde» del Rojo se encendió por fin. Llamó con exagerado misterio a su incondicional de Alpha 66 y le comunicó su aprobación:

—Okey, José Amparo. Dile a Nazario que suelte las amarras y recuerda que te necesito aquí. No vayas a lanzarte con ellos.

—Santos me ha hablado para un viaje.

—Vamos a ver más adelante, ahora no.

José Amparo Ortega llevó aprisa el recado, y la salida se produjo cuatro horas más tarde. Zarparon de Delray Beach, una playa del Atlántico, al norte de Fort Lauderdale. La lancha la tenían dispuesta desde horas antes, escondida en un rincón del canal intercostal a la altura de la Atlantic Avenue.

Tony puso rumbo sur, bordeando el «colmillo» peninsular. El tiempo era inmejorable. No podía ser mejor para navegar sin tropiezos, como en un picnic marino, pero sin embargo él no estaba conforme, porque a pesar de todas las precauciones, algo andaba mal dentro de los motores y «Hope» avanzaba pesadamente, sin acordarse de sus ciento sesenta caballos de fuerza. Sus temores recibieron una comprobación preocupante al amanecer. Cuando debían estar arribando a la primera escala en Dog Sock, y sólo veían mar por delante. Aquel cayo del Banco de Sal apareció mucho más tarde, al mediodía. Lobaina estaba nervioso, bastante inquieto. Fue el primero en preguntar:

—¿Qué pasa con esto?

Tony no tenía ninguna explicación para él mismo. Revisaba los antecedentes sin encontrar justificación al problema. Habían zarpado bien, con el tiempo a favor y mantuvieron en todo momento el rumbo correcto, la velocidad adecuada, pero algo no se había comportado normalmente, y ese algo estaba allí dentro del ruido cansino del motor. Miró de reojo a Roberto. Recordó que en más de una ocasión lo había sorprendido «probando los motores» sin necesidad. ¿Por qué lo hacía? ¿Acaso necesitaba la certeza de que «Hope» se mantenía listo para zarpar en cualquier instante? ¿Necesitaba una salida inesperada? ¿Y si le había provocado alguna rotura

voluntaria o no? No había que pensar tan a la ligera. Roberto no se veía muy preocupado. No era lógico provocar una rotura y subir después a bordo.

—El mar es el mar —explicó Roberto—. Nunca queda bien con uno.

«Por qué tratará de echarle las culpas al mar. ¿Será una coartada? Te equivocas, Roberto del Castillo. Aquí hay algo raro. Y quizás tú seas quien mejor lo sepas. Un acelerón en frío habría bastado para que se fueran los aros. Cuando ibas y probabas por gusto. ¿Qué pasa? ¿Habrá un "traidor" a bordo? ¿Un pirata que defiende a otra bandera? ¿A qué bandera? ¿Quién eres en realidad? ¿Tendrá que ver esta rotura en alta mar con aquellas lamentaciones tuyas, cuando me dijiste que éramos dignos de mejores causas? ¿Qué me pasa que voy pensando tan aprisa? ¿Por qué estoy haciendo una historia de este incidente?»

La navegación siguió lenta. Más allá de cayo Sal, Tony decidió quedarse al paio.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Roberto.

—Que esto está malo... todo el tiempo hemos venido navegando a una velocidad muy por debajo de la que creíamos.

Lobaina soltó lo que estaba haciendo y vino a enterarse.

—¿Cómo que esto está malo?

—Sí, malo. Llevamos ya más de seis horas de atraso. Cada hora será mayor el atraso. Se gasta el tiempo y también se gasta el combustible, y todavía estamos en las cercanías de Queens... ya podemos considerar que el petróleo que queda no alcanzará para llevarlos a ustedes y regresar nosotros... y yo no regreso si no cumplo la misión.

—¿Qué haremos entonces?

—Algo tenemos que hacer.

Lobaina propuso un término medio:

—Con el petróleo que nos queda, vamos a alguna parte para reabastecernos. De paso miramos los motores, y según veamos la cosa, decidimos lo que hay que hacer.

Eso era precisamente lo que necesitaba Tony, y dijo:

—Yo sé de un buen lugar: Gran Inagua. Pero hay dos opciones: tirarlos a ustedes primero y regresar limpios, sin armas ni bultos por Inagua, o arriesgarnos a ir primero allí con todas estas cosas... yo estoy por dejarlos a ustedes primero.

—Lo que tú digas.

Dicho y hecho. Tony reinició la marcha, pero los motores se comportaron peor aún. Apenas avanzaban. Se esfumaba la posibilidad de actuar en las sombras y, descartando las rápidas patrulleras, la más lenta embarcación de los cubanos se convertía en un peligro potencial. Entonces se impuso la variante de acercarse primero a Inagua. De los males, el menor. Pusieron proa a la isleta, y al anochecer quedaron bamboleándose dentro de sus aguas jurisdiccionales. Los despertó el abordaje de una lancha que traía a bordo a las autoridades. Los despertó a medias, porque Roberto del Castillo y Tony habían estado al tanto de los solitarios alrededores, como se dice, durmiendo con un ojo abierto.

—¡Eh! ¿Qué les pasa? —preguntó el que resultó ser jefe de la policía.

—Nada, nada... todo okay.

—¿De dónde vienen?

Tony hizo como que terminaba de despertarse, mientras preparaba su coartada:

—Somos portorriqueños... ahora vamos a casa. No seguimos porque nos falta algún petróleo y tenemos un pequeño problema en las máquinas; pero estamos espe-

rando a otra lancha de compañeros nuestros que llevan el mismo rumbo y deberán pasar pronto por aquí... para irnos juntos.

—Si es un asunto de petróleo, nosotros podemos resolverlo —no se notaba un átomo de hostilidad en el ofrecimiento, por el contrario, el sano deseo de ayudar—, y en cuanto a los motores, es posible que también podamos hallar un buen mecánico. ¡Síguenme!

Y sin esperar una respuesta, el jefe de policía ordenó hacer un giro y puso proa hacia una pequeña enseada que terminaba en un viejo muelle semiderruido. Una vez allí, y cuando las bitas del «Hope» estaban bien aseguradas, cambió por completo la postura del policía y en un tono autoritario preguntó:

—¿Quién es el capitán?

—Yo.

Tony comprendió que ya era demasiado tarde para darse cuenta de que los habían conducido ingenuamente a una trampa propia para principiantes. Ahora de nada valían las lamentaciones, y «si me hubiera imaginado». Ahora no quedaba otra cosa que maniobrar en forma inteligente para tratar de aliviar la gravedad de la situación. Lo primero era darse cuenta de ésta, a fin de actuar de la manera más provechosa. De nada valía hablar de pesca o de cualquier otra actividad, cuando allí debajo estaban las armas y los uniformes para desmentirlos.

—¿Tienen los papeles?

—Aquí están.

El jefe de la policía revisó con cuidado todos los documentos, tratando de encontrar algún dato desfavorable para ellos. Pero los papeles estaban bien hechos, por expertos falsificadores de la CIA. Los devolvió y anunció otra medida:

—Vamos a registrar.

El Gallego Cala, que ya se había dado cuenta de la situación y permanecía expectante, recostado a la cabina, al escuchar lo del registro se dobló atenazado por un fuerte dolor de estómago. Roberto hizo un gesto como diciendo, «ahí tienes al valiente marino», y Tony sonrió moviendo los ojos como diciendo también «¿qué le vamos a hacer?» Pensó que no tenía por qué despilfarrar el optimismo y se sumó al temor de todos. Ninguno había pasado antes por una experiencia parecida. Sólo conocían anécdotas contadas sobre la Policía de Bahamas, famosa entre los pescadores clandestinos por sus crueldades y maltratos. Por lo menos eso contaban. Ahora ellos mismos sabrían la verdad. De vez en cuando se escuchaba en el interior de «Hope» el asombro de los gendarmes, que buscaban por todos los rincones. Era que a cada paso descubrían algún nuevo indicio: unas cananas, un moderno fusil AR-18 engrasado y en su funda, cajas de balas, pistolas, silenciadores, propaganda de Alpha 66, mochilas, dinero cubano, mapas del área. Mientras esperaba por el resultado del registro, perfectamente previsible, Tony se dedicó a mortificar al Gallego Cala, quien seguía sufriendo de los inoportunos cólicos:

—Esta gente es implacable. Yo no sé por qué, pero si cogen a un cubano de Castro pescando aquí, se hacen de la vista gorda y lo dejan escapar, pero si agarran a uno de nosotros, la cosa cambia. Yo conozco a un infeliz de la «sauesera» que cayó en las manos de una patrulla y lo molieron a palos. Lo dejaron como bobo... no ha servido para nada más... A otro que venía con él le partieron todas las costillas... Ahora dime tú cómo será la cosa con el propio jefe de la policía, con lo que están encontrando allá adentro...

El mal de estómago del Gallego se agravó hasta el extremo de que hubo necesidad de alcanzarle otro pantalón.

—¡Mi madrecita —decía—, cómo nos han cogido!

Terminó el registro. Los gendarmes amontonaron sobre el muelle los pertrechos ocupados y después, junto al jefe, hicieron un cerco. La postura agresiva. La mirada severa. El jefe le hizo una seña a Tony para que se acercara. «Van a comenzar con el capitán», se dijo y fue hacia ellos listo para probar cuánto había llegado a aprender en defensa personal.

—Ustedes me engañaron... me dijeron que eran portorriqueños, pero sus papeles dicen otra cosa. Dijeron que iban a casa, pero llevan algunos raros souvenirs que requieren mayor explicación. Al principio creí que nos estaban robando el pescado, pero no encontramos langostas, sino dinero cubano, uniformes, armas, papeles. ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Y los uniformes verdes? ¿Están de moda en Puerto Rico? ¿Tienen alguna explicación?

—Tengo explicación para todo —dijo en tono suave Tony—. En primer lugar, tenemos instrucciones del Gobierno de los Estados Unidos, y concretamente de su Agencia Central de Inteligencia, de comunicar a las autoridades de Bahamas que hagan saber de inmediato al centro de la Agencia de nuestra llegada aquí. Todas esas cosas raras que ustedes hallaron dentro de mi barco, son propiedad oficial de la Agencia, y no tengo autorización para dar cuenta de ellas ni del motivo por el cual las traemos a bordo. Ahora le pido que llame enseguida por la radio y comunique el arribo de un team de la CIA que tuvo problemas cuando iba a cumplir una misión en Cuba.

—¿Usted está loco? ¿Sabe lo que me pide?

Ya el tono del jefe de policía había cambiado estu-
siblemente.

—Son las instrucciones que tengo.

—Mire, si yo hablo por radio y digo que tengo rete-
nidos a siete agentes de la CIA que se dirigían a Cuba
para operar contra Castro, se nos meten aquí, en cues-
tión de segundos, lanchas, aviones y helicópteros de
Cuba... Son capaces de barrernos en cuestión de mi-
nutos.

—Tiene miedo de Castro, ¿verdad?

—¿No sabe lo poderoso que es?

—Bueno... ¿qué va a hacer entonces?

—Proceder dentro de nuestros recursos legales.

—¡Ah, bien! Allá usted... ¡Ah!, se me olvidaba decir-
le que estamos autorizados a disponer del dinero para
salir de esta clase de aprietos.

—Sí, ya me daba cuenta de que lo había olvidado.
No me ofende. Yo conozco a los americanos. A la CIA.
Pero se ve que es usted un novato. Nosotros hemos in-
ventado un procedimiento mejor para tratar con ellos.
Es un método más decente, legal y deja más ganancias:
lo incautamos todo, y después emprendemos las negocia-
ciones respecto a los detenidos. Resulta más ventajoso,
¿no le parece? Ustedes tendrán que permanecer algunos
días en nuestra cárcel. Trataremos de que lo pasen lo
mejor que puedan. Eso es todo. —El policía con cara de
Boston Terrier dio la espalda y liquidó las aclaraciones.

Mientras lo seguían, escoltados por los guardias, Ro-
berto del Castillo trató de burlarse de la gestión media-
dora de Tony:

—¿De qué te sirvió la parcerata? De todos modos
vamos presos.

—No es lo mismo. Por lo menos la CIA nos libró de
los palos.

A este episodio desagradable siguió un atropellado viaje a Nassau, un juicio relámpago, la anunciada confiscación y el ingreso en la cárcel hasta tanto fuera liquidada la multa impuesta. A Tony le pareció excesiva, pero se imaginó que la habían aplicado pensando en un pagador de solvencia como la CIA. Paralelamente a esto, se les permitió la comunicación con el exterior, que era decir con Nazario y, por tanto, con la CIA. El primero, pronto y presto, ideó abrir de inmediato una gran colecta para pagar la multa. Lanzó a la publicidad un «parte de guerra» rotulado «urgent» en el que anunciaba la detención de los comandos y la necesidad de reunir «multas de quinientos dólares por cada uno, los pasajes, más mil en depósito», lo que «aproxima la operación económica en cerca de cinco mil dólares». Nazario pedía una «gran prueba de coraje» para sacarlos de las «bárbaras prisiones de Nassau», en realidad, un caserón de maderas viejas.

Nazario se comunicó de inmediato con la CIA, y ellos movieron las conexiones oficiales que desembocaron en la visita del Cónsul de los Estados Unidos a la cárcel de Bahamas.

—No hay problemas —les dijo allí a los prisioneros—. Ya todo está arreglado, pero es necesario que ustedes se mantengan en esta posición: ustedes estaban pescando, y fueron sorprendidos en aguas internacionales, fueron traídos a Inagua mediante engaño... de lo demás nos encargamos nosotros. Nada de periodistas, nada de cartas, ¿entendido?

Los días en la cárcel fueron largos y aburridos. Se perdía la noción del tiempo, se confundían los días y las noches. Hubo dos oasis dentro de ese total abandono: una tarde en que sorpresivamente algún centinela sintio-

nizó en un transistor la pelota cubana, y un caritativo paseo a la iglesia, programado por las autoridades para que las almas no quedaran a la deriva. La pelota cubana en las ondas bahamenses fue una verdadera sorpresa. La voz del narrador anunciaba a Marquetti al bate, y al Chino le parecía increíble aquella ilusión sonora. El batazo hacia lo profundo del campo desató un griterio del público, que provocó un eco nostálgico en sus oídos. La misa dirigida tampoco estuvo del todo identificada con el aburrimiento. Ellos esperaban un órgano solemne y una perorata en latín recitada por un cura calvo y rollizo; pero en su lugar había guitarras eléctricas, música moderna y alusiones sagradas, salidas de labios sensuales, de bonitas muchachas en minifaldas.

Castillo tenía delirio por las fugas carcelarias. Llevaba una cuerda de guitarra enrollada en los bajos del pantalón. Con ella estaba seguro de poder quebrar un barrote en quince segundos. Ya lo había hecho antes en otra cárcel.

—¿Para qué gastarte ese trabajo? —le dijo burlón el Chino—. Si quieres irte, no más tienes que golpear las paredes.

«No nos fugábamos —contó después en Miami refutando la leyenda creada por Nazario sobre las bárbaras prisiones de Nassau—, porque afuera había demasiados mosquitos.»

Así fue de tragicómica la aventura en Bahamas, la «odisea patriótica» de los comandos de Alpha, que tanto dinero arrancaron de los bolsillos del exilio.

El Gallego Cala fue el más afectado. Fatalista y calamitoso, repetía constantemente:

—Yo nunca había pasado por eso. Y lo peor de todo era que allí estábamos tan cerca de Cuba. Expuestos a que los comunistas decidieran ir a buscarnos.

El asustado pirata, «sad and blue» como el gato de la canción, añoraba su paz nocturna del Centro Español, o mejor aún, sus días gloriosos de cuando traficaba compañías nocturnas femeninas desde el mostrador de un bar que se hallaba frente al Jai Alai.

Y el financiero Hugo Gascón, mortificado en sus cálculos, a sabiendas de que esta vez Nazario iba a tener en sus manos los saldos de las colectas, iba a disponer de ellos, mientras que él, por burla del destino, iba a estar del lado de la carnada. Una noche soñó con el viejo, lo vio clarito como contaba los dólares mientras se ensayaba el pulgar de vez en cuando cual si fuera un viejo banquero de Wall Street. Y lo peor era que aquella pesadilla debía parecerse demasiado a la realidad. Porque Nazario pedía y pedía, mandaba papeletas a todo el mundo y recorría la ciudad, enarbolando la causa de los detenidos en Inagua, y nunca llegaba a completar la cifra de los cinco mil. El dinero caía en sus bolsillos como en un saco sin fondo. Cansadas de esperar por el viejo cabecilla de Alpha, las esposas de dos piratas emprendieron su propio esfuerzo económico para lograr el rescate. Ellas estaban seguras de que por esa vía sus maridos alcanzarían más rápido la libertad.

—¡Ese viejo bandido! —chilló una por teléfono—. Ya ha cubierto tres veces la cantidad necesaria, pero él sigue pidiendo. No quiere desaprovechar la oportunidad que le dan ustedes ahí, tras las rejas. Ese viejo sinvergüenza tratará de sacarles todo lo posible y más nunca les conseguirá la libertad. ¿Es que ustedes no lo conocen todavía? Despreocúpense. Nosotras mismas vamos a reunir el dinero de las multas y los pasajes y vamos a viajar allá con el dinero.

Pero las gestiones de la Agencia también venían caminando y, consecuentemente, el Cónsul de los Esta-

dos Unidos liquidó la multa. Hizo una última visita a la cárcel para darles las instrucciones del regreso:

—Ustedes entrarán de nuevo al territorio de los Estados Unidos, pero no como rescatados de esta peculiar situación, sino como recién llegados. Van a pasar nuevamente los trámites legales de entrada a nuestro país...

—¿Otra vez papeles y las demás cosas?

—No otra vez... Váyanse metiendo esta idea en la cabeza: por primera vez.

Lo primero fue buscarles ropas adecuadas. Los uniformes verde olivo y las botas altas salidas del Army Navy no se prestaban mucho a la farsa que montarían sobre los pescadores rescatados en alta mar, que rogaron el exilio. Por tanto, buscaron aprisa unos blue jeans baratos, les arrancaron las marcas y los acompañaron de unos pulóveres todavía más baratos y unos mocasines, todo comprado en el propio Nassau.

Llegó la hora de la partida:

—Ahora pórtense discretamente y evadan el trato con el público.

El grupo fue conducido bajo custodia disimulada, al aeropuerto de Nassau. Los confinaron a una sala de espera. Los «nativos» observaban con bastante curiosidad todo aquello. Intuían que se trataba de un manejo turbio, pero se abstendían de hacer preguntas. Al poco rato llegó el Cónsul y negoció con las autoridades del aeropuerto una salida, lo más urgente posible.

—Resulta necesario, señor, que salgan de aquí cuanto antes. Para evitarnos complicaciones... ustedes y nosotros... un avión de cualquier compañía que haga escala aquí para seguir hacia otra ciudad nuestra.

—Nuestra primera salida corresponde a un vuelo hacia Kingston, señor. ¿Le conviene?

—¡Jmmm! ¿Kingston?

—Como usted dijo un avión de cualquier compañía, pues...

—¿Y después de éste?

—Después hay un vuelo especial que viene de Managua, Nicaragua.

—¿Ése! De la Nica, ¿no?

—Sí. De la Nica. Es un Convair 800... el piloto, el copiloto y el ingeniero de vuelo son norteamericanos.

—¡Okey!

La torre habló con el piloto del Convair en pleno vuelo y le consultó la solicitud del Cónsul. Naturalmente, accedió a ella, y también estuvo de acuerdo en taxear en un lugar reservado para recibir a los inesperados clientes dentro de la mayor discreción. El Cónsul les dio las gracias a todos los funcionarios de Nassau, y se embarcó junto a los comandos en el avión de la Nica. No podía desaprovechar la oportunidad de dar una vuelta por casa con los gastos cubiertos por asuntos del servicio.

El corto vuelo hasta el aeropuerto internacional de Miami no estuvo exento de sobresaltos. Principalmente para los pasajeros habituales de esta ruta Managua-Miami, las rarezas comenzaron con aquel taxæo apartado y el arribo de los extraños viajeros «uniformados», con mezcilla y pulóveres. No les quitaban los ojos de encima, tratando de adivinar su identidad. Tampoco pasaron por alto las veces que desde la cabina algún miembro de la tripulación se asomó para echar un vistazo sobre los clientes de Nassau. En el ala izquierda, un ventrudo y rojizo pasajero contaba no sé qué historia de guerra vivida en Palermo, cuando servía en el Ejército, pero nadie le hacía caso. Ya tenían bastante legítima tensión, para añadir las de sus cuentos.

El tiempo pasó y el aterrizaje fue un alivio para todos. Pero allí no concluyeron las irregularidades. Cuando tenían a la vista la ciudad, los tripulantes del Convair recibieron instrucciones excepcionales. Actuando según éstas, taxearon, como en Nassau, en un lugar desacomodado y alejado del acceso público. Cuando los viajeros miraron a través de sus ventanillas no divisaron el ámbito habitual, cerca de la sala de espera, sino las paredes de un almacén y una carretera interna por donde se acercaba velozmente un Ford Galaxie. Dentro viajaban dos oficiales del FBI que actuarían con fachada de agentes aduanales. Hicieron un giro aparatoso y se apresuraron a abordar el Convair. Al entrar, enseñaron sus chapas prendidas en el chaleco y vocearon un contradictorio reclamo de ecuanimidad:

—¡Nadie se asuste! ¡Esto es un problema de Aduanas!

El que habló, un joven alto que usaba grandes gafas oscuras y un bigote durante mucho tiempo cuidado, tenía más apariencia de aeropirata que de funcionario de la Aduana. Una viejecita que había mostrado intranquilidad durante todo el viaje, sufrió un desmayo al escucharlo, y la azafata, una rubia versátil y llena de pecas, trató de volverla en sí, dándole a oler un perfume. Cuando logró que la anciana abriera los ojos y se reclinara en su asiento, la muchacha se dirigió a los demás con voz suave e impersonal:

—El viaje ha tenido un feliz arribo. No hay ningún problema a bordo, ningún motivo de temor. Manténganse en sus asientos hasta que se les avise.

Costó una constante paciencia mantenerlos en la calma. La irrupción violenta de los del FBI después de una travesía tan extraña, era suficiente motivo para la preocupación de los viajeros. Eran muchas las historias que circulaban de boca en boca con relación al tema de los

asaltos y los secuestros aéreos, cuya cantidad en todo el mundo hacía pensar en una epidemia.

—No quiero que me lleven a La Habana —rogaba la viejecita recién salida del desmayo—. ¿Qué es lo que sucede? ¿Por qué no nos dejan ir a casa de una vez?

—Los secuestros no me quitan el sueño. Con tal de llegar vivo, que me paseen por donde quieran —alardeó el de las historias de guerra en Falermo—. Yo vine de regreso de la muerte y sé que uno tiene su día marcado.

Para alivio de todos, bajaron los de Inagua. De uno en fondo fueron conducidos hasta el Ford y se apretujaron dentro del automóvil junto a los dos agentes. De allí fueron llevados hasta uno de los accesos al sótano del aeropuerto. Después caminaron a lo largo de un pasillo intransitado hasta un local donde esperaban Andrés Nazario, otros ejecutivos de Alpha 66 y funcionarios americanos. Lo primero fue el abrazo del jefe y las palabras de aliento retardado:

—¡Bienvenidos a casa! Les esperábamos ansiosos, con los brazos abiertos. Han dado una gran prueba de coraje.

—Lo segundo, la demagogia.

Se arregló el saco, levantó la diestra y se puso a improvisar un discurso. Concluyó con frases guardadas para tales circunstancias:

—...y así tenía que ser vuestro comportamiento. Como buenos combatientes de Alpha 66, la única organización que se ha mantenido en la primera línea, en las montañas de Cuba, allende el mar, hasta la hora luminosa de la victoria.

En realidad, en esos momentos los hombres de Alpha 66 en Cuba cubrían una sola línea: la de las literas tras las rejas en las galeras de las cárceles cubanas a donde fueron a parar después de cada uno de sus frustrados

intentos criminales. Si a eso se refería Nazario Sargent, de nada valía que fueran los únicos.

—Necesitamos de ustedes una total discreción —advirtió uno de los funcionarios americanos que se identificó entregando a cada recién llegado una tarjeta de presentación impresa en finísima cartulina de lujo:

Aram P. Goshgarian
Attorney at Law
Suite 11C
407 Lincoln Road Hall
Telephone JE-1-0659
Miami Beach
Fla.

John Butcher lo imitó. De un bolsillo interno de su traje sacó su tarjeta, que no era tan explícita ni tan delicada como la de su colega. Parcamente indicaba que pertenecía al U. S. Customs Service, del Departamento del Tesoro. El teléfono 350-5286 lo anotó mister Butcher utilizando una estilográfica cargada con tinta azul.

Nazario no tenía tarjetas que ofrecer. Sólo había bonos en sus bolsillos, pero la ocasión no se prestaba para las colectas.

—Goshgarian y Butcher lo han arreglado todo ya y ahora sólo falta que ustedes se sometan a los acostumbrados trámites de Inmigración —anunció Andrés Nazario—. Así que no me queda otra cosa que repetirles: ¡Bienvenidos a la democracia! ¡Bienvenidos nuevamente a casa!

«Cosas de la democracia —pensó Tony—. Otra vez me convierto en exiliado. La historia vuelve atrás y nuevamente me recogen en el mar. No importa si se repite el nombre. Debe de haber muchos José Santos en el

mundo. Además, todo es posible cuando se trata de esconder las suciedades del Tío Sam.»

Se repitieron las incomodidades que ya habían sufrido tiempo antes cuando después de la aventura con «Mi Sueño» les entregaron el primer *parolee*. Ahora la nueva tarjeta daba fe de que habían ingresado en el exilio el día 24 de octubre de 1974. Nadie podía decir, tratándose de justicia, que ese día habían arribado a la Florida como exiliados que regresaban de una incursión punitiva organizada por la CIA contra su país de nacimiento.

—Una última advertencia, señores —ahora Nazario había procurado montar una postura grave y teatral—, Nada de periodistas, nada de publicidad, ni siquiera contarle a su mejor amigo, o a su mujer o a sus parientes... Se lo he prometido a estos señores.

Los demás miembros de Alpha 66 comprendieron ese sutil final de las palabras del cabecilla. «Lo he prometido a estos señores», algo así como «por mí no lo hagan, es cosa de estos señores», porque tratándose de periodistas, o de publicidad, o de guardar silencio cuando se tiene una oportunidad tan propia para aspa ventar, las promesas de Andrés Nazario eran como el secreto guardado en un fardo defondado, y los secretos duraban lo mismo que el cielo efímero de un relámpago.

Cuando salían del aeropuerto rumbo al **Express Way** que le da acceso, Tony vio que sobre el fuselaje oscuro de un viejo B-26 abandonado alguien había escrito, utilizando la pintura blanca de un *sprey*, sólo dos palabras: «VIVA FIDEL.» Nazario lo miró de reojo y no hizo ningún comentario. Pero el chofer no se quedó callado:

—Miren eso allá abajo, parece que aquí no son todos los que están...

«Ni están todos los que son», completó en su pensamiento el Chino.

La única nota disonante dentro del buen humor y el entusiasmo despertado por el regreso de «los corajudos combatientes de Inagua», fue la respuesta que les dieron los acontecimientos, algunos días después, a una reclamación irónica que había hecho Roberto del Castillo sobre los ofrecimientos formulados por la CIA de modo velado a través de sus portavoces, justamente tres años atrás, cuando un iracundo Presidente de los Estados Unidos ordenaba minar puertos y recrudecer bombardeos contra el agredido pueblo de Viet Nam. Impaciente por la indoblegable defensa vietnamita, Richard Nixon descubría sus disimulados sentimientos fascistas y añadía a la sucia guerra en Indochina sus trampas más perversas.

—Decían —reclamó Castillo— que las tropas americanas no regresarían directamente a los Estados Unidos, sino que antes cumplirían una escala de honor en la capital cubana. Pero por las fotos, las noticias y las declaraciones que están saliendo en nuestros periódicos y revistas, me parece que no vamos a ver tal opción.

José Amparo Ortega se sintió demasiado aludido. Era el hombre de la CIA en Alpha. El que había sembrado en todos aquella esperanza. Pero la derrota había tocado a las puertas de todos, incluyendo a la suya. Aquella esperanza nacida al calor de la soberbia, de la prepotencia, del convencimiento de la superioridad bélica, no tenía valor alguno, ahora que los soldados regresaban atontados, abatidos, llorosos, derrotados física y moralmente. De todos modos Ortega sentía el compromiso de dar alguna explicación:

—Los Estados Unidos no pueden hacerse cargo de los problemas del mundo entero. Y no tienen la culpa de que todo el mundo ponga sus ojos aquí como única esperanza.

—Está bien. Que no arreglen las cosas del mundo, pero que tampoco hagan promesas falsas. Los rusos no prometen, pero cada vez van más lejos.

La discusión terminó con palabras fuertes, amenazas, insultos y amagos físicos, mientras que los verdaderos responsables de las promesas incumplidas se debatían en el amargo acontecer de la derrota, sin tiempo para acordarse de sus deudas.

La noche del 28 de abril, exactamente a las diez y cuarenta y uno, el Embajador de los Estados Unidos en Viet Nam del Sur, Graham Martin, recomendó a las autoridades de Saigón:

—Debemos usar la opción 4.

Los generales a cargo de la guerra no tenían otra alternativa.

La opción 4 no era aquel regreso victorioso con escala en La Habana, ni siquiera admitía recibimientos, fiestas, desfiles o mítines en los propios Estados Unidos. La opción 4 era la inmediata evacuación por helicóptero de todos los americanos, con el consiguiente abandono de sus pertrechos y equipos, masivamente. Era la desbandada. Dieciocho horas después de esta recomendación de Graham, los Estados Unidos ya no estaban en Viet Nam, pero tampoco en Cuba.

La huida siguió este itinerario: a las siete y veintitrés, en la Sala Roosevelt de la Casa Blanca. El Secretario de Estado Kissinger, el de Defensa Schlesinger, el Director de la CIA Colby, el general del Pentágono Brown, y el anonadado insomne presidente Ford, se veían obligados a tomar la decisión de evacuar con aviones

C-130 las fuerzas comprometidas en Viet Nam. Poco antes de las diez, dos gigantescos aviones de ese modelo sobrevolaron alrededor del aeropuerto de Tan Son Nhut; pero cuando el primero se aprestó a aterrizar, descubrió con asombro que una multitud fuera de control llenaba las pistas. Se elevó de nuevo y comunicó a la torre lo que había visto, pero allí nadie sabía qué decisión tomar hasta que el mayor general Homer Smith, Agregado Militar, subió al puesto de mando del aeropuerto y decidió que se fueran los aviones. Esta alarmante noticia viajó el Pentágono a través de los del Comando de Honolulu. Fue entonces que el embajador Graham recomendó su solución, sin que nadie se atreviera a rebatirla. Antes de las once, Ford no tuvo más remedio que doblegarse. Colby se preocupó por algunos agentes importantes de la CIA que debían de estar pasando un gran aprieto. «No muevo un dedo por ninguno —le respondió un general—. Ellos trabajaron tan mal que no supieron prevenir la hecatombe. Que se las arreglen como puedan.» Colby no insistió. A las doce y cuarenta y cinco una bandada de ochenta y un helicópteros salió de la base de Hancock, a cien millas de Saigón. Media hora después la evacuación ya estaba en marcha. El primer helicóptero fue para el dictador sudvietnamita. Un compatriota suyo le dijo al oído: «Si hubieran actuado siempre con la misma precisión y la misma decisión, ahora no estaríamos huyendo así.» Kao Ky respondió con malas palabras. A su lado se sentó un perverso asesino que tenía muchas cuentas pendientes con el pueblo. Llevaba su arma escondida bajo la camisa y miraba a todos con recelo.

Cuando iba en busca de su helicóptero, el pálido y despeinado Graham Martin fue acosado por los fotógrafos. Su estampa de la derrota apareció después en las

primeras planas de casi toda la prensa mundial. Cuando Roberto del Castillo la vio una mañana mientras usaba el periódico para un fin menos culto que el de la lectura, comentó:

—Con esa cara, ¡qué coño iban a pasar primero por La Habana!

21/XI

Mi estimada Laudelina:

¿Cómo has seguido con tus achaques? Por lo que me cuentas, y por lo que he podido imaginar, el muy bandido de Veloso me engañó con sus negocios de envíos de medicina a Cuba. Voy a hacer otro encargo para ti. Espero que esta vez encontraré a alguna gente de mayor seriedad. A este señor me lo había recomendado un conocido, pero ya ves lo que pasó. La semana pasada visité a tus amigos de Coconut Grove. Son unas personas muy atentas y enseguida se familiarizan con uno. Me invitaron a merendar en el antiguo muelle cinco. La sorpresa es que mientras tú me mandaste a que yo les tanteara con vistas a su posible migración a la Florida, por su parte ellos se mostraron inclinados al regreso a Cuba. ¡Como te cuento! Están locos por regresar a Cuba de una forma u otra, y sobre todo Mauricio, que está averiguando por su cuenta las posibilidades. Dice que está al tanto de algunos arreglos que se están llevando a cabo sin mucha publicidad, y que tan pronto vea algo seguro, deja su empleo y regresa. Yo digo que ahora falta que lo dejen entrar, le dije, pero él me respondió muy desenfadado: «A fin de cuentas allí nací, ¿no? Aquí soy más extraño y pude entrar.» Parece que es como una nueva melancólica epidemia. Tengo un amigo, o me-

por dicho, un conocido, Marvin, que no piensa en otra cosa que en regresar. Lo mata la añoranza. Y eso que él vino bastante chico y no puede acordarse de nada, pero dice que aquí es discriminado como cubano. Y también conozco a una muchacha, hija de una familia que más o menos sostiene una posición holgada, pero viven sumidos en el pánico. Ella siempre tiene miedo de que la rapten, la violen o la asesinen para robarle. Una amiga suya venía manejando su coche y un muchacho se le atravesó delante en una carretera, como a las nueve de la noche. Para no atropellarlo, ella aplicó los frenos y entonces se vio rodeada de otros muchachos. Precisamente por temer una cosa así ella viajaba siempre con todos los cristales subidos, pero los asaltantes los rompieron con pedazos de hierro y piedras, y la sacaron del vehículo a la fuerza. Fue llevada a una camioneta y huyeron con ella hasta una zona apartada. Eran cinco. Todos descargaron con ella sus brutales instintos sexuales y la dejaron desnuda y abandonada a punto de volverse loca. Así es que por un lado el miedo y por otro la añoranza, eso que lo hala a uno al lugar donde nació. *Anoche vi una película con letreritos en español y recordé el cine de mi barrio. No vayas a creer que también me estoy volviendo melancólico, o que estoy pensando en volver igual que los demás. En todo caso, yo sería el último en volver. Te mando las acostumbradas cuchillitas y una postal muy bonita del río Delaware. Quizás te enteres de algo mío por algún periódico o sobre todo por La Voz. Si oyes algo me lo cuentas. Quisiera recibir algunos discos o alguna cinta con música de Cuba, pero no sé si podrías. El otro día oí un programa que me gustó mucho. Tiene como tema esa canción que dice algo así como «una luz en el mar». A mí me gusta de*

vez en cuando oír alguna música. Me basta, mientras otros quieran volver a cualquier precio, y otros han levantado aquí una Pequeña Habana artificial. Curiosísimo: en esta Pequeña Habana de la que te hablo, se puede estudiar en Belén o «Arturo Montori», tener una cuenta en el First, pagarle una consulta a Núñez Carrión, dormir sobre un colchón Lavín, tratarse la vista en la Óptica López, desayunar en Los Pinos Nuevos, leer *Alerta* o *Zig Zag*, oír la CMQ, almorzar en La Esquina de Tejas, darse algunos tragos en El Floridita, tomar café Pílon y hasta tender a los muertos en la funeraria Rivero con flores del jardín Goyanes. ¿Qué te parece? Y a pesar de todo quieren volver. Bueno, te adelanto que voy a pasar un *week end* muy tranquilo, puesto que en estos días no tendré casi trabajo. Viene una racha de tranquilidad y quiero aprovecharla bien. Pensando en que como el correo está tan demorado, ya no sabré más de ti hasta la Nochebuena, te desco desde ahora que algún día vuelvas a tener tu *Merry Christmas and Happy New Year* como en tus buenos tiempos, y hasta entonces se despide,

J. S.

EXPEDIENTE TONY

09-22344

—Notificarle que debe rectificar sobre alusiones exageradas de la tendencia al regreso.

A. C. /9011

M.

DE CARIBE PARA TONY

SORPRESIVAS TUS ALUSIONES A REGRESO DE

CUBANOS PUNTO DINOS SI HAY ALGO INCOM-
PRENSIBLE EN LAS INSTRUCCIONES EN ESE
SENTIDO PUNTO EN CAMINO SOLICITUD MUSI-
CAL PUNTO

CARIBE

MSJE CINCUENTA Y CINCO FUNTO COMIENZO
PUNTO REGRESO DE CUBANOS ES TENDENCIA
REAL PUNTO UNA IMPORTANTE VERTIENTE DEL
EXILIO BUSCA OTRO CAMINO DIFERENTE AL DE
LA VIOLENCIA PUNTO OTROS ASUNTOS INTERE-
SANTES DOS PUNTOS MUCHOS ESCUCHAN A FI-
DEL POR RADIO O VAN A VERLO EN TV A KEY
WEST PUNTO EN MIAMI Y OTRAS LOCALIDADES
CMA CONSIGNAS VIVA CUBA CMA VIVA FIDEL
PUNTO UNA GENERACIÓN ENTERA PIENSA QUÉ
HA SIDO TRAÍDA ACÁ INVOLUNTARIAMENTE
CMA Y COMPRENDEN QUE NO TIENEN RAÍCES
NI AFINIDADES CON LA TIERRA QUE PISAN
PUNTO NO POCOS ESTÁN DISPUESTOS A EN-
CARAR EL TERROR O A PAGAR EL PRECIO QUE
LE PIDAN POR EL REENCUENTRO CON PATRIA
PERDIDA PUNTO ALGUNOS DICEN DOS PUNTOS
MIS PADRES PERDERÍAN LA PATRIA PERO NO-
SOTROS NO TENEMOS CULPA PUNTO UN REDU-
CIDO GRUPO DEFIENDE LA VÍA DEL TERROR
QUE ES PARA ELLOS GARANTÍA DE VIVIR SIN
TRABAJAR PUNTO POR VÍA POSTAL MANDO
ALGO INTERESANTE DOS PUNTOS CATALOGO
PARA USO GUBERNAMENTAL EXCLUSIVAMENTE
CMA EQUIPOS SOFISTICADOS PARA MATAR SE-

MEJANTES Y EQUIPOS ELECTRÓNICA PUNTO SUS
OFICINAS ESTÁN EN ALEXANDRIA CMA SUBUR-
BIO DE WASHINGTON CMA VIRGINIA PUNTO
CERCA DEL CUARTEL CIA PUNTO GRACIAS POR
LA MÚSICA PUNTO FINAL

TONY

XV. Epílogo de un cobarde

Nazario estaba recostado a la columna del portal, detrás del arbolito cuya copa alcanzaba la altura del techo, en su casa del North West. Esperaba allí a su mujer, Olga Nazario, «capitana» del II Frente en el Escambray, Primera Dama, según sus sueños de un regreso triunfal cada vez más imposible. Ella ha salido ahora hacia una agencia bancaria para efectuar un depósito. No sea mal pensado, amigo lector. No se trata de fondos extraídos a la emigración mediante campañas de Alpha. No olviden que Nazario es un patriota. No gana nada con su ayuda a la libertad de Cuba. Si tanto se ufana por recoger dinero no quiere decir que piense en él. Lo que pasa es que su hijo Andresito, con su delicadeza equivocada, está ahora al frente de una tienda de la que obtiene buenos dividendos; y su hermanita Olguita, con su rudeza también equivocada, anda viajando por Barbados en trajines de su profesión. Entonces mamá Nazario se encarga de los movimientos financieros de la familia. Papá Andrés la espera allí sin otra cosa que hacer, mirando cómo el arbolito se ha estirado con el tiempo. Es buena la ocasión para hacerle una visita ofi-

ciosa. Aparcaron al otro lado de la calle y se dirigieron a él.

—¿Qué? ¿Vas a adornarlo para Navidad? —le preguntó Bello, haciéndole una burlona alusión al arbolito que contemplaba el viejo.

—No le vendría mal —respondió—, pero todavía es demasiado temprano. Además, no me queda tiempo para nada. Me han sorprendido aquí de casualidad. Tampoco cuento con presupuesto personal para compras suntuarias, así que... mejor se queda como está.

—No te quejes de dinero, Nazario. Tienes muchos amigos en Miami. Puedes llegarte al sector rico de Alton Road y allí te tropezarás con muchos cubanos de abo-lengo que están forrados en plata... pídele a uno que te ayude... por ejemplo, a Paño.

Nazario le dio la espalda. No le gustaban esas bromas que abusaban del tema económico, ni acostumbraba recibir visitas en el portal:

—Vengan.

Bello entró primero y se sentó muy cerca de un pequeño cañón decorativo. Le pareció que la guerra en Nazario era poco menos que una siconeurosis. Le mostró el arma a Tony:

—¿Qué te parecen las armas que tenemos en casa del jefe?

—Está bueno —respondió Tony manteniendo el tono de broma—. ¿Por qué no lo llevamos para la lancha?

—Primero vamos a preguntarle a Silvio —dijo Bello con sarcasmo—, a lo mejor estima que es demasiado peligroso.

Pero Andrés Nazario no estaba para chistes. Se sentó frente a ellos, cruzó los brazos sobre el vientre y los miró de arriba abajo como diciéndoles: «Al grano, al grano,

que yo sé que ustedes no han venido aquí por gusto. Y esa alusión burlona a Silvio tampoco fue casual.»

El hielo lo rompió Bello. Era el «jefe de la Seguridad» en Alpha. Como tal, creía conocer a cada uno como la propia palma de su mano, y ahora estaba seguro de que Nazario debía tener ya alguna información previa.

—¿Sabes de quién y de qué vengo a hablarte? —le dijo.

—Lo sé. Yo siempre estoy en el inside de las cosas. Sé que vienes a hablarme de Silvio Mora.

—¡No vayas a decirme que se nos adelantó!

—No... hace rato que no hablamos.

Esta afirmación de Nazario carecía de toda seriedad. La noche anterior Silvio había estado allí, sentado en el mismo asiento, quejándose precisamente de ellos. Le había pedido al jefe un respaldo concerniente a su autoridad, para poder ejercerla sin tropiezos. «A usted —le dijo— es a quien únicamente me siento obligado a rendir cuentas de mis actos.» Nazario se había portado débilmente. Le prometió reforzar su posición dentro de Alpha, pero no le habló en específico del «grupo militar», porque él también había empezado a dudar de la entereza de su seguidor, y para dejar una puerta abierta a las exigencias que pudiera presentar algún inconforme en el grupo. No es que tuviera nada en contra de la actitud de Mora. El mejor que nadie sabía los trabajos que costaba mantenerse como «capitán araña», figurando al frente de unos comandos «suicidas». Todavía él podía escudarse en su figura senil, mientras que a Silvio, por su juventud se le debía exigir mayor virilidad.

—Mejor entonces si ya sabes de quién se trata. Es un caso sencillo. Lo primero que debemos decirte es que esto que te venimos a plantear lo hemos estado discu-

tiendo antes. Este, yo, el Chino... tratando de llegar a una conclusión, porque no queremos actuar de una manera superficial y que después nos vayamos a equivocar. El Chino propuso que tú dijeras la última palabra.

—¿Tan grave es la situación?

—Grave no, gravísima.

Nazario miró a Bello. En sus ojos había una expresión desacostumbrada. Empezó a comprender que el asunto de Silvio Mora había trascendido más allá del simple rumor que se echa a rodar. De todos modos trató de restarle importancia:

—No abusen de los calificativos... grave, gravísimo... ¿Es que acaso se trata de una traición? ¿De un infiltrado del G2? ¿Qué cosa entre nosotros puede ser gravísima?

—Si quieres te olvidas del calificativo —admitió Bello—; olvidate hasta de que puedas juzgar por ti mismo. Lo que menos importan son las palabras. Por ellas no hubiéramos venido aquí. Pero los hechos son otra cosa.

—Está bien... acaben de una vez.

Andrés Nazario acarició con un gesto nervioso la banderita cubana que estaba sobre la mesa, mientras esperaba la explicación de Bello.

—Tú sabes bien que yo he sido su mejor amigo. Todo el mundo lo sabe. Siempre andamos juntos, compartimos y muchas veces yo he sido el primero en defenderlo.

Mario Bello se levantó y comenzó a pasearse por la salita de Nazario. Andaba como buscando con sumo cuidado las palabras que debía utilizar para hablar del amigo:

—Yo incluso lo he ayudado en el plano personal. Todo eso que he dicho, está a un lado. Y al otro, el deber, lo que nos trajo aquí.

—¡Al grano! —protestó Nazario—. ¡Ya me tienes nervioso!

—Ya voy. Me preocupa que confiemos en que tengamos aquí a un comecandela, al frente de las operaciones contra Cuba. Que confiemos en él y le reconozcamos su jerarquía, para que a la hora del cuajo, se raje y se vuelva una mierda, ¿comprendes? Ése es el caso que nos trae aquí. ¿Qué hace Silvio figurando, posando para la prensa, haciendo declaraciones, vistiéndose como un aguerrido comando, vociferando consignas de guerra, alardeando, si cada vez que le hablan de ir hasta un cayó, no hasta Cuba, ¡hasta un cayito!, se pone a buscar pretextos para no ir? Entonces viene Castillo con toda su razón y me dice: «¿Por qué tengo yo que obedecer a este maricón?» Y viene el Chino, y el otro, y el otro... ¡Pregúntale a cualquiera, coño! Eso lo dice todo el mundo.

—Yo no sé detalladamente de qué se trata, ni el peso de los argumentos que ustedes hayan podido reunir, pero sí les advierto que hay que tener cuidado, que no se puede actuar a la ligera, que si nos desunimos estamos liquidados. Si alguien viene a hablarnos de otro, *no podemos dejarnos llevar por el qué dirán de la gente*, nuestro mínimo deber es analizar bien lo que nos dicen. Hay problemas de carácter, problemas de celos, envidias, son los defectos humanos que todos padecemos. Hay personas que tienen un momento difícil, hay incomprendiones... y equivocaciones... sería una lástima que destruyéramos a un amigo sin razón alguna, sólo porque hemos creído en lo que dijeron...

—Todo eso lo entendemos, Nazario. Pero tenemos que enfrentar la realidad, no darle de lado a un problema así...

—¿Cuál es el problema?,

—El problema es que no hay peor ciego que el que no quiere ver...

—No es eso, Bello, a ver, exponme tus razones...

—¿Qué se ha dicho siempre de los que están al frente de los asuntos de la guerra? ¿Qué se ha dicho de los que dirigen las operaciones? ¿Qué ha dicho Hugo? ¿Qué has dicho tú? Que hay que ponerse al frente. Que hay que hacer lo que hizo el Guajiro Méndez... y Menoyo... y los otros... que hay que ir a Cuba... ¡Hasta Silvio Mora lo ha dicho, que es la roña que me da, carajo!

—Sí, Nazario —añadió Hugo Gascón en un tono más moderado—. ¿Por qué no exigirle eso a Silvio? Hasta yo que soy un hombre poco acostumbrado a la acción, que más bien siempre he estado enredado en los asuntos financieros y administrativos, exigí salir en algunas misiones, para que luego nadie diga: ¿y éste qué? Pero Silvio Mora no sabe lo que es subirse a un barco... bueno, sí, como el otro día, que no pudo regresar solo de Bimini, ¡que es el colmo!, y entonces decimos que está al frente de la guerra.

—¿Tú qué piensas, Santos?

—Si he venido con ellos, debe de ser porque pienso igual que ellos.

Andrés Nazario suspiró, se frotó las manos, se recostó al asiento como vencido.

—Bien. Creo que ustedes han venido a verme después de tomar una decisión irreversible. Yo conocía algo del asunto, pero no lo suficiente como para tomar una decisión que puede afectar el destino de un hombre que está de nuestro lado, que nos ha sido fiel. Yo no puedo dejarme llevar... yo menos que nadie, de las opiniones... todos tenemos el mismo derecho a ser respetados... a que se confíe en nuestra entereza.

—No son opiniones —protestó Bello—, son hechos, actitudes. Todavía no te hemos contado todo. Antes de que decidiéramos venir a echarte este muerto encima, le inventamos a tu héroe un viajecito a Anguila. Un viaje de rutina, sin objetivos de guerra, y él, de palabra, aceptó. Pero cuando empezaron los preparativos, cuando vio que la cosa iba en serio, entonces comenzó a provocar discusiones, a fajarse por cualquier motivo, hasta que un buen día se marchó a su casa y nos mandó decir: «Yo no voy a ninguna parte con ustedes.» Ése es un hecho, no una opinión, ¿comprendes? Y la gente se cansa, coño, porque el primero que agita durante los entrenamientos es él, y allí en los Everglades es el más arrestado, pero a la hora de la verdad no tiene de aquello que tiene que tener, si es que va a dirigirnos... —Bajó el tono, confiado en que ya había llevado el asunto al entendimiento del jefe. Y concluyó—: Eso es, Nazario, lo que teníamos que decirte.

—La parte más fácil es ésa... ahora hay que pensar en las soluciones.

—El Chino tiene una idea y nosotros estamos seguros de que va a dar resultado: que tú hables con él y lo pongas al frente de una misión, vaya, cualquier travesía sin importancia operativa. Y nosotros le aguantaríamos todas las broneas y todas las protestas, y si a pesar de eso se raja, que tú vayas a buscarlo y a comprometerlo hasta que no le quede más remedio que decir: «No voy porque estoy cagao de miedo», y se acabó.

—Parece mentira que tengamos que hacerle esto a un amigo.

—Y sin embargo... ¿hay otra solución más benigna?

—Okey, adelante entonces. Vamos a inventarle una operación mañana mismo. Vamos a hacer como ustedes dicen.

—Ya verá los resultados.

—¿Qué saldrá de todo esto?

—¡Qué va a salir! Yo pediría a los farsantes la expulsión pública y deshonrosa.

—Bueno, bueno, ya veremos qué se hace con él. Tal vez no haga falta una medida tan drástica. Si no sirve para una cosa servirá para otra. No somos tantos como para estarnos eliminando. Hagamos la comprobación. Bello, tú eres el más indicado para ponerte al frente del asunto. Actúa desapasionadamente, con pulcritud, y procura que no trascienda a los demás... sobre todo a Silvio.

Después de esta reunión en la casa de Andrés Nazario, se produjo el enmascaramiento de una operación fantasma, inventada para demostrar las debilidades de un «duro». Nazario designó a Silvio como jefe de esta incursión. El plan era bastante simple. Se trataba de concentrarse en un lugar cercano a Dumfoundling Bay hasta que se recibiera la acostumbrada «luz verde». No se habló de riesgos ni peligros, pero se sobreentendían por la existencia de patrullajes tanto cubanos como bahamenses, así como por las propias imprevisibles condiciones atmosféricas. La pequeña embarcación no estaba preparada para enfrentarse a un temporal que se comportara un poco fuerte, y en términos convencionales no estaba preparada siquiera para travesías en alta mar. La primera parte de este simulacro se cumplió sin tropiezos serios. Quizás Silvio confiaba en que de repente alguien diera una contraorden para suspender la travesía. Pero eso no sucedió y cuando la «hora cero» comenzó a aproximarse decisivamente, enseguida aparecieron las incompreensiones, los malentendidos, las discusiones. Ya Silvio sabía qué hacer en tales casos, pero ahora un elemento nuevo lo sorprendió fuera de equili-

brio: esta vez los demás cedían. No importaba que se tratara de un desatino cáprichoso, o de un exabrupto intencional. En todos los casos los demás lo dejaban actuar:

—Es poco el combustible.

—No importa, el Chino consiguió otros dos bidones plásticos que podemos cargar a bordo.

—¿Y con estas armas nada más?

—Mañana Hugo trae tres fusiles modernos.

—¡Aquí estamos quemados!

—Ya lo habíamos pensado. Mañana bien temprano estamos mudándonos para Hillsboro Beach.

—No resisto la terquedad de Castillo, es un indisciplinado.

—Lo cambiamos por otro.

Mora no encontraba una fórmula que lo liberara de aquel viaje, y la «hora cero» se aproximaba velozmente. Cada vez que surgía algún malentendido, cualquier incomprensión, cada vez que Mora se quejaba de algo, la respuesta era un ensayado «tú eres el jefe» y hasta esa reiteración llegó a convertirse en un motivo de enojo:

—*¡Basta ya! ¡Yo no estoy loco para que me digan que sí a todo! Ustedes se han puesto de acuerdo para contestarme siempre lo mismo.*

—Está bien, lo que tú digas, tú eres el jefe.

Dos noches antes de la salida, Silvio Mora encontró por fin lo que le pareció una hábil y airosa solución para su problema. Fue al llegar a casa. La mujer lo esperaba sobre la cama, como había venido al mundo, pero claro, más crecida.

—¿Qué tarde has llegado!

—Mucho quehacer.

—Me voy a poner celosa con Nazario. —Lo haló por la manga de la camisa y lo llevó a su lado—. Llevo rato esperándote. No podía dormir sin...

Esperanza resbaló como una serpiente sobre su víctima hasta que sus ojos semicerrados quedaron frente a los de su compañero de almohada. Se contorsionó de pies a cabeza, como buscando algún reflejo que no llegó. Probó de nuevo casi violenta, mientras se mordía los labios. ¡Nada!

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

Silvio miró al techo, ignorando la fricción de los cuerpos, el jadeo sobre su boca. Cerró los ojos. No podía liberarse de la idea que lo disminuía, que velaba su pensamiento y helaba sus reflejos. Esperanza se agitó de nuevo sobre él y volvió a preguntarle:

—¿Qué te pasa?

Silvio quiso hacer su papel, pero no pudo. La idea fija mantuvo cautivas sus emociones. La mujer hizo un último intento. Nada funcionó. Algo andaba mal, muy mal. Se dejó caer a un lado. Movi6 la cabeza con un gesto de impaciencia. Entonces ya con los ojos bien abiertos le dijo al oído:

—¿Se concibe que un gallo pierda, pero no, que no pelee! ¿Qué pasa? ¿Qué quieres que haga? ¿Nada te parece bien? —Se pegó a su cuerpo como una hiedra, esperó unos segundos, pero el tibio reto no llegó a ninguna fibra de aquel hombre derrotado. Allí, bajo el desesperado acoso de su mujer, fue que se le ocurrió a Silvio la forma en que escaparía a la trampa que le habían preparado sus amigos de Alpha. Esperanza se había dejado caer nuevamente sobre el colchón, cansada, llena de irritación, sofocada, sin comprender lo que pa-

saba por la mente del marido. Le cogió la barbilla y le volvió el rostro con un gesto brusco, casi furioso:

—¿Qué te pasa? ¡Dime! No me niegues que pasa algo, no me puedes engañar. ¡Habla!

Sin mirarla, despacio, en voz baja, aparentemente humillado, Silvio le dijo su «verdad»:

—No puedo pensar en otra cosa... dentro de unas horas, salgo en una misión... es un viaje sin regreso, ¿comprendes?

La frase fue como un estallido indecente en los oídos de la mujer.

—¿En una qué?

—A Cuba.

—¿A Cuba tú? ¿Y vas a ir? ¿Te mandó ese m...?

—Tengo que ir. ¿Cómo librarme? Tú no comprendes. ¿Cómo voy a zafarme?

—¿Cómo va a ser, Dios mío, quedándote! ¿Por qué diablos tienes que obedecer?

—No puedo quedarme. Yo estoy al frente. Yo mismo he dicho que hay que ser el ejemplo, que el enemigo está en Cuba y no aquí, y ahora no puedo quedar como un cobarde, cuando esperan que sea ese ejemplo que prediqué... Nada, que me tocó...

—¿Que seas el ejemplo! ¿Ejemplo de qué? ¿De Vicente Méndez? ¿De Andresito? ¿Ejemplo de comemierda? ¿Por qué tienes que ser tú? Los demás irían engañados, pero tú sabes qué hay, ¿verdad? ¿Por qué no va ese viejo pendejo? ¡Ah, no! ¡Tú no te mueves de Miami! ¡Eso lo arreglo yo y ahora mismo!

—¿A dónde vas?

Saltó fuera de la cama. Sus pies desnudos retumbaban sobre el piso. Corrió al teléfono. Silvio se incorporó asustado, pensando que quizás había ido demasiado lejos.

—¿A quién vas a llamar?

—A los padres de Mario Bello. ¡Tú cállate! Sé como arreglar esto sin hacerte quedar mal. ¡Mira lo que parecen!

Marcó apresuradamente una cifra. Tan cerca del halo de luz de la lámpara, sus carnes tomaron un tornasolado matiz rojizo. Pero Silvio no podía gozar de ese delicado disfrute estético. Otra vez tumbado sobre la cama, la miraba sin verla, derrumbado, como sin voluntad, todavía temeroso de que esa última opción resultara negativa. Su suerte estaba pendiente de aquella llamada nocturna y ninguna otra idea cabía ahora en su pensamiento.

—¿Aló? ¡Aló! Sí... sí, la misma, Esperanza. ¿Qué tal? No, no está. Ya usted sabe, en sus trajines... ¿Igual? Claro, lo suponía... sí, es la soledad, a mí me pasa. Ahora quería dormirme y no podía de ningún modo encontrar el sueño. Sí, me pasa... ¿se me nota? Algo realmente grave no, pero puede llegar a serlo... claro, si no, no la hubiera molestado a esta hora. ¡Válgame Dios!... me da una pena tremenda... gracias, yo soy igual para usted... Sí, enseguida, pero primero me prometerá que no va a decirle nada a él... sí, está bien... claro, se lo puedo decir ahora que me lo prometió... se trata de Silvio, lo han metido en un lío serio, y a su hijo también, señora... ¿como le digo!, y quién sabe a cuántos otros inocentes... ¿Sabe de qué me enteré?... no; peor. Dentro de unas horas, ¡oiga bien!, mi marido, su hijo y otros de Alpha, saldrán hacia Cuba con una infiltración. ¡Un viaje sin regreso! ¡Eso mismo digo yo! ¡El muy...! No, a ellos quién se lo va a decir... están creídos de que arreglarán el mundo ellos solos... igual Silvio, vive pensando nada más en eso... casi ni me

atiende... Sí, él es el gran culpable. ¡Ni su familia puede verlo! No sé qué hacer, yo quisiera... no, no, cualquier cosa con tal de... sí, claro... como mismo pienso yo... soy capaz de salir ahora mismo a denunciarlos al FBI... claro, pero los prefiero presos aquí, que muertos allá... no olvido a esos pobres muchachos mandados a morir... perdóne mi crudeza, me sentí desesperada... cuando lo supe me abracé a la almohada y empecé a llorar hasta que se me ocurrió llamarla... usted tiene más experiencia... no lo dudo, señora... sí, agradeceré mucho su ayuda... hágalo por salvarlos a todos... ¡qué viejo más canalla!... no sé, pero me parece que demora... quizás ni siquiera venga a dormir aquí... antes yo creía que tenía a otra... ¡Figúrese, con el embullo que tiene! ¿Un hijo? Eso nunca, demasiadas preocupaciones... es ese viejo cochino... ¡A su propio sobrino! Ah, no, eso no lo sabía... yo no sé cómo estos berracos le siguen haciendo caso...

Silvio Mora suspiró. La cosa marchaba. Esperanza le hizo una seña mientras hablaba. Por fin él se fijó en aquella escultura palpitante... la sombra del miedo comenzó a disiparse, sólo a esconderse, para salir cuando volvieran a llamarlo.

—...ah, sí, mejor sería usted... le harían más caso, no es lo mismo el amor materno... ¡suerte que me enteré a tiempo!... registrando unos papeles de Silvio... también está el nombre de su hijo... lógico, y él se quedaba para hacer una colecta y decirnos que seguían vivos, peleando por Cuba... ¡viejo sinvergüenza! Bueno, perdóne la... muchas gracias... a ver si logro dormirme con esta soledad terrible. Buenas noches... adiós...
—Esperanza colgó y se dirigió a la cama. No todo estaba perdido. Ya no necesitaría remezones la resurrección.

Después de aquel «buenas noches» y el clic que concluía la comunicación, la privacidad volvió a los amantes, que habían creído ver entre sus vidas, la separación irremediable, provocada por la negra cortina de la muerte.

Mario Bello no estaba en su casa cuando Esperanza llamó, pero la extensión telefónica instalada en su cuarto, tratada con un dispositivo electrónico para grabaciones de alta precisión, le permitió escuchar más tarde lo conversado por su madre y la atribulada esposa de Silvio.

Dentro de una pequeña pieza plástica, quedaban las pruebas de una coartada casi perfecta.

Mario Bello llegó muy tarde en la noche y enseguida notó que había una llamada en el registro electrónico. La escuchó con audífonos para no hacer ruido y se quedó sorprendido. Echó la grabación en el bolsillo de su chaqueta y se tiró sobre la cama, con los brazos como almohada, mientras murmuraba alguna maldición, unida a un nombre de mujer. Al otro día bien temprano, se levantó, cogió su chaqueta y salió en busca del jefe.

—¡Hay que parar lo de Silvio!

—¿Cogieron miedo a última hora?

—Igual que tú cuando sepas lo que yo sé.

—Suéltalo de una vez.

—Escucha esto.

Nazario oyó con asombro la grabación. No tuvo más remedio que admitir la necesidad de suplir a Silvio en el frente militar de Alpha, aunque todavía se resistió a creer que la llamada de Esperanza fuera obra suya. Silvio esperaba un estallido diferente de la situación que había

provocado. Cuando Nazario lo llamó, supuso que le diría: «Oye, Silvio, deja eso, ya no hay viaje. De alguna manera la madre de Bello ha sabido del asunto y amenaza con denunciarlos al FBI.» Entonces él protestaría un poco, insistiendo en que saldría de todas formas, para no dar que hablar. Pero Nazario le tenía guardado algo completamente distinto:

—Estás frito, Silvio... estos demonios lo averiguan todo... tendrás que dejar por algún tiempo los asuntos militares.

Silvio Mora no fue más el «hombre duro» de las incursiones bélicas, ni se le vio comprar nuevas vituallas en el Army Navy de Flager Street, pero Nazario desoyó la proposición de expulsión deshonrosa y lo pasó a las actividades civiles dentro de la organización. Mora cambió los uniformes por ropa moderna y volvió a flotar. Detrás de la indulgencia del jefe estaba el reflejo de su propia mediocridad. La plaza vacante del destronado pasó a manos de Tony, quien sí había ido a Cuba. Sin penas ni glorias pasó a mejor vida el mito de Silvio Mora, un aprendiz de «capitán araña». Como epitafio, Andrés Nazario le dijo al removerio:

—No te aflijas... lo que sucede, conviene.

Después del episodio de Inagua hubo una contracción en las operaciones terroristas de Alpha 66. Sin que Andrés Nazario lo sospechase, la Agencia Central de Inteligencia abrió un expediente sobre este pequeño desastre. Sospechaban de la extraña rotura en los motores de «Hope», que determinó la contradictoria demora y justificó los cambios en el itinerario. Recelaban de la de-

cisión tomada de acercarse a Bahamas, donde las autoridades podían intervenir como efectivamente hicieron. Les extrañaba, por último, la soltura con que los retenidos se proclamaron «agentes de la CIA» y pidieron que esto se comunicara abiertamente a las autoridades de Estados Unidos. Mediante los canales acostumbrados, la Agencia comunicó su intención de no alentar ni apoyar nuevas operaciones contra Cuba hasta nuevo aviso. En este período de obligado receso, los hombres de acción de Alpha 66 fueron incorporados a diferentes ocupaciones laborales en el área civil y ordinaria. La CIA facilitó que esto se hiciera posible, consiguiendo que fueran priorizadas las demandas de empleo procedentes de este grupo, y en más de un caso tuvo que recurrir a procedimientos especiales, presiones, o arreglos con el Gobierno para que se hicieran «interpretaciones excepcionales» del código laboral. Esto no fue fácil ni había muchos puestos que ofrecer, pero Tony no era uno del bulto y lo ubicaron en la propia Alcaldía de Miami. Entre otras cosas lo ayudó la siguiente circunstancia: Ferré, el Alcalde de Miami, es un ferviente seguidor de la causa de Nazario y responde paralelamente a los intereses de la CIA.

En el desempeño de este empleo Tony se relacionó con muchos cubanos exiliados que iban a la Alcaldía a plantear diversos asuntos. Allí escuchó historias como ésta:

Jezabel Z. vino de Cuba en el otoño de 1965 y su esposo trabajó sin descanso, vendió todo cuanto tenía y pidió dinero prestado a los conocidos y familiares para abrir un pequeño comercio que sorprendentemente floreció en un rinconcito de la calle 8 del South West. Él y otros cubanos habían logrado levantar allí sus negocios, que

marchaban con prosperidad, sin ningún contratiempo, hasta que la competencia molestó a los «pejes gordos». Iba demasiada gente a aquellas tiendas de la calle 8. Los propietarios se movieron sin dificultades hasta que los dueños de las grandes tiendas decidieron que era hora de suprimir aquella rivalidad comercial. Destinaron para ello una cantidad de dinero fácilmente recuperable, cuando la masa de clientes de la calle 8 no tuviera otro lugar para ir a hacer sus compras que a los almacenes importantes. La propaganda haría lo demás. Y un día, cuando más contentos estaban los cubanos de la calle 8, recibieron la visita de un funcionario que venía dispuesto a tasar sus propiedades bajo el pretexto de una próxima remodelación urbana. No era fácil comenzar de nuevo. La situación de Jezabel empeoró cuando su esposo comenzó a padecer una repentina y grave enfermedad. Los gastos en medicinas y consultas médicas consumieron casi todos sus ahorros, a pesar de lo cual su esposo falleció. El funeral fue el golpe de gracia. Tenían un hijo comprometido con la corriente del terrorismo, quien se retractó, aturdido, por la desgracia familiar. Esto fue aprovechado por algunos de sus enemigos personales, quienes provocaron rumores y lo llamaron «comunista solapado», porque se quejaba de los maltratos recibidos por su padre antes de morir. La viuda y el huérfano vieron venir la miseria sobre ellos. Entonces alguien se le acercó al muchacho y le dijo: «Te conocemos bien, de cuando estabas en tal organización. Sabemos que allí te trataron mal y te ofrecemos una oportunidad para que les des una bofetada moral a tus detractores. También conocemos tu orfandad y la tragedia que vive tu madre y te brindaremos una buena compensación material, que te ayudará a sobrevivir.» Él no vio otra salida. Se lo

llevaron a Sur América, a Chile, a trabajar junto a otros cubanos. Pero el destino siguió jugando sucio con él. Uno de esos cubanos que ahora comparte su techo y su mesa, resulta un particular insulto contra su dignidad. Eso lo explica así Jezabel:

—Se llama Orlando Bosch Ávila. Lo conocemos desde hace mucho tiempo, veinte años o quizás más. Fue en una ocasión en que nuestro hijo estaba enfermo y alguien me recomendó a Bosch como un buen médico. Esto sucedió en la ciudad de Santa Clara. Yo estaba en la disyuntiva de buscar algún médico privado, pero que no cobrara demasiado caro. Los servicios públicos eran pésimos, ni pensar en ellos, propios para negros o para pobres de solemnidad, pero no para gente como nosotros, que si bien estábamos lejos de ser millonarios, teníamos cierta solvencia. Entonces, como le decía, nos dieron la dirección de Bosch, que era en la calle San Mateo, y su teléfono. Llamé primero y me salió una mujer que me informó: «El doctor consulta a partir de las tres.» Bosch tenía fama de buen pediatra. Se decía que había sido médico aquí, en los hospitales infantiles de Ohio y Tennessee y que había sido interno en el hospital infantil de la capital. Bueno, vio a mi hijo y me llamó aparte para confesarme que el niño padecía de una enfermedad curable, pero a costa de tiempo y dinero. «El tiempo lo pongo yo... pero antes necesito saber si tiene usted el dinero.» Me quedé boquiabierta. Cuando vio que me demoraba para contestarle, me dio la espalda y fue a atender a otro caso. Y ahora yo pienso: ¿Qué ideal puede estar defendiendo mi hijo junto a ese hombre?

Tony también sostuvo, hacia finales de 1974, diferentes conversaciones con elementos militantes de varios grupos terroristas. Él buscaba la forma de conseguir una

«plaza» dentro de esas organizaciones, sí es que alguna había quedado al margen de la suspensión impuesta por la CIA. Detectó que al parecer se extinguía el interés por mantener actividades contra Cuba en su propio terreno o en el de los Estados Unidos, y que tales empresas estaban siendo desplazadas a otras latitudes en América.

Existía un grupo que parecía tener en esos momentos el reconocimiento de la CIA. Quizás porque al contrario de los resabios de Nazario, ellos habían sabido interpretar con más claridad los deseos de la Agencia de unir a los terroristas en una cruzada internacional a modo de una controvertida, malformada y sucia respuesta al internacionalismo proletario. Ése era el sueño dorado de la élite de la Inteligencia americana, desatar una nueva «guerra santa», conseguir que se forjara una internacional anticomunista. Y dentro de los sectores más reaccionarios de esa comunidad también se movían fuerzas y presiones para impedir que el barniz democrático con que James Carter quería remozar la maltrecha y desmentida «señora de la libertad», no fuera a convertirse en una pesada carga que paralizara los músculos de la Inteligencia. Ellos aconsejaban que se fundiera en una sola «suprema Inteligencia» todo el esfuerzo policial del sistema, todos sus recursos, pero contra esto conspiraba la lucha despiadada entre los jefes por conservar sus privilegios y por acaparar la máxima responsabilidad posible, que debía traducirse después en máximo beneficio personal. La lucha se hizo cada vez más cruda entre los diferentes buroes, agencias y direcciones. Se alegraban recíprocamente de los fracasos ajenos. Se espían unos a otros y se ponían zancadillas traicioneras. Lo mismo pasaba entre los exiliados. Como buenos discípulos, cada uno trataba de buscar su propia comodidad, y de esta

manera quedaba atomizado el objetivo común. El mejor logro de entonces para los Estados Unidos y su nueva política fue el de utilizar la cara latina de la DINA, como fachada de sus acciones en esa área.

Por esos días Tony se tropezó en forma casual con uno de los integrantes del Frente, quien le confió algunas informaciones relacionadas con el apoyo que la DINA estaba prestando ya al movimiento contrarrevolucionario del exilio. Le habló acerca de numerosos planes contra México, Perú, y otros lugares que no definían su política a favor de la Junta y, naturalmente, en contra de la Revolución Cubana. Estos dos intereses aparecían entrelazados cada vez que se hablaba del tema.

—Tú conoces a la emigración —le dijo González—, no es un campo fácil. Hasta hoy estuvieron obligados a una sola esperanza: volver por la fuerza... pero ahora... ¿te imaginas que poco a poco vayan descubriendo que hay otros caminos? ¿Y que los cubanos del otro lado también se den cuenta y exploten la situación? Sencillamente nos quedamos solos, aislados.

—He visto a mucha gente interesada en cualquier forma de regreso.

—Y detrás hay una realidad que va contra nosotros: se olvidarán del pasado, sólo les interesará sacar una lasca, cobrar indemnizaciones de lo que nacionalizó Castro o tantear la posibilidad de algún nuevo negocio con la aprobación de la Cuba roja.

—¿Eso sólo? Yo he escuchado a muchos muchachos, casi unos adolescentes, que jamás tuvieron ni han pensado tener un negocio, ¡y mucho menos en Cuba!, hablar del regreso.

—Puede haber casos así.

—Los hay —Tony se dio cuenta de que debía corregir el rumbo de la conversación—; y hablando de estas cosas: ¿Qué piensas tú? ¿Qué harás?

—Eso mismo iba a preguntarte —respondió el otro. Tal vez para dar tiempo a buscar una respuesta—. Yo... pues, he tomado mis medidas. Pero tú estás en peor situación. Tú no eres gente de la ralea en que andas. ¿Por qué no acabas de desligarte de ese viejo descarado? Nazario, Gascón, Márquez y toda esa gente no son más que unos inescrupulosos comerciantes. Para ellos, ustedes, los que se montan sobre una lancha y salen a jugarse la vida, no han sido más que una mercancía para esta gente. Tú puedes huir de esa situación. Otros lo han hecho. Yo te remito al caso de Bosch. Ahora está en Chile. Aquí lo buscaban para juzgarlo. Como único podía librarse era así. Ésa también puede ser tu salida. No te dejes manipular, no seas bobo.

—Voy a pensar sobre eso.

—Te repito, viejo, me da pena verte así, no lo mereces... dependiendo de tipos como Andrés Nazario, un «capitán araña» capaz de mandar a la muerte al mejor amigo, o incluso a un familiar, si de esa manera consigue ganar algún dinero o alguna publicidad.

De este encuentro con Juan González, Tony sacó las siguientes valoraciones perspectivas:

—La existencia del terrorismo se ve cada vez más amenazada por el incremento de emigrados partidarios de la coexistencia.

—Las puertas del Frente podrían abrirse si llega a considerar que allí estará más cerca de la CIA, o si sus relaciones con Nazario sufren un cambio negativo.

—González puede convertirse en un puente hacia la DINA. Ya había entendido cierta insinuación al respecto.

XVI. La muerte de el flaco

El Flaco Perdomo sintió el chirrido de las gomas frente a su casa. Una idea terrible le ensombreció el pensamiento. Una idea de muerte, un pánico indescriptible. La mano temblorosa, no pudo buscar la pistola que esperaba colgada a la cintura en momentos como ése. El Flaco Perdomo creyó que vivía sus últimos segundos, que ni siquiera iba a saber quién ni por qué y todo su pensamiento lo llenó de un lastimoso «¡Coño, me jodieron!».

Cuando pudo levantar la cabeza y antes de cerrar sus ojos en un desesperado gesto defensivo, sólo vio a alguien que, mirándolo fijo tras unas gafas oscuras y sonriendo con sarcasmo, sacaba una mano fuera de la ventanilla y lo apuntaba desde el asiento del chofer, todavía con el auto en marcha, listo para escapar. Dicen que hay momentos en que se agudizan las habilidades y que se hacen cosas extraordinarias, que no pueden repetirse en circunstancias normales. El Flaco Perdomo, tratando de sobrevivir ante aquel ataque, saltó sobre la baranda del portal de su casa, la destrozó con su cuerpo y cayó después junto a los pedazos como un pesado fardo sobre el piso. Tendido allí apretó más los ojos, sostuvo la respi-

ración... pero no escuchó el esperado disparo. ¿Qué había pasado? ¿Satánicamente aquel chacal quería las cosas a su manera? ¿Querría que su víctima viera de frente a la muerte? ¿Qué haría ahora? ¿Qué otra excentricidad se le ocurriría? Fue a gritar, a pedir auxilio, a clamar por la ayuda de alguien; quizás un vecino se asomara, un policía, pero un velo invisible le había liquidado la voz. No tenía fuerzas para sacar de sus cuerdas vocales los sonidos requeridos. Era bien feo morir así acorralado, como un cimarrón, como una rata, sin poder hacer nada, y que jugaran con uno como un gato harto juega con el ratón. Se quedó durante unos minutos sin abrir los ojos, esperando el salvaje toque maestro del verdugo, pero no pasó nada. Al fin, resignado, abrió los ojos, para que el matador hiciera de una vez su faena. Poco a poco la luz le fue hiriendo las pupilas. El auto era un pisicorre blanco. Las gomas estaban empolvadas. Las tambores brillosas. En la puerta delantera se veía un ligero abollado. El chofer ya se había quitado las gafas oscuras. El chofer era el Chino, que todavía lo apuntaba... con la punta de su índice.

Mientras la carcajada incontenible de su amigo daba latigazos en sus oídos, el Flaco Perdomo fue resucitando de su muerte adelantada. Se puso de pie y se sacudió las ropas, todavía incrédulo de su figura ilesa. Se palpó el estómago. Sentía dolor. Eran duras las maderas de la baranda. Suspiró. Le regresó la vida, y al fin pudo decir:

—¡No... no jue... egues así, co... compadre! E... e... eso no se le hace a un amigo... mi... mira pa'eso el susto que me has daído...

—¿Y ese miedo? ¿Te han mandado algún anónimo?

—No, co... compadre... es que... que todos los días se... se la arrancan a u... uno nuevo... ¿Tú no

ví... viste lo que le pa... pasó a Torriente? ¿Y al otro?, ¿y al otro?, y te apareces con ese chi... chiste pesado?

Le costaba trabajo creer que no estaba muerto, acribillado a balazos, y que el dolor en el vientre no era una fea herida, y que el índice de Tony no era una pistola a punto de disparar. Muy lentamente se fue recuperando del susto y cuando su ecuanimidad estuvo casi restablecida, trató de encubrir con alardes la prueba de cobardía que había dado momentos antes:

—¡Fíjate, esa gracia no la repitas! Eso te puede costar caro... dime tú si me lo creo de verdad y saco la mía y te la arranco... por un jueguito nada más...

—Está bien, ya no me metas más miedo, ya no voy a jugar más contigo. Ahora vamos a hablar en serio.

—¿Qué pasa?

—Necesito una cosa de ti.

—¿Qué necesitas?

—Vamos a entrar. —Tony bajó del pisicorre y siguió a Perdomo hasta la sala de la casa—. No es mucho lo que te voy a pedir, y tú me lo puedes resolver facilito.

—¿Dinero?

—No te va a costar un quilo.

—Bueno, déjate de misterio.

—Necesito la lista de los informantes del FBI que tú conoces... los del trabajito con el Rojo.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué se yo de eso? ¿De qué tú me hablas? Mira, ese chiste es todavía más pesado que el otro, ¿sabes? Yo no sé nada de eso... y si supiera, ¿qué coño tengo yo que darte nada? ¿A ver, pa' qué tú quieres eso?

—Para que esa gente no siga jeringando a los cubanos... está bueno ya de vigilancia, que vigilen a los infiltrados del G2 y a los que viven del cuento, no a

nosotros... ¡y tú te prestas! Pues bien, allá tú, pero venga esa lista.

—¿A santo de qué iba yo a darte una cosa así?

—A santo de que no te vayas a complicar la vida, Flaco. A santo de que la próxima vez no te dispararán con un dedo. No vayas a pensar que porque te cambiaste de pelado no te van a conocer. Eres inconfundible y cualquiera puede encontrarte dondequiera que te metas.

—¿Qué pasa, Chino? ¿Tú estás jugando todavía? O estás borracho, o quieres verme explotado...

—No es juego, ni hace falta que te explotes. Tú y yo tenemos una deuda pendiente y te estoy dando un chance para que la liquides sin un precio alto, pero no quieres darte cuenta.

—¿Deuda contigo?

—Y con Guzmán, pero yo vengo por mi parte. ¿Ya te acuerdas, o tengo que traértelo a él también para que te recuerde la vez que el Rojo te mandó vigilarnos?

—Es cosa del Rojo.

—Y de los criados del Rojo como tú... por eso les cobro con las listas. Quiero saber quién se dedica a vigilarnos. A ti ya te conozco. Lo mejor es saldar esta vieja cuenta y como si nada...

—¿Quién sabe para qué quieres esos nombres!

—Tú mejor que nadie lo sabes. Eres de la recua del Rojo. Es más seguro, ¡te crees tú!, vivir de las delaciones que montarte en una lancha artillada. Hasta ahora los del FBI habían estado muy contentos con nosotros. Nos ayudaban, nos protegían, nos permitían actuar al margen de las leyes americanas. Se hacían de la vista gorda cuando las cosas salían mal. Pero parece que ahora van a bailar con otra música y nos quieren golpear duro. Nos quitan las armas que antes nos devolvían, nos pegan

un nocturnal ruborizante... Se parece mucho a tu voz: ¿quieres escuchar? Trae una grabadora, ¡tráela!, no te quedes ahí sembrado... te prometo que es una buena grabación... lástima que no sea en estéreo... pero de todos modos recogió excelentemente cada sonido. ¡Que le hagan esto a uno!

Esta segunda broma del Chino derumbó al Flaco Perdomo física y moralmente. Buscó una libreta y una pluma estilográfica y comenzó a escribir nombres y direcciones.

multas, nos regañan y advierten, nos someten a juicios, y para todo eso utilizan a gente como tú.

—No sé cómo puedes quejarte del trato, después que te sacaron del apuro de Inagua.

—¿Cómo no iban a sacarme, si desde que me cogieron dije de parte de quién venía? Pero bueno, eso es otra cosa... dale, escribe...

—Me vas a meter en un lío.

—No tengo tu lengua. La lista es para uso personal. Pero tienes razón. Si no me la das te pienso meter en un buen lío. Como para que te liquiden de verdad. Y no te va liquidar el FBI, ni la CIA, ni Alpha, ni ninguna organización del exilio... te va a liquidar Juan Bautista Márquez.

—¿Márquez? —saltó removido por dentro—. ¿Por qué Márquez?

—Tú sabrás.

—Tratas de meterme miedo.

—No... mira. —Le mostró un cassette.

—¿Qué es eso?

—¿No lo ves? Un cassette. Quiero regalarlo, pero no sé si a ti o a Márquez... depende... ¡Y qué buena música trae!... Mientras Márquez pescaba en las Bahamas, alguien se dedicó a cantar a dúo con su mujer...

—¿Qué garantías tengo de que no me vuelvas a traer otra copia?

—La misma que tengo yo de que no te vuelvas a meter en mis asuntos.

Siguió escribiendo. Estaba en la trampa. Cuando terminó, Tony tiró sobre la mesa el cassette y recogió la lista, que fue a parar a su bolsillo.

—Adiós, Flaco, y perdóname por lo del dedo.

Cuando Perdomo quedó solo frente al «regalo» sonoro de Tony, corrió a buscar la grabadora. Le introdujo el cassette y esperó ansioso la salida de las palabras acusadoras. Pero todo lo que había grabado allí dentro era un programa de «Nocturno», con el tema de **Tus ojos**, de Juan y Junior.

La tercera broma lo dejó totalmente liquidado. Como si de verdad el dedo de Tony hubiese sido el cañón de una pistola.

MSJE CINCUENTA Y NUEVE PUNTO COMIENZO
PUNTO VIA POSTAL LLEVA PERIÓDICOS LOCA-
LES Y MICRO PUNTO CON LA LISTA DE INFOR-
MANTES DEL FBI PARA LA ACTIVIDAD CONTRA
CUBA PUNTO LLEGAN BIEN LOS CASSETTES PUN-
TO ESTÁN RECLUTANDO ENTRE TERRORISTAS
MENOS CONNOTADOS CMA NUEVOS AGENTES
FBI CMA PRINCIPALMENTE PAPEL DELADORES
PUNTO SEGUNDO DE LA LISTA ES CIA CMA AL
PAFECER DOBLE AGENTE PUNTO ABRIL DIECIO-
CHO CMA BRIGADA ENTREGA MEDALLA GIRÓN
A FASCISTA PINOCHET PUNTO GESTO SIN PRE-
CEDENTE PUNTO LE DEDICAN NADA MENOS
QUE SU DERROTA PUNTO FINAL.

TONY

XVII. Otra vez Inagua

—¿Oíste lo que están diciendo por la radio!

—No, ¿qué pasa?

Tony dejó de oícar la revista y esperó a que su compañero de trabajo terminara de informarle lo que había oído por una emisora radial. El viejo Smylie no era de los que hablaban por gusto y con probabilidad lo que quería decir era algo importante. Lo único, que se tendría que atener a su estilo de ir dando vueltas, tanteando, antes de caer de lleno en el asunto.

—Una noticia que están dando.

—¿Qué hay con esa noticia, Smylie?

—Hablan de un tal José Santos... pero no créo que seas tú... debe de haber unos cuantos cubanos con ese nombre, ¿verdad?

—Claro. ¿Por qué tengo que ser yo? Es verdad lo que tú dices... aquí mismo en la Alcaldía hay dos.

—Eso digo yo, que hay muchos... y que ése no debes ser tú, porque estás aquí delante de mi vista.

—¿Y qué dicen de ése?

—Que está detenido en Inagua.

—¿En Inagua? —la mención de la Isla le trajo a Tony un sobresalto especial

—En Inagua... con otros dos, creo...

—¿Seguro que con otros dos?

—Eso creo, ¿pero qué te interesa?

«A Inagua fuimos siete —pensó Tony—, pero... ¿puede haber tanta casualidad como para ligar a un José Santos con Inagua.»

—Dicen que los traen el lunes —añadió el viejo Smylie, ya con algún recelo—, pero alégrate de estar aquí, ¿no? Porque has puesto cara de estar en Inagua.

Tony soltó la revista y se dirigió a un estante donde guardaban un Zenith transistorizado. Buscó en el dial una conocida emisora de Miami que le había indicado Smylie, la que más o menos a esa hora ofrecía un resumen noticioso.

Después de un temporal de comerciales, comenzaron las noticias. La segunda era la que le interesaba:

«—Three men indicted in cuban plot... A Federal Grand Jury in Miami has indicted three men for-allegedly conspiring to participate in a military expedition against Cuba...»

—Así que la cosa es de Gran Jurado y todo.

«—Named in the indictment are Roberto del Castillo, José Santos and Hugo Gascón.»

—¿Eres ese hombre que mencionan? —preguntó Smylie poniendo cara de tonto.

«—U.S. Attorney Rebekah Poston said the men were arrested by Bahamian authorities of Inagua on their way to Cuba, and she said they are being returned to Miami Monday.»

—Así que estás allá y vienes el lunes —insistió Smylie con el mismo estilo de tonto.

El Chino desconectó el radio. Un nombre podía ser casual, tres no. Buscó el número de teléfono en la guía y habló con la emisora.

—Oiga, yo estoy escuchando ahora su resumen noticioso. En una de sus informaciones están diciendo tamañas falsedades acerca de mi persona y quiero saber de quién es la responsabilidad... sepa que voy a reclamar...

—¿A cuál información se refiere, señor?

—A la de los detenidos en Inagua. Ustedes dicen que yo estoy preso allí y que me traerán el lunes, pero en realidad ahora yo estoy aquí en Miami, a unas cuantas cuadras de ustedes.

—¿Está seguro de que se trata de la misma persona?

—Sí. Tengo suficientes razones para estarlo. Igual pasa con los otros dos que se mencionan.

—Tal vez usted tenga razón, pero las noticias no las hacemos nosotros, sino que son nuestra materia prima. Por ello yo les recomendaría que tratara de indagar precisamente en el lugar donde se originó esta noticia. En eso sí podemos ayudarlo. Nuestra fuente fue la propia Rebekah Porton que se menciona. Le podemos dar su número de teléfono y ella, con toda seguridad, sabrá explicarle.

La segunda llamada fue localizando a Rebekah. El viejo Smylie se quedó pendiente del conflicto. Se olía un misterio y lo saboreaba. Por fin Tony escuchó la voz chillona de Miss Porton:

—¡Ah, señor Santos, excúsenos! Seguro se trata de una equivocación. Debe de ser que por algún descuido esos papeles viejos se han ligado con las noticias y de alguna manera han ido a parar a la mesa de los redactores.

Al mediodía, por los alrededores de la vivienda de Tony, el FBI desplegó un aparatoso cerco policial. Llevaban orden de proceder a su detención. El jefe del operativo estaba seguro de que la persona buscada se en-

contraba en casa. Su picicorre blanco estaba allí. Él debía estar allí. Las costumbres que suelen ayudar a los investigadores. El Opel rojo en que Tony viajara a su empleo en la Alcaldía, no era conocido por los agentes del FBI. Después del fracaso, tacharon un nombre en la agenda y se retiraron. El segundo sitio en que debían encontrarlo, la Alcaldía de Miami, resultó positivo. Pero allí no utilizaron el mismo estilo. No hubo despliegue, sino algo parecido a una visita.

Tony hablaba con Smylie sobre el insólito anuncio de su detención, cuando vio llegar a los tres hombres, acompañados por el jefe de Personal de la Alcaldía. Uno de esos hombres era ya conocido para él.

—Hola. ¿Cómo estás? ¿A que no te acuerdas de mí?

Sin poder simular simpatía, Tony saludó secamente al detective.

Claro que lo conocía. Se trataba de John Butcher, el hombre del Departamento del Tesoro que había actuado en el caso de Inagua. Ahora no se mostraba tan amigable y respetuoso como la vez anterior.

—¿Cómo iba a olvidarme de usted, señor Butcher? Hay caras que nunca se olvidan.

—¿Te imaginas a lo que vengo?

—Sí. Supongo que a buscarme, con notable retraso, pero... a propósito, ¿me deja ver la orden?

—Aquí está... no podía faltar.

Tony leyó en voz alta:

—¡Cuántas cosas!... «conspiración... posesión de armas de fuego»... por todo esto piden unos cuantos años, ¿verdad?

—No es asunto mío.

—Quizás quieran llevarse de testigo a Smylie... él ha estado conmigo en Inagua...

—¡Vamos!

Butcher salió pronto de allí con su presa.

—Bueno, ¿qué piensan hacer conmigo?

—No es asunto mío.

—¿De quién es asunto? ¿De la CIA? ¿Del FBI?

—Es un asunto de ustedes los cubanos.

—¿Por qué no decía eso antes?

—Uno puede ser bueno... entonces usted se sale del plato y uno sigue siendo bueno, pero llega el momento en que nos cansamos y entonces podemos ser de otra manera, podemos ser malos... eso es lo que está pasando. Sé cómo tengo que actuar.

—Actúe como le parezca. Eso es un asunto suyo, como bien dice. Cobra por ser policía, haga lo que tiene que hacer... yo también sé lo que tengo que hacer.

—Andando.

José Santos fue conducido a la Cárcel Federal y puesto a disposición de un Gran Jurado. Hugo Gascón y Roberto del Castillo recibieron un trato parecido. Los otros no fueron molestados. Como si tan sólo tres hubieran estado en Inagua. ¿Cerraban un círculo de sospechosos? ¿Tomaban una muestra para darle un escarmiento a la organización? Andrés Nazario se enteró del incidente y puso en marcha sus conexiones secretas. La primera, desde luego, el abogado. El asunto estaba ligado con la CIA, así que debían buscar a un especialista. Goshgarian era en este sentido, un hombre muy solicitado, un desenredador de entuertos «legales». Sus campos de acción se entrelazaban con la mafia, el FBI, la CIA, y por extensión subordinada, gente como las de Alpha. Interrumpió su descanso en la suite del Lincoln Road Hall y se dirigió a hacer lo suyo. Durante el viaje iba pensando acerca de este tipo de encargos. Le aburría esa rutina con los cubanos, el repetido manejo entre telones para dejarlos tranquilos en su lucha contra el comunis-

mo. Pero al llegar recibió dos sorpresas nada cotidianas. La primera, que estaban haciendo demasiado bulla con el caso; y la segunda, que ya sus clientes habían sido juzgados por esa misma causa. Pero cómo todo es posible dentro del controvertido ámbito floridano, Goshgarian no se extrañó demasiado y se dedicó a indagar:

«No veo muy claro el asunto. Hay algo raro, y voy a ver qué es... vuelvo enseguida... al fondo, tengo que ir al fondo...»

Para el señor Goshgarian ir al fondo de un asunto significaba hacer una inversión que abriera las puertas a los secretos profesionales de su amigo Chuck, por cuyas manos pasaba la mayoría de los papeles jurídicos.

—¡Eh, Chuck! ¿Qué pasa con esta gente?

Chuck tenía un tono fuerte de voz, que tronaba al hablar, y una ruda estampa más cercana a la de un leñador montañés, que a la del inofensivo funcionario de segunda clase enredado sin remedio en el torbellino burocrático de la Corte Federal.

—Te voy a contar —dijo con un ronquido que intentaba parecerse al susurro—; yo también me pregunto qué pasa con esta gente... veo un truco metido en esto y...

—¿Y qué? —preguntó el abogado, poniendo veinte dólares sobre el buró.

—¡Hombre! Brindaré esta noche por tu salud...

—¡Acaba, acaba! ¡Al asunto!

—Mi idea es que estamos tratando de quedar bien con Castro, y alguien tiene que pagar los platos rotos.

—Yo no estoy en contra de eso. Si quieren que sea así, allá ellos. ¿Pero por qué tienen que ser mis clientes precisamente? Tú sabes bien, tú te acordarás de ellos, cuando lo de Inagua. ¿Cómo es posible que ahora saquen

esto a la luz? ¡Como acabado de suceder! ¿A quién se le ocurrió?

—El asunto fue así. Llamaron de arriba. Hablaron entre jefes. Yo he ido empatando indicios y ahora estoy casi seguro de que pidieron que promoviéramos algo, ya que no se producía nada nuevo para bailar al ritmo de la nueva música, ¿comprendes? Necesitábamos demostrar que seríamos obedientes ante las leyes internacionales, pero no se nos daba la oportunidad... entonces buscaron papeles viejos. Parece que les gustó el caso de Inagua. Hace más impacto en las campañas de prensa. Y tú bien sabes, viejo zorro, que en determinadas circunstancias podemos juzgar un caso juzgado. La ley estira y encoge como un chicle. Alguna ventaja debe darnos el poder, ¿verdad?

—¿Y por qué escogieron a tres tan sólo?

—Eso tienes que averiguarlo en otra parte.

—¿En la CIA?

—¡Quién sabe!

—¿Crees que lo hicieron con la segunda intención de controlar a tres sospechosos?

—Nadie adivina en esos casos... tal vez esos tres son los menos problemáticos para hacer un rejuego así...

—¿Arreglaron algo con Nazario?

—Con todo el mundo, viejo... en esto está metido el FBI, la CIA, y también contaron con Nazario.

—¿Qué le prometieron?

—Le buscaron su lado flaco. Le dijeron que sólo iban a hacer un poco de bulla con la propaganda, y que incluso era una buena oportunidad para él... que podía darse el gusto de posar como patriota recalcitrante... se haría un poco de escándalo y después, como siempre, entre telones, todo se arreglaría... Eso, te repito, se lo prometieron a Nazario.

—Y él, seguramente, muy contento. No sólo por la propaganda, sino porque de aquí saca otra colecta.

—De la cual sacaré tus haberes.

—Pero yo trabajo.

—¿Y crees que no cuesta trabajo vivir sin trabajar?

—¿Tú crees que de verdad lo arreglarán todo al final?

—¿Por qué no?

—¿Crees que puedo prometérselo a mis clientes?

—Está supuesto...

—Como antes.

—¿Como antes, sí! Maldita política. ¿Quién la entiende? ¡Yo no!

—Los políticos son unos sinvergüenzas necesarios. No te quejes. De vez en cuando les sacas buen provecho.

—Bueno, está bien ya... voy a proponerles mi mercancía... gracias por todo.

Ese día, los televidentes de costa a costa vieron el espectáculo novelesco de la detención de tres comandos de Alpha capturados en las Bahamas, cuando violaban las leyes de neutralidad de aquel país. El periodismo «objetivo» o «imparcial» de los Estados Unidos utilizó el ingrediente de la ficción para justificar la segunda edición de este viejo caso de Inagua. En las pantallas, los televidentes vieron desfilar a los tres convictos, ceñudos, esposados, pero lo que no recogieron las cámaras fue cuando viajaban en el auto del sheriff, conversando casi amigablemente, sin el menor asomo de severidad, alguien avisó la presencia de los periodistas y los camarógrafos y se preparó la escena. Aparecieron esposas en las muñecas de los cautivos y los policías pusieron rostros y gestos de policías. Fijaron una fianza. Nazario hipotecó su casa en un gesto caricaturizante

del Quijote «para pagar por la libertad de esos valientes». Primero regateó. Trató de ahorrarse el riesgo por mínimo que le pareciera. Apeló a senadores, alcaldes, representantes, comisionados, y al propio gobernador, pero todos ellos se mantuvieron inmovibles. Aquello era algo movido «desde arriba». Por tanto, las irregularidades continuaron aun después de hecho el depósito que marcaba la ley. Algo se estaba manejando contrariamente a los mecanismos legales, y se demoraba la liberación. Los prisioneros especulaban ante la falta de información. Trataban de adivinar la fuente de esas perturbaciones, el objetivo perseguido, y, sobre todo, su desenlace y consecuencias. Lo primero que precisaron fue que las presiones no eran locales, puesto que el propio sheriff era el más interesado en salir de ellos. Por la tarde se asomó el calabozo y les planteó:

—Señores, ya era hora de que ustedes estuvieran libres. Pero eso funciona con una orden que aún no ha llegado. Ésa no es la costumbre, y no tengo explicación por la demora. No creen que me agrada tenerlos aquí. Por el contrario. Habrán notado que son mis únicos prisioneros, lo cual significa trabajo. Cuando no tenemos a nadie tras las rejas cerramos a las tres y media y nos vamos a casa, pero cuando tenemos huéspedes, cesa la comodidad. Yo no pienso privarme de esa comodidad por ustedes, y por ello los voy a llevar a la cárcel de la ciudad.

—¡Usted no puede hacernos eso! —protestó Hugo Gascón, que conocía muy bien lo que era la cárcel de la ciudad—. No tiene derecho, no se lo permite la ley.

El policía miró a Gascón de arriba abajo y después le vaticinó:

—Dentro de unas horas te darás cuenta de si puedo o no puedo hacerlo.

A las cuatro estaban en la cárcel de Miami, confundidos entre delincuentes, borrachos, vagabundos y violadores del Código de Tránsito, esperando a que la lenta marcha de la justicia floridana hiciera valer el dinero depositado por Nazario como fianza. Un carcelero veterano de la brigada 2506, que había sido policía en Cuba, los vio tras las rejas y se detuvo extrañado.

FRANCISCO
MARTY

—¡Eh! Yo conozco esas caras... ¿Ustedes no son de la gente de Alpha?

—Sí.

—¿Y entonces qué hacen aquí?

—Es por un asunto viejo. Íbamos en una misión especial a Cuba y nos sorprendieron las autoridades de Bahamas. Gascón apoyó la explicación con un símbolo, apretando su muñeca para decir que habían caído presos.

—¿Cómo cambian los tiempos! Yo pensé que eso jamás sería un problema para ustedes.

—Antes no lo fue, pero ahora ya ves. Nos cobran lo que nos dieron de más, nos retienen de un modo ilegal después de haber pagado nuestras fianzas.

El carcelero se sintió necesariamente solidarizado con sus cautivos. Les abrió la reja y los condujo a la enfermería. Allí sería un lugar más digno. Uno de los detenidos que quedó encerrado dijo alzando la voz:

—¡Hey, tú! Sácame a mí también... si le he dado una paliza a mi amigo fue porque él discutía defendiendo a Castro.

Los de Alpha y su amigo el carcelero no comprendían si el preso se había propuesto ironizar o si en realidad trataba de imponer a los demás de su situación real.

En la enfermería el carcelero trató de averiguar algo más sobre sus favorecidos. No concebía que estuvieran allí a causa de un intento de acción contra Cuba.

—¿Y ahora qué les pasa a esta gente? ¿Cambieron el rumbo? ¿Ya no quieren tumbar a Fidel?

Hugo Gascón se encargó de hacerle un resumen de lo que sabía, que era bastante poco. Había cambios, soplaban otros vientos. Y ellos no sabían con entera certeza hacia dónde. Menos aún sabía el centinela, desinformado totalmente de todo lo que no fuera la rutina de sus asuntos del servicio. No había mucho que hacer en la enfermería, pero desde luego que se estaba más cómodo y en mejor ambiente. Ya empezaban a aburrirse cuando a las dos de la madrugada un agente del Buró Federal de Investigaciones vino por ellos:

—Ya está todo arreglado, señores, después de algunas pequeñas dificultades administrativas imprevistas. Pero al fin les traigo la libertad. Yo mismo tendré mucho gusto en llevarlos en mi auto al local de Alpha.

—¿A Alpha a esta hora?

—Sí. Allí los espera Nazario.

En el camino, escrutándolos a través del espejo retrovisor, el detective comentó:

—¿Han visto qué cambios más bruscos? Nada hay más inestable que la política. Otras veces yo mismo les he ocupado armas a ustedes. He actuado, en apariencia, conforme a las leyes, pero todo se ha arreglado entre nosotros. Si yo hubiera hecho un esfuerzo por hacer cumplir rigidamente la ley, enseguida hubiera sido posicionado de arriba... y sin embargo, también ahora esto vino de arriba.

—Así que hasta ahora éramos amigos —recalcó Tony haciendo ver que él también tendría que tomar una nueva postura ante los hechos—. De una parte y de otra cesan los compromisos.

—No he dicho tanto. Podemos seguirnos tratando de manera protocolar, sin agresividades mutuas, pasando

por algunas incomodidades como ésta y tratando de entendernos, sin olvidar los buenos momentos. Siempre hemos sido amigos. Recuerdo un caso de Key West. Un contrabando de armas. No eran cuatro escopetas viejas, no. Un buen cargamento. Y explosivos y equipos de comunicación. Pero no respetaron los acuerdos. Más bien parecían unos excursionistas allí en el mismo canal de Boca Chica. Sacaron afuera los fusiles, hicieron mucha bulla, y entonces no dejaron otra alternativa al FBI que la de actuar según la ley. Ni siquiera estuvieron detrás de una reja. Enseguida llamaron para que se solucionara favorablemente aquello. ¿Y qué sucedió? Como dice usted, que terminamos como buenos amigos. Ya ve usted las cosas que pueden pasar: policías y contrabandistas bebiendo y brindando juntos en el viejo Captain Tony's Saloon, de Greene Street. Y, sin embargo, miren ahora qué lío han formado con ustedes, por un caso que se daba ya por liquidado. ¡Ah, pero olvidaba lo mejor! Ustedes saben cómo el buen whisky se cuele aquí en la cabeza, casi sin darnos cuenta y nos suelta las riendas del pensamiento. Cuando conversábamos allí en el Captain Tony's, entre trago y trago, haciendo anécdotas de la aventura, se me ocurrió preguntarle al jefe de aquel grupo: «¿Y por qué hicieron tanta bulla, por qué actuaron en forma tan extraña? Casi pareció que se dejaban coger a propósito.» Ese hombre tuvo la alcoholizada franqueza de decirnos: «Eso justamente queríamos, que nos pescara el Coast Guard y nos salvara del riesgo de un viaje a Cuba.» Querían quedar bien con el jefe, pero no querían morir. ¿Quién quiere morir? ¿No ver más esta humanidad que nos ofrece tantos disfrutes materiales? Hay quien lo hace por una idea. Sólo por una idea. Por eso yo les dije: «Ustedes no son tan patriotas.» Y allí discutimos, pero ellos no llevaban

las de ganar, habían confesado su debilidad, su exagerado apego a la vida, que yo no critico. Lo que me choca es que siendo así vayan a posar de bravos.

La anécdota de Key West y su epílogo en el bar no habían sido traídos por los pelos. La indirecta era indudable. A aquel «éramos amigos» de Tony, respondía el «ustedes no son tan patriotas» del agente federal.

Llegaron a Alpha 66. Las puertas abiertas, las luces encendidas. Andrés Nazario tenía preparada una recepción de íntimo reconocimiento para sus «héroes».

XVIII. CIA a la ofensiva

The Munity es un edificio de apartamentos que se levanta en un rincón de Coconut Grove. La habitación número 711 del séptimo piso, es un local montado por la Agencia Central de Inteligencia y cuenta con medios electrónicos de escucha, registros sonoros y filmaciones disimuladas. Allí se encuentra ahora John Baldavian, operativo de la CIA para el área de la Florida, en cumplimiento del rol de anfitrión para un encuentro significativo. Esta vez no se trata de rutina, sino de una urgente necesidad de rectificaciones. Los invitados de honor tan especialmente esperados son tres hombres de *Alpha 66*, o mejor dicho, sólo dos: Hugo Gascón Gónzora, el cerebro de las finanzas, y Andrés Nazario, el jefe supremo. El tercer hombre, aunque proclame igual causa, tiene su filiación principal en la Agencia y se deberá inclinar hacia sus destinos.

—Este encuentro es necesario —habla Baldavian. Estirado, sombrío, como cuidando de no dejar ver sus intenciones— por la salud de todos. Por la necesidad de ponerle coto a ciertos comentarios, ciertas declaraciones, protestas exteriorizadas más o menos en público, indiscriminadamente por algunos de ustedes y decidimos

que eso no puede seguir. No tenemos estado de sitio, ni censura. Vivimos en el país de la democracia, pero cuando sabemos que se dice algo nocivo, que agrede precisamente a esa democracia, entonces nos vemos obligados a encarar el reto y a usar recursos excepcionales si es menester. No amenazo, trato de hablar claro. Cuando queremos decirle algo a alguien, hacemos esto. Cursamos invitaciones como las que recibieron ustedes y hablamos cara a cara. Ahora que estamos aquí, frente a frente, puedo preguntar ¿qué se les ofrece?

Nazario estaba aturdido. Sus ojillos se movían nerviosos, como los de un roedor acabado de enjaular. Sorprendido, mudo, inhibido, no sabía cómo ni dónde emplazar sus defensas verbales. Trataba de encontrar palabras adecuadas, convincentes, enérgicas, pero en ese preciso momento existía un tremendo abismo entre el pensamiento y la palabra del asustado cabecilla. Hubiera querido tener el coraje suficiente para decirle con su voz atiplada al emisario yanqui: «Vamos a cortar la naranja a la mitad. Vamos a respetarnos y delimitar responsabilidades. ¿Qué ocurre con nosotros? ¿Con las sagradas promesas? Ustedes deben responder por ellas. Ustedes tienen una gran responsabilidad contraída ante nosotros.» Pero Nazario respetaba en exceso a los progenitores de su causa. Las palabras que bajaron de sus labios llevaban un tono muy opacado de protesta:

—Yo estoy... estamos, muy preocupados, muy alarmados... usted imaginará a qué me refiero.

—Creo que sí. ¿Al asunto de Inagua?

—Particularmente eso pudiera ser el símbolo de la situación, pero ha sido un cambio drástico, un paulatino empeoramiento hacia la incompreensión.

• —Okay, vamos a ver cómo podemos entendernos. La incompreensión ha venido, principalmente, de parte de

ustedes. Nosotros siempre hemos hablado con claridad, y no hablamos por hablar. Si les decimos a ustedes ¡manténganse quietos!, es que confiamos en que se atenderán a ello y no saldrán luego con fanfarronadas. Nosotros sabemos bien lo que tenemos entre manos, decimos lo que podemos decir, y ustedes deben tener una mínima capacidad de análisis para entendernos. Este juego no admite reprobaciones que costarían caro o anularían la ventaja de conjugar los intereses.

—No estamos en condiciones de reprobar. Somos los huéspedes. No tenemos un solo palmo de tierra bajo nuestros pies. Queremos expulsar de Cuba al comunismo, pero sin el apoyo, y sin el aliento de ustedes esta empresa sucumbiría.

—No es culpa nuestra que no cuenten con un palmo de tierra, y eso, además, es una mentira a medias. ¿Qué pudiéramos decir de otra gente? Pongamos por ejemplo al propio Castro, que comenzó con algunas escopetas viejas y sobre un yate de recreo. Sin embargo, ustedes han despilfarrado los recursos constantemente, han cultivado una singular concupiscencia y para colmo se quejan de la falta de tierra. Fue Castro quien las incautó, no nosotros. No obstante, hemos dejado que utilicen nuestro territorio en los entrenamientos, como base de operaciones, para todo, sin que quepa un motivo de queja que, en realidad, sería ingrato. Y respecto a eso que dijo de expulsar a los comunistas, yo no creo que ustedes tengan una solución mejor que las que nosotros hemos ensayado durante tantos y tantos fracasos. Y si ahora nos viéramos en la alternativa de probar por otras vertientes, ¿qué harían? ¿Tratar de atarnos las manos? ¿Con qué derecho?

—Nosotros sí nos sentimos con las manos atadas, señor Baldavian.

—No quiera saber usted cómo se sienten los que aquí tienen las manos atadas por nuestra voluntad.

—Eso veo yo.

—Lo que sucede es lo siguiente: ¿A quién represento? A los Estados Unidos de Norteamérica, la nación más poderosa, pero al mismo tiempo, irónicamente, la más abanderada de la democracia. ¿A quién representa usted? A los cubanos. A los exiliados. A Alpha. Al terrorismo. ¿Ha visto usted a un tigre en acecho desde una rama quebrada? No, no lo ha visto. Ellos acechan sobre ramas fuertes. Nosotros también estamos al acecho. El terrorismo cubano era nuestra rama. Ahora se ha quebrado, y si nosotros no saltamos a otra a tiempo... terminaremos por caer. Para dejar el sentido figurado aparte: ahora la tendencia de la emigración está sufriendo un cambio. Está decepcionada con ustedes. Después de tantas promesas, tantos sacrificios, no han llegado a parte alguna. Se ha ido deteriorando la confianza, y ese campo de nadie habitado por todos aquellos que han estado a la expectativa, empieza a caer dentro del campo magnético de Fidel. No se asombre, señor Nazario. No es nada agradable por cierto, pero vea, si se les ofrece una solución más realista desviarán su rumbo hacia ella como es lógico.

—Resulta duro reconocer que sean ustedes precisamente quienes digan tales cosas.

—Son realidades. Si le resulta demasiado perspicuo, me perdona... pero uno debe darse cuenta de cuándo estorba y proceder en consecuencia. Insistir, en tales casos, se vuelve contra uno.

—En este momento debo creer algo que escuché, relacionado con la CIA. Alguien auguraba que le esperaban años oscuros, el ocaso quizás... que se esfumaba su razón de ser. El abandono de nuestra causa...

—No existe tal abandono. Ni tal ocaso de la CIA. Existen rectificaciones del rumbo... como hacen los buenos navegantes, que no se dejan engañar por las apariencias... La CIA es a veces como algunos animales, que cambian sus pelos, su color, pero no las intenciones... tenemos periodos de... no sé si llamarles crisis... y tenemos que reaccionar. Éstas son, desde luego, interioridades nuestras y supongo que ustedes no están interesados en manejar los asuntos domésticos de Washington. Así que sobre esto no tenemos mucho que explicar. Son nuestros asuntos.

—¿Lo de Inagua era un asunto de ustedes, o un asunto cubano? ¿Y no es triste que esos problemas cubanos tengan que ser manejados absolutamente por ustedes? ¿No es lamentable que ocurran hechos como el de Inagua, a simple vista una gran injusticia?

—Usted está ofuscado. Confundido. Existen nuestros «asuntos cubanos», derivados de la realidad de la presencia de ustedes en la nación y al margen el resto de la problemática de la emigración, que no debe ocupar ninguna jerarquía oficial.

—¿Por qué reabrieron la causa de Inagua después de habernos puesto de acuerdo sobre ella?

—Teníamos sobradas razones... necesitábamos reabrirla. Ésa o cualquiera otra. Peor hubiera sido si optamos por otra... Por ejemplo: el caso de los pescadores. ¡Qué escándalo! ¡Un secuestro! Eso se paga con la prisión perpetua con la muerte. ¡Qué buena oportunidad si quisiéramos coquetear con Cuba...

—El secuestro de pescadores fue obra de ustedes.

—No sea tan ingenuo, señor Nazario. ¿Podría repetir eso delante de un Jurado? ¡Ni soñarlo! Hay firmas, compromisos, declaraciones de prensa, boletines de gue-

tra, partes, fotografías... y usted muy contento por el regalo que le hacíamos de atribuirse el secuestro y posar ante el mundo como gente importante... Existen todas esas pruebas, si prefiere el caso de los pescadores... pero no tema, no queremos que sientan sobre su cabeza una especie de espada de Damocles. Sólo quise ilustrar mi idea de que tratamos de usar un hecho inocuo, que admite margen para una solución entre nosotros.

—¿Y cómo quedaremos después de este... nuevo estilo? —dijo Nazario ablandado por el chantaje.

—Creo que podemos seguir arreglándonos, dentro de las nuevas condiciones, sin recusar nuestras viejas similitudes. Pero ustedes no deben actuar por su cuenta. Eso tiene que quedar bien claro aquí, ahora. Sobre estas bases, podemos emprender juntos nuevos caminos, que quizás no sean los más anchos ni los más rectos, pero que son caminos.

Las últimas palabras de Baldavian resultaron altamente esperanzadoras. Eran como una calma en medio de la tormenta. Desataron el nudo que sentía Nazario en su cuello. Suspiró con todas las ganas. «Podemos seguir arreglándonos», le sonó en el oído como a esos novios perdidamente enamorados, a quienes les llega el irremediable rompimiento acompañado de un caritativo «podemos seguir siendo amigos». Era una tenue luz de esperanza, un hilo que permanecía uniéndolos a despecho de las contrariedades de una «nueva política». Un pequeño regocijo entre las penas, como una criatura extraña que se niega a que le corten el cordón umbilical de la dependencia.

—¿Seguir arreglándonos? —preguntó con miedo de haberse equivocado, de haber extremado su optimismo.

—¿Por qué no? Hoy mismo, ahora mismo podemos hacer planes y planteamientos concretos. Por ejemplo:

Alpha 66 está lleno de parásitos inútiles, pero tiene también hombres probados en la acción. Necesitamos el servicio de esos hombres. Para operaciones de primer rango y también para actuar en otros países.

—¿En otros países? Aquí estamos en casa. Pero en el ámbito exterior, ¿quién nos garantizará?

—Hay conexiones. Y muchas oportunidades para actuar con nosotros de manera que la gloria de Alpha 66 sea mayor que la de hoy. ¿Acepta?

—Nunca hemos dicho que no. Pero quisiéramos saber qué haríamos nosotros fuera de los Estados Unidos y qué sería nuestra organización aquí en el futuro.

—Sobre lo que harían en el exterior, ya tenemos aquí algunas ideas pulidas. Hablaremos de ellas, y respecto a la organización dentro del país, por ahora, puede seguir existiendo. Cuando las circunstancias aconsejen lo contrario, la directiva de Alpha contará con nuestra consideración. Ningún jefe quedará al garete. Les ofrecemos esa garantía, pero ahora más que nunca deberán subordinar sus ambiciones.

—Me alegra saber que estamos respaldados para una contingencia como ésa... pero usted sólo ha mencionado la directiva. ¿Qué idea tiene respecto a los miembros de Alpha?

—Si Alpha desaparece, lógicamente todos los que resolvían su problema económico de una u otra forma con sus recursos, tendrán que trabajar y ganar dinero propio como cualquier ciudadano... pueden ser asimilados, o quizás se les facilite la salida hacia otros lugares si lo prefieren. En general pueden ser reorientados, pero como cualquier emigrado que se ve necesitado... nunca como una consideración especial, porque nuestro compromiso ha sido con la directiva. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo de mala gana, no porque le interesara la suerte de sus adictos en el plano sentimental, sino porque ellos eran números en los balances económicos de Hugo Gascón.

Baldavian buscó un sobre amarillo, rompió un borde y sacó un papel escrito a máquina. Nazario siguió con curiosidad sus movimientos.

—¡Ajá!, para Alpha... veamos el primer punto... aquí hay acción. Pero no se trata de una aventura sin pies ni cabeza. Es algo importante, que debe realizarse de manera cronométrica. Se trata de una infiltración. Trasladará a dos comandos a Cuba. El objetivo es reeditar el intento fallido de Inagua; pero se añaden misiones que sólo serán del conocimiento de los infiltrados. Ésta es una misión riesgosa. Debe salir bien. No quiero las improvisaciones de la otra vez. Como se dará cuenta, señor Nazario, podemos seguir entendiéndonos. No hay claudicación, ¿entiende? No les queremos atar las manos sino hacérselas más útiles. No le extendemos una mano a Castro, sino que le hacemos un juego distinto al que tantos tropiezos y desventuras nos ha traído en estos años de total intolerancia.

—Ahora voy entendiendo mejor, señor Baldavian.

—José Amparo irá en esta misión. No se entera ahora. Ya hemos hablado con él y sabe bien lo que queremos. De todos modos también recibirá en el momento apropiado las instrucciones, los recursos necesarios, en fin...

—¿Saldrán pronto?

—Todavía no podemos hablar de una fecha. Tendrán que esperar como siempre que se encienda la «luz verde».

José Amparo sonreía satisfecho. Porque era el más enterado entre los de Alpha, porque conocía todos los

detalles de la misteriosa operación, porque Baldavian había estado reforzando su privilegiada posición en el grupo, y, sobre todo, porque sabía que aquélla era una misión sin peligros. Los planes secretos de John Baldavian no hablaban de un arribo riesgoso a tierras cubanas, sino un amago operativo encaminado a ofrecer una imagen aparente que devolviera la confianza a los hombres de Alpha y que acaparara su atención mientras que otras actividades realmente priorizadas tomaban cuerpo. Este entretenimiento pueril y desinformativo engañó por completo a Nazario.

—El segundo punto es... un asunto también delicado. Se considera dentro de las cuestiones que el Centro califica de **Top Secret**. De nuevo estoy apelando al sentido más responsable de la discreción, para poder confiar a ustedes... el alcance de un golpe como éste.

—Yo le garantizo, señor Baldavian —enfaticó Nazario acompañando de gestos ridículos sus palabras—, que mantendremos una responsable prudencia.

—¡Discreción! Si se produce un escape habrá un estallido impredecible... nuestros servicios de Inteligencia y nuestros analistas están llegando al convencimiento de que Castro hará un próximo viaje fuera de su país. ¿A dónde irá? Hay dos o tres lugares que entrañan grandes posibilidades de convertirse en una meta para su paseo: España, Angola, México... no se puede adivinar a dónde irá, ni cómo, ni cuándo. Pero nuestro trabajo es arduo en estos sentidos y lo sabremos. Pronto lo sabremos. Si va a México, allí nosotros contamos con ustedes, y, por supuesto, con nuestra propia gente, que ya sabe del proyecto. Hay planes infalibles de liquidar a Castro mediante un múltiple intento de atentados. Será como una competencia deportiva en la que el mejor tirador de Alpha puede llevarse el oro.

Nazario bajó la mirada. Una sombra invisible de preocupación le robó el incentivo que Baldavian le mostraba.

—Castro viajará con todo un séquito de guardianes. Son célebres. Casi de leyenda. ¿No han oído hablar de ellos? Están preparados para toda eventualidad.

—Mire, señor Nazario, es malo subestimar al enemigo, pero peor resulta sobreestimarlos. En Cuba, ya lo sabemos, el atentado sería sencillamente impracticable. Pero en otro país ellos estarían en tremenda desventaja respecto a nosotros. Ni siquiera tendríamos necesidad de un ejecutor suicida.

—No sé, yo no lo veo fácil. A cualquier infeliz solitario se le liquida con facilidad. Nosotros lo hemos hecho en más de una ocasión. Pero un tipo como éste, rodeado de guardaespaldas alertas, hábiles... Creo que uno se puede hacer este tipo de preguntas: ¿es posible matar a un hombre así?

—¡Bah! Yo le aconsejo que vaya al cementerio de Arlington y le pregunte allí a un muerto célebre que lleva el nombre de John Fitzgerald Kennedy. Él sabrá la respuesta a esta pregunta y no tendrá que hablar para hacerse creer. Sí, amigo mío: es posible.

—Ojalá esto se cumpliera.

—Les estoy ofreciendo la oportunidad de ayudar y de tener una parte de responsabilidad en la respuesta a esa exclamación suya. Veamos el segundo punto. También corresponde a los clasificados como *Top Secret*. Se acerca una importante actividad en Cuba... el Primer Congreso de los comunistas. Para ellos significa un acontecimiento político de primer orden. Para nosotros significa esa codiciada circunstancia que en nuestro trabajo se llama «la oportunidad». No es fácil tener reunido

a todo el Gobierno cubano, localizado en un solo punto geográfico minúsculo. Y si ese punto es cerca del mar, en la costa norte, es casi un reto. Allí en frente... al alcance de un tirapiedras.

Nazario sintió un estreñecimiento interno. Se veía inmiscuido en una decisión sin precedentes. ¡Qué injustos habían sido los que criticaban la falta de entusiasmo de los yanquis por la solución del «affaire cubano». Eso que escuchaba era sin dudas un esfuerzo supremo, una cosa grande en la CIA, ¡y estaban contando con Alpha! Después de los regaños y los gestos ceñudos, aparecía una lenitiva promesa de resurrección. Nazario pensó que también para él, estaba a la vista «la oportunidad».

—Veo que su cara cambia, señor Nazario, cuando le hablamos de planes serios. Adivino que ya se le empieza a curar el pesimismo...

—Así es.

—Los comunistas todos, reunidos, esperando por nosotros. A propósito, Nazario. ¿Recuerda la época de oro de Torriente? Usted siempre se quejaba: «A ese impositor le dan cohetes y a mí simples fusiles y alguna dinamita.» ¿Recuerda?

—¿Cómo olvidarlo? Estábamos verdaderamente indignados. Torriente era un farsante. Se enriqueció con los fondos de la CIA, se unió a batistianos sin prestigio y engañó a todo el mundo. Menos a Alpha. A nosotros nunca nos engañó. ¡Que conste! Por eso no entendíamos que ustedes lo respaldaran de una manera tan decidida.

—Es que también engañó a la Agencia. Por eso lo anotamos en la lista de los funerales imprevistos. Pero nos dimos cuenta de la estafa antes de entregarle los cohetes, así que no pasó del ofrecimiento. Los guardamos en nuestros arsenales para cuando encontráramos un digno

receptor. Ahora creemos haberlo encontrado y le ofrecemos a usted esos cohetes. Son verdaderos e imponentes misiles, que dejarán relegada la época de las petacas incendiarias, los AR-18...

—¿Para usarlos a nuestro libre albedrío?

—El libre albedrío no concuerda con las reglas de la guerra. Tenemos un proyecto para esos cohetes. El primer paso es que usted elija a uno de sus hombres, no a cualquiera, sino a un corajudo, probado en el fuego. ¿Entiende lo que quiero? Que tenga una buena hoja de servicios, con probada sangre fría y fidelidad. No importa que sea muy conocido. Se va a mover en las sombras. Este hombre que escogerán ustedes deberá ser entrenado por nuestros especialistas y capacitado para disparar esos cohetes frente a las playas cubanas más próximas al lugar donde se celebre el Congreso.

—¿Y saldrá ileso ese artillero mío?

—Eso queremos.

—Pero los mares estarán cuidados, y las costas.

—Y nosotros también haremos nuestros movimientos. Detrás de su artillero estarán las unidades flotantes americanas en espera de cualquier reacción de las fuerzas cubanas. Claro está que resulta altamente dudoso que en tales circunstancias los cubanos sean capaces de producir alguna reacción. Serían un país sin cabeza, estarían anonadados y llenos de pánico. Ese sería el mejor momento para que nosotros descolgáramos nuestro último golpe definitivo.

—¿Mandarían soldados?

—No olvide que nuestros soldados ya pisan tierra cubana. Tenga presente a Guantánamo. ¿No le parece diabólicamente infalible?

—Eso, diabólicamente infalible.

—Entonces elija bien a su artillero, sin perder tiempo, que no tenemos mucho. Nuestra parte respecto a los entrenamientos ya espera por él. Tan pronto como ustedes hagan la elección daremos apertura a nuestro «curso intensivo para artilleros de misil». Los especialistas son de lo mejor. Han hecho disparos reales en la guerra. Uno de ellos trabajó en el golpe de Konakry, y en lo del Congo. Es un verdadero chacal con el rostro apacible de jugador de golf.

Nazario estaba hipnotizado. La codicia encendía sus pupilas y se frotaba las manos como si amasara ya la victoria. Las palabras de Baldavian lo sacaron del ensueño:

—Tenemos algo más que hablar. Se trata del eventual desplazamiento de las actividades de Alpha hacia otras latitudes. El objetivo que se persigue con esta medida es el de golpear a las sedes comunistas en cualquier parte: en consulados, embajadas, oficinas comerciales, compañías de aviación, dondequiera que estén. La CIA está valorando en gran medida el ofrecimiento incondicional de colaboración hecho por Chile en ese sentido. *Le hemos dicho sí, y además estamos considerando la posibilidad de vincular los intereses de Alpha con los de la DINA.* Para mí no existen dudas de que en muchos puntos coincidirán. Esos intereses comunes pueden dar lugar a un amplio programa de trabajo.

El yanqui comenzó a recoger sus papeles, al parecer dispuesto a terminar la reunión. Levantó la cabeza cuando oyó a Nazario, siempre inoportuno:

—Por fin se nos hace justicia.

—¿Por fin? No entiendo la intención de esta frase.

—Que cuenten con nosotros. Siempre hemos mantenido nuestra beligerancia. Estábamos desde el principio

en la creencia de que así habría que contar con nosotros para cualquier solución del problema cubano. Pero no siempre contaron con nosotros para metas tan importantes, decisivas.

Baldavian no quiso dejarse llevar por su particular repulsa hacia el politiquero, pero cada vez le parecía más insoportable su postura de figura decisiva, con la que hay que contar para un problema de la Cancillería o del Departamento de Estado. De no tener las ataduras de sus responsabilidades, hubiera preferido decirle: «No vivas sobre esas nubes, sólo hacemos uso de ti y de tu pomposa organización.» Pero esta vez fue Nazario quien rompió el ensueño:

—Me preocupa la ligazón con la DINA.

—¿Qué? ¿También cree las campañas rojas que tildean a la Junta de fascista?

—No es eso. Resulta que si nos metemos en otros llos puede que otros grupos se nos adelanten y la hora de Cuba nos sorprenda relegados a un segundo plano.

—Esa hora crucial del reparto, ¿verdad? —dijo irónico el yanqui—. Pero hay muchas maneras de ganarse un lugar en esa hora. Usted es poco inteligente si no conoce la mejor fórmula. Voy a hacerle el favor de explicársela por una sola vez. El próximo Gobierno cubano estará, decididamente, influenciado por nosotros. ¿A quiénes situaremos en los lugares claves? A los que han estado más cerca de nuestros intereses. No le pedimos que sea capaz de calibrar esos intereses. Nosotros mismos se los revelamos. Pero piense bien que ustedes no son los únicos, ni los más parecidos a lo que impone la realidad. Le voy a poner un ejemplo: ¿qué les parecen los que piden el cese del bloqueo?

—Que no los mueve el menor sentido patriótico, sino simplemente la intención de comerciar con la paz.

—Claro, mientras que ustedes lo hacen con la guerra... pero bien, ¿qué piensa de los que quieren volver a encontrarse con sus familiares? Hace muchos años quedaron divididas sus familias. Ustedes les dijeron: «Esperen unas horas, vamos a limpiar de rojos la Isla y prepararles el regreso.» Pero no cumplieron la promesa. Y ahora ellos tienen justificación para probar por otra vía. ¿No ha pensado que Castro puede enterarse y maniobrar de manera que monopolicen esas aspiraciones?

—Castro nunca pactará con nosotros... dijo una vez que nos separaba un mar de sangre.

—Se refería a los que hemos estado tomando el camino de la violencia, y en el futuro pudiera apoyarse en el lado más opuesto de ese extremo. En la gente que vive de su trabajo, dentro de su casa, añorando sólo un abrazo familiar y oler el clima natal. Castro puede influenciar sobre ellos. Ya lo hace. Escuchan sus discursos, están al tanto de sus leyes. Nosotros sabemos todo eso. *Yo no creo que Castro logre un cambio rotundo, pero sí estoy seguro de que debemos tener las manos libres para hacerle frente donde él presente la pelea. Si nos atamos las manos con el terrorismo estamos fritos.*

—¿Entonces, después de tanto litigio, de tanta violencia, cree que los cubanos mirarían sin odio a quienes convencidos de que no pueden volver por la fuerza buscan la coexistencia?

—El odio en este caso ha sido interpretado como una necesidad. Si cesan las causas, cesará el odio... sin odio, ustedes quedarían aislados.

—Eso nos condena de antemano...

—Sea pacíficamente o de la otra forma, cualquier arreglo de los exiliados y Cuba pasa por nuestras manos. Contaremos con los más identificados con nuestra política.

—Usted me da alientos y después me los quita. Me habla de nuevas operaciones y de que quizás quedemos aislados.

—Adáptese a este mundo cambiante y verá qué bien entiende.

—Veo de por medio una claudicación, un comercio con la paz.

—Hay enemigos de Alpha que aseguran que ustedes comercian con la guerra, y con los caídos, y con todo, y dicen que por eso ahora no estarían dispuestos a abandonar esa línea que deja tantos dividendos.

—Ya lo dijo, señor Baldavian... enemigos. Nuestra resistencia a esas claudicaciones está relacionada con un convencimiento de que por encima de nosotros está el mandato moral de los caídos y cautivos.

—¡Bonita frase! —dijo el agente después de carcajearse—. Olvidaba que estoy ante un maestro de la publicidad. No haga que se me suelte demasiado la lengua. ¿Quiere saber algunas noticias acerca de sus caídos y de sus cautivos?

Nazario comenzó a palidecer mientras Baldavian buscaba algún apunte en su agenda. Hubiera preferido decirle: «No hace falta, no busque, ya he comprendido», pero sería demasiada humillación. Baldavian detuvo la búsqueda en unas páginas azules:

—Son las opiniones que han llegado a nosotros. Algunas, desde las cárceles cubanas. La palabra de los familiares de reclusos, ex reclusos, de los propios cautivos... aquí están sus muertos y sus cautivos, pero no

recíprocamente su respeto, se lo advierto. No me vaya a decir que Castro les ha lavado el cerebro...

Comenzó a leer despacio, deleitándose con los adjetivos dedicados al viejo que tenía enfrente:

«—Lázaro quiere que ustedes —Lázaro es el nombre que le dieron a Menoyo, ¿verdad?— lo ayuden a pasarle la cuenta a Nazario aun antes de salir de aquí. Está muy molesto. Dice que es un viejo bandido, que lo utiliza a él para la propaganda mientras se embolsa todo el dinero.

»—Lo de Vicente Méndez fue un negocio, ¿quién lo niega?, el propio sobrino de Nazario lo confesó.

»—Lázaro mandó a Sales para que liquidara a Nazario y a su séquito de fieles seguidores. Era un plan a largo plazo y Sales debía preparar antes el terreno. Pero no se sabe cómo ni por quién. Andrés Nazario llegó a saberlo. Guardó el secreto y esperó la ocasión. Sales vino a pedirle un favor personal. Que le prestaran o alquilaran una lancha. Quería sacar de la Isla a unos parientes y amigos. Nazario consiguió que le prestaron una lancha. Entonces, como un amañado *cappo* de la *Cossa Nostra*, *mandó un anónimo a Cuba, a la propia sede del G2, en el que decía que Sales iría allá. El resultado ya se sabe. Nazario fue tan cínico que no quiso darle una lancha de Alpha para no perderla.*

»—Lázaro añora el día en que pueda encontrarse frente a ese viejo aprovechado.»

—¡Qué descaro! —protestó Andrés Nazario haciendo que Baldavian detuviera la lectura—. Es verdad que Sales me pidió una lancha. No se la di porque estaba convencido de que era un hombre del G2... Usted sabe que yo lo denuncié a la CIA. Nada más había que oírlo teorizar.

Nazario estaba rojo de ira o de bochorno. Baléavian siguió leyendo. Quería dejarlo anonadado:

«—Sales, recién llegado a los Estados Unidos, contó cómo había caído gloriosamente Vicente Méndez y se encontró con la sorpresa de que Nazario Sargén seguía diciendo en sus discursos que Vicente Méndez vivía y peleaba en las montañas cubanas. Este engaño justificaba sus repetidas recaudaciones, y lo peor es que ni un centavo iba a parar a la cuenta de la viuda.

»—Lázaro está descorazonado. Dice que todo el mundo lo ha traicionado. Que si Fidel lo dejara se apartaría de todo y se iría a Nueva Zelandia o al Brasil para esperar allí la vejez. Pero por otra parte piensa que eso no es posible. No porque algún día lo dejen ir a dondequiera, sino porque Nazario no le ha dejado dinero suficiente como para independizarse de ese modo.

»—Nazario mató a la gente de Méndez. ¡Qué casualidad! ¡Su sobrino se salvó!

»—Los hijos de Nazario...»

—No, ésta se refiere a un asunto muy personal, excúseme...

«—Los muertos y los presos enriquecen a Nazario y quizás a unos cuantos pájaros de cuenta como ese Hugo Gascón Góngora que tan bien le lleva las finanzas.»

—No hace falta leer más, ¿verdad? Opiniones son las que sobran. Deje las frases grandilocuentes cargadas de patetismo, déjese de escudarse en los caídos y en los cautivos y sea más práctico. Es hora de enmendar su rumbo. Yo le estoy ofreciendo una rica oportunidad. ¿Acepta?

—Acepto.

—Entonces deje a un lado todas esas ridículas posturas.

Otro Andrés Nazario salió del Munity. Sus acompañantes iban serios como en un cortejo. Llevaban a enterrar un mito. Castillo, pensando que muchos de los apuntes leídos por el yanqui reflejaban una vergonzante realidad. Cascón, preocupado porque los manejos financieros no habían escapado de la perspicacia de Menoyo, y Andrés Nazario, tratando de apoyarse en el mañana. Sí, decididamente iría a donde fueran los yanquis, para ganarse un lugar en el botín.

Índice

- I. *Ensayo de gloria* / 7
- II. *Proa al norte* / 26
- III. *Welcome* / 59
- IV. *Expediente «Tony»* / 106
- V. *Proa al mar* / 112
- VI. *Nostalgia* / 119
- VII. *Un tío en la CIA* / 124
- VIII. *La CIA escucha* / 132
- IX. *Los tres de «Mi Sueño»* / 136
- X. *Odisea por un barco* / 150
- XI. *Proa a Alpha* / 161
- XII. *La primera sospecha* / 180
- XIII. *Operación cayo Sal-Anguila 74* / 197
- XIV. *Los siete de Inagua* / 213
- XV. *Epílogo de un cobarde* / 241
- XVI. *La muerte de el Flaco* / 262
- XVII. *Otra vez Inagua* / 268
- XVIII. *CIA a la ofensiva* / 281

AL LECTOR:

La Editorial le quedará muy agradecida si recibe de usted su opinión acerca de esta obra, de su presentación y diseño, así como de los títulos editados por esta Colección. Le agradecerá también cualquier otra sugerencia. Nuestra dirección es: Editorial Letras Cubanas, calle G no. 505, El Vedado, Ciudad de La Habana.

SILVIO MORA 1-12, 169-173, 204, 243-255
ESPERANZA MORA 12, 250-254
JOSE AMPARO ORTEGA 13, 171-173, 177, 197, 233, 288
EL GALLEGU CALA 12-16, 170-173, 201, 215
ANGEL MOISES HERNANDEZ RO30-17-25, 197
FRANCISCO GUZMAN CAYETANO 78
JOSE ANTONIO RAVELO MARQUEZ "TONY" 88
JOSE SANTOS HERNANDEZ "EL CHINO" 96, 215, 256, 269
ANDRES NAZARIO SARGEN 107, 162, 205
VICENTE MANDEZ 107
TAREY 108
JUAN BAUTISTA MARQUEZ "CUCO" 123-143, 156, 171, 177
HUGO GASCON 135, 200, 211, 215, 246, 269, 281
ROBERTO TUR 156, 197,
GUILLERMO MARTINEZ MARQUEZ 156,
TONY IGLESIAS PONS 156,
JUAN JOSE PERUYERO 156, 176
BABUN 157
JOSE VILLA 157
GUZMAN "NEGRIN" 161
JUAN GONZALEZ 163, 241
FLNC 168
JESUS DOMINGUEZ BENITEZ 175
ANTONIO CALATAYUD 176
PEDRO ROIG 176
JOSE COLMENARES 176
ACCION CUBANA 176
RAMON ORZCO 176
RAFAEL VALDES 177
ENRIQUE HERNANDEZ 177
CARLOS RIVERO COLLADO 177, 179, 194
CARDO PAZ 194
ANGEL SALAS 196
ROBERTO DEL CASTILLO 199, 215, 245, 269
ARAM P. GUSHGARIAN 231
OLGA NAZARIO 241
ANDRESITO NAZARIO 241
OLGUITA NAZARIO 241
MARIO BELLO 215, 243-255
LUIS LOBAINA 215,
ARISTIDES MARQUEZ 215,
PERDOMO "EL FLACO" 262-267
ORLANDO BOSCH 253
FRANCISCO MARTY 277
JOHN BALDVIAN 281

Aquí las arenas son más limpias narra la infiltración de un agente de la Seguridad cubana en la organización contrarrevolucionaria Alpha 66, que dirige sus acciones de agresión contra Cuba desde la ciudad de Miami, en estrecha colaboración con la Agencia Central de Inteligencia (CIA). El autor se adentra en el complejo micromundo del terrorismo anticubano para destacar el titánico trabajo de este agente —trabajo sólo posible

de llevar a vías de éxito cuando una ideología justa reina en la conciencia del hombre— y reiterar la incansable actividad de los Servicios de Inteligencia de los Estados Unidos hacia nuestro país. Las páginas de este libro son un fiel testimonio de la labor que día a día llevan a cabo, con abnegación, los hombres que integran los órganos de nuestra Seguridad, en su abierta lucha contra el enemigo imperialista.



Luis Adrián Betancourt (Placetas, 1938) es licenciado en Periodismo y subteniente del Ministerio del Interior. Colabora en la revista *Moncada*. Su libro *A la luz pública* obtuvo el premio de cuento en el Concurso «Aniversario del Triunfo de la Revolución» 1978. También ha publicado *El otoño no es casual* (1974); *Huracán* (1975) y *Expediente Almirante* (1976).